



LA LEYENDA DE PERPINTRES, ACTO 2: PLANETA (Z) MUERTO

La ciencia dice que todo cambia, evoluciona o se extingue. La fe asegura que los caminos del Señor son inescrutables. Y así es el ser humano, capaz de alcanzar la gloria mientras se hunde en su propia miseria. *Homo sapiens*, ese ser aparentemente indefenso ante las fuerzas de la naturaleza fue la plaga que devoró la Tierra. Al principio fue la madera, el carbón y el oro; se sumaron los diamantes, el petróleo y el coltán; y finalmente el agua potable, los alimentos e incluso el sol y el oxígeno.

El estricto control de los recursos naturales y de la tecnología fue todo tras el colapso de civilizaciones. Alterados los ciclos naturales, fundidos los glaciares, convertidas las selvas en desiertos, con millones de desheredados deambulando por un planeta esquilmado; la devastación, las enfermedades y el hambre se cebaron en cada pueblo, en cada nación. Solo resistieron los gobiernos capaces de imponer el orden, de mantener sus fronteras, sin titubeo ni misericordia alguna, al amparo de sus ejércitos.

Las grandes potencias se centraron en su propia supervivencia, a la par que fijaban los ojos en el espacio exterior como única alternativa a la falta de recursos. Fueron tiempos de investigación y exploración para unos; de hambruna, guerra y muerte para otros. Siguiendo las

teorías de Alcubierre, el hallazgo de las rutas interestelares iniciaron la Gran Migración: millones de personas partieron del planeta que les vio nacer, sin opción alguna, a mundos desconocidos.

Controlada la expansión demográfica y la codicia humana, la Tierra floreció de nuevo gracias a los estrictos programas de regeneración ambiental. Siglos se necesitaron antes de que se formaran las primeras banquisas en los polos, de que el verde comenzara a cubrir de nuevo los bosques talados y de que los océanos volvieran a tener su añorado azul marino.

Era un nuevo comienzo. Pero el gen humano seguía ahí, con sus ambiciones y desidias, en busca del poder. El universo estalló en una guerra que solo trajo dolor y angustia, muerte. El horror de la batalla de Europa alineó naciones y desembocó en la Conferencia de Johannesburgo, donde nació la Unión Interestelar de Naciones Democráticas: un parlamento compuesto por sabios, políticos y militares de las doce naciones más poderosas de la Tierra y de las colonias influyentes del espacio exterior, conocido como La Unión. El progreso se impuso por las armas, aplastando discursos, utopías y demagogias en un mundo donde las buenas palabras ya no engañaban a nadie, donde los actos eran la única verdad que prevalecía. Sin embargo, parte de las denominadas Naciones Americanas, rechazó la Constitución del Milenio y las leyes, derechos y obligaciones que promulgaba.

La guerra continuó.

Finalmente, tras la legendaria batalla de La Roca, llegó la ansiada paz. La Unión se impuso, acabando con la milenaria dominación americana. La paz, regida por el riguroso control gubernamental del Consejo Supremo de La Unión, trajo años de prosperidad y renovadas esperanzas. La línea Sigfrido mantuvo rutas directas desde la Tierra hasta planetas como Pangea y Orión, el comercio floreció donde antes nada hubo y surgieron nuevas oportunidades. La investigación y colonización del universo continuó su ritmo, descubriendo mundos que habitar, donde expandirse y establecerse. Pero siempre, para los que habitaban el espacio exterior, vivieran donde vivieran, la Tierra era el gran referente y habitarla, una ilusión. No había otro planeta igual, tan verde, tan azul, tan lleno de vida. Un sueño difícil de alcanzar, cuando no imposible. Las exigencias eran muchas y el precio elevado.

La madre Tierra es para los elegidos.

Siete años después del armisticio, los temidos Centuriones de Orión siguen combatiendo en planetas desconocidos; rebeldes que buscan su propio destino fuera de las leyes de la Constitución del Milenio, reivindicando su derecho a vivir en la Tierra y a gobernar los planetas conquistados o colonizados por lo que denominan Naciones Americanas.

Los tiempos cambian, el mundo evoluciona, la vida continua... y los caminos del Señor siguen siendo inescrutables.

Capítulo 1

PLANETA Z

Aquel era un día muy triste para la joven Amaia Osaka. Con la cabeza decaída y la mente en blanco, oía sin escuchar las palabras del doctor en bioingeniería. Se acarició de forma leve su larga melena lisa, rosa, y se limpió unas lágrimas que amenazan con romper en sus inquietos ojos rasgados. El claustro había acordado terminar antes las clases en la universidad, para que los alumnos pudieran rendir homenaje a un grupo de siete trabajadores, los cuales habían fallecido en un fatal accidente, al caer un andamio. Una de las desgraciadas víctimas era Christian, un muchacho de apenas 20 años, que le gustaba a ella, que la hacía reír, al que quería. Fueron grandes amigos y quizá, a saber, algún día hubieran llegado a ser novios, marido y mujer. A la terrible desgracia se sumaba la desaparición de dos mellizos de apenas diez años, en los rápidos que descendían hasta el lago. Hacía tres días de ello, mientras practicaban kayak les sorprendió una terrible tormenta y desaparecieron. Los equipos de rescate no habían dado con los niños y aunque nadie quería pensar que hubieran fallecido, las posibilidades eran muchas.

Amaia miró alrededor, con la tristeza reflejada en su hermoso rostro. Se fijó en las paredes de hormigón blanco del edificio, en los viejos pupitres de metal y metacrilato, en la pizarra virtual, en las pantallas transparentes de los ordenadores, en el pequeño androide que acompañaba las explicaciones del doctor, hasta que posó su mirada más allá de la ventana. Fuera, en la distancia, podía ver los bloques prefabricados de la gran colonia, todos iguales, edificados cada uno con su respectivo reflejo en la acera de enfrente. Miró las aburridas formas cúbicas de las viviendas, las paredes inteligentes de metal, cemento y cristal; las vulgares vallas de madera que las rodeaban y el verde de los jardines. Todos los apartamentos tenían mucho césped, así como algún arbusto floreado que los adornaban. Vagando con su mirada triste, pudo ver un hombre de tez morena que asomaba la cabeza y unas enormes tijeras por encima de una valla, podando los excesos de un árbol.

Bajó la vista, apretando los labios presa de la desdicha.

Nada le gustaba, todo lo odiaba y más en aquel doloroso día.

Nada era autóctono, todo importado, incluso el césped. Y aquello no era una verdadera universidad, tan solo una especie de sucedáneo educativo de altos muros para los hijos de los colonos, el cual se alzaba en la periferia de la colonia. Tendría que convalidar los estudios en Pangea, nuevos exámenes, cuando sus padres regresaran, acabada la misión de habitabilidad que les había llevado hasta aquel insípido planeta.

Le llamaban Planeta Z en honor a su descubridor, un tal Zacarías. Para ella, el planeta no prometía nada interesante, incluso le parecía un tanto despectivo. Solo era una gran plantación de maíz, arroz y patatas. Las temperaturas cálidas, su tierra provista de nutrientes y la abundante presencia de agua lo convertían en un objetivo de colonización para La Unión. Las posibilidades comerciales que ofrecía para la seguridad alimentaria de otros planetas habitados podían ser muchas, especialmente para la explotación agrícola.

Amaia resopló tristonamente. Sentía que todo lo que la rodeaba en Planeta Z era mentira, ante su vista no había nada natural. Ni el bosque, ni el parque, ni las flores... Nada. Sabía que más allá de la colonia y de los extensos campos de sembrados, se encontraba la verdadera naturaleza salvaje y, a menudo, pensaba en perderse en busca de vida, de algo que la emocionara. Si eso era posible, pues en los cuatro años que llevaban allí, las expediciones científicas no habían encontrado indicios de fauna superior con vida, solo algunos grupos taxonómicos de pequeños invertebrados. Entre la vegetación del planeta, abundaban unas extrañas plantas a las que llamaban vulgarmente leños, por su parecido a los troncos resacos de los árboles de la Tierra; aunque no tenían ni ramas ni hojas, sino que estaban provistas de largos filamentos verdes y fibrosos, los cuales hacían una función semejante a la fotosíntesis de la clorofila. Más allá de las plantaciones, cerca de un enorme lago, estas extrañas plantas formaban extensos bosques con alturas de hasta veinte metros o más. También abundaba el matorral de sotobosque y un sinfín de lo que se podrían clasificar como herbáceas, especialmente una amapola muy bonita, con una flor azul turquesa; especie que la joven disfrutaba a menudo en infusiones y que quizás era lo único que le agradaba del planeta, pues la relajaba, calmando su frustración, sus ansias por dejarlo todo atrás, por olvidar.

Amaia llamaba al Planeta Z con el triste sobrenombre de Planeta Muerto. La ausencia de fauna superior desconcertaba más si cabe a su padre, el Dr. Osaka, responsable de los proyectos de biodiversidad del planeta, al que solía ayudar a buscar una explicación, pues habían hallado numerosos fósiles de diferentes géneros y especies de vertebrados. El planeta, en verdad, era un gigantesco cementerio, un enorme yacimiento, lo que constataba que había estado habitado en otras épocas por una abundante y diversificada fauna. Todo indicaba una extinción en masa. Las investigaciones se centraban en descubrir la causa, el por qué había desaparecido del planeta tanta vida y solo sobrevivían algunas especies de invertebrados.

Tras el fatal accidente, Amaia había perdido cualquier interés, incluso el de ayudar a su padre a desvelar aquel misterio que antes la fascinaba. Ahora le daba igual la colonia, el planeta y su extinta fauna. Solo deseaba regresar a Pangea, donde había dejado su vida, sus amigos y el ocio

de su juventud; donde podría olvidar, estudiar en serio, prosperar de verdad y, quizás, algún día, poder visitar la añorada Tierra. En aquel planeta solo su amigo Christian la había hecho feliz y ahora estaba muerto.

¿Por qué? ¿Para qué? —se preguntó en silencio—. Por nada, para nada.

Y una lágrima tras otra, recorrieron sus mejillas.

—Amaia, ¿estás bien? —le preguntó el doctor, interrumpiendo la ponencia.

—Sí, sí —aseguró ella, limpiándose la cara.

—Si quieres, puedes salir. No es necesario que esperes a que termine la clase. Siento mucho lo de Christian, sé que erais muy buenos amigos.

Amaia accedió con gusto a abandonar las clases. Paseó por las anchas calles en dirección a su vivienda. Apenas se veía gente, la consternación y el luto era oficial en la colonia. No en vano, aquellas desgraciadas muertes eran las primeras que acontecían en Planeta Z. En los cuatro años de colonización, no había fallecido nadie y los colonos no sabían o no podían encajarlo. Nadie había ido allí a morir, sino a colonizar un planeta. La mayoría, con idea de iniciar una nueva vida, se habían trasladado con sus familias y bienes. Otros solo estaban allí de paso, eran los biólogos y demás profesionales encargados del estudio científico y desarrollo de la habitabilidad en el planeta.

La joven llegó a su apartamento y entró en el recibidor, blanco y aséptico como la sala de un hospital, y dejó la bandeja de estudios sobre una alargada mesa. Un *bip bip* sonó de inmediato y un escáner la recorrió el cuerpo con sus apenas perceptibles luces verdes.

—Bienvenida, señorita Amaia. Son las 12:30 horas —sonó en la entrada.

El sistema de control y seguridad acababa de reconocerla y registrar su hora de llegada.

La joven penetró en la vivienda ignorando la voz artificial, dando un resoplido agobiado, hasta llegar a la cocina. Abrió un cajón y pulsó un delicado mando situado en la pared. Observó por un momento, con desgana, desplazarse una pequeña trampilla y surgir un vaso y, después, un chorro de agua hirviendo que lo colmaba. Vació dos cucharadas de hierbas de amapola en el vaso y removiò. Miró sin expresión aparente cómo el agua se tintaba de un color azul muy suave. La infusión estaba preparada. Su cuerpo pronto podría relajarse y, quizá, dormir.

Bebió lentamente, soplando, y dejó el vaso vacío sobre la mesa.

—¿Ya estás aquí, hija? —preguntó su madre, de pronto, entrando en el apartamento seguida de una ginoide que portaba la compra en una mochila adosaba en la espalda.

Amaia no contestó.

—Bienvenida, señora Osaka. Son las 12:38 horas —sonó de nuevo.

—¿Estás bien? —preguntó la mujer, preocupada por su hija.

—Estoy bien, mamá —respondió ella, tristonamente.

—Anda, descansa un poco, ya te aviso cuando sea la hora.

—No quiero ir al funeral. ¿Por qué los tienen que enterrar aquí? ¿No pueden llevar sus restos a Pangea, con sus familias?

—Hija —suspiró la madre.

—No, claro. Resulta muy caro. ¡Que se pudran en este asqueroso planeta!

La señora Osaka suspiró, sabía muy bien de la pena de su hija.

—¿Cuándo regresaremos a Pangea? —preguntó Amaia.

—En cuanto tu padre termine sus investigaciones.

—Ya catalogó la fauna y flora de este planeta. No es tan difícil. ¡Solo están esos leños, algunos hierbajos y cuatro bichos!

—Hija, tu padre está tratando de averiguar lo de esa dichosa extinción, lo necesita para concluir el trabajo. Podrías ayudarlo. Ya sabes que le encanta verte a su lado y te vendría muy bien para tus estudios, para despejar la mente.

—¡Bah! Tampoco será tan importante para la habitabilidad del planeta ni nos atañe; total, para sembrar mazorcas, arroz y patatas. Deberíamos regresar. Está obsesionado y, fuera lo que fuera, ocurrió hace 15.000 años. Ni siquiera había salido el hombre de la madre Tierra.

En ese momento se escuchó la puerta y, al momento, el sistema de control y seguridad.

—Bienvenido, Dr. Osaka. Son las 12:45 horas —sonó tras el pequeño destello verde.

El Dr. Osaka entró con prisa, mucha prisa, con un saco lleno y sucio de tierra sobre la espalda, y cruzó rápido ante ellas sin decir nada, sudando con cara de espanto.

—Cariño, tienes que cambiarte. Tenemos que ir al funeral —le recordó la señora Osaka.

—Yo no podré ir —aseguró él, encerrándose en el laboratorio del sótano.

—Si papá no va, yo tampoco —aseguró Amaia y le siguió.

La joven se acercó a la puerta y la entreabrió, curiosa ella.

—¿Qué has encontrado? —preguntó, entrando en el laboratorio de su padre.

Él la miró con los labios torcidos y un ligero temblor del párpado izquierdo.

—¿Me lo vas a decir o tengo que sonsacártelo? —insistió Amaia con una ingenua sonrisa.

—¿Cómo estás? —le contestó su padre, ignorando la pregunta, tratando de aparentar cierta tranquilidad—. Ha sido un duro golpe para todos, pero sé que para ti debe ser horroroso. ¿Amabas a ese joven?

—No... Sí... No sé. Era mi amigo —respondió ella, con amargura.

—Quiero que prepares tu maleta, recoge solo lo necesario para el viaje.

—¿Cómo? —preguntó Amaia, sorprendida.

—Regresas a Pangea, con tu madre. ¿No es lo que querías? Aquí no tienes futuro, en una colonia olvidada por todos. Tienes que regresar a la civilización, donde podrás ser feliz.

—Papá...

—No pierdas tiempo, esta misma tarde sale un transbordador. No quiero que te marchites en este lugar.

—Pero, ¿no sale de aquí dos semanas? Y, ¿por qué no vienes con nosotras? Aquí ya está todo hecho, tu trabajo está terminado y mamá no querrá venir. ¿Cómo te va a dejar solo?

El rostro del Dr. Osaka se contrajo con cierta preocupación.

Entonces, Amaia vio que dentro del saco sucio se movía algo grande.

—¿Qué es eso? —preguntó la joven.

—Olvida ese saco...

—¿Has encontrado algo interesante con vida?

—Hazme caso, ve y comienza a preparar la maleta. Debéis ir a la sala de embarque cuanto antes —ordenó el doctor. Acto seguido, tomó su pantalla virtual de análisis y comenzó a revisar datos, llegando a abstraerse por completo, sin dejar de sudar.

—Papá, ¿qué está ocurriendo?

—No preguntes, hija, por favor. Hazme caso.

—¿Qué has encontrado? —insistió Amaia.

—Un bicho... Solo eso. Pero este hallazgo significa que tendré que alargar un tiempo más mi estancia en este planeta, hasta que pueda describirlo y...

Amaia se acercó al saco que permanecía sobre la mesa de estudio, para ver lo que había dentro, pero su padre se interpuso de inmediato en su camino, serio como nunca le había visto.

—Papá, ¿qué hay en el saco?

—Amaia, debes hacerme caso. ¿No entiendes?

—No nos iremos sin ti. Yo no —dijo la señora Osaka, entrando como enfadada con lo que acababa de oír.

—¡Por Dios! ¿Estáis sordas? ¡Debéis marcharos! —gritó el doctor, perdiendo las formas.

Madre e hija retrocedieron, perplejas.

Osaka nunca les había gritado.

El saco cayó al suelo de la inercia del movimiento provocado por lo que fuera que contenía y se escuchó como un triste gemido. Los tres fijaron la mirada en ese saco sucio que no paraba de

agitarse de forma lenta, pero continua. Amaia sabía que el motivo de los temores de su padre y del inesperado regreso a Pangea estaba ahí, oculto a su vista. Y fue a cogerlo, decidida.

—¡No! —gritó el doctor, nervioso, y la empujó con violencia—. ¿Me vais a hacer caso de una vez o tengo que enfadarme de verdad?

Madre e hija permanecían atónitas.

—Osaka, me estás asustando —susurró la madre.

Por unos momentos cruzaron sus miradas y el doctor, temblando el mentón, comenzó a llorar, con las manos en la cabeza, y se apoyó contra la pared, nervioso.

—Creo que he descubierto lo que pasó, la extinción. Tenéis que salir de este planeta de inmediato —dijo el Dr. Osaka—. Yo he de quedarme, esta gente va a necesitar ayuda y mucha. Ahora, dejadme y preparar vuestras maletas. Tengo que trabajar. Daros prisa, posiblemente, en estos momentos, no seréis las únicas personas de la colonia que estén haciendo las maletas de forma precipitada.

—Si tan grave es, deberíamos avisar a las autoridades —expuso Amaia.

—Hija, las autoridades ya lo saben. Pero en ese transbordador no hay sitio para toda la colonia, solo para 156 personas, por eso sale de forma precipitada, dentro de nada, sin avisar.

—Pero, papá, tienes que decirnos lo que pasa —insistió Amaia de nuevo.

—Por favor, no me hagáis esto... Preparad vuestras maletas y os llevaré hasta la puerta de embarque antes de que resulte imposible.

—Vamos, hija, haz caso a tu padre —ordenó la señora Osaka.

Por la ventana de la habitación, Amaia veía a los vecinos andar por las anchas aceras en diferentes direcciones, solos, en parejas, en pequeños grupos, con sus androides, con sus hijos; observó los vehículos levitar calle arriba, calle abajo... Y miró a su madre, preocupada.

Ambas cruzaron la mirada y ninguna dijo nada, pero una sensación de pena y desasosiego arraigaba en ellas. En la colonia vivían cerca de doscientas mil personas, tal vez más. ¿Qué iba a ser de ellas? ¿Qué estaba pasando? Su padre la obligaba a huir de allí con su madre. No había duda: estaban huyendo. Algo terrible pasaba. ¿Y toda esa gente, sus vecinos y amigos? Mientras estos se preparaban para asistir al funeral de los fallecidos en el trágico accidente, ellas empacaban las maletas para abandonar el planeta a la carrera.

—Por favor, daros prisa. Voy a preparar el vehículo —insistió el Dr. Osaka, saliendo corriendo de su despacho.

Amaia tragó saliva y aceleró con la maleta.

Ajenos a las prisas de la familia Osaka, en la sala mortuoria del hospital, dos enfermeras terminaban de preparar los cadáveres para el funeral. No había autopsia, era innecesario. Al ser trasladados hasta la morgue, los cuerpos presentaban las terribles secuelas del impacto tras veinte metros de caída libre; ahora, parecían estar vivos. Las enfermeras, a pesar de no ser expertas en técnicas funerarias ni en tanatoestética, habían sabido ocultar bien los efectos de la tragedia con aguja, hilo y un excelente maquillaje. Después, les habían vestido con unos uniformes blancos, sencillos y elegantes, de uso común en la colonia.

—Algún día tenía que morir alguien en este planeta —murmuró una de las enfermeras, al ver la cara de pena de su compañera ante el cadáver de Christian.

—Era tan joven —murmuró la otra—. ¿Cómo pudo pasar?

—Se rompió una correa de seguridad y cayeron del andamio. No le des más vueltas.

—¡Qué pena!

—Alégrate por los dos que lograron sujetarse —dijo el doctor forense, llegando hasta ellas, mientras revisaba los cuerpos por encima.

—Sí, pero es un trauma para todos —respondió la enfermera—. Y espera a ver qué ocurrió con esos niños que desaparecieron en el río, si los encuentran.

—Creo que tendremos que acostumbrarnos de nuevo a la muerte. Llegarán enfermedades, más accidentes y la vejez. Parece que cuatro años de tranquila colonización, sin ningún fallecimiento, ha hecho olvidar a muchos que todos morimos —expuso el doctor.

—¡Doctor! —exclamó un bedel, entrando acompañado por dos agentes de la gobernación de la colonia.

—¿Qué ocurre? —preguntó el doctor.

—El gobernador ha ordenado la incineración inmediata de los cuerpos.

—¿Qué? ¿Cómo es posible?

—Eso me ha dicho: que sean quemados ya mismo —insistió el bedel.

—Falta un cuarto de hora para el funeral, todos los familiares y amigos... La sala de oficios está llena de gente, esperando para despedirles. ¿Cómo vamos a quemarles ya? ¿No puede esperar una hora a que acabe todo? —dijo una de las enfermeras.

—A mí también me parece raro, pero es lo que hay —insistió el bedel.

—Vale pues. Ahora, vuelve y dile al gobernador que los quemaremos en cuanto acabe el funeral y que tenga en cuenta que las explicaciones deberá darlas él, pues mañana está prevista una homilía privada en la iglesia. Además, algunas familias no quieren incinerarles, quieren llevarlos al camposanto, que para eso se edificó, aunque esté vacío. Y si quiere que los queme ya,

con tanta prisa, que me traiga una orden por escrito, que yo no quiero problemas con los familiares y sus abogados —dijo el doctor—. ¿No viene él al funeral?

—No. Está muy ocupado, se quedó recogiendo sus cosas del despacho. Creo que se marcha de vacaciones o no sé...

—¿De vacaciones? ¿A dónde? ¿Al Caribe? —sonrió el doctor, con sarcasmo.

El bedel alzó los hombros con una mueca de “no sé”, sin darle más importancia.

—Nosotros necesitamos las cenizas —dijo uno de los agentes.

—Mateo, te las doy después del funeral, no te preocupes —aseguró el doctor, con cierto hartazgo—. ¿O las quieres ya?

Entonces entró un hombre vestido de riguroso luto.

—La sala está llena, en cinco minutos empezamos la ceremonia —dijo acercándose a uno de los cadáveres—. Y ciérrele los ojos al muchacho, que así impresiona y mucho.

El doctor se acercó, se fijó en el cuerpo de Christian y vio los ojos abiertos. Pudo observar, con cierto rechazo, ambas escleróticas con un color rojizo y el iris y la pupila gris velado. Hubiera jurado que los fallecidos tenían los ojos cerrados. Con la mano bajó de nuevo los párpados.

—Preparadlo todo para llevarles al funeral —ordenó el doctor a las enfermeras—. Esto ya está, salgamos de aquí. Necesito un trago. ¿Me acompañan?

—Pues sí, no nos podemos ir sin las cenizas —dijo uno de los dos agentes.

—Está bien, esperaremos a que acabe el funeral. Pero luego, se tienen que incinerar sin más dilación, no quiero problemas con el gobernador —asintió el otro.

El doctor abandonó la sala mortuoria, seguido del bedel y los dos agentes.

Las enfermeras dieron un ligero retoque a los cuerpos, a los féretros y a las flores, y los trasladaron, uno tras otro, hasta la sala de oficios donde los presentes esperaban, dejando los siete cadáveres cerca de un altar, en paralelo. Y se alejaron un poco, esperando la llegada de los familiares que debían honrarles y llorarles.

Apenas pasados unos minutos, mientras la gente murmuraba la tragedia y sus penas en la sala de oficios, los ojos del cadáver de Christian estaban de nuevo abiertos. La esclerótica estaba mucho más rojiza, por completo sanguinolenta, como si sufriera una hemorragia subconjuntival. De pronto, entreabrió la boca, emitiendo un leve jadeo angustioso conforme sus dedos comenzaban a estirarse...

Las maletas ya estaban cargadas en el vehículo que levitaba en silencio ante la puerta del apartamento. Amaia y su padre esperaban en el recibidor, solo faltaba que la señora Osaka saliera

de una vez del cuarto de aseo. Con cada minuto que pasaba, el doctor se ponía más nervioso y miraba a todas partes, como temiéndose una tragedia, como sabiéndola y siendo consciente que nada podría impedirla.

—Quizás sea mejor que te lleves lo que tengo a Pangea —dijo de pronto.

—Papá, deberías explicarme lo que pasa. ¿No tienes una copia digital?

—No, no hay tiempo... ¡Espera! ¡Sí! Ahora vengo, te traeré unos documentos. Los revisas durante el viaje y no dejes que caigan en manos de nadie. Entrégaselos a la Dra. Megan Hunter, del Instituto Superior de Salud Interestelar.

Amaia asintió, sin decir nada, viendo a su padre dirigirse por el pasillo hacia el despacho.

—¡A nadie más! —le instó el doctor, desapareciendo de su vista.

La joven, presa de la curiosidad y sin poder contenerse, bajó corriendo al laboratorio del sótano. Vio que estaba todo desordenado, papeles por todos lados y las tablas virtuales abiertas, con numerosa información reflejada. Y se fijó en el saco, allí tirado en un rincón. Fuera lo que fuera lo que había dentro, no paraba de agitarse, pero de forma lenta. Se agachó y miró el nudo de la cuerda, tiró de un extremo y abrió con mucho cuidado.

Una mano huesuda y de color verdoso, con evidentes signos de descomposición apareció de pronto, sujetándola del pelo y tirando de ella hacia delante. Un hedor nauseabundo inundó el laboratorio, a la vez que un grito desgarrador salió de la garganta de Amaia. Su padre entró en ese momento. Se acercó veloz a ella, la agarró del brazo y tiró con fuerza, para caer los dos al suelo, quedando sentados contra la pared. El saco se removió y asomó la cara de un niño, podrida, sin apenas pelo, ni labios y mordiendo el aire con aquellos dientes negros. Sus ojos eran rojo sangre, ni rastro de la esclerótica blanca, con el iris y las pupilas grises. Al momento, el horroroso ser salió del saco, para arrastrarse por el suelo dejando un rastro purulento, hasta que se puso en pie, vestido tan solo con un bañador, mostrando su cuerpo hinchado y amoratado. Se encaminó gimiendo como un alma en pena hacia el doctor y su hija, la cual, totalmente atónita, era incapaz de apartar la visión de aquella cosa que se les acercaba. Acongojada y petrificada, no podía menear ni un músculo de su cuerpo.

Amaia notó el tirón que le propinó su padre y, ambos, corrieron escaleras arriba para salir del laboratorio. El doctor cerró la puerta de golpe.

—Papá, ¿es uno de los mellizos? —murmuró la joven, comprendiendo que esa cosa no muerta o no viva, era uno de los niños que habían desaparecido en el río, o debía de serlo.

—Te dije que no abrieras ese maldito saco. ¡Vámonos, tu madre ya salió!

El vehículo se alejó, dando un bandazo de la potencia que imprimió, dejando tras sí un destello luminoso. Amaia permanecía temblando, lo que había visto no podía ser, pero era. Se fijó al frente, un tremendo alboroto se apreciaba en dirección hacia hospital, donde debía estar realizándose el funeral. La gente corría desde aquella zona por las calles, como huyendo de algo. Dos vehículos les sobrepasaron veloces, saltándose los límites de velocidad y los carriles de fluctuación, provocando un accidente que el doctor logró esquivar por muy poco.

La vista de Amaia quedó perdida a través de la ventanilla, con la mente bloqueada y los labios entreabiertos. No por el accidente, sino con Christian, el joven que la había enamorado, pues deambulaba por una de las calles y parecía mirarla fijamente, con un deseo furioso en su interior. Quedó aterrada al ver aquel cuerpo cubierto de sangre, con aquella cara pálida al extremo, de marcadas venas grisáceo-verdosas, con los ojos perdidos en el interior de las cuencas oculares, los labios amoratados e hinchados; con esa expresión tan horrible. Y gritó al percatarse que en la mano llevaba un brazo amputado.

El Dr. Osaka aceleró lo más que daba de sí el vehículo, uniéndose a una loca carrera por llegar lo más rápido posible al transbordador espacial, conforme comenzaron a oírse disparos y aterradores gritos por doquier en la, hasta entonces, tranquila colonia de Planeta Z.

Capítulo 2

EXPLORER 1

En una caverna hecha gimnasio, iluminada tenuemente por pequeñas velas, el coronel Markus Kravent realizaba sus ejercicios en el suelo de mármol impoluto. Mantenía los ojos cerrados, exhalando de forma pausada con cada flexión. Arriba y abajo. El sudor bañaba su cuerpo musculado, cien dragones rodeados de espinas, calaveras y espadas se veían tatuados en su torso desnudo y en sus brazos. Una suave neblina de aire caliente invadía el lugar con su olor a incienso. Tres mujeres hermosas, de grácil apariencia, pelo recogido y vestidas con uniformes penitenciarios color amarillo, permanecían esperando al lado de una mesa de piedra; donde estaban situados dos juegos de toallas, una jarra de cristal llena de agua y un vaso vacío.

—¡Coronel! —entró de pronto en el gimnasio otra mujer, que vestía igual que las demás.

—¿Qué ocurre? —preguntó Markus y la miró de soslayo, alzándose tranquilo.

Anduvo altivo y se acercó a la mesa de piedra. De inmediato, una de las mujeres le ofreció un juego de toallas, mientras otra le servía un vaso con agua. Tomó la toalla y comenzó a limpiarse el sudor de la cara, para seguir con el torso.

—Una nave, mi señor —le informó ella y agachó la cabeza.

—¿Una nave? ¿Y...?

—No es la Migra SIV. Parece una nave de combate... Un modelo antiguo.

Markus le alzó la cara, posándole la mano en el mentón, y profundizó en aquellos ojos azules, limpios y hermosos, pero llenos de pena, temerosos. Acarició la cabeza de la joven con cierto cariño, como si fuera su amado padre o dueño amable.

—¿Cómo sabes eso?

—Es lo que han oído, lo que he oído, coronel —respondió la muchacha.

Markus bebió, por dos veces le colmaron el vaso.

—Vaya, hace años que nadie nos visita. De hecho, no recuerdo a nadie que no llegara en la Migra SIV. ¿Quién puede ser? Es más: ¿quién puede querer visitarnos? —preguntó Markus con cierto sarcasmo y bebió de nuevo.

—Están preparando un transbordador para traer esa nave hasta aquí, coronel. Parece que navega a la deriva, está enviando señales de ayuda en un código que no entiendo. Se identifica como 666S, parece un protocolo militar.

Markus alzó el entrecejo hasta lo más alto al escucharla.

El vaso cayó al suelo, quebrándose y salpicando el agua.

—¡Rápido, mi uniforme! —ordenó y dos de las mujeres salieron corriendo.

Ajustándose la camisa azul del uniforme de Policía Militar del Ejército de La Unión, Markus recorrió a marcha forzada los asépticos pasillos iluminados de blanco y entró en la oficina del alcaide de aquella gigantesca cárcel en que se hallaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó de inmediato.

Un hombre delgado al extremo, de avanzada edad, calvo, de ojos saltones y mirada profunda clavó su mirada en él. Vestía con un extravagante uniforme gris y altas botas negras. En su muñeca izquierda, un dispositivo de bioingeniería con dedos metálicos sustituía la mano. Era George Kravent, dueño de aquel planeta prisión y, además, el padre de Markus. Avanzó sin contestar y apoyó la mano derecha en el costado, mirando como examinándole.

—Parece que tenemos novedades —contestó, ladeándose altivo.

—¿Es verdad? —preguntó Markus.

—¿El qué?

—Lo que me han dicho... El código de identificación.

—Un día le cortaré la lengua a tus putas acólitas, Markus. No me gustan que estén siempre espiando, aunque lo hagan para ti.

—Ya veo, es verdad. ¡Es ella!

—No lo sabemos, voy a salir al exterior. Lo comprobaremos.

—¿Tú vas a salir? Te acompaño.

—No es necesario.

Markus no dijo nada más. Por el contrario, se ajustó la chaqueta del uniforme, comprobó su arma y quedó esperando los movimientos de su padre.

—Está bien, pero no subirás en el transbordador ni a esa nave. Puede sufrir alguna infección o a saber qué —le dijo el alcaide—. Puedes ir en uno de los cazas escolta, con el capitán Spencer quizás.

—Prefiero ir con Erika.

El alcaide se pasó la mano por el mentón, alzó una ceja y, sin hacer más caso a las palabras de su hijo, pues sabía que haría lo que le viniera en gana, salió de la oficina. De inmediato se le unió una guardia privada formada por cuatro hombres armados con subfusiles atomizadores y protegidos con chalecos blindados y cascos.

Markus corrió por los pasillos hacia los hangares, con una mueca alegre de satisfacción. Se alzó la muñeca y habló por su intercomunicador, pero nadie contestó.

—Vamos, Erika, responde. No se te ocurra salir sin mí. El viejo me ha enviado para que te acompañe, es una orden —insistió.

—¿Una orden? Markus, siempre igual. ¡Ya tardas! Estoy a punto de salir. ¿Por qué no marchas con tu padre? —escuchó finalmente.

—Me gusta más tu compañía.

Erika, una joven oficial, recién ascendida a capitán de la guardia militar del planeta, levantó la mirada hacia el techo de su caza de combate, modelo Spitfire UK 3500, y resopló. Luego, sonrió con una extraña mueca. Le encantaba que Markus la acompañara, pues le odiaba tanto como le amaba. ¿Cómo podía rondarla y después revolcarse con vulgares presidiarias?, se preguntó y resopló de nuevo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó el sargento artillero del caza.

—Esperamos a Markus... Viene con nosotros —contestó Erika, de mala gana.

—No sé por qué no le mandas a la mierda de una vez.

—¡Es el hijo del alcaide! ¡Y coronel! ¿Quieres que me crujan?

El sargento quedó en silencio.

—Ya llega —les avisó el copiloto.

Markus entró en la nave y se acercó al copiloto, le dio una pequeña palmada en la espalda y le instó con la cabeza que le dejara el sitio. Luego se sentó al lado de Erika. Ella ni le miró, solo accionó los mandos y las compuertas del caza se sellaron, a la par que comenzaba a levitar con un poderoso siseo que iba a más.

—¿Es verdad? —preguntó Erika.

—¿El qué? —respondió Markus con cara de no saber nada.

—666S.

—¿Qué es eso?

—No me tomes por estúpida. ¡Markus! ¡Mira que te gusta enfadarme!

Él sonrió travieso y miró al frente.

La nave salió veloz del hangar, tras el transbordador y el otro caza, los cuales se veían a través de las escotillas ya lejanos, en la oscura distancia del espacio.

—Aquí transbordador espacial Marcille IX: le habla George Kravent, alcaide general del Centro Penitenciario Interestelar Kravent, solicito clave de identificación y código personal.

No obtuvo ninguna respuesta.

—Está entrando en un área reservada sin permiso. Debe identificarse de inmediato o procederemos al bloqueo de la nave y al arresto de su tripulación —insistió el alcaide.

Todos escuchaban atentos, tanto en el transbordador como en los dos cazas escolta.

—Les advertimos que estamos autorizados para abrir fuego. ¿Tienen algún problema? ¿Hay alguien ahí? ¿Alguien me escucha? —insistió de nuevo el alcaide.

Nada, ni una señal de vida.

Silencio.

—Crucero Senator. 666S. Explorer 1. SOS —se escuchó de pronto con voz de mujer.

—Es la señal de socorro que recibimos en Kravent. Una grabación estándar que nos indica el nombre del crucero interestelar al que pertenece, el código de identificación de su capitán y el nombre de la nave. Puede que no esté tripulada o que estén todos muertos. Es un modelo antiguo a la deriva, a saber el tiempo que lleva en el espacio —dijo el capitán del transbordador.

—No... 666S no es un código estándar, sino militar y pertenece a una persona muy en concreto —le corrigió el alcaide—. Además, esa Explorer 1 es un viejo modelo Spitfire UK 3000 y todos fueron reciclados tras la guerra como naves exploradoras o sirven en cruceros civiles.

El capitán del transbordador no dijo nada más, preso de su ignorancia.

—Pero vosotros... ¡Qué vais a saber de códigos, de servicio militar ni de honor! Hace siete años que acabaron las Guerras de La Unión y ya olvidasteis lo que pasó, los que lucharon y murieron para que ahora pudierais tener un futuro en libertad. ¡En esa guerra perdí mi mano y pude perder la vida! ¿Y para qué? ¡Bah! —espetó mostrando bien en alto su mano biónica.

—Lo siento, alcaide. Yo estaba en la Academia, no pude tener el honor de combatir —se disculpó el capitán.

—Celébralo, estúpido. Seguramente ahora estarías muerto y créeme, a nadie le importaría. Acércate a esa nave y bloquéala. Mete dentro una cámara Spy F5 y veamos lo que esconde ese viejo Spitfire. ¿Explorer 1? Revise el programa espacial, busque en las rutas interestelares el nombre del crucero Senator, a ver qué encontramos.

La Explorer 1 fue interceptada en el espacio, de forma lenta y armoniosa, por el poderoso brazo de sujeción del transbordador Marcille IX, el cual se colocó a su lado. Entonces, un pasillo se desplegó desde la puerta lateral de embarque del transbordador hasta la escotilla principal de entrada de la nave sin rumbo.

Markus y Erika, desde uno de los cazas que hacían de escolta, como el resto de la tripulación, observaban atentos las maniobras de conexión entre las dos naves.

—¿Estarán muertos? —preguntó ella.

—Espero que no —respondió él—. ¿No te gustaría conocer a la leyenda?

—¿No decías que no sabías nada?

—Estás muy guapa hoy. Podríamos quedar y cenar algo bueno.

—Estúpido —reaccionó ella, belicosa—. ¿De verdad? —preguntó después, confusa.

La Spy F5, una cámara inteligente del tamaño y con la forma de un balón de fútbol metálico, recorrió el pasillo que unía las dos naves espaciales. Levitó lentamente hacia la escotilla principal de la Explorer 1, emitiendo un ligero zumbido mientras grababa a su alrededor con diferentes lentes; escaneando cada detalle con luz infrarroja, buscando radiación corporal, analizando el ambiente, al mismo tiempo que registraba cada sonido y enviaba los datos a las pantallas de observación del transbordador, donde el alcaide seguía cada paso con suma atención.

—Pasillo despejado, ensamblaje correcto —aseguró el suboficial que controlaba la cámara.

El alcaide asintió y con un gesto de cabeza, ordenó continuar.

La Spy F5 se acercó a la escotilla principal, hasta quedar a la altura del código de control de apertura y, como atraída por un imán, se pegó a ella. Unos dígitos verdes aparecieron en la pequeña pantalla de la cámara, corriendo veloces, hasta que frenaron al unísono: 666S. La puerta se abrió, resonando con un chasquido metálico, y la cámara entró levitando, mandando información al control del transbordador, conforme analizaba todo.

Sin dejar de estudiarse con cierta picardía, Markus y Erika escuchaban por la frecuencia del caza los datos que iba dictando el suboficial del transbordador.

—No hay contaminación ni infección identificada. Los niveles de oxígeno son muy bajos. Parece que la nave está desierta, no se aprecian restos de la tripulación.

—¡Vaya! —exclamó Markus, remugando—. Nos quedamos sin acción, sin leyenda.

De pronto, la cámara Spy F5 emitió un largo pitido.

—Un momento, tire la cámara hacia atrás —escuchó Markus a través de la frecuencia.

—¿Qué ocurre? —preguntó de inmediato.

Nadie contestó.

—¿Alcaide? —insistió Markus.

Unos minutos de tenso silencio.

—Aquí el oficial al mando del transbordador Marcille IX a escolta 1 y 2, manténganse en alerta, a la espera de órdenes —se escuchó por la frecuencia de ambos cazas.

Y se cerró la comunicación.

—¿Qué? ¡Mierda! —exclamó Markus.

—Han encontrado algo y no quieren que sepamos más —apuntó Erika—. Seguramente los cuerpos sin vida de la tripulación. Una vez me ocurrió algo parecido, cuando servía en las rutas

interestelares de Pangea. Fue horrible. Tuvimos que sacar los cadáveres entre vómitos y arcadas. Mejor no escuchar más, es una suerte que esta vez sean otros los que tengan que sacarlos.

Markus quedó en silencio.

—No creo que al viejo le molestara que escucháramos eso —murmuró finalmente, con enfado—. El pitido de esa cámara parecía el aviso térmico de los infrarrojos y ese solo se dispara si encuentra un cuerpo que emite calor, un ser vivo.

En la pantalla del transbordador, el alcaide observaba atónito un cuerpo tumbado en el suelo de la Explorer 1. Sin duda se trataba de una mujer inconsciente; su melena era roja y muy larga y vestía un traje negro con botas militares, parecía un viejo uniforme de los Centuriones de Orión. Estaba viva, su calor corporal así lo indicaba a través de los infrarrojos. Pero lo que más le intrigaba era lo que la cámara había registrado al fondo de la nave, junto a una cápsula de salvamento donde se adivinaba otra persona. Parecía ser un depósito de oro.

Y meditó por un largo minuto. ¿Mercenarios? ¿Soldados rebeldes? ¿Piratas? ¿Quién es esa mujer y de dónde ha sacado ese oro?, se preguntó acariciándose la barbilla.

—Esto comienza a ser un protocolo reservado de máxima seguridad, deje de grabar —ordenó el alcaide a su capitán.

El tiempo pasaba, una hora larga sin novedad alguna. Markus no podía hacer más que remugar, mientras esperaba observando las dos naves ensambladas ante él.

—¿Dónde quieres que cenemos? ¿Carne o pescado? —preguntó de pronto.

—¿De verdad quieres que salgamos o me estás tomando el pelo otra vez? —expuso Erika.

—¿Cuándo te he tomado yo el pelo?

—Siempre. Además, ¿cómo quieres que salga contigo si luego te vas a la cama con esas presas que viven en tu mansión? ¿Quieres que todos se rían de mí otra vez? Eres un cerdo...

Markus sonrió.

—¿De verdad crees eso? —preguntó, estirándose en el asiento y posó la mirada en ella.

—¿Qué quieres que crea?

—No son mis esclavas sexuales, solo son mis sirvientas; cuidan de mí y yo hago que su condena sea más placentera en la prisión, sin agobios ni miedos.

—Ja, ja!

El pasillo que unía las dos naves comenzó a replegarse sobre sí mismo, para quedar plegado en el lateral de la Marcille IX mientras se afianzaban las sujeciones.

—Mira, ya está —dijo Erika.

—Atentos, regresamos a Kravent —escucharon los dos cazas escolta por sus transmisores, de forma escueta.

—Soy el coronel Markus, solicito información sobre lo hallado en el interior de esa nave, la Explorer 1 —replicó de inmediato.

—Negativo. Coronel, límitese a obedecer las órdenes —escuchó, era la voz de su padre—. Manténganse a la distancia reglamentaria y, una vez en destino, sin más novedad, rellenen el parte de salida y regresen a cumplir sus respectivas obligaciones.

—¡Mierda! —exclamó Markus consumido por la curiosidad, y observó por la escotilla al transbordador remolcar la nave interceptada.

—Es tu padre, habla con él, que te diga algo —apuntó Erika, curiosa también.

—Cuando el viejo me llama coronel, cuando usa mi rango, en vez de llamarme hijo, es mejor obedecerle —expuso Markus.

Nada más situar el caza en el hangar militar de Kravent, aún en marcha los propulsores, Markus saltó al suelo desde la escotilla principal y se dirigió hacia la salida. Conocía bien a su padre: lo que habían encontrado en esa nave tenía que tener su importancia para actuar así.

—¡Eh, Markus! —le gritó Erika.

Y él frenó.

—¿Quedamos o no? —preguntó ella, desconfiada, con ganas.

—Luego te llamo... O mejor quedamos mañana. Sí, mañana, esta noche igual al final tengo una cita —aseguró el coronel y prosiguió su camino.

—¿Con una de tus esclavas? —preguntó ella, con cierto despecho.

Markus frenó, tragó aquellas palabras sin volverse y continuó andando. Le hubiera gustado dedicar la velada a seducirla, a amarla. Erika era una mujer hermosa e inteligente que le atraía en demasía, algo cada día más difícil de ocultar, pero la curiosidad ante aquel hallazgo que pretendía esconder su padre, le pudo más.

El coronel tendría una cita, pero esa noche sería con su padre.

Erika tendría que esperar.

Tras cruzar la zona de hangares, con marcha rápida y un creciente enfado por sentirse ninguneado por su padre, Markus recorrió aquellos largos pasillos de luces blancas y llegó a las oficinas del alcaide. Entró saludando a la guardia privada, pero no le encontró. En su lugar estaba

un viejo conocido, al que no veía desde hacía mucho tiempo, pues siempre estaba ocupado en algún lugar extraño de la prisión, era su tío Marc. Sobre la mesa, una enorme piedra de oro puro desvió de inmediato su atención.

Quedó perplejo, mirándola.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó.

—Ahora viene —dijo Marc, que tenía otra piedra de oro en la mano.

—¿De dónde habéis sacado eso? Es oro, ¿no? —preguntó Markus.

—Sí, no cabe duda —asintió Marc—. Esa nave cargaba oro. Parece que nos hemos ganado el regreso a la madre Tierra; es una verdadera fortuna, nunca había visto nada igual.

Markus anduvo, dejándose iluminar por los destellos metálicos de las piedras de oro, comprendiendo el por qué su padre había cerrado las comunicaciones. Nadie debía saber donde habían hallado ese oro, pues les sería requisado al haberlo encontrado en una nave de La Unión a la deriva. Sonrió incrédulo ante la posibilidad de viajar a la Tierra y poder abandonar el planeta prisión donde vivía, salir aunque fuera por un tiempo de aquella ratonera infernal.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó el alcaide, con tono serio, nada más entrar en la oficina.

—¿No ibas a decirme nada? —replicó Markus.

—Esto es muy serio, hijo. Debo tomar una decisión y tendrá consecuencias. No quiero implicarte, vete con tus putas y disfruta de la noche.

Markus quedó en silencio, sin entender tanta seriedad.

—Padre —insistió, dejando claro su interés y que de allí no se movía.

—Siempre hemos querido vivir en la madre Tierra —contestó el alcaide, tomándose su tiempo—. Ahora podríamos comprar un permiso de residencia y viajar todos, incluso tu hermana y su hija. ¿Te imaginas? Con este oro podríamos tener una vivienda en una zona acomodada, tranquila, con piscina y árboles.

—Nos lo merecemos, son muchos años de servicio. Primero, en la guerra, donde tanto perdimos, y ahora aquí, en esta prisión que se nos lleva la vida —expuso Marc.

Markus vio cierta codicia reflejada en los ojos de su tío y en los de su padre, pero no dijo nada. Supuso que tenían razón. ¿Qué otra oportunidad se les presentaría para viajar a la Tierra, de hacerse con una vivienda, con una plaza de vida? Ninguna.

—Está bien, comprendo: debemos quedarnos con ese oro, mantener el secreto. Pero, ¿cuál es el problema? No vas a poder dejarme fuera de esto —aseguró Markus.

—En la nave había dos personas vivas —apuntó Marc.

—Eso lo cambia todo —aseguró Markus.

—Eso no cambia absolutamente nada —replicó de inmediato el alcaide—. Son desertores, mercenarios o ladrones que pretendían quedarse con ese oro y algo les salió mal. Además, esa mujer viste el uniforme rebelde de los Centuriones de Orión; se quitó los emblemas, pero reconozco ese maldito uniforme a una milla de distancia.

—El destino les ha enviado donde deben estar: a una prisión. Y a nosotros nos ha traído ese oro, recompensando nuestro sacrificio —apuntó Marc.

—¿Pensáis encerrarles aquí sin un juicio? —preguntó Markus.

El alcaide frunció el ceño, mostrándose como dubitativo.

Markus le miró extrañado, pues su padre no era persona de pulso débil, sino más bien todo lo contrario. Estaba claro que si decidían quedarse con el oro, los dos delincuentes, rebeldes o lo que fueran, pasarían el resto de sus días en la prisión de Kravent.

—Son una mujer y una niña. No necesitan juicio. Además, estoy seguro que de donde sacaron el oro hay más, mucho más: es oro puro de veta —expuso el alcaide.

—¿Eso son los delincuentes rebeldes? ¿Una mujer y una niña? ¿Queréis encerrar a una mujer y a una niña, así, sin más? —preguntó Markus, mostrándose disconforme.

—Deben morir —aseguró Marc, sin pestañear ni dejar de estudiar el oro.

—¿Vais a ejecutarlas? —se extrañó Markus, temiéndoselo.

—¿Se te ocurre algo mejor, hijo? —preguntó el alcaide.

—No son delincuentes, ese es el problema, ¿verdad? ¿Dónde están? —replicó Markus.

—En aislamiento —respondió su padre.

—¿Y ese código militar? 666S. ¿Es ella?

El alcaide no respondió.

—Padre, ¿es ella? —insistió Markus.

—No lo sé. Creo que no, es muy joven.

—En serio, padre, ¿qué piensas hacer? —preguntó Markus.

—La niña vivirá en la urbanización de oficiales con tu hermana y tu sobrina, es de su edad más o menos. Ya está hablado. En unos años no recordará nada de esto, de ese viaje, de lo que le haya pasado. De hecho, ahora mismo, el doctor dice que sufre amnesia aguda, así que no creo que se convierta en un problema —aseguró el alcaide.

—¿Y con la mujer?

—Aquí mueren decenas de personas al día y la culpa no es de nadie. Además, vestía con el uniforme de los rebeldes —apuntó Marc, dejando clara su postura.

—¿Queréis acabar con ella sin saber ni quién es? —preguntó Markus.

—¿La dejamos marchar y devolvemos el oro? —replicó el alcaide.

Markus conocía muy bien a su padre y sabía que no había vuelta atrás.

—Es una terrorista —apuntó Marc.

—Pero eso no lo sabemos cierto. ¿Y si fuera ella? —se planteó Markus.

—¿Qué pasaría? Nada. Todo el mundo cree que murió y muchos piensan que no era ni tan siquiera humana, sino una ginoide. Tenemos que acabar con ella de inmediato, no importa quien sea, antes que se convierta en un problema —aseguró Marc—. La niña nos dirá de donde salió el oro; tarde o temprano, recordará... o podemos hacerla recordar.

—Y luego, ¿la mataréis también? —preguntó Markus, como un imposible.

Su padre y su tío quedaron mirándole, sin palabras, pero sentenciando.

—No nos precipitemos —expuso Markus—. Tenemos que conocer todo lo referente a esa nave, a esa mujer y a la niña antes de tomar una decisión, para evitar posibles imprevistos que se vuelvan contra nosotros. ¿Quién nos dice que no avisó de su destino, carga y situación?

—Tienes razón, hijo. Primero, investigaremos —aseguró el alcaide.

—¿Cómo legalizaremos el oro? —preguntó Marc, dejando la piedra sobre la mesa.

—No será difícil, tengo el contacto apropiado —indicó el alcaide.

—Padre, esa mujer... —fue a insistir Markus.

—Hijo, tú no te preocupes por nada. Ahora, sé juicioso y piensa en una vida en la madre Tierra, lejos de este infierno, y déjanos hacer —le interrumpió el alcaide.

—Eso, nosotros tenemos que pesar y repartir el oro —aseguró Marc.

El alcaide alzó una ceja, para mirarle de soslayo sin intención alguna de repartir nada.

Con dos golpes de puño en la puerta, Markus entró en la habitación de Erika. Ella dio un salto de la litera y se cubrió con una camisa, de forma rápida, ocultando su cuerpo desnudo.

—¿Qué quieres? ¿No sabes llamar? —le espetó Erika y le lanzó una bota.

—He llamado. Vamos, vístete. ¿No querías cenar conmigo? —le preguntó él.

—No puedo, ahora soy yo quién tiene una cita.

Markus alzó las cejas y la miró como decepcionado.

—¿Quién es? ¿Así vestida? ¿Una cita con la almohada? —preguntó.

—Es más tarde, estúpido. ¿Acaso te importa? —respondió ella.

—No —mintió Markus, sin acabar de creerla.

—Vete —ordenó ella, dolida.

Markus se volvió y salió de la habitación.

Erika quedó en silencio y maldijo su suerte mientras el coronel se alejaba.

Markus salió del edificio y anduvo bajo el manto oscuro de la noche, se dirigió hacia la urbanización de los miembros de la guardia de Kravent, un verdadero oasis en aquel infierno que era el gran planeta prisión. No entendía a Erika. Igual se derretía en sus brazos como parecía querer matarle. Era tan hermosa, le atraía tanto su sonrisa, sus formas espontáneas, esa cara de ira que ponía cuando se enfadaba con él, algo bastante común. ¿Por qué le gustaba tanto? ¿Estaba enamorado de ella? Y disfrutaba tanto al inquietarla. Se preguntó si con ese oro podría llevarla con él a la Tierra, si accedería a acompañarle.

Entonces paró en su caminar y recapacitó. Su mente le llevó a esa vieja nave rescatada. En verdad, no estaba de acuerdo ni con su padre y ni con su tío. Pero la Tierra era un premio total al que no se podía hacer ascos. Además, 666S estaba muerta. Debía estar muerta. Así pues, ¿quién era la persona que se atrevía a utilizar dicho código? ¿Una pirata descarada que se había agenciado un código militar? Las celdas de Kravent estaban llenas de gente de su calaña, quiso pensar, tratando de justificar lo que irremediablemente sabía que iba a pasar.

Pero las dudas volvieron a asaltarle. ¿Quién sería esa niña? Continuó y, decidido a saber, anduvo hacia el apartamento de su hermana Marcela, la cual era teniente y madre soltera. El alcaide no la tuvo nunca dentro de su círculo de confianza, menos desde que quedó embarazada de un preso al que amaba y tuvo a Maika, una niña tremenda, aunque para él, bonita como ninguna. Aquel recluso sufrió lo indecible antes de ser quemado vivo en los hornos del crematorio. De eso hacía nueve años ya. Desde entonces, Marcela trabajaba en intendencia, sin hablar ni ver a su padre, sin ascensos ni privilegios, en la zona de cocinas.

Markus saludó a los dos guardias que custodiaban la entrada del apartamento y llamó.

La puerta se abrió.

—Ah, eres tú —dijo Marcela, con cara de enfado.

—Ya veo que te alegras de verme —contestó él—. ¿Cómo está Maika?

Apenas lo dijo, la pequeña salió corriendo y le saltó encima.

—¡Tío Markus!

Y él la subió en brazos para darle un beso y unos jamacucos, era su debilidad.

Frente a ellos, surgió una niña muy bonita, desconocida, la cual les miraba un tanto desconfiada y que, de pronto, sonrió tímidamente, como saludando. Tenía una abundante melena rubia, mofletes sonrojados y nariz respingona; vestía una camiseta de tirantes, unos anchos pantalones grises, un gorro de lana y portaba un pequeño zurrón.

—¿Qué te parece tu padre? ¡Mira lo que me ha traído! —espetó Marcela.

Markus no dijo nada, solo se acercó a la niña y se agachó, sonriendo.

—¿Cómo te llamas?

—Sheila.

—¿Estás bien?

Ella alzó los hombros, con un extraño puchero.

—Solo es una niña, le hará compañía a Maika y así no estará siempre tan sola —aseguró Markus, dando una caricia paternal a Sheila.

—Sí, sí —saltó la pequeña Maika y corrió junto a Sheila—. Ahora tengo una amiguita de verdad. ¡Una hermanita! ¡Nos llevaremos muy bien!

Marcela las miró como derrotada y sonrió, mordiéndose el labio inferior con pena.

—No es eso, Markus, no me importa tenerla en casa, ni cuidarla. Parece una buena chica, incluso me gusta la idea, pero es que... —y quedó en silencio ante la atenta mirada de Sheila.

—¿Qué ocurre, hermana?

—Ale, ir a jugar —les ordenó Marcela a las niñas.

Markus y Marcela quedaron en silencio, mientras las pequeñas se alejaban cogidas de la mano hacia el cuarto de juegos.

—¡Quieren matar a su madre! ¡La tienen presa! ¿No lo sabes? —le dijo Marcela.

Markus quedó en silencio, estiró los labios y bajó la cabeza.

—¡Ah! ¡Lo sabías! —exclamó Marcela, indignada.

—No es su madre —apuntó Markus.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo dijo el doctor. No comparten ADN.

—Hermano, tu padre quiere matarla para robarle su oro.

—Ese oro no es suyo. Solo es una pirata y llevaba puesto el uniforme rebelde.

—Eso es una burda justificación para asesinarla, ¿acaso no sabes de quien se trata?

Markus quedó en silencio, sorprendido.

—Seguro que no es ella. Ha suplantado su identidad —contestó finalmente.

—No me hagas reír. Estás con ellos y quieres negar la realidad. Markus, hermano, yo estuve allí, en La Roca, hace siete años, en la última batalla. Sí, era muy joven, pero la vi y puedo reconocerla. A mí no me engañáis. ¡Es ella! ¡Queréis matarla para robarle ese oro!

—Marc dice que no es ella.

—Asquerosos. Nuestro tío miente, como siempre, como el loco asesino de tu padre. Tanto que hablan de las Guerras de La Unión y ni tan siquiera pegaron un tiro en batalla alguna. Solo piensan en vivir como ricos burgueses, lejos de este asqueroso lugar. La matarán por tal de huir

de aquí, como asesinan a tanta gente en este infernal matadero para quedarse con sus bienes, cobrando como si estuvieran vivos, acumulando riquezas.

—Eso sabes que no es así.

—Sigue cerrando los ojos a lo que aquí ocurre. Así te va bien, no como a mí. Tu padre y tu tío siempre han especulado con comprar una plaza de vida en la madre Tierra, por eso matan y roban a cuantos presos pueden. Y ahora quieren matarla a ella.

—¿Tú no quieres huir de aquí? ¿No te gustaría?

—Es lo que más deseo en este mundo: salir de esta pocilga de psicópatas, darle un futuro a mi hija. Pero, ¿matándola a ella? ¿Ese es el precio? ¿Convertirme en una asesina como ellos?

—Mamá, ¿qué vamos a cenar? —entró Maika con Sheila de la mano.

—¿Te quedas a cenar con nosotros? —preguntó Marcela, tomando una sartén.

—Bueno, sí, me quedaré. Creí que tenía plan, pero se ve que no.

—¿Por qué no le dices a Erika de una vez por todas que la amas?

—No sé, es complicado...

—La tienes miedo.

Capítulo 3

RECLUSA 0084XYZ

Pasada la medianoche, Markus salió empachado de casa de su hermana. Nadie cocinaba el estofado de carne con patatas como ella, sin duda había heredado el arte de cocinar de la abuela. Marcela disfrutaba con la cocina, odiaba los prefabricados y las dosis alimenticias de proteínas, grasas y carbohidratos, esas pastillitas de colores. Y eso le encantaba a él, que disfrutaba a menudo del sabor y textura de sus guisos.

Por otra parte, Sheila parecía una niña encantadora, lista y educada, y se la veía bien cuidada. Durante la cena, la pequeña había esquivado hábilmente sus preguntas con un “no me acuerdo” o un “no sé” acompañado de un largo puchero, penoso como pocos. Parecía que no recordaba nada, ni siquiera que había sido rescatada, ni que había embarcado en una nave. Así que menos recordaba su procedencia ni destino, ni si iba sola o acompañada. ¿Qué hacía una niña así en un viejo caza cargado de oro? ¿Tendría razón Marcela? Sin embargo, a pesar de sus dudas, se alegró por Maika, la vio tan feliz con su nueva hermanita.

Kravent no era lugar para niños.

Dejándose llevar por la curiosidad, se dirigió hacia la zona de aislamiento G12, donde se recluían los presos que disponían del poder económico suficiente como para pagarse aquellas modernas instalaciones, en las que estaban a salvo de otros reclusos, de la miseria y de los carceleros. Recorrió los pasillos de paredes blancas, observando las celdas de puertas opacas que otorgaban cierta intimidad al recluso. Todo un privilegio de confort en el enorme complejo carcelero de Kravent, donde la mayoría de los presos estaban hacinados como ganado, sobreviviendo a la miseria de su encarcelamiento en celdas comunes, sin intimidad ni seguridad. El alcaide había decidido instalar allí a su invitada especial, entre otras cosas, ya que el anonimato y el buen trato de la gente que habitaba el G12 era la normal, algo nada común en un lugar donde pocos lograban salir con vida, ni tan siquiera una vez cumplida la condena.

Al llegar ante la puerta, tras la que se encontraba la nueva reclusa, alzó una ceja, sorprendido, pues asomada a la ventanilla de observación se encontraba Erika, con los brazos cruzados y la vista fija en el interior de la celda.

—¿No tenías una cita? —le preguntó él.

—Fue corta —contestó ella—. ¿Qué haces aquí?

—La pregunta es: ¿qué haces tú aquí?

—Debo hacerme cargo de la reclusa 0084XYZ.

Markus no contestó, pero entendió muy bien aquellas últimas palabras. Ya le habían puesto a la presa un número de internamiento, para evitar llamarla por su nombre, y no eran unos dígitos comunes, sino prácticamente un turno de ejecución, pues eran las últimas letras del abecedario.

—Tú eres piloto de combate, no una carcelera. ¿Por qué te han asignado su custodia? ¿A qué viene ese cambio de...

—Pregúntale a tu padre, quizá él tenga repuestas —contestó Erika, enfadada.

Markus se acercó y observó a la mujer que habían encarcelado. Se trataba de una joven de larga melena roja, vestida con un batín blanco, la cual no paraba de dar vueltas en silencio dentro de la ancha habitación que era la celda. El monitor digital de entretenimiento estaba en el suelo, como el colchón y la ropa de la cama.

—Tiene los ojos rojos —aseguró Erika, mostrándose confusa.

—Ya veo —apuntó Markus.

—No sabía que de verdad había personas con los ojos rojos.

—Es una mutación genética que se dio en algunas zonas de Europa, en la madre Tierra.

—Markus, dime: ¿es ella? Parece muy joven para ser ella.

—No lo sé, Erika. Pero dicen que tenía los ojos rojos. Marcela dice que sí.

—Tu padre dice que no, que solo es una pirata que usa su código.

—Tendremos que comprobarlo —murmuró Markus.

Y se volvió para dirigirse a uno de los carceleros.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Erika, sorprendida.

—Abra —ordenó Markus, dirigiéndose al guardia de la galería.

La puerta de metal se abrió con un ligero zumbido y, nada más entró Markus en la celda, se cerró. Aquellos ojos rojos se centraron en él como si estuvieran poseídos, a la vez que la desconocida se posaba lentamente de lado, en posición de ataque y defensa. El coronel se fijó en la ventanilla oscura de cristal blindado, tras la cual estarían controlando Erika y el guardia. Atento, miró a la joven, la cual le observaba con ganas de estrangularle, sin duda. Anduvo como si no pasara nada, con calma, y levantó el monitor digital para ponerlo en su lugar. Luego, tomó el colchón del suelo y lo puso sobre el somier. Y quedó estudiándola de nuevo, sin prisa.

Ella le miró un tanto desconcertada, sin bajar la guardia.

—¿Quién eres? —le preguntó él.

—¿Cómo está Sheila? —replicó ella.

—Bien, muy bien. Acabo de cenar en su compañía. Es una niña increíble. Ahora estará jugando con mi sobrina o quizá durmiendo, es un encanto, y lo pasan fenomenal.

La desconocida pareció calmar la furia de sus ojos al oír aquellas palabras.

—¿Qué les pasó a sus padres? ¿Les mataste? —preguntó Markus.

—Esto es Kravent y estáis bajo la autoridad de La Unión. ¿Por qué me tenéis presa?

—Necesitamos saber quién eres y qué ha ocurrido, tenemos una investigación abierta.

—No me mientas, sabéis de sobra quien soy. ¡Soltadme! —se acercó ella, amenazante.

Markus alzó las manos, como pidiendo calma.

—No, yo no sé quien eres. Puedo imaginarlo, pensarlo e incluso creerlo o desearlo, pero no lo sé. Dímelo tú y lo sabré cierto.

Ella se mostró indignada.

—Queréis el oro que había en la Explorer 1. Lo he estado pensando y no puede ser otra cosa, por eso me habéis encerrado aquí. ¿Verdad? ¿Quién eres?

Markus no dijo nada.

—Ponme en contacto de inmediato con el Consejo Supremo de La Unión —exigió ella.

—Soy el coronel Markus Kravent, ¿y tú?

—¿Kravent? ¿Eres familia del alcaide?

—Su hijo.

—¿Esto qué es, una broma macabra? Sois unos locos asesinos.

Markus se levantó y se volvió hacia la salida.

—Así no puedo ayudarte —aseguró acercándose a la puerta.

—Soy Selene, capitán del crucero interestelar Senator —espetó ella y se le acercó.

Markus se giró y sonrió de forma amigable.

—Ese código 666S...

En un instante, Selene saltó sobre él, posándole los cinco dedos, como si de una garra se tratara, en la garganta y apretó con fuerza, mientras con la otra mano le tiraba del pelo hacia atrás, empujándole brutal contra la pared.

—Sí, soy 666S, la Loba Roja. ¿Me vas a dejar salir de aquí o tengo que matarte?

La puerta de la celda se abrió y dos descargas eléctricas sacudieron violentamente el cuerpo de Selene, la cual quedó tumbada en el suelo entre tiritones, pero sin apartar la mirada de Markus, como exigiendo, pidiendo, rogando... El guardia y Erika enfundaron sus armas y atendieron rápidamente al coronel, que no paraba de toser, tratando de respirar de nuevo.

—¡Markus, ha sido tan rápida! ¡Estás sangrando, podría haberte matado! —exclamó Erika, muy preocupada, dejando ver sus emociones, atendiendo la herida del cuello.

Y salieron de la celda.

—Vamos a la enfermería a que te miren eso. ¿Crees que es ella? —le preguntó Erika.

—Sí, es ella —aseguró Markus, tajante, dejándose ayudar.

—¿Está bien, mi coronel? —le preguntó el guardia.

—Esa mujer es extraordinaria —murmuró Markus, sin responder, fascinado con la belleza y coraje de Selene, volviéndose para estudiarla a través de la ventanilla lateral de observación.

La Loba Roja, la leyenda de las Guerras de La Unión estaba allí tumbada, aguantando la sacudida de las descargas con los dientes prietos. Selene no era una militar cualquiera, sino una heroína condecorada del Ejército de La Unión, toda una pesadilla para los rebeldes que incluso ofrecían una succulenta recompensa por su cabeza, viva o muerta. Aquello le desbordaba, ¿cómo iba a participar en su asesinato? No podía ser de ninguna forma, no quería.

—Tranquila, yo cuidaré de ti —murmuró el coronel, aumentando el recelo de Erika.

Capítulo 4

VAN DER HAÜSSEN

En la base secreta de los Centuriones de Orión, situada en el planeta Zafiro, el capitán Van der Haüssen esperaba bien acicalado y con el uniforme pulcro, sentado en una fría silla de metal, frente a una enorme puerta donde estaba grabado el emblema militar de la calavera crestada. Entre las manos estrechaba su gorra de plato, con cierta desidia, observando a dos hombres uniformados trabajar tras las mesas de la antesala. En seis meses era la cuarta vez que era requerida su presencia ante una comisión del Alto Mando de las Naciones Americanas.

—Capitán —le llamó un suboficial.

Van der Haüssen acarició su pelo corto moreno hacía atrás, se colocó la gorra y se levantó.

Las puertas se abrieron emitiendo un leve zumbido. El capitán entró y caminó hasta alcanzar una mesa alta en semicírculo, un tribunal donde esperaban los siete altos mandos de caras enjutas que formaban el comité. Saludó marcialmente y quedó a la espera.

Un anciano de melena blanca, vestido con una túnica azul, le estudió pausadamente. A su izquierda, tres jefes del Ejército rebelde permanecían con la vista posada en él. A la derecha, tres hombres ataviados con togas negras y caras inquisidoras le observaban también.

—Hemos revisado profundamente su caso y cada una de sus declaraciones, y tengo que comunicarle que no hemos podido consensuar una acusación —aseguró el anciano.

Van der Haüssen no dijo nada.

—Hemos perdido una nave indispensable para nuestra causa y un gran hombre ha muerto, el general Thomas Deliever. Según sus declaraciones, capitán, fue una invasión de esas diminutas

criaturas la que provocó su destrucción. Los informes técnicos avalan sus declaraciones. Sin embargo, nos resulta difícil aceptar la presencia de esa mujer en Zafiro y que no tuviera nada que ver con el desgraciado accidente que abortó el inicio de la ofensiva militar en Pangea. ¡La Loba Roja! —exclamó el anciano, cambiando su tono afable por uno hostil.

Y tosió del esfuerzo.

El anciano tomó un vaso con agua y bebió lentamente.

—Capitán, unos desean terminar cuanto antes con esta investigación, dicen de usted que es un héroe —aseguró, señalando a los militares de la mesa—. Sin embargo, otros creen que confraternizó con el enemigo y que incluso pudo provocar la tragedia —aseguró, señalando la otra parte de la mesa—. Y yo debo tomar una decisión.

—Señor, le pido permiso para hablar —solicitó Van der Haüssen.

El anciano meneó levemente la cabeza, hacia ambos lados, y accedió con un gesto.

—Hace seis meses que nuestro destructor fue abordado por esas criaturas, hasta entonces no sabíamos su capacidad destructiva; pero en el momento en que aconteció la caída de la Cerval, éramos conscientes y fue un error no tener en consideración las declaraciones obtenidas de los prisioneros. Sabíamos que el Senator, una nave comercial de La Unión, había sido destruida por esa especie de marabunta; tuvimos en estas dependencias a los supervivientes de esa tragedia e ignoramos sus palabras. Estábamos tan obsesionados en la ofensiva que pensábamos llevar a cabo, que fuimos incapaces de ver el peligro que nos acechaba en nuestra propia base. De entre esos presos, varios sobrevivieron a este planeta hostil y lograron escapar y, efectivamente, entre ellos viajaba una mujer que bien podría ser la Loba Roja. Sin embargo, nadie la reconoció ni ella actuó como si fuera tal. Lo cierto es que un viejo Sptifire logró salir de Zafiro y no sabemos hasta donde llegó, ni quienes lo tripulaban ni si ello representa un peligro. Y en eso deberíamos estar. Una nave como esa no puede atravesar grandes distancias, no dispone de energía suficiente, por lo que puede haber quedado a la deriva en el espacio, sin oxígeno... Es lo más plausible. Pero, insisto, es algo que debería comprobarse, pues nuestra base secreta podría estar en peligro si La Unión descubre nuestra posición. Creo que lo prioritario ahora no es cerrar los ojos ante la evidencia y seguir buscando un responsable por la caída de la Cerval, sino descubrir qué fue de esa nave y si su tripulación sobrevivió.

Todos quedaron en silencio.

Uno de los jefes militares se alzó.

—Tiene razón, capitán Van der Haüssen, la prioridad debería estar en localizar esa nave y capturarla o en destruirla. No tiene sentido continuar por más tiempo una investigación tan estéril como esta y menos contra un capitán condecorado de los Centuriones de Orión.

—Si tiene sentido o no, lo decidirá el comité —replicó uno de los jueces, iniciándose un pequeño cruce de acusaciones y reproches por parte de los miembros de la mesa.

—Por favor, silencio —murmuró el anciano, alzándose con las manos en alto.

Todos callaron.

El anciano se sentó con cara de resignación.

—Soy consciente, capitán, de que los Centuriones de Orión le apoyan con fidelidad. Sin embargo, es muy grave lo que ocurrió. Resulta difícil aceptar que unos bichitos, aunque sea cierto, provocaran la caída de la Cerval y la muerte del general Deliever. Pero lo que me resulta totalmente imposible de aceptar es que la Loba Roja pisara, ya no Zafiro, sino el suelo de nuestra propia base y que usted le permitiera huir.

Van de Haüssen permaneció en silencio.

—Por ello —continuó el anciano—. Este comité no se disolverá hasta haber cerrado por completo el tema que concierne a la huida de esa mujer, pues no hay duda de que estuvo entre nosotros, tal y como demuestra su paso ante algunas cámaras de seguridad.

—Todos los prisioneros estuvieron en presencia del general Deliever —mintió Van der Haüssen—. De hecho, fue él mismo quién decidió liberar a los que no asesinó personalmente, para que fueran víctimas de los indígenas, entre ellos a una niña llamada Sheila.

La sala quedó de nuevo en silencio.

—Márchese, en breve recibirá noticias —le indicó el anciano.

Van der Haüssen saludó militarmente, dio media vuelta y salió con paso firme de la sala, dejando atrás a los militares y jueces que formaban la comisión de investigación. Selene no había tenido nada que ver con la caída de la Cerval, pero tenían razón en una cosa: había permitido que huyera de Zafiro y no se arrepentía. Amaba a esa mujer. Volvería hacerlo de nuevo, la volvería dejar escapar una y otra vez, siempre, a pesar de estar considerada como una terrible amenaza para la causa rebelde.

¿Dónde estará?, se preguntó en silencio.

Cerró los ojos sin respuestas, en su mente solo ella: Selene, la Loba Roja.

George Kravent, desnudo, penetraba con su miembro erecto, con fuerza y por detrás, a una mujer que permanecía presa, en cuclillas y con las manos atadas al cabecero de la cama. Jadeaba como un burro, mientras trataba de mantener el ritmo, a la vez que la golpeaba con una fusta de finas láminas de acero, saltándole jirones de piel. En el suelo, un uniforme amarillo

rasgado. La reclusa no podía quejarse, una mordaza con una manzana de látex en la boca lo impedía; tan solo lloraba entre ahogados gemidos, soportando la humillación.

La puerta de la habitación se abrió.

Un oficial de la guardia privada entró y permaneció firmes.

El alcaide le observó sin aminorar el ritmo, sin dejar de golpear, de gozar... Hasta que el éxtasis del orgasmo le colmó por completo y se vació con un tremendo jadear. Permaneció por unos momentos sobre el cuerpo de la reclusa, mientras el guardia esperaba. Después, sacó su miembro flácido de la intimidad de la mujer y la golpeó, dándole un cachete travieso en el glúteo. Y la cubrió con una sábana. Se sentó, resoplando, a la par que se vestía con un batín púrpura.

—Traédmela —ordenó a los guardias.

Las puertas de la prisión se abrieron y dos guardias armados profundizaron en aquella caverna oscura, alumbrándose con potentes linternas situadas en los cascos de su equipo militar. Erika les acompañaba, con paso firme y la mirada al frente, arrugando a menudo la nariz del tremendo olor que emanaba el lugar. Se escucharon los pasadores de los cerrojos electrónicos de la celda y, entonces, Selene fijó su mirada consumida de ira sobre la puerta.

—¡Arriba! —exclamó uno de los guardias, esgrimiendo una vara metálica de castigo.

Y fue a darle.

—¡No! —exclamó Erika, acercándose a Selene, y el guardia cedió en su empeño de inmediato—. Reclusa 0084XYZ... ¡Arriba! El alcaide desea verla.

Selene fue liberada de las argollas y acompañó a los guardias. Observaba la cantidad de celdas que se hallaban abarrotadas de gente, la pestilencia en la que vivían y morían. Había podido comprobar que aquello no era una prisión para los que no podían generar divisas de alguna forma, sino un matadero y, posiblemente, muy rentable. Tratar de huir de su cómoda celda en la zona G12 le había costado acabar allí, pudriéndose como castigo.

Apenas salió a los pasillos superiores, le pusieron un saco negro en la cabeza para evitar ser reconocida por nadie. A empujones, recorrió la tétrica prisión para acercarse a los módulos carcelarios de los favorecidos. Más adelante esperaba un enorme edificio, con una construcción barroca, que bien parecía un santuario o el refugio de un sicópata. Estaba desconcertada, pues sabía que no se dirigían hacia el despacho del alcaide. Ya debían haberlo sobrepasado. Y cierto temor se apoderó de ella. Desde que había llegado había visto demasiada gente desaparecer sin más en aquel cementerio de vivos.

La obligaron a subir unos escalones y escuchó una puerta abrirse.

—Pasad.

Era la voz del alcaide.

De un tirón, le sacaron el saco y pudo ver. Estaba en una habitación de luz suave. Los adornos eran extraños, fuera de época y contexto; con enormes cuadros de pintura clásica, estatuillas de mármol sobre pedestales y paredes forradas de papel rojo con adornos rococó; a la derecha, se distinguía una barra colmada de licores y, a la izquierda, una enorme cama redonda con un bulto cubierto por una sábana.

El alcaide Kravent cruzó ante Selene, sin pudor ni vergüenza, con el batín púrpura entreabierto, dejando ver parte de su pecho, el vientre y su miembro viril. Sin decir una palabra, se rascó la entrepierna y se sirvió licor en un vaso ancho y corto.

Mierda, pensó Selene.

—Sentadla ahí —ordenó el alcaide.

De un empujón, los guardias la sentaron en una silla de metal que estaba anclada a tierra frente a la cama, parecida a la de un dentista. Con un *click*, unas arandelas de acero le hicieron presa en muñecas y tobillos.

—Si no ordena nada más, alcaide, tengo que marchar —aseguró Erika, excusándose.

Resultó obvio que no quería ver lo que allí ocurriera. El alcaide la miró con una extraña mueca y, ladeando la cabeza, le permitió irse. Después, ordenó a los guardias que salieran y se acercó a Selene, hasta posar su rostro frente al de ella. Le acarició la mejilla, para detenerse en el mentón y bajó hasta el cuello, haciendo presa con cierta delicadeza.

—Han pasado tres semanas y no hemos adelantado nada. Solo piensas en escapar... Y no sé, en este planeta no tienes donde huir —dijo, como ofendido.

Ella le ignoró, observando el leve movimiento que aquel bulto producía sobre la cama, bajo la sábana, escuchando una respiración entrecortada.

—Hasta ahora, a pesar de tu tozudez, te hemos tratado, digamos, con respeto —aseguró el alcaide y, sin más, se acercó a la cama y tiró de la sábana, descubriendo a la reclusa sometida.

Las lágrimas y la sangre de aquella mujer mostraban el horror y la brutalidad que había soportado, violada y humillada, lacerada y golpeada.

—Se llama Marion, aunque en su módulo la conocen como la Matadora —apuntó el alcaide—. Si uno tiene un problema, pues paga y ella lo soluciona; ya sea un aviso, una paliza o una muerte. Lo que desees. Es una mujer dura, fuerte, poderosa. Mírala, ahí está, con 27 crímenes a su espalda. ¿Te crees más dura que ella? Nunca metería mi polla en su boca, seguro que me la arranca de un mordisco. Mañana arderá en los hornos.

Sin más, el alcaide se acercó a la tal Marion, estiró su brazo izquierdo y su mano biónica se afianzó en el cuello de la mujer. Con una presión lenta pero inexorable, los dedos metálicos penetraron en la piel y los huesos del cuello comenzaron a crujir.

—Ahora que este lecho de placer queda libre, ¿quieres ocupar su lugar? —preguntó el alcaide, centrando su mirada en una atónita Selene.

El alcaide se alejó de la cama, limpió la sangre de su mano y bebió lentamente el licor.

—Me dirás de dónde sacaste ese oro, vaya que sí... ¿Verdad?

Ella no contestó.

Al momento entraron tres mujeres vestidas con el uniforme amarillo de la prisión, dos de las cuales cargaron el cuerpo de Marion y la sacaron por una puerta lateral, mientras la tercera se afanaba en cambiar las sábanas y preparar todo, dejando toallas, lubricante y un juego de consoladores de varios tamaños y formas. Incluso dejó tres mordazas: una simple, otra con una manzana roja y, al lado, una especie de bozal con agujero que seguramente permitía la felación sin que se pudiera morder. Luego, limpió lo que parecían finos y afilados estiletes y los ordenó sobre una mesita, de menor a mayor tamaño de hoja.

—No temas, dicen que solo duele la primera media hora —aseguró el alcaide, al ver donde miraba Selene, y se acercó hasta ella de nuevo, para acariciar su larga melena roja.

Y deslizó la mano, lasciva, por sus pechos...

La puerta de la habitación se abrió de pronto y Markus entró con furia.

—¿Qué haces, padre?

Selene ni tan siquiera volvió la cabeza, solo cerró los ojos, mientras tragaba saliva.

—¿Qué haces tú aquí? ¡Debías estar en los campos modulares! —exclamó el alcaide.

—Suéltala de inmediato, ella no merece este trato.

—Hijo... No me toques más la moral.

—¿Para eso querías que fuera a los campos modulares de mujeres? —preguntó Markus y se dirigió de inmediato a la silla para, con un golpe a un dispositivo central, liberar a Selene de la presión de las arandelas de acero. Y ante la mirada frustrada e inquisidora de su padre, tomó a Selene en brazos, como si fuera una jovencita indefensa y la sacó a grandes pasos de allí.

Ella ni abrió la boca, solo cruzó su mirada desafiante con la del alcaide.

Bajo la atenta mirada de Erika, el coronel escoltó a Selene hasta el módulo de observación del G12 y la metió en una de las celdas. En su cara podía notarse el enfado y desconcierto que mostraba por la acción de su padre, apenas la miraba y era por la vergüenza que sentía.

—Gracias —le dijo Selene—. Pero es inútil, volverá a intentarlo cuando estés ocupado y esta celda no me salvará a pesar de disponer de colchón y ducha.

Markus quedó pendiente al escucharla, sabía que tenía razón. Por otro lado, era la primera vez que ella se dirigía a él de forma amable y eso le hizo sentirse bien.

—No temas, esta noche dormirás en mi mansión. Allí nadie podrá tocarte. Pero debes prometerme que no intentarás nada y que te portarás bien, muy bien.

—No puedes hacer eso —intervino Erika.

—Haré lo que me plazca. Puedes regresar a tus dependencias y descansar, ya me ocupo yo de ella, no es necesaria tu presencia, puedes ir a contárselo a mi padre —replicó Markus.

Selene fijó sus pupilas rojas en él. No era un hombre muy guapo, pero sí tremendamente atractivo, más con sus músculos, tatuajes de dragones y rango de coronel. ¿Convictas en su mansión? Eso se decía, que vivía con algunas reclusas. ¿Abusaba de ellas? ¿Se dejaban hacer a cambio de favores? Siendo el hijo del alcaide, ¿qué necesidad tenía? Seguro que muchas funcionarias de la urbanización tendrían pocos reparos en hacerle feliz.

—¿Puedo confiar en ti? —preguntó Markus, mientras Erika se alejaba ofendida, celosa.

Selene no contestó, permaneció seria sin apartar su mirada de él.

—Me tomaré tu silencio como una promesa —protestó Markus.

Avanzada la noche, Erika anduvo por los blancos pasillos hasta el despacho del alcaide, su humor no era el mejor. No le gustaba nada que Markus se deshiciera en favores hacia la nueva reclusa, fuera o no quien creía ser. Y que se la llevara a su mansión, como había hecho con otras reclusas, sencillamente la mataba; a saber qué sucedería allí, a solas, sin que nadie les viera.

—¿Me ha mandado llamar, alcaide?

—Pase, pase...

Erika anduvo y se puso frente a él, con el rostro enjuto.

—¿Has realizado el trabajo? —preguntó el alcaide, posando las manos sobre los hombros de Erika, y la empujó suavemente hacia abajo.

—Está hecho —afirmó ella, conforme se arrodillaba, y quedó en silencio, con su hermoso rostro a un palmo de la bragueta del alcaide.

—¿A qué esperas? —preguntó él.

Erika desabrochó la hebilla del cinturón del alcaide y bajó la cremallera del pantalón, para sacarle su miembro erecto.

—Muy bien, así me gusta, buena chica —apuntó el alcaide, posando su mano derecha sobre la cabeza de Erika, y le acarició el cabello conforme la empujaba suavemente hacia delante.

—Esa mujer... —murmuró ella.

—No te preocupes, te entiendo y te haré caso; muy pronto no será más que cenizas. Ahora trabaja como solo tú sabes y trágatelo todo, mi pequeña flor.

El cuerpo desnudo y ensangrentado de Marc era traslado en un viejo contenedor por los rieles de exhumación, para ser lanzados a los potentes hornos crematorios. En cuestión de segundos, el hermano del alcaide quedó reducido a la nada, al igual que sus sueños y ambiciones de oro, junto a una docena más de cadáveres, otras personas que sabían demasiado. Erika siempre cumplía con eficacia las órdenes del alcaide, sabía que sería bien recompensada; debía serlo. El alcaide sonrió conforme un pequeño hilaracho de baba brotaba por la comisura de sus labios, extasiado... Ahora, el oro solo le pertenecía a él.

—¡Van der Haüssen! ¡Qué alegría para mis ojos! —exclamó Kevin, un hombre maduro, cano y de apariencia afable, posándose ante la puerta de la habitación del capitán. Y entró pavoneándose con su uniforme, mostrando con orgullo las insignias de general.

—Vaya, ¡te han ascendido! Enhorabuena, amigo. Creí que me habías olvidado, no sabía nada de ti. ¡Apenas me dejan salir de estas cuatro paredes! —exclamó Van der Haüssen.

—Créeme, he estado muy ocupado intentando subsanar el desastre de la Cerval y en evitar que te maten. Como bien sabes, Deliever tenía muchos amigos. Los despojos que ofrecía tras sus campañas militares alimentaban a muchos perros que se ven ahora desprotegidos, sin prebendas ni favores, y todos exigían tu cabeza como venganza.

—Eva, Sanpedro, Wuterich... ¿Qué es de ellos? Me dijeron que partieron contigo, en la Mamba Negra. Te los llevaste lejos de mí.

—No te preocupes, esos mercenarios que tienes por tripulación están bien. Pensé que contra menos gente declarara, mejor.

—Ellos no declararían nunca en mi contra, ni son responsables de nada.

—Lo sé, lo sé. Pero, por si acaso. Ahora, dime, ¿por qué la dejaste escapar? —preguntó Kevin, desconcertando a Van der Haüssen.

—¿A quién? —respondió él, tratando de ocultar la verdad.

—Capitán... Dejaste escapar a la Loba Roja. ¿Por qué? Eres mi amigo, así que espero que me des una buena razón.

Van der Haüssen ladeó lentamente la cabeza.

—Vaya, entonces es verdad —apuntó Kevin—. La Loba Roja te atrapó con sus cantos de sirena, a pesar de ser una tenaz enemiga. Sin duda tiene que ser una gran mujer para haberse apoderado así de mi mejor capitán. Dime: ¿estás enamorado de ella?

No obtuvo respuesta.

Kevin, anduvo de lado a lado, estudiando la habitación, para volver a centrar su mirada en Van der Haüssen y resopló condescendiente.

—Bueno, en verdad, tal vez sea la única razón válida que se me ocurre, que podrías argumentar. Dicen que en la guerra y en el amor, todo vale. Debe ser así. Pero, dime, ¿cómo pudo pasar? ¿La Loba Roja también se enamoró o solo te usó para sus fines?

—La Loba Roja murió en la batalla de La Roca, hace siete años.

—No. Creo que no. ¿Por qué no me cuentas qué pasó? Te considero mi amigo, pero ya no sé lo que soy para ti. Necesito saber que mis capitanes no me mienten, poder confiar.

—¿Sabes algo de ella?

—Habla —le dijo Kevin, tal cual fuera una orden.

Van der Haüssen le observó con cierta paciencia.

—Kevin, escucha: Deliever pretendía repetir la masacre de Europa en Pangea, liberar el poder de los CSA sobre la población civil. No quería una victoria, sino un planeta devastado, disfrutar de una venganza sangrienta. Y eso solo hubiera significado más odio contra nuestra causa, más poder para La Unión. ¿Tú qué hubieras hecho? No hice nada por evitar sus planes, pero menos por salvar su nave cuando descubrí que estaba infectada de esas pequeñas criaturas.

—Eso no me interesa, sino la Loba Roja —le dijo Kevin, de forma parca.

—Ella no tuvo nada que ver. Solo era Selene, la superviviente de un crucero comercial que fue destruido por esas mismas criaturas.

—¿Y...? —insistió Kevin.

—No le debíamos nada, era nuestra prisionera. Sin embargo, salvó la vida de mi tripulación y la mía de un ataque indígena. Además, me avisó de la infección que sufría la Cerval, del poder destructivo de esas criaturas.

—¿Qué más?

—Solo estuve con ella unos días, unos momentos. En verdad, apenas la conozco.

—¿Apenas la conoces? Vaya, ¿y qué más?

Van der Haüssen le miró fijamente, sin añadir palabra alguna.

—¿Y? —insistió Kevin.

—¡Mierda, Kevin! ¿De verdad quieres que te diga lo que siento por ella?

—No... No hace falta, ya lo has hecho —contestó el general saliendo de la habitación y se volvió—. Hablamos esta noche, celebraremos que el comité no puede retenerte por más tiempo, vuelves a la acción y tenemos mucho que hacer. Por si lo has olvidado, tenemos una guerra que ganar y vamos perdiendo.

Capítulo 5

PLANETA PRISIÓN KRAVENT

Las alarmas saltaron, las luces iluminaron la oscuridad del cielo y la tierra, y docenas de drones armados y cámaras Spy F5 invadieron el espacio, escaneando cada palmo de aquella isla perdida en mitad del riguroso desierto de Kravent. Un calor insufrible avanzaba conforme el día se acercaba, pues la temperatura sufría abruptos cambios por la cercanía de la órbita del planeta a su sol. Huir de allí era totalmente imposible, excepto quizá para ella: la Loba Roja.

—Maldita perra, es la segunda vez que logra escapar —exclamó el alcaide, dando un tremendo puñetazo en la mesa de su oficina con la mano metálica—. ¡La voy a matar!

Markus entró en ese momento en el despacho, viendo la cara de enfado de su padre, escuchando aquellas terribles palabras.

—¡Otra vez se ha burlado de nosotros! —exclamó el alcaide nada más verle.

—¿Dónde va a ir? No te preocupes tanto, padre —expuso Markus.

—No irá a ningún sitio. ¡Eso ya lo sé! Pero se convierte en la comidilla de los presos y pronto todos sabrán que la Loba Roja está aquí, encerrada. ¿Es eso lo que pretendes?

—No, claro que no.

—¿Creías que podrías domarla, que confiaría en ti, que te contaría sus secretos? ¿Que sería como una de tus sumisas acólitas, esas jovencitas que coleccionas en tu mansión? Pues no, es una fiera, ya ves. No hay otra solución que acabar con ella y cuanto antes mejor. Nunca debí permitir que te ocuparas de su control, ni una palabra le has sacado. Si me hubieras dejado a mí...

En el exterior, en la oscuridad del crepúsculo, un dron viró en el aire, para rastrear entre las grietas de una quebrada. Había localizado un leve movimiento, sus sistemas de localización empezaron a vibrar emitiendo una señal repetitiva que alertó al centro de control de Kravent. Una piedra salió despedida, destrozando los sensores del dron y desequilibrándolo, haciendo que chocara contra las paredes rocosas y cayera.

Selene saltó entre las rocas, vestida con el uniforme amarillo, ladeando su larga melena roja, y se hizo con el aparato; se ocultó en una estrecha grieta donde apenas cabía una persona, y resopló al escuchar el ligero zumbido de los demás drones.

—En el Sector 4, alcaide. El dron D2 ha dejado de emitir tras mandar una señal de localización —exclamó un oficial, con la mano en el auricular.

—Está en esa maldita quebrada, la muy estúpida. Rápido, que se prepare la guardia, salimos de inmediato —ordenó el alcaide.

—¡Vamos! —exclamó Markus.

—No, tú te quedas aquí, iré yo personalmente —respondió su padre.

Una patrulla fuertemente armada se dirigió hacia el Sector 4, volando a un escaso metro del suelo con propulsores Planers XR sujetos a la espalda. El alcaide avanzaba en una pequeña nave alargada, desprovista de cubierta, sentado en lo que se asemejaba a un trono de cuero negro. Y sonrió cínico mientras asía en su mano metálica un largo látigo de cuero con filamentos de acero.

Los ojos de Selene se entrecerraron al verles acercarse en la distancia.

—Maldita sea —murmuró y trató de abrir la caja del mecanismo de armas del dron.

Algunos guardias de la patrulla pasaron por encima de la roca que la ocultaba, sin percatarse de su presencia, y ella aligeró desmontando, hasta que pudo hacerse con el pequeño disparador láser del aparato. Cuando lo sostuvo en su mano, sintió un zumbido inquietante. Volvió la vista y vio una cámara Spy F5 a la altura de la grieta, frente a ella. Escuchó sus pitidos de alarma y disparó. La cámara dio dos vueltas en el aire y cayó quebrada abajo echando humo.

—Se acabó, 0084XYZ —se escuchó rotundo—. Es hora de volver.

—Hum... —remugó ella.

—No ha estado mal, esta vez casi logras llegar al lago. Me gustaría saber qué hubieras hecho después. ¿Cruzarlo y ocultarte en las cuevas de la ciénaga? ¿De qué te ibas a alimentar? No hubieras conseguido sobrevivir ni dos días. Además, no hay tiempo, el sol sale antes y te hubieras derretido como un témpano de hielo en medio del agua —aseguró el alcaide.

Selene, rebelde, salió de la grieta dando vueltas por el suelo, evitando así los disparos aturdidores de los guardias que la esperaban fuera. Disparó sobre uno de ellos, haciéndole caer entre temblores. Y sobre otro. Saltó sobre el cuerpo del primero de los dos guardias abatidos y conectó el Planer XR, para tratar de huir volando.

Con un sonoro estallido, el cuero del látigo impidió que se alejara, rodeándole el cuello.

—Te gusta darme trabajo —murmuró el alcaide y tiró del látigo hacia atrás, con fuerza.

Selene cayó estrepitosamente al suelo, asfixiándose con la presión.

—¡Encadenadla! —ordenó.

Lejos de rendirse, Selene se incorporó y disparó por dos veces más, haciendo volar hacia atrás a los dos guardias que se le acercaban y salió corriendo.

El látigo estalló de nuevo en el aire, salpicando sangre y piel de la espalda de Selene, que rodó por el suelo, a la vez que recibía varias descargas aturdidoras que la hacían volar y rebotar entre las rocas. Gimiendo y entre temblores, aún trató de recuperar el láser.

Un latigazo lo desplazó por seis metros.

Y ella se arrastró hacia ninguna parte, tratando de huir a la nada.

—0084XYZ, me abruma tu constancia —dijo el alcaide.

Bajó de la nave para acercarse a la fugitiva y se agachó para observar bien su rostro.

—Será a la próxima —aseguró ella, entre dientes y tiritando debido a las descargas sufridas.

El alcaide alzó el entrecejo y disparó en el costado de Selene una descarga que la hizo saltar un metro en el aire para quedar boca arriba, trémula y babeando maldiciones.

—No habrá otra, créeme —le susurró al oído—. Encadenadla de una vez —ordenó a los guardias y, de un salto, regresó al trono de cuero de su nave y observó la claridad que rompía el crepúsculo del amanecer, notando el calor sofocante que traía el nuevo día.

Y quedó tentado de dejarla allí, para que muriera abrasada.

La idea de conseguir más oro lo impidió.

—Hablarás, ya creo que hablarás —dijo para sí—. ¡Regresamos! —ordenó a la guardia.

Conforme el sol alumbraba el planeta en el exterior, Selene era conducida a empujones por uno de los edificios de la gran cárcel. Erika abría el paso de la guardia, seria y distante. Llegaron a una sala, despejada, que tenía en su centro un pozo ciego de cuatro metros de altura y tres de diámetro, cubierto con un metro de fango.

—Salta —le ordenó Erika.

Selene la miró, como diciendo: no.

De un empujón cayó al vacío, salpicando de lodo las paredes del foso al estrellarse contra el fondo. Se levantó apretando los labios, con disgusto e ira, encadenada de manos y pies, aún entumecida por las descargas recibidas. Miró resignada hacia arriba y al barro, con un gruñido que mostraba su decepción y rabia.

—No es nada personal —se excusó Erika.

Selene se sentó en el lodo, pensativa. Salir del encierro de la mansión de Markus no había sido excesivamente complicado; ahora, con el cambio que veía, huir era otra cosa. Además, el alcaide tenía razón. Aunque lograra salir de allí, tenía que cruzar las quebradas y el lago antes que amaneciera, pero recorrer aquella distancia era imposible antes de que saliera el sol, un astro que no entendía de criterios. La única oportunidad sería contemplar una huida escalonada, aguardar en un resguardo inmóvil para evitar los drones, resistir aquellos agobiantes 50°C durante el día, si era posible, y continuar por la noche. Pero, ¿y luego? ¿Qué haría? ¿Dónde huir? ¿De qué alimentarse? ¿Cómo salir de Kravent? ¿Tenía sentido que insistiera en huir a la nada?

—¿Ya estás planeando la nueva fuga? —preguntó Markus, asomándose con descaro al borde del pozo, con los brazos cruzados y una sonrisa enfadada.

Selene no contestó, solo resopló.

—Markus, no deberías estar aquí, la reclusa está de nuevo bajo mi responsabilidad —se acercó Erika, mostrando cierto recelo.

—Ya me ocupo yo —replicó él.

—El alcaide ordenó...

—Eres militar, no un guardia de la prisión —le recordó Markus.

Erika bajó la cabeza, se volvió y comenzó a andar.

—¡Erika! —la llamó Markus.

—¿Qué quieres ahora?

Sin palabras, Markus se acercó a ella, le desplazó la melena hacia atrás, con una caricia cierta y la besó dulcemente en los labios, como nunca había hecho.

—Te quiero —le dijo—. Ahora, déjame a solas con ella.

Erika, atónita, se marchó confundida en sus sentimientos, guardando aquel beso en su corazón, y unas lágrimas recorrieron sus mejillas. ¿Por qué la había besado, por qué había tardado tanto en decirle lo que sentía por ella? ¿Era verdad o se burlaba de ella? Solo se volvió una vez y le vio agacharse ante el foso para hablar con Selene. Y una mueca de tristeza adornó sus labios.

—¿Alcaide? —se comunicó por su transmisor.

—En trescientos años, desde que mis antepasados fundaron la prisión, nadie ha podido entrar o salir de Kravent sin nuestro beneplácito. Escapar es imposible —aseguró Markus.

—¡Sácame de aquí!—espetó Selene.

—¿Por qué? Es la segunda vez que me dejas en evidencia ante mi padre, ante mis hombres. ¿No te he tratado bien? Te saqué de esa celda para proporcionarte un sitio digno en mi mansión,

alejada del fango y los miserables de esta zona, para ponerte a salvo de cualquier peligro. ¿Así me lo pagas? A la mínima oportunidad...

—¡Estoy presa! ¡Es mi deber intentar huir! —interrumpió Selene.

—Mi padre solo quiere saber de donde procede ese oro, luego te dejará en paz.

—Maldito oro —murmuró ella.

—Hasta ahora he tenido mucha paciencia contigo. Pero hoy has acabado con uno de los guardias de mi padre y mandado al hospital a otros dos, que están recuperándose. Y uno creo que no lo conseguirá.

—Deberías liberarme —remugó ella.

—No era necesario descargar tu ira sobre ellos, solo eran funcionarios que cumplían con su deber. Eran padres y esposos, en Pangea les esperaban sus familias.

—Pero, ¿de verdad pretendes reprenderme? Me habéis raptado y sé los planes que tu padre ha dispuesto para mí. Además, esos guardias son cómplices de mi asesinato. Sabiendo quien soy, ya deberían haber denunciado la situación al Consejo Supremo de La Unión, al igual que tú.

De pronto, asomó el alcaide, prepotente, ladeando hacia delante su delgado cuerpo y la calva, con el látigo en la mano metálica y con una mirada llena de soberbia.

—Debería echarte a las celdas donde está confinada lo mejor de la escoria humana. No iban a dejar nada de ti, pero follada hasta por las orejas y muerta no me vales —exclamó.

—Padre —le recriminó Markus—. Déjala en mis manos, no volverá a pasar.

—Hace un mes que te salvamos de morir asfixiada en tu propia nave y no has parado de dar problemas. ¿Qué tengo que hacer contigo? —preguntó el alcaide.

—Quédate con el oro y libérame —respondió Selene.

—Ya me he quedado con el oro. ¿De dónde lo sacaste? No vienes de la madre Tierra y es muy puro para ser de Pangea. Está claro que debe haber más, pues has manipulado los mandos de la nave que te trajo hasta aquí, su ruta, para que nadie lo encuentre.

—En cuanto se entere el Consejo Supremo de La Unión que me tienes presa, lo vas a pagar muy caro y de nada te valdrá todo el oro del mundo —le amenazó ella.

—Sí, bueno —afirmó el alcaide—. Las noticias dicen que fueron rescatadas unas naves que se salvaron de la explosión del crucero interestelar Senator. Una lástima, la capitán Selene no estaba entre los supervivientes y ninguno de ellos sabe nada de ella, ni de esa pequeña.

—¿Cómo está Sheila? —preguntó Selene, alarmada por el tono de aquellas palabras.

—Está muy bien, quizá demasiado y todo. Incluso tiene una hermanita que la quiere con locura, se han hecho muy amigas. Me pregunto si no debería pasar a otra zona menos amable.

—No serás capaz —tembló Selene—. Solo es una niña.

—¿Me vas a poner a prueba?

Selene no dijo nada, miró a Markus suplicándole.

—Sheila seguirá donde está, pero debes colaborar —dijo él.

—Si le digo lo que quiere saber, en cuanto lo compruebe, acabará con nosotras —confesó Selene, sin mirar al alcaide, el cual permanecía escuchando—. Nunca permitirá que salgamos de aquí, ni que el mundo se entere que tuvo presa a la Loba Roja.

Markus desvió lentamente la mirada hacia su padre, como esperando una respuesta.

—Comprendo tu preocupación, esa desconfianza —expuso el alcaide, asomándose más al foso—. Está claro que nunca saldrás de aquí con vida y lo sabes, pero ella, esa hermosa niña... No soy un monstruo. No tiene que morir en este infierno. Pronto llegará a Kravent la nodriza estacional, cargada con presos y víveres; una nave que regresará a Pangea con los funcionarios que se marchan para descansar. Ella podría ir con ellos, con su nueva familia.

Selene alzó las cejas y quedó en silencio.

—Esa niña tiene ahora una madre y una hermana, es feliz, la cuidan muy bien —insistió el alcaide, expectativo—. Dentro de una semana llega el nuevo reemplazo, de ti depende que marche de este planeta para vivir una vida o que acabe con sus huesos calcinados en los crematorios. Tú eliges, no agotes tu tiempo ni el de ella.

Markus quedó allí, observando cómo su padre se alejaba.

Selene, derrotada, se sentó en el piso hecho ciénaga y apoyó la espalda contra la pared.

—Sacadla de ahí, llevadla a la enfermería —ordenó Markus a los guardias, en cuanto el alcaide desapareció de su vista.

—Déjame —murmuró ella.

—No seas estúpida. Te tienen que curar la herida del látigo, estás sangrando. En este sucio planeta y con estas temperaturas, se infectará pronto y podrías morir.

—¿Acaso te importa?

—Lo suficiente, posiblemente más de lo que piensas.

Selene permanecía en silencio, sentada en la camilla, vestida de amarillo, con la espalda al aire, encadenada de manos y pies. Mientras, una enfermera de cara larga curaba la estrecha línea que había abierto el látigo en su blanca piel. Un suspiro salía de su boca cada vez que la mano de la enfermera le rozaba la herida, esparciendo una crema antibiótica, cicatrizante.

Markus observaba, en ese momento entró en la enfermería Erika.

—¿Te manda mi padre? —le preguntó.

—Las órdenes son que no le quite ojo de encima a la prisionera —respondió Erika—. Y ya sé que soy militar y no un guardia. Ahora dime, ¿tú desobedecerías una orden de tu padre?

—No —sonrió Markus—. Pero no entiendo por qué te manda a ti precisamente.

—Lo de antes... —murmuró Erika, recordando aquel beso.

—Luego hablamos —la cortó Markus.

—No deberías estar tan pendiente de ella, la gente murmura —aseguró Erika, molesta.

—¿Qué murmura? —preguntó él.

—Ya sabes. Dicen que tienes una nueva esclava sexual, una pelirroja.

Selene escuchaba sin decir palabra, manteniendo su cara de resignación alternada con algún apretón de labios y un quejido que otro, mientras la enfermera trabajaba.

—Vaya pues —dijo Markus, levantando las cejas.

—Además, sabes el destino que le espera —insistió Erika.

—¿Estás celosa? —preguntó Markus.

Erika le miró, como si la hubiera insultado gravemente, y le pegó una bofetada para salir de la enfermería con prisas y el mentón temblando.

—Por lo visto, a esa mujer no le gusta que sea tu esclava sexual, ¿lo soy? —sonrió Selene, irónicamente, y emitió un gruñido cuando notó el lápiz cauterizador recorrer la herida.

Markus se quedó perplejo, tanto por aquella bofetada como por la reacción de Selene. En todo este tiempo no la había visto sonreír así y le pareció una sonrisa tan hermosa.

—Pues sí, parece celosa —dijo finalmente.

—No me extraña, si tienes un harén —apuntó Selene.

—Eso es una tontería.

—¿Y esas jovencitas que recorren tu mansión? Parecen tus esclavas... ¿No lo son?

—En mis aposentos y trabajando para mí, tienen una oportunidad de cumplir su pena y salir de aquí enteras. Prefiero que piensen lo que quieran y que ellas puedan vivir en paz. A mi lado, nadie las molesta ni las ultraja. Y créeme, no está entre mis prioridades abusar de esas muchachas.

—Si usted viera lo que les hacen a las muchachas en las celda comunes. Ya tienen suerte las que entran bajo su protección —afirmó la enfermera, estirando el cuello, supervisando satisfecha la curación de la herida.

—¿Y no sería mejor impedir que esas cosas ocurrieran? —preguntó Selene.

—Estamos en Kravent, aquí hay más de sesenta mil presos —contestó Markus—. La mayoría son peligrosos asesinos a los que nadie quiere, sin olvidar los que tienen la perpetua o están condenados a muerte. Esto es un planeta prisión, una cloaca infernal en medio del

universo, donde van a parar los deshechos humanos. Necesitaríamos un ejército para implantar una brizna de ese orden del que hablas y el presupuesto que nos otorga el Consejo Supremo de La Unión es ridículo, apenas alcanza para los guardias que tenemos. Solo la rígida autoridad que ejerce mi padre impide que se maten entre ellos continuamente o que nos maten.

—Y las incineradoras —apuntó Selene, mordaz—. Eso también los mantiene a raya. Estáis matando y quemando a los convictos.

—Los hornos son para los condenados a muerte y los que comenten delitos graves aquí.

—¿Como yo? ¿Por eso me habéis vendido? ¿Para salir de esta cloaca? —preguntó ella.

Markus quedó en silencio.

—Yo no te he vendido —contestó finalmente.

—Sí, lo has hecho. Aunque todavía no lo has aceptado —remugó Selene, mirándole a los ojos, ahondando en su alma hasta hacerle desviar la mirada.

—Debería hacer caso a su padre, coronel, y acabar con ella ya mismo. Esta zorra es muy peligrosa —comentó la enfermera.

—Jodida enfermera —sonrió Selene—. ¿También quieres salir de aquí con los bolsillos llenos de oro?

Selene acabó de nuevo en la celda blanca del G12, tumbada en la cama. Era posible que llevara en Kravent cerca de un mes o más, de una celda a otra, presa de aquellos locos cegados por el oro. Frunció las cejas y estiró los labios, ¿quién no vendería hasta al diablo por salir de allí, por vivir en la Tierra?

—Puto oro —murmuró sabiéndose muerta.

Continuó pensando en una huida, pero cambió la perspectiva. Ahora el objetivo era viajar en esa nave nodriza que estaba a punto de llegar. Para ello, debía permanecer viva, cosa que veía cada vez más difícil. Sonrió con una mueca amarga, pues supuso que no tenía ninguna posibilidad. Aunque quizá Sheila sí. Pero, ¿cómo confiar en ese hombre ávido de oro? ¿Por qué iba a dejar ese criminal marchar a la pequeña?, se preguntó de forma coherente. Sin duda, el alcaide tenía pensado acabar con las dos.

Bajó la cabeza y cerró los ojos. ¿Había sobrevivido a las Guerras de La Unión para morir en aquella mísera prisión? Y pensó en el hombre que despertó en ella esa sensación desconocida de deseo y preocupación tan extraña como obsesiva, el capitán Van der Haüssen. ¿Qué estará haciendo?, se preguntó con una sonrisa tonta, enamorada. Y contrajo el rostro: era un centurión, un enemigo. ¿Qué más daba? Estaba presa y la iban a matar, podía permitirse soñar.

Notó moverse la estrecha trampilla de la puerta de su celda. No era la hora de la comida, ni de nada, y se acercó sigilosa. ¿Quién estaba allí observando? La alzó y vio la cara de un niño, el cual no vestía de presidiario, sino con ropajes paramilitares bastante desgastados.

—¿Qué haces aquí, Piojo? —escuchó Selene al guardia acercarse.

—Estoy pasando libros a los presos, es jueves. Hora de leer —aseguró el muchacho, con bastante desparpajo, como si conociera bien aquello.

—Ten cuidado con esa —le contestó el guardia.

—Abre, a ver el libro que quiere la señorita.

—Tendrás que ofrecerle lectura desde fuera o ignorarla, esa reclusa muerde y no es broma.

—Vale —expuso el muchacho.

Selene le estudiaba detalladamente, no podía ser otra cosa: un convicto afín a la causa rebelde. Solo ellos podían tener gratis cierta clase de privilegios y detalles, más que nada por el temor que tenían los guardias a las posibles represalias de los Centuriones de Orión. Pero, ¿un niño? Sí, claro, ¿por qué no? Con tantas personas presas, dio por hecho que habría de todo.

El muchacho se agachó y vio a través de la trampilla los ojos rojos de Selene.

Y se asustó.

—Joder, pareces de verdad una loba —aseguró, reponiéndose.

—¿Qué quieres? ¿Eres un prisionero rebelde?

—Soy el sargento Moreno.

—¿Sargento?

—Sí. Bueno, da igual, todos me llaman Piojo. Se rumorea que la Loba Roja está encerrada en esta celda, ¿sabes algo?

—Algo sé, sí.

—¿Qué libro quieres?

—¿Tienes El Conde de Montecristo, de Alexandre Dumas?

—¿Quién es ese? No lo conozco. ¿Eres la Loba Roja?

—Eso parece. ¿Quieres la recompensa que los tuyos dan por mi cabeza?

El joven asintió, con una gran sonrisa e introdujo un libro por la apertura de la trampilla.

—Ten, este tocho te gustará. Es viejo, pero quizá te valga de algo.

Selene tomó el libro.

—Reza tus últimas oraciones —le dijo el muchacho en tono sarcástico, despidiéndose.

—¡Espera! —le exclamó ella—. Tienes que hacerme un favor.

—¿Yo, un favor? ¿Estás loca? Te voy a matar en cuanto pueda, que será muy pronto.

—Sí, ya sé que me vas a matar para cobrar esa recompensa. Pero, ¿puedes escucharme antes? Solo un momento.

—Supongo.

—¿Puedes contactar con el exterior? Seguro que sí. Tienes que avisar de inmediato al capitán Van der Haüssen. Debe estar en la base que los Centuriones de Orión tienen en Zafiro, con las tropas de asalto de la Mamba Negra.

—¿Tú sabes eso? —preguntó asombrado el muchacho.

—Dile que estoy aquí —insistió Selene.

—¿Cómo sabes eso? ¡Es alto secreto!

—No importa. Localízale, no me queda mucho tiempo hasta que acaben conmigo.

—¿Los tuyos te quieren matar?

—Es una larga historia. ¡Pues no me ves! Te van a dejar sin recompensa.

—¡He! ¿Qué pasa ahí con tanto chismorreó? —se acercó el guardia.

—Le he dado una Biblia —sonrió Piojo, jocoso.

—Vamos, aligera, no me hace gracia que te acerques a esa celda —le ordenó el guardia.

—Van der Haüssen seguro que te recompensa —susurró Selene y le guiñó un ojo.

Piojo se alejó confuso, sin entender nada. La más despiadada de sus enemigas sabía donde estaban escondidas las tropas rebeldes y no lo había comunicado a nadie, ni siquiera a los suyos. ¡Y quería que le mandara un mensaje a un centurión! ¡A un capitán de la Mamba Negra!

Selene ojeó la Biblia y leyó por encima algunas páginas. No estaba acostumbrada a ver libros impresos en papel, de hecho eran muy difíciles de adquirir. Y pensó en Piojo. En aquel muchacho había visto una oportunidad de sobrevivir: era totalmente imposible avisar al Consejo Supremo de La Unión para que la rescataran, pero seguro que ahora la noticia de que estaba allí presa llegaría pronto hasta los Centuriones de Orión, los rebeldes que tanto la temían y la odiaban. Después de todo, estaría bien asegurarse que Van der Haüssen lo supiera; quiso pensar que si sentía lo que ella, vendría para salvarla y si no era así, pues vendrían para matarla, cuanto antes, para evitar que pudiera comunicar lo que había visto en Zafiro. Era una jugada arriesgada, pero al menos le proporcionaba una posibilidad de seguir con vida, de salvar a Sheila.

El tiempo se agotaba a la par que la paciencia del alcaide.

¿Y este Markus?, se preguntó. No sabía qué pensar. Era el hijo del alcaide, pero se veía un hombre noble, ajeno a los negocios de su padre. ¿O todo era puro teatro? Parecía preocuparse mucho por ella y no era por amor, pues suspiraba los vientos por la tal Erika. ¿O tal vez no? A saber. Qué raro lo de tener acogidas a tantas reclusas en su mansión. ¿De verdad lo hacía para

protegerlas? Pensó que, posiblemente, solo era un coleccionista perverso, pues todas eran jóvenes y bonitas, y ella misma una pieza más de su colección. Aunque, ¿hasta cuando permitiría el alcaide al caprichoso de su hijo mantener con vida a la Loba Roja?

Con una mueca de resignación, se tapó con la sábana, acomodándose en la cama. Cerró los párpados y, en su mente, los recuerdos de Van der Haüssen la acompañaron. ¿Sentiría él lo mismo que ella?

Capítulo 6

LA CABEZA DE LA LOBA

—Mi general —saludó Van der Haüssen, entrando en el despacho de Kevin, a la vez que salía una esbelta mujer morena, joven y de rasgos muy marcados, vestida con uniforme militar con rango de capitán y emblemas de los Centuriones de Orión.

Y ambos cruzaron sus miradas, ella con cierta desidia matadora.

—¿Aún está enfadada Nirvana conmigo? —preguntó Van der Haüssen.

—Odia todo lo relacionado con La Unión —respondió Kevin—. Creo que si supiera cierto que te liaste con la Loba Roja, ella mismo te sacaría las entrañas. Ya sabes que es algo... ¿salvaje? Vamos, es tarde y me apetece un buen asado. Hace tiempo que no comes bien, te veo delgado. Tendrás que recuperar fuerzas, en un mes te quiero en Kravent.

—¿En Kravent? ¿En ese planeta prisión?

—Sí, tenemos una misión especial que cumplir y no podemos fallar. Vamos, pasemos al comedor. ¿No hueles el aroma? Es ternera, de la buena, sabrosa carne de verdad.

Sentados a una opulenta mesa, Kevin comenzó a comer ante Van der Haüssen, el cual, acostumbrado a la comida prefabricada, a los botes y a las cápsulas alimenticias, no sabía por donde empezar ante semejante pitanza.

—No comas deprisa, puede sentarte mal —sonrió Kevin.

—¿Y esa misión?—preguntó Van der Haüssen, con la boca llena—. ¿Por qué Kravent?

—Dime, amigo, ¿es cierto que intimaste con ella, con la Loba Roja?

Van der Haüssen calló.

—Debes saber que voy a mandar una nave para buscarla —apuntó Kevin.

—¿Piensas traerla aquí?

—No, mi querido amigo. ¿Traer a esa mujer hasta aquí, al corazón de la rebelión? No es eso lo que quieren en el Alto Mando.

—¿Y qué quieren?

—Quieren su cabeza. Solo eso, la cabeza de la Loba Roja. ¿Qué pensabas? Parece ser que el resto del cuerpo no les interesa.

Van der Haüssen tragó con entereza la ternera y aquellas palabras.

—Ya sé, es desagradable oír eso, sobre todo para un hombre enamorado —aseguró Kevin, alargando las palabras.

—Kevin, ¿qué quieres de mí? ¿Por qué me dices esto?

—El Consejo Supremo de La Unión prepara una gran ofensiva sobre el cinturón estelar de Orión, buscan dar donde más nos duela. Irán a Quelonia. Allí están nuestras familias. Quiero que me ayudes. Sí, que me ayudes a parar esa ofensiva. Y eso solo lo conseguiremos ganando posiciones, haciéndonos fuertes, alcanzando poder en el Alto Mando. Desde que ascendí a general he estado pensando en la manera de acabar con esta guerra que no podemos ganar.

—¿Acabar con la guerra? Eso no será fácil.

—Lo sé. Pero de momento, asaltaremos esa fortaleza.

—Kravent no es una fortaleza, sino un planeta prisión.

—Bueno, en verdad es un matadero. ¿Sabes qué hacen? Matan a los convictos que no tienen correspondencia y, luego, siguen cobrando a La Unión como si estuvieran vivos. ¡Los queman en sus hornos! Y también hay de los nuestros entre los presos.

—Sí, pero no son muchos. La Unión los tienen bien dispersos en otras cárceles para evitar posibles asaltos. ¿De verdad los queman?

—Sí, ya ves, ese planeta solo es un negocio familiar, un negocio de muerte. Eso dice nuestro informador. Irás a Kravent en busca de un preso en especial y me lo traerás, y ya que estás allí, destruye ese matadero y libera a cuantos puedas de los nuestros.

—¿Quién es ese preso?

—Un líder mundial, eso dicen. Si le liberamos, estará en nuestras manos poder acceder al Alto Mando y cambiar las cosas. ¿Te imaginas que pudiéramos acabar con la guerra? ¿Hablar con el Consejo Supremo de La Unión sobre una paz?

—¿Abogas por pactar una paz con La Unión? Antes les llamabas fascistas.

—Amigo mío, todos somos fascistas. ¿Crees acaso que a las madres e hijos de nuestros soldados de Orión y Quelonia les importa mucho esta guerra, nuestra causa? Años y años de muerte sin que nada cambie. ¡Más de dos décadas! Eras un niño cuando empuñaste tu primer arma, ahora eres todo un hombre. ¿Algo cambió? El general Deliever luchaba por ganar cada

batalla sin mirar los costes ni la sangre que vertía, yo lucharé por terminar con esta guerra sin verter más sangre que la absolutamente necesaria.

Van der Haüssen quedó en silencio.

—Para La Unión no hay guerra, somos rebeldes, terroristas —aseguró finalmente.

—Bueno, eso puede cambiar y depende en gran medida de esta empresa. Si sale bien, tengo la esperanza de disponer la fuerza necesaria para negociar y sentar unas bases sólidas para la paz.

—Kravent tiene un destacamento militar y los guardias de la prisión están bien equipados. Necesitaré apoyo para llegar hasta allí y más si esperas que saque un grupo numeroso presos.

—No te preocupes, serás mi capitán de escuadrilla en la Mamba Negra.

—¿La Mamba Negra? Es nuestra nave insignia...

—Por eso mismo. Ahora te darás cuenta de la relevancia de esta empresa. Arrasar Kravent, desenmascarar la matanza, liberar los presos y recuperar ese líder mundial nos proporcionará muchos amigos, incluso entre nuestros enemigos.

—No entiendo. ¿Qué interés puede tener La Unión en que liberemos un líder mundial que tienen preso, un rebelde?

—No, no es un rebelde, no es de los nuestros. Y no saben que está preso.

—¿Vamos a rescatar un enemigo?

—Sí. ¿Qué pensará el mundo cuando sepa que un líder de La Unión está encerrado en una de sus brutales prisiones? ¿Cuando sean conscientes que nosotros lo hemos rescatado? Seguro que entonces no nos llamarán terroristas, por muy duro que golpeemos en Kravent. ¿No crees? Podríamos retrasar e incluso lograr que abortaran la ofensiva que se cierne sobre Quelonia.

Van der Haüssen comió en silencio, sopesando aquellas palabras. Tenían sentido, sí.

Y bebió bajo la atenta mirada de su general.

—Kevin, necesito un favor —comentó finalmente.

—Lo imaginaba, mi querido amigo. Eres una gran persona, un hombre de honor y por ello eres siempre muy predecible. Sí, haré lo que desees.

Van der Haüssen le miró atento.

—Lo haré, créeme. Quiero que sepas que retiraré las recompensas que ofrece el Alto Mando por la Loba Roja —afirmó Kevin—. Pero eso solo será posible si sale bien lo de Kravent.

—¿Y si sale mal? —apuntó Van der Haüssen, sonriendo a medias, y se preguntó en silencio si en verdad era tan predecible.

—Entonces, mi poder menguará considerablemente en el Alto Mando y esa nave que mandaré a por Loba Roja, les llevará su cabeza.

Capítulo 7

MIGRA SIV

La nave nodriza de aprovisionamiento Migra SIV se acercaba al planeta prisión Kravent ignorando la ofensiva que preparaban las fuerzas rebeldes. Toneladas de víveres y materiales de consumo llenaban sus bodegas, además de 5.000 nuevos reclusos, en su mayoría delincuentes y asesinos muy peligrosos. Dos cruceros escolta con sus patrullas de cazas de combate y un destacamento de Policía Militar del Ejército de La Unión se ocupaban de la seguridad de la nave. Al frente, el comandante Morgan, un hombre maduro y de barba cana, acostumbrado a los largos años de navegación por las rutas interestelares; también un soldado condecorado en las Guerras de La Unión por su valor en la lucha contra los temidos Centuriones de Orión.

—Señor, sin novedad —le comunicó el segundo de abordó, Robert, un joven capitán de pelo corto y mechas azuladas, recién ascendido por la Academia y puesto a dedo bajo el mando de Morgan para acumular experiencia y oficio con seguridad, a salvo de todo, antes de regresar al puesto en el edificio del Consejo Supremo de La Unión que le esperaba en la Tierra.

Morgan le observaba a menudo de soslayo, con cierta desidia. No le hacía gracia que un joven hiciera méritos a su costa, en la ruta más tranquila, llevando víveres y presos a Kravent. Como si ello fuera digno de mención alguna cuando tantos morían en combate contra rebeldes, piratas y mercenarios; o arriesgaban sus vidas en lejanas galaxias ante enemigos desconocidos, en mundos por descubrir. Pero era el hijo del capitán general Robert Fleming, jefe de las Fuerzas Armadas y destacado miembro del Consejo Supremo de La Unión.

—Páseme el cuadrante de la Línea Sigfrido. ¿Alguna novedad? —le preguntó.

Robert quedó en silencio.

—¿Y bien? —insistió Morgan, mirándole con cierto reproche, como examinándole.

Robert tragó saliva y se dirigió un tanto nervioso a su puesto, recogió una tableta de imágenes virtuales y observó con rapidez el espectro de acción de la nave ante los cuadrantes.

—Sigo esperando —comentó Morgan.

Al ver que Robert no se aclaraba con el espectro virtual de las rutas, apretó los labios con cierta paciencia y fijó la mirada hacia el exterior de la nave. Pensó que el muchacho no tenía la culpa de estar tan verde, pero no le gustaba aquella situación. No conocía a nadie que se hubiera ganado una plaza de vida en la Tierra haciendo méritos en una nave nodriza, y ese joven iba a conseguir lo que él nunca lograría, a pesar de ser un héroe de guerra, tan solo por ser hijo de quién era, y eso le enervaba en demasía, aunque sabía controlar sus actos y sentimientos.

—Teniente —se volvió Morgan, hacia la servidora de comunicaciones.

—Todo tranquilo, señor —contestó Abigail, una joven de pelo corto de punta, rubio platino; con la vista puesta en el mapa de navegación y le entregó una muestra del cuadrante.

—Todo en orden, señor —confirmó Robert, apresurado.

Morgan paseó por la cubierta del centro de mando, con las manos atrás y dando pasos cortos, acompañado por Robert, que procuraba estar cerca, tratando de cumplir y agradar.

El joven capitán cruzó su mirada con la teniente Abigail y le guiñó un ojo.

Ella respondió con una sonrisa sabida.

—En unos días llegaremos a Kravent y será necesario desembarcar los víveres y la flota de convictos —expuso Morgan—. Las escuadrillas de cazas deberán proteger nuestra situación y custodiar los transbordadores hasta su destino. No es una empresa fácil, sino de complicada ejecución, más si no se tiene experiencia ante un despliegue de naves en cubierta y en el exterior.

—Entiendo, comandante, me ocuparé de ello —contestó Robert.

—No, no entiendes. No te ocuparás de nada.

—Pero... Señor, soy el segundo de abordó.

—No sabes ni donde está la Línea Sigfrido. Sé que no es lo que esperas. Eres el segundo de abordó, sí, pero sinceramente creo que no estás capacitado para ello.

—Señor, confíe en mí, no puede hacerme esto. La tripulación pensará que...

—No me importa lo que piense la tripulación, sino la seguridad de la misión. Le permitiré acompañar a la teniente Abigail para que asista al protocolo y despliegue de los transbordadores y las escuadrillas, pero será ella quien tenga el mando y no quiero oírle de nuevo quejándose. Es una orden. Ya tendrá su oportunidad.

—¿Cuándo, señor? Llevamos un año de navegación y nunca encuentra la ocasión.

—En la próxima colonia se encargará del desembarco, está en un planeta tranquilo y solo tenemos que abastecerles de víveres. Ahora debería practicar los protocolos de navegación, no le vendría mal. Y le digo, para que lo entienda de una vez, que no me basta con que sea hijo de quien es para ganarse su certificado militar de navegación, deberá demostrar que lo merece.

—Sí, señor, también es mi deseo —tartamudeó Robert, conforme Morgan se alejaba.

Robert entró en el comedor de oficiales de mal humor, llevándose por delante de un manotazo un vaso de metacrilato con agua que había sobre la mesa.

—¿Y ahora qué le pasa al señorito? —preguntó la teniente Abigail, entrando tras él.

—Otra vez me deja en ridículo ante la tripulación. ¡Maldita sea! —respondió Robert.

—Te está haciendo un favor —sonrió ella, irónica.

—¿Cómo, Abigail? Dime.

—Sabes muy bien que la única forma de asegurarte el regreso a la madre Tierra, como desea tu padre, es con una hoja excelente, un certificado y una recomendación del comandante de la nave de servicio tras el periodo militar. Lo único que puede impedir tal gracia es que tengas un tropiezo en una maniobra, que la cagues.

—¿Quieres decir que no estoy capacitado para dirigir un vulgar desembarco de mercancías?

—Y de presos, no lo olvides. A veces, las cosas no salen como se esperan, incluso si eres un experto. Siempre puede salir algo mal, un imprevisto.

—¡Bah! ¡No tiene mayor dificultad!

—Mi padre sabe lo que se hace. No correrá el riesgo de que te pase nada, ni que des pie a que ocurra cualquier cosa.

—Tu padre me tiene frito. Se cree un héroe por haber luchado en La Roca, en la gran batalla; y piensa que nadie está a su altura.

—Está muy orgulloso, significó el declive de las Naciones Americanas. Todo el que luchó allí está orgulloso, hasta los malparados que quedaron lisiados... ¡Consiguieron la paz!

—Me hubiera gustado estar allí. No aquí, en una maldita nave de víveres y condenados.

—Y a mí, pero nos toca vivir otros tiempos, en paz. Tiempos mejores.

—Los Centuriones de Orión aún están activos, deberían haberme mandado en un crucero de guerra, donde hacer méritos de verdad. ¿Cómo voy a prosperar aquí?

—Eso deberías habérselo dejado bien claro a tu padre y piensa que entonces no nos hubiéramos conocido —le dijo ella y se acercó sibilina, mientras él le cruzaba las manos por encima de la cintura—. Además, ¿acaso quieres que te maten? En la guerra, los soldados mueren, aunque sean hijos de generales, y mueren de verdad, para siempre.

—Estás tan hermosa —le dijo Robert y la apretó contra su cuerpo.

Abigail juntó sus labios con los de él, para quedar ambos inmersos en un apasionado beso.

Capítulo 8

LA MAMBA NEGRA

La Mamba Negra, la nave insignia de la armada rebelde, se acercaba a su objetivo: Kravent. Una escuadrilla de cazas salió de sus entrañas para destruir los receptores y satélites del planeta prisión antes que pudieran localizar al enorme destructor que se les venía encima.

Van der Haüssen dirigía la escuadrilla desde su nave, un potente F5000 Raptor, el Águila Negra. Su rostro permanecía inalterable, estudiando todo. La misión le parecía extraña, pero confiaba en Kevin. Todo había cambiado desde la muerte del general Deliever, era como si nadie quisiera seguir la guerra contra La Unión y aquello le perturbaba. Tantos muertos, ¿para qué? ¿Iban a ceder ahora, tras diez años de guerra y siete en rebeldía tras la derrota que significó la batalla de La Roca? Por otra parte, ¿qué sentido tenía seguir con la guerra de forma indefinida, donde gran parte del mundo vivía en paz y les consideraba terroristas?

Si había una oportunidad de acabar con la guerra, debía de asegurarse que se diera y más si ello podía significar poder ver a Selene de nuevo, quizá como amantes, no como enemigos. Tenía claro lo que sentía y no dudaba lo que ella podía sentir. Y rogaba para que la nave que enviara Kevin a por la Loba roja no la encontrara jamás.

Las órdenes eran claras: destruir las balizas, receptores y satélites de Kravent para aislar a sus habitantes, impedir que pudieran solicitar refuerzos y sumirles en la ignorancia de cuanto ocurría. Después, acabar con los cuerpos militares y de seguridad del complejo carcelario; y seguidamente, arrasar con los edificios de mando y los hornos crematorios. Los transbordadores de la Mamba Negra se ocuparían de embarcar a los presos liberados y él, en especial, tenía que hacerse cargo de ese convicto tan importante. ¿Cómo reconocerle? El cabecilla de los presos rebeldes en Kravent se lo entregaría. No parecía un mal plan: entrar, arrasar, cargar y salir...

Pero el primer imprevisto había saltado hacía nada: una nave nodriza se acercaba a Kravent y el interés no era destruirla, sino esquivar los cruceros escolta que la acompañaban. La misión se debía ejecutar de una forma rápida para evitar ser descubiertos por las fuerzas de La Unión.

Ajeno a lo que se le echaba encima, el alcaide Kravent permanecía sentado en la oficina del edificio principal, solo, en completo silencio, con una roca de oro en su mano. La estudiaba con arte y detenimiento. ¿De dónde la habría sacado Selene? La trayectoria del viejo Spitfire UK 3000 en que había sido rescatada no era nada elocuente, podría resultar de diferentes sectores. Además, sin energía, la nave pudo haberse desplazado a la deriva sin registro alguno. Las únicas pistas que tenía, registradas desde Pangea, es que el crucero interestelar Senator fue destruido y que parte del pasaje había sido rescatado cerca de la Línea Sigfrido.

—Putá —murmuró, ante lo difícil que resultaba hacer hablar a la Loba Roja, además de lo complicada que podría volverse aquella situación.

Tener presa a una heroína de La Unión no era algo muy recomendable. Pero, realmente, ¿cuántos sabían que vivía? ¿Y que estaba bajo su poder? Apenas nadie y los que eran conscientes ya se habían repartido el oro o ardían en los hornos.

Las puertas de su oficina se abrieron y dos guardias de la prisión empujaron a Selene hacia adentro, maniatada con unos grilletes electrónicos de acero.

—Está bien, pueden marcharse —les ordenó.

Ella quedó sola, fija ante la mesa, con una mueca resignada.

—Eres testaruda —aseguró el alcaide.

—Mi madre decía lo mismo. Pero añadía: como una mula —apuntó ella.

—Hum, supongo. Pero yo no soy tu madre —remugó el alcaide y le propinó tal revés que la lanzó contra la pared, haciéndola golpearse en la cara y caer al suelo, de frente.

Un tanto aturdida, pues no lo esperaba, Selene se levantó para ponerse de nuevo en su sitio, con una mirada matadora y el labio inferior sangrando.

—Deberías quedarte con el oro y dejarnos marchar —amenazó Selene.

—Te haré caso, me quedaré con el oro. Pero lo de marchar... No me dejas más remedio. Dentro de nada llegará la nave nodriza y será difícil esconderte a los miembros de la tripulación. Ya hay demasiado rumores como para que estés aquí cuando lleguen. No hablas, no me dices lo que quiero oír. He decidido desollar a esa niña primero, para que veas lo que has conseguido con tu silencio. Luego, acabaré contigo y quemaré vuestros cuerpos en los hornos para que no quede resto de vosotras. Nadie sabrá nunca que estuvisteis aquí.

Selene tragó saliva, pensando que aquel sicópata era capaz de eso y mucho más.

Dos guardias llegaron al despacho, llevando consigo a la pequeña Sheila que, con los ojos abultados de llorar, miraba a los lados, asustada; y se lanzó sobre Selene nada más verla.

Ambas se fundieron en un abrazo.

—¿Estás bien? —le preguntó Selene una y otra vez, sin apenas dejarla contestar.

Y se volvió con una mirada hostil hacia el alcaide.

—Tienes una última oportunidad —le dijo él, acercándose a Sheila.

Un sutil zumbido alertó la mente de Selene. La mano biónica del alcaide se retroactivaba, guardando sus extraños dedos metálicos, para aparecer en su lugar un afilado estilete.

—Yo... —murmuró Selene, sin saber qué hacer, cómo salvar a Sheila.

De pronto, irrumpió Markus, seguido de dos policías militares y de su hermana Marcela, la cual se tiró como una loca a proteger a la pequeña Sheila.

—¡En Zafiro! ¡El oro está en el planeta Zafiro! —exclamó Markus.

El alcaide frenó en su acoso, sorprendido, y con un movimiento de cabeza, ordenó a los guardias que se llevaran a la pequeña, la cual se resistió como una fierecilla.

—Dejadla en paz —espetó Marcela y tomó a la niña de la cintura.

—Sheila se marcha con mi hermana —ordenó Markus, imponiendo su rango militar.

La pequeña se alejó de la mano de Marcela y miró con un puchero hacia atrás.

—Corre con ella —le dijo Selene—. Seguro que estarás bien, un día iré a verte.

Marcela sacó de allí a Sheila, con prisas y corrió por los pasillos, cruzándose con Erika, la cual quedó mirándolas, perspicaz y curiosa, preocupada.

—¡Zafiro! Vaya, no eres tan inútil como pensaba. ¿Cómo lo has sabido? ¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó el alcaide a su hijo.

—Me gané la confianza de esa niña; cada vez que visito a mi sobrina, juego con ellas. Deberías visitar a tu nieta, Maika es un amor. Al final, le hice entender a Sheila que la vida de Selene corría peligro; ella la considera su madre de verdad y me lo contó. Ahora dime: varios de tus guardias han desaparecido, ¿qué ha pasado con ellos? ¿Dónde está el tío Marc? —replicó Markus, con cierto enfado.

—La ambición pudo con ellos, querían más de lo que les correspondía.

—Padre, no estás bien. ¿Qué has hecho?

—¡Lo que tenía que hacer para poder salir de este asqueroso planeta!

—¿Qué le harás a ella? Debes dejarla en mis manos.

—¿Crees que estoy loco? En tus manos huiría. Nos delataría en cuanto llegara la nave nodriza, seguro que ya pensó un plan. ¿Verdad? —se volvió el alcaide hacia Selene, perspicaz.

Ella continuó en silencio.

—Tiene morir —exigió el alcaide—. ¿Prefieres acaso que nos encarcelen? ¿Quieres ver a tu hermana violada en nuestra propia cárcel? ¿Quieres sentir cómo te destrozan el culo en una jodida celda, cada día, hasta que alguien te saque las tripas? ¿Eso es lo que quieres, que nos pudramos aquí? ¿No prefieres una mansión, una familia, un hogar...? ¿Has pensado en lo feliz que podrías ser con Erika en la madre Tierra? ¿En darme nietos que vivan fuera de este asqueroso planeta?

—No, padre, no trates de manipularme. A mí, no —dijo Markus, acercándose a Selene, que escuchaba atenta, esperando su oportunidad—. Me haré cargo de ella hasta que sepa cómo salir de este agujero negro en que has metido a la familia.

—Me equivoqué: no estás loco por ella, sino tonto por ella —aseguró el alcaide y alzó su mano biónica armada con el estilete, mientras se acercaba decidido hacia Selene.

—No voy a permitir que la asesines. ¡Arresten al alcaide! —replicó Markus.

El alcaide quedó con el rostro desencajado, conforme los dos policías militares avanzaron dispuestos a ejecutar la orden.

—Padre, lo siento, pero has perdido totalmente el juicio; lo perdiste hace tanto. Antes debí actuar y alejarte del mando, ahora podrás descansar —aseguró Markus.

Erika entró seguida por los dos guardias privados y, al ver la situación, sacó su arma.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó, perpleja.

—El idiota de mi hijo quiere que nos pudramos en este planeta de mierda, pretende delatarnos, se ha enamorado de la Loba Roja, quiere liberarla —expuso el alcaide.

A Erika le tembló el mentón. Giró su arma y abatió a los dos policías militares que custodiaban al alcaide. Después, disparó sobre Markus, el cual cayó malherido.

—¡Eh! ¿Qué has hecho, loca? ¡Markus! ¡No! ¡Es mi hijo! —exclamó el alcaide.

—¿Qué crees que pensaría tu hijo si le dijeras que para recomendar mi ascenso como capitán necesitabas que te pegara una buena mamada, que me follas siempre que quieres? —le gritó ella, con rabia.

—Padre —murmuró Markus, herido y confuso.

—Estúpido, debiste olvidarte de las niñas de tu harén y hacerme caso. ¿Y ahora? ¡La Loba Roja! ¿A ella también te la follas? ¿A que sí? Y dices que me quieres, no eres más que un cerdo hijo de puta, como tu padre —le espetó Erika, agachándose, apuntándole con el arma mientras una lágrima de desprecio asomaba en sus ojos.

El alcaide se había quedado mudo, inmóvil, mirando atónito la agonía de su hijo.

Selene aprovechó el momento, al tener a Erika cerca de ella y agachada. Avanzó rápido y le dio una fuerte patada en la cara, que le saltó tres dientes y la hizo caer de lado.

—¡Matadla, matadlas, matadlas a las dos! —ordenó a gritos el alcaide, con cara de odio, escupiendo saliva, y se lanzó sobre Markus—. ¡Hijo, hijo mío!

Los dos guardias de la prisión se miraron entre ellos, perplejos ante la situación, asintieron y alzaron sus armas, apuntando a Selene, a Erika y al propio alcaide.

—Alcaide, creo que tendremos que renegociar lo de ese oro —dijo uno de ellos, mientras deslizaba su dedo por el gatillo.

Un estallido brutal lanzó al alcaide y a los guardias por tres metros al aire. Selene voló por encima de la mesa, quedando empotrada en el sofá. La pared de la oficina quedó hecha ruina y una nube de polvo lo invadió todo. Al segundo, se escuchó un potente zumbido in crescendo, que Selene reconoció de inmediato, y se lanzó al suelo. El edificio pareció reventar desde su base, salpicando metralla, piedra y escombros por doquier entre una intensa polvareda.

Aturdida, Selene se arrastró mientras trataban de situarse. Estaba claro que aquello era fuego de combate. Escuchó numerosas explosiones más y el característico sonido de los cazas al

sobrevolar la zona. Se echó sobre el cuerpo inerte del alcaide y buscó en sus bolsillos. Le sacó unos documentos y los lanzó atrás, con rabia, y siguió buscando, hasta hallar la tarjeta electrónica que buscaba. La pasó rápidamente por encima de sus muñecas y el acero que la apresaba saltó de su cierre. Los grilletos cayeron al suelo. Fue a marchar, pero escuchó un leve murmullo.

Era Markus, el cual trataba penosamente de levantarse.

Selene se agachó sobre él, pensativa sobre lo que debía hacer. Tras un suspiro, le ayudó y se lo echó encima de lado, como pudo. Ambos recorrieron con paso lento las instalaciones, avanzando con gran esfuerzo entre las ruinas y las explosiones. Militares, guardias y presos corrían de un lugar a otro, sin concierto alguno, con la vista puesta en el cielo, huyendo de los impactos de rayos y misiles. Pensó que era el momento de abandonar Kravent, debía salir del planeta cuanto antes. Pero primero debía encontrar a Sheila y solo podía estar en un sitio: en la residencia de oficiales, con la hija del alcaide, la tal Marcela.

Dejó a Markus a salvo del bombardeo, en el hueco de las escaleras de un edificio derruido, mientras este no paraba de nombrarla; y aceleró su paso en busca de Sheila. Apenas cruzó dos calles, se topó con un grupo de guardias que buscaban refugio y les ignoró. Destruídas las defensas militares, los funcionarios no podían ni sabían hacer frente al brutal ataque. Vio los transbordadores aterrizar cerca del sector de los condenados rebeldes. Y alzó su vista al cielo, para observar los emblemas militares de las naves de combate que estaban destruyendo todo.

—Los Centuriones de Orión —sonrió, los rebeldes solo se arriesgarían a efectuar una ofensiva así, en una zona controlada por La Unión, en busca de un premio muy especial y ese premio era ella, no le cabía la menor duda.

Piojo había hecho su trabajo, le había brindado su oportunidad. Ahora debía encontrar a Sheila y volver al espacio. Los hangares militares habían sido destruidos, pero su viejo Explorer 1 había tomado tierra en un hangar de descarga civil, alejado de la zona militar, para ocultar el oro y su comprometida tripulación. Mientras todo saltaba a su alrededor, Selene observó de nuevo, con sangre fría, los cazas rebeldes sobrevolar su cabeza; por más que buscó, no vio el Águila Negra de Van der Haüssen, inconfundible con su figura oscura de rapaz y esa enorme calavera crestada grabada en las alas.

—Aquí Águila Negra, terreno despejado, veo a los nuestros en las pistas de lanzamiento. Han tomado el sector norte de la prisión. Da inicio el rescate —comunicó Van der Haüssen.

—Capitán, contacte con el sargento Moreno y cumpla su objetivo; recuerde, es la prioridad —respondió Kevin, desde la Mamba Negra.

El Águila Negra aterrizó verticalmente, sin oposición alguna, y Van der Haüssen saltó de inmediato. Pronto se vio agasajado por una multitud de presos liberados, los cuales alzaban las armas robadas en espera de embarcar en los transbordadores.

—¡Huaam! —le exclamó un hombre enorme, de facciones orientales, piel muy bronceada y con una cresta mohicana roja de un palmo.

—¿Sargento Moreno? —preguntó Van der Haüssen.

—No, mi capitán, el sargento Moreno soy yo —se escuchó una voz aguda.

Van der Haüssen alzó el entrecejo. Un niño delgado, vestido como un paramilitar y de pelo negro hecho greñas se dirigió a él, claramente protegido por aquella montaña. Era Piojo.

—Se presentan el sargento Moreno y el soldado de primera Puchi —dijo el muchacho, saludando marcialmente—. Puchi es mudo, señor.

Por unos momentos, Van der Haüssen quedó en silencio.

—Tienes que entregarme a alguien —dijo finalmente, tratando de ignorar la edad del muchacho y superando la sorpresa inmediata. En la maldita guerra, cosas más desconcertantes había visto y ahora solo existía una prioridad: su objetivo, el preso del que debía hacerse cargo.

—No la tenemos —contestó Piojo.

—¿Cómo?

—Momentos antes del ataque, el alcaide la sacó de la celda y la trasladó a su despacho. Me temo que está muerta. La zona ha sido duramente castigada. Nadie esperaba que coincidiera el ataque con esa maldita reunión.

—¿Sabes quién es?

El muchacho calló.

—No estoy autorizado a revelar su nombre —afirmó después.

—¿Cómo no vas a estar autorizado a revelarme su nombre, si tenías que entregármelo? Además, has hablado en femenino, ¿es una mujer?

—Lo siento. De todas formas, creo que está muerta —insistió Piojo.

Van der Haüssen observó su entorno, rumiando en su mente aquellas palabras. Los presos se apiñaban alrededor de los transbordadores, la evacuación seguía el ritmo establecido. Sin embargo, la prioridad, el rescate de esa personalidad, parecía inviable. ¿Volatilizada?

—Llévame a ese despacho o a lo que quede —le ordenó con una contundencia tal que sonó a amenaza.

Puchi, el hombre enorme de piel bronceada, dio un paso al frente, mostrándose agresivo.

Una descarga lo dejó temblando e inconsciente en el suelo.

Sanpedro, un centurión de casi dos metros de altura, negro como el tizón y de gruesos labios y nariz chata, se acercó con el arma en la mano hasta Van der Haüssen, junto a Eva, una mujer de aspecto latino, pelo corto y ojos avispados, que malvestía tal cual una descuidada mercenaria. Eran dos de los miembros de la tripulación del Águila Negra.

—¡Le han matado! —exclamó Piojo.

—Solo está aturdido, ¿quieres que lo mate? —le indicó Sanpedro, con su vozarrón.

Van der Haüssen miró al crío, como indicándole “¿qué esperas a indicarme el camino?”

—Vamos —dijo el muchacho, viendo a Puchi allí tendido.

Y el capitán observó a Sanpedro, como reprimiéndole por su rápida acción.

—¿Pensabas dialogar con él, con esa montaña de carne sin cerebro? —sonrió Eva, saltando entre los riscos para avanzar vigilante por delante—. Eso es como querer razonar con Sanpedro.

Sanpedro gruñó pegando una mirada tan asesina como jocosa a Eva.

—¡Puchi tiene cerebro! —indicó el joven sargento, un tanto molesto.

—¿Con ese nombre? —sonrió Eva.

—¡Es un auténtico centurión! —espetó Piojo.

—Vale, muchacho, lo que digas, pero llévanos hasta allí —le ordenó Van der Haüssen.

—Sargento, mi capitán. ¡Soy sargento! —le recriminó Piojo.

Ajena a todo, Selene buscaba la forma de llegar hasta la zona urbana de oficiales. Al fragor de la batalla entre los centuriones y los escasos efectivos militares que aún se mantenían en pie, se había unido un motín que no dejaba títere con cabeza. La ley del más fuerte comenzó a imperar ante la anarquía que quedaba tras el paso de los centuriones. Los guardias y militares se parapetaban en edificios, donde podían, defendiéndose hasta el final; de nada valía que se rindieran, eran brutalmente ajusticiados por reclusos llenos de ira. Desconcertados, algunos convictos que habían quedado libres con las explosiones, deambulaban sin destino ni rumbo; mientras otros quedaban en sus celdas, esperando acobardados a que todo pasara.

Mimetizada entre el caos reinante, Selene llegó a un montículo cercano a la urbanización de oficiales y saltó entre dos pilares para ver mejor. Aquello era dantesco, todo ardía y los cadáveres abundaban por el suelo. Un enorme resplandor sobre la cabeza llamó su atención. Alzó la vista y vio, a gran altura, el enorme destructor de los rebeldes: la Mamba Negra, aquella inmensa nave que tan bien conocía de los tiempos de guerra en que fuera la temida Loba Roja. Y frunció el ceño. Debía actuar con rapidez.

Avanzó por las ruinas, constatando que apenas quedaba nada del barrio residencial. Confundida, con pena y llenándose de ira encontró el cadáver de Marcela. No había muerto por

las explosiones, el cuerpo estaba desnudo y tenía una profunda herida en el cuello. Pudo ver numerosos cadáveres más conforme avanzaba, incluso de otros reclusos, vejados y acuchillados. La escoria más inhumana había salido de las celdas y estaba descargando su ira contra todo.

—Eh, tú —escuchó una voz.

Se volvió y vio a tres presos muy cerca. Uno de ellos llevaba sobre su hombro a una mujer sin falda ni ropa interior, la cual jadeaba aterrada; por las insignias de la camisa rasgada que vestía, le pareció una enfermera. Sin más, sin dejar tiempo a la reacción, tomó una vara de hierro de las ruinas y salió corriendo hacia ellos. Golpeó duro en el vientre al primero y, conforme este se agachó de dolor, le hundió la vara en la espalda. El segundo alzó un fusil atomizador, pero ella le golpeó duro con el pie, desarmándole y, después, le dio entre las piernas, haciéndole caer doblado. Recogió el fusil de inmediato y le disparó a quemarropa. Seguidamente, estalló el pecho del que llevaba a la mujer encima. Entrecerró los ojos, calmando su ira, y bajó el arma. Estudió las calles y las gentes que veía correr. Se fijó en los reclusos que acababa de abatir y les robó unos prismáticos que portaban.

Con un pequeño salto, se alejó de la zona.

—No, no me dejes aquí —suplicó la mujer violentada.

Selene la miró por unos momentos y la reconoció, era la “jodida enfermera” que le había curado la herida del látigo. Y pensó en abandonarla. La enfermera gimió angustiada, tratando de ocultar con ambas manos su intimidad violada, sangrante, llorando y tapándose como podía.

—Vístete —gruñó Selene, señalando un muerto—. ¿Puedes caminar?

—Sí —murmuró la enfermera, con cara de pena.

Selene continuó la búsqueda de la pequeña Sheila con la enfermera a su lado, aterrada. No encontraron nada. ¿Cómo irse sin saber de Sheila? No quería aceptar que podría haber muerto. De ser así, hubiera visto su cadáver, junto a los de tantos que habían allí.

De pronto, observó una patrulla de centuriones bien armados, se dirigían hacia la zona de transbordadores, y se ocultó rápidamente. Estaban custodiando un grupo de liberados con la intención de embarcarles, entre ellos habían muchas mujeres y algunos niños.

—¿Estás ahí, Sheila? —murmuró, mientras trataba de distinguirla con los prismáticos.

Entonces, se percató que la enfermera había desaparecido.

Lo ignoró y continuó tras el destacamento, acercándose cada vez más.

Un enorme zumbido colmó el ambiente y alzó la vista al cielo, para ver sobrevolar por encima de ella una nave que le resultó familiar: el Águila Negra. Su corazón dio un vuelco, acelerándose como no recordaba. Van der Haüssen debía estar ahí, sin duda. ¿Habría venido a

por ella?, se preguntó con cierta emoción, asaltada por sentimientos encontrados. ¿Cómo obviar que le amaba, pero también que era un enemigo, un capitán del ejército rebelde?

El Águila Negra se alejó hacia las ruinas de las oficinas del alcaide.

—Aquí no hay nada, capitán. Solo muertos y trozos de muertos —aseguró Sanpedro, con su enorme arma sobre el hombro y mostrando una bota, con el pie dentro, sujeta en la mano.

—¡Oh, Dios, que desagradable! ¡Tira eso! —exclamó Eva.

—Esto es lo que queda de las oficinas del alcaide —expuso Piojo.

—¡Ahí se ve un cuerpo de mujer! —apuntó Eva.

Van der Haüssen se giró hacia Piojo.

—No es ella —aseguró el muchacho, observando el rostro sin vida de Erika.

Un pequeño ruido se escuchó entre los escombros y todos se volvieron. Bajo las ruinas, el alcaide alzó su delgado cuerpo, cubierto de polvo, con una tremenda herida en un costado.

—¿Y este? —preguntó Eva.

Piojo se acercó a él y le hundió en el vientre un punzón. El alcaide se agachó del dolor y cayó de rodillas. Miró a ambos lados, desconcertado y tratando averiguar lo ocurrido. El punzón se volvió a hundir en su cara, saltándole un ojo. Y cayó derruido.

Van der Haüssen, Sanpedro y Eva se miraron entre ellos, sorprendidos por el odio y la contundencia mostrada por el pequeño sargento, o más bien por aquel crío asesino.

—Era el alcaide —se justificó Piojo.

—¿No crees que podría saber donde está nuestra prisionera? —expuso el capitán.

—No... Si no sabía ni donde estaba él. Además, ese tipo era de esa clase de hombres que nunca deberían haber nacido, solo muerto dejará de ser un monstruo.

Selene fue de una zona a otra, sin parar de buscar en cada lugar donde los centuriones atendían a reclusos con niños y, de pronto, paró. Su mentón tembló. Sheila estaba allí, a salvo; avanzaba de la mano de otra pequeña, cerca de un transbordador. Presa de la tensión, al comprobar que vivía, arrancó de un muerto una capa hecha jirones y se envolvió en ella. Y comenzó a caminar cojeando, con una varilla de metal que le hacía de bastón, camuflándose entre tanto preso desvalido y andrajoso que buscaba ser embarcado o que deambulaba conmocionado.

Fue acercándose a Sheila, la cual avanzaba lentamente en una cola hacia la entrada del transbordador. De pronto, la pequeña se volvió y sus ojos se agrandaron mostrando una gran

sonrisa. Selene, cerca, vio la mirada delatora de Sheila y señaló silencio con su dedo índice en los labios; pero la pequeña no hizo caso y salió corriendo hacia ella.

Selene se sintió descubierta y cerró los ojos, pero la pequeña la ignoró en su carrera, la dejó atrás, no la había visto o no la había reconocido con aquellos andrajos, y saltó sobre el capitán Van der Haüssen.

—¡Sheila! —exclamó él, mientras ella se le abrazaba. Y supo de inmediato quien era esa prisionera tan importante que tenía que llevar ante Kevin.

Sheila quedó sobre los brazos del capitán, abrazada como una lapa, sin soltarle y llorando de la emoción. Apenas le conocía, pero bien sabía que era el “novio de mamá”.

Imposible rescatarla, pensó Selene. ¿Cómo llevársela sin delatarse? Podía entregarse a Van der Haüssen, él la trataría bien. ¿Entregarse? Nunca, reflexionó. Aquel hombre podría amarla o no, pero solo era un capitán. El Alto Mando rebelde tenía puesto precio a su cabeza y muchos se la cortarían con auténtico placer. No pudo más que resignarse, mientras le veía alejarse con la pequeña en brazos. Siguió con la mirada a Sanpedro y a Eva, les conocía bien, sabía que eran mercenarios bajo el mando de los centuriones, la tripulación del Águila Negra, solo faltaba Wuterich. Ellos le habían permitido huir una vez, pero ¿dos? ¿La ayudarían o la delatarían? Y Piojo, ese niño con el que había hablado, estaba con ellos. Eso debía ser bueno, ¿o no?

Comida por las dudas, permaneció en la cola de reclusos, con la idea de ser embarcada en los transbordadores. Decidió hacerse pasar como una presa común, sin declarar quién era. Solo así podría estar cerca de Sheila y de Van der Haüssen, ya encontraría el momento. Era una locura y lo sabía, y miró atrás pensando en regresar en busca de su vieja nave, la Explorer 1.

—Capitán, órdenes —se acercó el sargento Wuterich, con sus grandes ojos entrecerrados y el pelo enmarañado—. ¿Es Sheila? —preguntó atónito.

Eva asintió y le miró con cara de no entender nada.

El capitán avanzó hacia el Águila Negra, sin contestar ni soltar a Sheila de sus brazos.

—¿Conocéis a Sheila? —preguntó Piojo.

—¿Y tú? —preguntó Eva.

—Claro.

—Vienes con nosotros, corre —le ordenó Eva.

—¿Qué haces? ¡Suéltame! ¡Soy tu sargento!

—Mierda de niño. ¡Que te he dicho que corras o el capitán nos deja aquí!

Entonces apareció el hombre enorme de piel bronceada, con cara de pocos amigos, y sujetó al muchacho levantando un tremendo fusil atomizador.

—Capitán, tenemos que salir de aquí —escuchó Van der Haüssen, a través del emisor, sentado en su puesto de control del Águila Negra.

—Kevin, ¿qué ocurre? ¿Aún no he localizado a la prisionera? Dame más tiempo, necesito más tiempo. Ya sé quien es...

—No hay tiempo. La nave nodriza y su escolta están entrando en el perímetro rojo de transmisiones, tenemos que salir antes de que nos detecten. Ya deben estar preocupados al no recibir señales del puesto de mando de Kravent. Obedece. Prepara las escuadrillas para un eventual enfrentamiento, sin delatar tu situación. Procedemos a una evasión silenciosa. No podemos arriesgarnos ante dos cruceros de combate y tan lejos de nuestras posiciones.

—Pero...

—Capitán, ya habrá tiempo de encontrar a tu loba.

—¡Ioooojo! —exclamó Puchi, tirando del brazo del pequeño sargento, apuntando con el fusil atomizador a la cabeza de Eva.

Ella abrió la mano, dejando libre al muchacho.

—¡Vamos! —ordenó Van der Haüssen desde la puerta de la nave.

—Es Piojo y Puchi —dijo Sheila al asomarse, señalándoles.

—¿Les conoces? —preguntó Van der Haüssen.

—Sí, son mis amigos.

El capitán les miró y dedujo que aquel muchacho debía saber mucho de Selene.

—¡Arriba todos! ¡Nos vamos! ¡Vosotros dos, también!

Eva volvió a tomar del brazo a Piojo.

—Tú serás sargento, pero él es capitán —le dijo al muchacho.

—Vamos, Puchi, arriba, salgamos de aquí —asintió el joven, sin apartar la mirada de Sheila, la cual le sonreía animándole a que subiera.

El enorme hombre bronceado tomó al muchacho sobre su hombro, soltando un gruñido, y corrió, para subir a la nave con dos saltos y por delante de Eva y de Sanpedro. Rápidamente, la tripulación acomodó a los nuevos pasajeros y se puso en sus asientos de combate.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eva, dirigiéndose al capitán.

—Nos vamos, una nave y dos cruceros de La Unión se acercan.

—¡Maika! ¡Es mi hermanita! —gritó Sheila, señalando por la escotilla.

Van der Haüssen se asomó y vio a una muchachita correr desorientada, llorando...

Selene quedó descompuesta al ver partir los transbordadores, dejándola sin opción alguna de llegar hasta Sheila, ni hasta el capitán Van der Haüssen. Y corrió hacia la última de las naves, tratando de subir, de no quedar allí abandonada. Pero el portón se cerró inexorablemente, aplastando a quienes trataban de entrar como fuera. Y quedó allí, en medio del caos desatado.

—Por lo menos, Sheila está a salvo —remugó insatisfecha.

Miró a ambos lados, estudiando su entorno. Y se alejó, corriendo en dirección hacia los hangares de carga, donde esperaba hallar la Explorer 1; esquivando ruinas y gente desquiciada, matando a quien se le acercaba con dudosas intenciones. Sabía que solo podía existir un motivo para que la Mamba Negra se alejara de allí apresuradamente: la presencia de tropas de La Unión. Era el momento de regresar al combate, no pensaba abandonar a Sheila, ni alejarse de nuevo de Van der Haüssen, ni mucho menos dejar escapar la Mamba Negra.

—Selene —escuchó, con voz agónica.

—¿Markus? —se giró ella, frenando en su carrera, y le vio sujeto al hombro de la pertrecha enfermera, arrastrándose penosamente por las ruinas, dejando un rastro de sangre tras de sí.

De pronto, ambos cayeron al suelo de bruces, sin fuerzas.

—Maldita sea —pensó Selene y corrió hacia ellos.

Como pudo, cargó en su hombro a Markus.

—Ayúdame con tu coronel. ¡Y vamos, rápido! —le exigió a la enfermera.

Se alejaron del lugar arrastrando a Markus, entre las dos, sujeto de los hombros. Buscaron la oscuridad y avanzaron hacia los hangares, cayendo y levantándose, suspirando y maldiciendo. Selene sabía que si dejaba a Markus allí, sería blanco del odio, le matarían sin duda. Y a la enfermera igual, muy posiblemente sería de nuevo violada y esta vez no tendría quien la salvara.

Finalmente, llegaron y entraron en el hangar. Selene sonrió satisfecha, apenas podía creerlo, pero allí estaba el viejo Spitfire UK 3000, la Explorer 1, esperándola.

Capítulo 9

666S

—¡Señor! —exclamó el suboficial de transmisiones, dirigiendo la vista hacia Morgan, en la sala de mando, desde el puesto de comunicaciones de la nave nodriza Migra SIV.

—¿Qué ocurre? —respondió Morgan, paseando como aburrido de todo, frente a la enorme cristalera que daba al espacio—. ¿Ya podemos contactar con esa maldita prisión?

—Un mensaje. Es 666S... Dice —aseguró el suboficial, perplejo.

—¿666S? —preguntó Morgan, petrificado y con las cejas arriba—. Eso es imposible.

—No hay duda, se escucha alto y claro: 666S —insistió el suboficial.

—¿Sabe lo que está diciendo? —preguntó Morgan, acercándose rápidamente.

—Es un código personal de combate. Pero eso no puede ser... ¿O sí, señor?

—¡Déjeme el control de transmisión! —exclamó el comandante.

—¿Qué ocurre ahí? —preguntó la teniente Abigail, separándose de un cariñoso Robert que la abrazaba más que excitado, revolcándose con ella en la cama de su cabina personal.

—¿El qué? —replicó Robert, apretándola contra él.

Se escucharon unos pasos veloces en los pasillos. Abigail rodeó su cuerpo desnudo con una sábana y abrió un poco la puerta, para ver a dos oficiales correr hacia la sala de mandos.

—Algo ocurre —apuntó perspicaz.

—Nada, cualquier tontería —protestó Robert, acercándose, para abrazarla y besarla en el hombro. Y su mano descendió por el vientre de la joven, mientras la apretaba contra sí.

—Déjame, algo está pasando —insistió ella, separándose de él y tomando la ropa.

—No —suspiró Robert, disconforme, y se sentó en la cama con cara de pena.

—Vamos a ver —le indicó ella, mientras se vestía de prisa, y le lanzó la ropa encima.

Robert y Abigail avanzaron por el pasillo terminando de abrocharse los botones de la chaqueta del uniforme, ajustándose la ropa y acicalándose con prisas. Cuando llegaron a la sala de mando, la tripulación parecía alterada, pendientes de los cuadros informáticos. Morgan permanecía con la mirada perdida en el espacio, con cara de sorpresa.

—¿Qué ocurre, padre? —preguntó Abigail, acercándose.

Morgan le señaló silencio, posándose el dedo índice sobre los labios. Y se quitó los auriculares para poner la transmisión en abierto, manteniendo su micrófono facial activo.

—Al habla el comandante Morgan. ¿Puede repetir su código de identificación?

—Repito: Código personal 666S. Escuadrón Spitfire AK 3000. Protocolo de combate 5Q. Destructor rebelde Mamba Negra en evasión tras potente ofensiva en Kravent. Devastación total en la zona, presos libres y hostiles —se escuchó con voz de mujer por el monitor.

—¿Y eso? —preguntó Robert al escuchar, todo loco.

—¡Silencio! —exclamó Morgan, visiblemente excitado.

—¿Silencio? —se escuchó por el equipo de transmisión.

—No, no es a usted, capitán. Aquí nodriza Migra SIV, confirmamos contacto en 46 horas. Código rojo activado. Protocolo de combate 5Q en marcha —contestó Morgan.

—Encantada de escucharle de nuevo, mi comandante. No esperaba oírle aquí y menos en una nave nodriza, pero créame que es todo un placer —se escuchó.

—El placer es mío de volver a oír su voz, alta y clara, capitán. Me hice viejo, es lo que me dieron: este cacharro. ¿Situación actual en Kravent?

—Balizas y satélites inutilizados. Tierra hostil. Guardia abatida y en defensa, fortificaciones destruidas. Necesitan refuerzos de inmediato. Movimiento anárquico de miles de presos y están armados en numerosos sectores. Imposible aterrizaje sin controlar un perímetro de seguridad. Es necesario un protocolo 5Q, el enemigo está cerca y activo.

—Eso es un protocolo de combate de verdad. ¿Quién es esa mujer que habla? —murmuró Robert, confuso al ver la cara atónita de Abigail.

—¿No sabes quién es 666S? —preguntó ella.

—Yo no he estado nunca en un protocolo de combate.

—Yo tampoco —le replicó ella.

—Los códigos son para los altos mandos. ¿Cómo quieres que sepa quién es?

—Robert, todo el mundo sabe quién es 666S.

—¿Queréis callaros? —les interrumpió Morgan.

Luego, tras mirarles fijamente, se dirigió de nuevo al micrófono.

—No se preocupe, capitán. Nos acompañan dos cruceros escolta y quedan activados los protocolos de combate. Le mando una escuadrilla a su encuentro para custodiarla hasta mi nave —retransmitió Morgan—. ¿Estás bien?

—Yo sí, gracias, pero me acompañan dos personas que necesitarán atención médica.

—Entendido. La esperamos con impaciencia, quedo a la espera de cualquier novedad.

La transmisión quedó cerrada y la sala de mando de la nave nodriza en completo silencio.

Morgan levantó la cara, fijó su mirada en Robert, en su hija Abigail y, luego, en el resto de la tripulación que permanecía perpleja.

—Bien, ya habéis oído. Nuestro tranquilo viaje deja de ser tranquilo. ¡Todo el mundo a sus puestos! —ordenó.

Una escuadrilla de cazas sobrepasó la Migra SIV para perderse con el estallido fulgurante de sus propulsores. A su vez, uno de los cruceros escolta se situó por delante de la nodriza y el otro cubrió la retaguardia. Y las dos naves de combate comenzaron a desplazar lateralmente las

enormes cubiertas metálicas de superficie, para desplegar sus poderosos cañones atomizadores y las lanzaderas de misiles.

Robert miraba extasiado aquellas maniobras que nunca pensó podría ver en una nave nodriza. Algo grande estaba ocurriendo y parecía estar fuera de juego, entonces comprendió a su comandante. Realmente, no estaba preparado para ser el segundo de abordó. Se sintió incómodo, más cuando vio que Abigail se lanzaba al cuadro de mandos para localizar y situar la nave receptora sin él entender nada, ni tan siquiera comprendía las claves de identificación de un protocolo de combate.

—¿Qué está ocurriendo? —le preguntó, con cierto tacto.

—¿No lo ves? —respondió ella.

—No. No lo veo...

—Robert, estamos en un protocolo 5Q.

—Sí, eso ya lo sé.

—Tendrías que estar junto a mi padre, dictando a la tripulación sus órdenes.

—Tu padre no lo cree así, las dicta directamente. Seguro que para hacerme parecer más estúpido de lo que soy.

—No creo. Esto es muy importante para él, piensa que sirvió con ella en la batalla de La Roca, en su mismo escuadrón.

—¿Ella? ¿Quién es 666S?

—La Loba Roja.

—¿La Loba Roja? ¡No me jodas!

—Pero, ¿de verdad no lo sabías?

—¡Eso no es posible! —exclamó incrédulo—. ¿No estaba muerta?

—Yo también lo pensaba. Pero ya me dirás, en 46 horas o menos está aquí.

Selene dejaba pasar las horas descansando sobre la silla de pilotaje, con los pies sobre los mandos. Atrás quedaba el planeta prisión Kravent. En su mente estaban Van der Haussen y la pequeña Sheila. Por un lado se encontraba tranquila, el capitán la cuidaría bien, estaba segura. Pero por otro, rabiaba preocupada. Quería recuperarla y saber de él.

En su mente un terrible conflicto: amaba a un enemigo.

Con la vista perdida en los haces de luz de las estrellas, atravesaba veloz el oscuro infinito en la Explorer 1, apretando pensativa los labios, y lanzó un pequeño suspiro.

—¿Por qué es todo tan difícil? —se preguntó.

El único hombre por el que había sentido algo, al que posiblemente amaba, luchaba en las filas enemigas: era un rebelde, un capitán de los temidos Centuriones de Orión. ¿Importaba eso? No, en verdad, no mucho. ¿O sí y bastante? Lo único que sabía cierto era que deseaba volver a verle, sentirle cerca, notar una caricia y sentir un beso como aquel.

Un beso que no olvidaba.

En el cuadro de mandos saltó la alarma de contacto. Una escuadrilla de cazas de La Unión se acercaba, al frente. Estaba a salvo, al fin lograba llegar hasta los suyos. Sin embargo, no se encontraba contenta y Van der Haüssen tenía la culpa.

La Mamba Negra no estaba lejos. Una colosal nave como aquella no podría huir con la celeridad necesaria si dos cruceros de combate la perseguían. Y aquel pensamiento colmó su ser, podía acabar con la nave insignia de los rebeldes. Estaba segura de ello. Van der Haüssen estaba allí, ¿cómo atacar? El muy necio lucharía y duro, sería irónico y absurdo que sus naves se vieran enfrentadas entre sí. ¿Y Sheila? Podría salir herida o a saber. Pero no podía dejar escapar aquel destructor. ¿O sí? Al fin y al cabo, ellos la habían liberado de aquel infierno llamado Kravent.

—¿Dos niñas? —preguntó Kevin, tan incrédulo como disgustado, dando pasos de gigante en su despacho de la Mamba Negra—. ¿Te mando a por la Loba Roja y me traes dos niñas?

—Lo siento. Se suponía que nuestro contacto debía entregarnos a la prisionera. Al parecer, ha muerto —respondió Van der Haüssen, que no parecía muy afectado.

—¿Muerta? Eso no te lo crees ni tú —replicó Kevin.

—Mi general, la Loba Roja estaba en el despacho del alcaide cuando comenzó todo y fue lo primero en volar —dijo el pequeño sargento Moreno, excusándose.

—Increíble. ¿Me creen estúpido? La Loba Roja no está muerta. Una nave salió de Kravent sorteando magistralmente nuestra vigilancia hasta que la captó la Mamba Negra, se trata de un viejo Spitfire UK 3000. No es casualidad y estoy seguro que no lo pilotaba un guardia.

—¿Por qué no me lo dijiste? —se dirigió Van der Haüssen a Kevin.

—¡Sargento! —exclamó Kevin.

—Sí, mi general —respondió el muchacho.

—Puede retirarse.

Piojo salió de la estancia, altivo, remugando, seguido de Puchi.

Kevin anduvo hacia un pequeño bar situado tras la mesa de su despacho y sirvió dos copas de licor. Y le ofreció, condescendiente, una a Van der Haüssen.

—¡Qué lástima! —exclamó.

El capitán bebió y le miró sin entender.

—Podríamos haber dicho al mundo que liberamos a la Loba Roja. Ahora, solo dirán que asaltamos una mísera prisión. Es lamentable, muy lamentable. ¿Cómo ha podido ocurrir?

—Debías haberme dicho de quién se trataba.

—No. Te hubieras desconcertado y hubiera sido peligroso para el éxito de la misión. Ese maldito crío me mintió. Dijo que lo tenía todo controlado, que la tendría en su poder cuando llegáramos. Y no fue así. Esto va a significar mi ruina, el Alto Mando acabará conmigo.

—La misión ha sido un éxito —aseguró Van der Haüssen.

—¿Quieres decir? —respondió Kevin.

—Hemos liberado de la muerte a miles de personas, los crematorios han sido bien documentados. El universo entero conocerá el campo de exterminio que es Kravent, lo que hace la ley de La Unión con sus familiares condenados y será un duro golpe para ellos tener que aceptarlo. Selene ha huido, pero nosotros la hemos liberado y podemos usar esa baza.

Kevin remugó, mirando a los ojos del capitán.

—Deberíamos enviar una señal dictando lo acontecido, antes de que nadie pueda tergiversar la verdad, nuestro mensaje —apuntó Van der Haüssen.

—Me gusta. Ninguna nación de La Unión avalará el exterminio que se realiza en Kravent ni podrá entender por qué estaba su heroína presa en ese infierno y eso juega en nuestro favor. Comprenderán que cualquiera puede ser considerado un rebelde y acabar preso de su gobierno fascista, incluso ella, la leyenda.

—Kevin, debemos prepararnos para cualquier cosa. Si nos persiguen esos dos cruceros, pueden alcanzarnos y ocasionarnos mucho daño.

—Ya... Dime, tú que conoces bien a la Loba Roja, ¿cómo es?

Van der Haüssen quedó en silencio.

—Por favor —insistió Kevin y le ofreció otra copa de licor.

—Como soldado, es muy inteligente, una máquina de guerra y sabe usar muy bien sus conocimientos y recursos, que son muchos aunque no lo parezca.

—Vaya, es una lástima que no luche a nuestro lado. ¿Y como mujer?

—Cuando nuestras tropas desembarcaron en Europa, hace ya tanto, en las Guerras de La Unión, los CSA acabaron con su familia, delante de ella. Era una niña pecosa cuando empezó a luchar y acabó la guerra como capitán de un Spitfire UK 3000, tras abatir 103 de nuestra naves... Kevin, amigo, no me preguntes cómo es como mujer.

—Veo que tuvieron tiempo de hablar, de conocerse. Sí, lo de Europa fue un desastre y nos creó muchos enemigos. En fin, espero que no tengamos que combatir contra ella, tendríamos que matarla.

Van der Haüssen no dijo nada, solo bebió y le miró con cara inexpresiva.

—Pero veo que tú no lo harás. ¿Qué debo hacer contigo? —le preguntó Kevin.

—¿No confías en mí?

—Esa no es la cuestión. Ya sabes: en la guerra y en el amor todo vale y estás inmerso en las dos cosas, sentimientos encontrados. Me gustaría saber lo que harías si la tuvieras a tiro, de frente, armada, matando a nuestra gente. Dime, ¿acabarías con ella o te dejarías matar?

—Tendremos que verlo llegado el momento.

—Me lo pones difícil, amigo mío. Debo reconocer tu honestidad, no me dices lo que me gustaría oír, sino la verdad, y eso me complica todo. Podrías mentirme y luego, a saber.

Kevin guardó la botella y miró a Van der Haüssen.

—Nos dirigimos hacia Planeta Z, está en nuestra ruta de escape. Hace cuatro años que se instalaron las primeras colonias y estaban formadas por obreros, agricultores y ganaderos, todo producción para la habitabilidad; apenas tienen una fuerza armada, solo policía —aseguró, cambiando de tema—. Si tu loba decide seguirnos, los anillos de rocas del planeta les impedirán entablar combate directo. Perderán la ventaja del número y nosotros tendremos la de nuestra potencia de fuego.

—Kevin, ¿qué piensas hacer con Selene?

—Te hice una promesa, capitán. Si por cualquier motivo me viera impedido a cumplirla, sabrás reaccionar y supongo que el universo es lo suficientemente grande para que vosotros dos podáis vivir en paz mientras los demás nos matamos.

En la sala de mando de la nave nodriza Migra SIV, un silencio expectativo colmaba el ambiente. Selene acababa de atracar en el muelle interior y la esperaban con impaciencia. Nadie quería perderse la ocasión de saludar a la leyenda de las Guerras de La Unión: la Loba Roja. Morgan lucía su uniforme negro, con sus medallas, relegando el habitual azul al fondo del ropero. No era el único, la tripulación lucía sus uniformes negros; prendas que nunca habían usado más que en alguna maniobra. Todos excepto Robert, que buscaba en su camerino lo que sabía que no tenía.

—¿Qué haces? ¡Vamos! —le llamó Abigail, asomando a la puerta.

—¿Ya está aquí? —preguntó Robert.

—Está en los hangares. En unos minutos se presentará ante mi padre.

—No tengo uniforme de combate.

—Te dejo uno mío.

—¿Me tomas el pelo? ¡Se notaría que es de mujer!

—Ese que llevas está bien, es perfecto.

—No es negro, haré el ridículo de nuevo ante todos.

—Es un uniforme militar de La Unión. Además, ¿no quieres que se fije en ti? Pues como serás el único de azul, seguro que lo hará. Además, te hace juego con las mechas del pelo —dijo Abigail, alzando el entrecejo con una sonrisa burlona. Acto seguido, le tomó del brazo y tiró de él para salir corrieron hacia la sala de mandos.

Al llegar veloces a un cruce de pasillos, tuvieron que parar en seco. La mano de Selene se posó sobre el pecho de Robert e impidió que el joven oficial chocara aparatosamente contra ella. Y ambos cruzaron sus miradas, estudiándose por unos momentos.

—¿Permite, capitán? —preguntó el jefe de la escuadrilla que la había escoltado.

—Hu, sí, claro —dijo Robert.

Selene, sin decir palabra, retiró la mano de su pecho. Abigail se cuadró, para saludarla militarmente. Ella ni se inmutó y continuó su camino.

—¿Esa chica es la Loba Roja? Yo pensaba que sería una mujer mayor, de la edad de tu padre. ¿Te has fijado en sus ojos? ¡Son rojos! —aseguró Robert, absorto, viendo alejarse a esa joven andrajosa y sucia, de larga melena roja; con un uniforme amarillo de reclusa hecho jirones, manchada de abundante sangre y mostrando en el cuerpo numerosos rasguños.

—Sí, ya lo sé. Todo el mundo lo sabe, menos tú —murmuró Abigail.

—¡Selene! —exclamó Morgan al verla aparecer.

Los presentes en la sala la saludaron marcialmente y ella se acercó decidida a Morgan, para abrazarle con fuerza ante la sorpresa de la tripulación.

—Mi comandante —saludó Selene—. Le veo estupendamente, el tiempo le trata bien.

—Veo que sigues siendo una chiquilla encantadora. Pero, ¿y tu ropa?

—Ya sabe, nunca uso dos veces el mismo uniforme tras una batalla.

—Sí, siempre los destrozas. Cuéntame...

—Es una larga historia. Pero lo importante es que tenemos a la Mamba Negra a tiro.

—Sí, ya te oí, la Mamba Negra, ni más ni menos —le cortó Morgan en un tono que no le gustó a Selene—. ¿Qué sabes de Kravent? Tengo cinco mil presos en la panza de esta nave.

—Tendrás que sofocar una gran revuelta o regresar con tu carga.

—No, volver cargado no puede ser. ¿Crees que será imposible controlar la situación?

—No hay anarquía que las armas no sofoquen. Además, pasada la euforia, cuando comprendan que no tienen donde huir y el hambre apriete, la mayoría querrá negociar. Podrías aprovechar las horas de sol para desembarcar, cuando se vean obligados a resguardarse. Otra cosa serán las instalaciones. Necesitarán mano de obra y mucho tiempo.

—Bueno, mano de obra y tiempo es algo que me sobra —sonrió Morgan.

—Pero... La Mamba Negra...

—Mañana hablamos de ello, ahora descansada. He preparado una reunión de oficiales para estudiar la situación. Te presento a mi hija Abigail, es teniente, ella te acompañará a tu camarote, te proporcionará un uniforme y lo que haga falta.

—Encantada —dijo Abigail, temblando de emoción.

Selene ni la miró. ¿Una reunión? ¿Mañana?, se preguntó incrédula.

—Este caballero es mi buen amigo Noguerras, capitán del crucero escolta Milvus, es su primer destino en una ruta interestelar —les presentó Morgan.

—Encantado —le sonrió aquel joven delgado y alto; y se estrecharon la mano.

Selene notó el temblor y la emoción que manaban del oficial.

—Y Phoenix, capitán del crucero Falco. Tiene nada menos que tres años de experiencia en escolta de cruceros mercantes —continuó Morgan.

—Un placer tenerla entre nosotros —tartamudeó aquel hombre, algo rollizo y mayor.

—Y este joven tan apuesto es Robert —dijo Morgan—. Es mi segundo de abordo y esta es la primera misión que realiza, todo un reto para él. Su padre es el capitán general Fleming, que está deseando que vuelva a la madre Tierra cuanto antes, donde parece que le espera un gran futuro en la sede del Consejo Supremo de La Unión.

—¿Fleming es tu padre? —le preguntó Selene al estrecharle la mano.

Robert no contestó, estaba anonado observándola.

—¡Robert! —le recriminó Abigail.

—¿He? Ha, sí... Fleming es mi padre. ¿Le conoce?

—Sí —aseguró ella, con una cara tan larga como sería.

Selene había entendido muy bien la escenita que su amigo Morgan le había montado con las presentaciones: nadie tenía experiencia en combate, ni tan siquiera en algo parecido y todos, incluido el resto de la tripulación, la observaban como un bicho raro sacado del pasado. Las Guerras de La Unión hacían siete años que habían acabado; realmente, solo las tropas de asalto del Ejército estaban preparadas para combatir a los Centuriones de Orión y aquello no era más que la escolta de una nave nodriza, la cual, además, era la nave niñera donde el hijo del general de

generales sumaba el tiempo de navegación interestelar exigido para su formación. ¿Cómo exponerse a una batalla con semejante tropa? Y miró con cierta decepción a Morgan.

—Es lo que hay —sonrió él, adivinando sus pensamientos—. Acompaña a mi hija, ella te atenderá, podrás asearte y descansar en una cómoda cama; lo estarás deseando.

Selene apretó los puños y miró fijamente a la joven teniente, la cual sonrió de una forma algo idiota, certificándole que allí nadie estaba preparado para el combate, para la guerra. Sin querer darle más vueltas al asunto, dio media vuelta y se alejó acompañada por Abigail. ¿Tendría que ir ella sola a por Sheila? Y pensó en Van der Haüssen, seguro que la estaba esperando, lo notaba. Y eso aceleraba su corazón en demasía.

Van der Haüssen tocó en la puerta del camarote de Kevin, en la Mamba Negra, con unos pequeños golpes de puño.

—Pasa —escuchó.

—¿Me has mandado llamar? —preguntó el capitán rebelde, entrando.

—He pensado que deberíamos sorprender al enemigo —dijo Kevin—. No creo que nos sigan hasta que calmen los ánimos revolucionarios de los presos. Seguro que se entretienen lo suficiente como para darles un susto. Si destruimos rápidamente uno de sus cruceros, son nuestros. La panza de esa nodriza debe almacenar muchos víveres y falta nos hacen.

Van der Haüssen quedó pensando en aquellas palabras. Kevin proponía una táctica usual en el Ejército rebelde, no era nada nuevo, atacar en plena huida, cuando nadie les espera. La mejor ofensiva siempre viene avalada por la sorpresa. Pero, ¿y Selene? Aquella maniobra impedía que pudiera atraerla y sacarla de la batalla.

—Sé lo que piensas, amigo mío. Por ello te quedarás aquí, a mi lado —dijo Kevin.

—No es necesario.

—Sí lo es, claro que lo es. Será difícil cazarla con vida, pero lo intentaremos.

—Capturar una nodriza y destruir dos cruceros de La Unión no allanará precisamente el camino hacia la paz.

—Pero me dará una gran victoria ante el Alto Mando y, con ello, poder para negociar.

—Kevin, Selene no bajará la guardia. No les pillaremos por sorpresa.

—Vaya, de nuevo con palabras desagradables.

—Es una militar con experiencia, seguro que mantiene la distancia de seguridad. Ya habrá notificado nuestra presencia y el Ejército de la Unión les mandará refuerzos y no pocos. Lo más acertado es seguir con nuestro rumbo y prepararnos por si tratan de interceptarnos.

—Ya hemos mandado las imágenes de Kravent. Pronto, el mundo sabrá lo que hemos hecho, lo que era en verdad ese campo de exterminio; y que nosotros liberamos a la Loba Roja. Estarán confusos. Tenemos el tiempo justo de volver, machacar y retirarnos llevándonos su nave nodriza y las provisiones.

—¿Vas a arriesgar la Mamba Negra por capturar una nave cargada de convictos? ¿Por dos cruceros escolta? No lo creo. Es por ella, ¿verdad? La quieres a ella.

Kevin permaneció en silencio.

—No es por ella —contestó finalmente—. Necesito una gran victoria para regresar a Quelonia o ni tu vida, ni la de ella, ni la mía tendrán valor alguno.

Capítulo 10

LA OFENSIVA

Selene disfrutaba de una baño caliente en una bañera flotante, donde el agua recorría su cuerpo alternando corrientes de agua cálida con otras de espuma y burbujas. ¡Qué placer! Hacía tanto que no se bañaba. Dios, ¿a qué diantres olería cuando se presentó ante Morgan?, se preguntó. Le entró vergüenza y sonrió, comprendiendo que debía apestar toda ella.

Dos ginoides de baja estatura y forma poco femenina esperaban frente a la bañera, con toallas y ropa limpia en sus bandejas. Selene las miró, hacía tiempo que no veía esas formas robóticas diseñadas como sirvientes de hogar, y pensó en los terribles androides CSA que empleaban los rebeldes, auténticas máquinas de matar. Lo que el hombre podía inventar, para bien o para mal solo con cambiar cuatro piezas y un programa informático. Apenas salió de la bañera, las ginoides se situaron a su lado, ofreciéndole las toallas. Se secó observando la ropa que le habían preparado. No era un uniforme negro de combate, sino el azul de crucero. Estaba claro que Morgan no estaba por la labor de perseguir a la Mamba Negra. ¿Para qué buscar una batalla que nada le daría y tanto le podía hacer perder? Posiblemente, en su lugar, haría exactamente lo mismo: apaciguar Kravent, descargar los presos y largarse a casa, donde un cálido hogar esperaba. Pero a ella no le esperaba nadie en Pangea. Todo lo que amaba estaba en esa nave rebelde, en la Mamba Negra. ¿Cómo convencerle? ¿Era justo convencerle?

—¿Quieres que te acicale el pelo? Lo tienes muy bonito —escuchó de pronto.

Y se volvió de inmediato.

La teniente Abigail entró al baño, ya no parecía tan impresionada como antes. Quizás verla allí envuelta en una toalla blanca impresionaba menos que recién salida de una batalla en Kravent, sanguinolenta y con cara de ira.

—Siéntate. Quiero decir a todos que fui la peluquera de la Loba Roja —sonrió Abigail.

Selene la miró con ciertas dudas, aunque su pelo necesitaba con urgencia un arreglo. Y se sentó. Abigail comenzó a domar el largo cabello rojo, a peinarla con delicadeza, pasando una y otra vez el cepillo, observándola curiosa ante el espejo.

—Eres muy joven y guapa para ser la Loba Roja.

—¿Debería de ser vieja y fea? —contestó Selene.

—No, solo que no te imaginaba así. Bueno, se dicen tantas cosas de tus hazañas que parece que existieras desde siempre.

—Llegué muy joven al Ejército, el mundo estaba en guerra, era fácil morir y ascendí rápido.

—Creía que estabas muerta. Todos lo creían.

—La Loba Roja murió en la batalla de La Roca.

—Eso decía mi padre, siempre que nos hablaba de tus proezas. Ahora ya me dijo que cuando se firmó el armisticio, marchaste como capitán en un crucero interestelar de pasajeros.

—El Senator.

—¿Y dónde está ahora?

—Reventó.

—Ah... Lo siento. ¿Cuándo volviste a estar activa en el Ejército?

—En verdad, soy capitán de una nave civil que no existe.

—Pues parece que vengas de una guerra.

—La guerra se empeña en seguirme allá donde voy —dijo Selene, como resignada.

—¿Quién es ese joven coronel que vino contigo?

—Es Markus Kravent.

—¿El hijo del alcaide?

—Eso creo. ¿Sabes algo de él, cómo está?

—Me ha dicho el doctor que mejora de sus heridas, su vida no corre peligro. Es tu...

—¿Mi qué?

—Bueno, ya sabes.

—No. Pero parece un buen hombre, por si te interesa. ¿Te interesa?

—No, no. Yo estoy con Robert, no necesito más.

—Vaya, el hijo del gran jefe; es un buen partido. Con él, seguro que acabas viviendo en la madre Tierra.

—Sí, eso espero —sonrió Abigail—. Queremos casarnos dentro de un año, en cuanto terminemos esta misión.

—Sí que tenéis prisa.

—Queremos formar una familia, para poder asentarnos en la madre Tierra. Tendremos un niño y una niña, queremos que nazcan allí —aseguró Abigail, animada ante un futuro feliz.

—Qué interesante —dijo Selene y pensó en la pequeña Sheila mientras se dejaba peinar, ¿qué estaría haciendo “su niña”?

—¡Piojo! —saltó Sheila con un grito histérico sobre el niño sargento, llevandoselo por encima, rodando por el colchón de la cama.

—¡Estás local! —exclamó él entre risas y comenzó a hacerle cosquillas en el costado.

—Ah, déjame. ¡Cosquillas, no! ¡Es trampa! ¡No se vale!

Y la pequeña Maika se lanzó sobre ellos, riendo también.

Van der Haüssen observaba apoyado en el marco de la puerta aquellos juegos.

—Parece que el sargento Moreno sigue siendo un crío a pesar de todo —apuntó Eva.

—Es un crío... No un sargento —replicó el capitán.

—Tiene rango, supo organizar y mantener la resistencia en esa cárcel y sabe matar, parece que hizo un buen trabajo. Odio a los niños soldado, no me gustan nada.

—En nuestras tropas no hay niños soldados, lo sabes, y no me preguntes por Piojo.

—Comprendo, es la excepción que confirma la regla.

El capitán asintió y los dos permanecieron por unos momentos en silencio, pensando en lo trágico de la vida de Piojo, en quiénes pudieron ser sus padres y en la miseria de la guerra.

—¿Y esa niña? —preguntó Eva.

—¿Maika? Sheila vivía con ella, creo que era la nieta del alcaide.

—Sheila está muy bien. Mírala.

—Sí —asintió Van der Haüssen, con una sonrisa paternal, pensando en Selene.

—Voy con Sanpedro y Wuterich, seguro que tienen una propuesta para mí más divertida que hacer de canguro, papá —se despidió Eva, riendo.

El capitán quedó allí, con el labio torcido, observando a Eva alejarse.

Había dormido de maravilla, casi diez horas de un tirón; el desayuno fue estupendo, como no recordaba; y la tripulación la saludaba con alegría, a cada paso. Aún así, tras la reunión de

oficiales, Selene salió del despacho del comandante con cierto enfado, acompañada por Abigail. Sus pretensiones de ir tras la Mamba Negra quedaban totalmente descartadas. Morgan se reafirmaba en que enfrentarse a los rebeldes era cosa del Ejército, no de una nave nodriza y su escolta. Así de claro lo había expuesto en la reunión. A lo que se unían las comprometedoras noticias que llegaban tras la difusión por parte de los rebeldes de la ofensiva en Kravent, del descubrimiento de los campos de exterminio y de la supuesta liberación de la Loba Roja.

—Lo siento, si vale de algo, estoy contigo. Mi padre nos subestima. Nos ofende pesando que no estamos preparados para enfrentarnos a esos terroristas. Deberíamos ir a por ellos ahora, mientras huyen, no nos esperan —dijo Abigail, acompañándola por el pasillo.

Selene se detuvo de pronto al escuchar aquellas palabras. Los rebeldes habían arriesgado mucho para capturarla, ¿se iban ahora sin cumplir su objetivo? ¿Así de fácil?, pensó viendo lo ingenua que era aquella joven teniente que hablaba de sorprender a la Mamba Negra.

—Tu padre, ¿dónde ha ido? —preguntó Selene.

—No sé, seguro que a la sala de mando. Siempre está allí. Vive allí —respondió Abigail, de forma simpática y curiosa—. ¿Por? ¿Ocurre algo?

—Teniente, tengo que ver a Morgan de inmediato —dijo Selene, con cara agria, cambiando su tono cordial por uno impositivo.

—¿Qué ocurre? —preguntó la joven teniente, perspicaz.

—Me conozco las tácticas de los centuriones. A menudo realizan fulgurantes e inesperadas ofensivas tras una maniobra de evasión. Creo que la Mamba Negra viene a por nosotros.

En la sala de mando, Morgan desfilaba nervioso y contrariado, frente a él se encontraba Selene, vestida con el uniforme negro de combate; Abigail se lo había proporcionado.

—¿Estás segura? No me jodas, Selene —espetó de pronto, perdiendo su talante.

—No. Pero es lo que han hecho siempre, bien lo sabes.

Morgan resopló y miró a Robert, que no entendía nada, el cual a su vez dirigió la mirada hacia Abigail, tratando de comprender algo.

—He dado orden para que Phoenix entre en Kravent con su crucero, debe pacificar la zona definitivamente, y tenemos varios transbordadores en camino cargados con presos y víveres. Si aparece ahora la Mamba Negra, será un verdadero desastre.

—¿Y el otro crucero?

—Nogueras está por delante, como plataforma de apoyo de los que van desembarcando.

—Morgan, no hay tiempo que perder —dijo Selene, con palabras templadas.

—Selene, mira a tu alrededor. Estos muchachos no saben lo que es pegar un tiro ni con una escoba y encima ellos piensan que son expertos, capaces de enfrentarse a quién sea. Y eso les convierte en inconscientes temerarios. Si la Mamba Negra está en camino y les hacemos frente, los Centuriones de Orión los destrozarán, no dejarán nada de nosotros.

—No hay tiempo para huir y, si te entregas, se harán con tres naves de La Unión, asesinarán a todos tus oficiales, incluida a tu hija, y al resto de la tripulación les mandarán a los campos de Quelonia o a saber... Debemos prepararnos para el combate.

—¿Sabes? Te odio, siempre te odié —aseguró Morgan, como si fuera una verdad oculta que salía desde el fondo de su corazón—. Nunca traías una buena noticia para nuestra escuadrilla, siempre estábamos en la batalla más dura, muriendo, y nunca te equivocabas. Por eso sé que tienes razón: la Mamba Negra está ahí y viene a por nosotros. Malditos terroristas.

—Podemos rechazarles, siempre fuiste de lo mejor —le animó ella.

—De eso hace mucho, Selene. Sabíamos lo que hacíamos, estábamos preparados para luchar y para morir. Ahora, no estamos preparados para luchar y mucho menos para morir —aseguró Morgan y observó a su hija, temiendo por ella, por su vida.

—Debes confiar en tu tripulación, en tus hombres. ¿Cómo quieres que se sientan capaces? Los tratas como inútiles y al final se creerán así, inútiles —replicó Selene.

—Tienes razón, no hay otra. Ha llegado la hora de que maduren. Organizaré la defensa, pensemos la estrategia; pero te necesito a mi lado, transmitiendo las órdenes pertinentes.

—¿Y el hijo de Fleming? ¿No es tu segundo de abordo?

—¿Robert? ¿Quieres que nos maten a todos?

—Nunca aprendiste a delegar.

—Ni tú a obedecer.

—Confía en Robert, apóyate en tu hija. Parece un buen muchacho y ella una gran mujer, hacen buena pareja, sabrán estar a la altura.

—¿Cómo que hacen buena pareja? —preguntó Morgan, sorprendido, con las cejas en alto, y quedó por unos momentos esperando respuesta.

—Esos dos piensan hacerte abuelo, ¿no lo sabías? —contestó Selene.

En la Mamba Negra, Kevin permanecía inalterable, atento a cada maniobra; a su lado, Van der Haüssen estudiaba el frente, con cara de pocos amigos. En las pantallas podían divisar uno de los cruceros escolta de la nave nodriza Migra SIV. Todo marchaba según lo previsto.

—Mi general, la escuadrilla Alfa se dirige por el sector norte hacia el objetivo, la escuadrilla Beta avanza por el sur —le informó Nirvana, satisfecha ante la ofensiva.

—¿Aún no hay señales de la nave nodriza ni del otro crucero? —preguntó Kevin.

—Hemos interceptado numerosos mensajes dirigidos a la nodriza y son respondidos desde Kravent. Nos han visto, pero están ahí abajo, posiblemente tratando de reembarcar.

—Bien, les hemos sorprendido. ¡Acabad con ese cascarón fascista!

En ese momento, una gran sacudida hizo temblar la sala de mando. Numerosos impactos hicieron saltar las cubiertas de protección y destruyeron, con precisión, parte de las plataformas de cañones atomizadores y de lanzamiento de misiles. Alarmado, Kevin observó por la gran pantalla: varias escuadrillas de cazas de La Unión estaban atacando el destructor, como si fuera un enjambre furioso de avispas torturando a un sorprendido aldeano, picando donde más dolía.

—Mi general, una red de misiles se abatió sobre las escuadrillas Alfa y Beta antes de que alcanzaran sus objetivos. Las están destrozando —informó el oficial de transmisiones.

—No puede ser —murmuró Kevin, atónito.

En ese momento, un Spitfire UK 3500 se lanzó sobre la cabina de mando, descargando con furia sus rayos y metralla, y la cabina tembló, saltando al aire cristales, metal y fuego.

—¡Rápido! ¡Blinden el compartimento de mando! —ordenó Nirvana.

—¿Y esto? —preguntó Kevin, asombrado, con la vista puesta en las pantallas.

Van der Haüssen se acercó al monitor y frunció el rostro.

—El otro crucero escolta no está en Kravent, sino situado lateralmente a su homónimo, haciéndonos creer que era uno solo —aseguró—. Se separan para atacarnos por ambos flancos, mientras sus cazas evitan que podamos defendernos. Deberíamos efectuar una maniobra urgente de evasión antes de que puedan dañarnos seriamente.

—¿Huir? ¡No! ¡Tenemos que destrozarlos antes de que se sitúen en posición de combate! —exclamó Nirvana—. ¡Comandante, tenemos que abrir fuego!

—¡Artilleros, destruyan esos cruceros, ahora! ¡Nirvana, avise a Rasel, que salgan a combatir todas las escuadrillas de centuriones disponibles! —ordenó Kevin, con el gesto alterado.

—Eso... No es prudente —aconsejó Van der Haüssen.

—No me digas lo que es y lo que no es prudente —le espetó Kevin.

—Tenemos que acabar con esos malditos fascistas, con todos —exigió Nirvana, dejando ver su odio, su rabia contenida.

—Voy a entrar en combate, marchó a por mi Águila Negra —dijo Van der Haüssen.

—No, tú te quedas a mi lado —ordenó Kevin, sujetándole del brazo.

La tranquilidad del espacio se vio sacudida por miles de disparos que cruzaban la oscuridad del infinito, alumbrando de colores vivos su destellante paso. Los cruceros escolta comenzaron a recibir las mortales descargas y a responder, mientras trataban de interceptar los misiles que se les echaban encima. El stress de una verdadera batalla se adueñó de sus tripulaciones, conforme el horror de la guerra comenzaba a devorar sus mentes con cada impacto, con el crujir del metal, con cada cuerpo que salía sacudido como si nada fuera. Pero la Mamba Negra estaba recibiendo las descargas simultáneas de los dos cruceros y de varias escuadrillas de cazas, aquello era más de lo que podía resistir por mucho tiempo un destructor, por muy poderoso que fuera. Y de pronto, recibió una brutal descargar central: la nave nodriza emergía de Kravent, enfocando sus escasos pero contundentes cañones atomizadores sobre las turbinas del destructor rebelde.

—Tenemos que salir de aquí, es una emboscada, lo tenían todo bien orquestado para acabar con nosotros —expuso Van der Haüssen y se alejó con paso rápido.

—No... No puede ser —murmuró Kevin—. ¿A dónde vas?

—A por mi Águila Negra. ¿No lo ves? Nos esperaban. Han debilitado nuestras defensas y ahora centran su potencia de fuego en las turbinas, pretenden dejarnos a la deriva. Nuestra única oportunidad es desestabilizar esa nave nodriza e iniciar una rápida maniobra de evasión.

Nirvana observó alejarse al capitán con cierta desidia.

Kevin no dijo nada, tan solo asintió con la mirada, mientras a su alrededor, impacto tras impacto, el inmenso destructor parecía crujir por momentos.

—¿Vas a dejarle salir? —preguntó Nirvana.

—Tiene razón. ¡No debí escucharte, tu odio te ciega y nos ha hecho caer en esta trampa! Debemos iniciar la maniobra de evasión ya y necesitamos una buena distracción, él nos la dará.

—Si no se marcha con la Loba Roja —apuntilló Nirvana, irónica.

Van der Haüssen salió del hangar de la Mamba Negra pilotando con un único objetivo: la nave nodriza y olvidó cuanto acontecía a su alrededor, evitando cualquier enfrentamiento. Pero su aparición en escena no pasó desapercibida para Selene, la cual enseguida distinguió al Águila Negra y, con una sonrisa maléfica, conocedora de quién capitaneaba la nave, puso rumbo hacia él conforme destruía un caza enemigo que se le echaba encima.

El Águila Negra efectuó un único disparo y un rayo verde, seguido de un misil, impactó sobre la nave nodriza, al lado de una turbina de reacción. Con una tremenda explosión, la nave comenzó a voltearse ligeramente, perdiendo la estabilidad y el rumbo. Selene quedó boquiabierta

al ver la estrategia de Van der Haüssen, que se marchaba sin destruirla, y comprendió que les daba a elegir: rescatar la nodriza o perseguir la Mamba Negra.

—Necesitamos ayuda, hemos perdido el control, nos acercamos a la órbita de Kravent. Aborten la ofensiva, inicien el rescate de la Migra SIV —ordenó Morgan, consciente de que la Mamba Negra se alejaba.

Mientras los dos cruceros escolta se dirigieron al rescate de la nave nodriza, Selene aceleró tras el Águila Negra, tensando sus puños, sabiendo de la estrategia de su amado enemigo. Gracias a Van der Haüssen, la Mamba Negra disponía de un tiempo precioso para huir. La única opción que le quedaba era dañar en lo posible las turbinas del destructor, ralentizar su huida.

—¡Mierda! ¡Nos tiene! —exclamó el sargento Wuterich, atento a los paneles.

Van der Haüssen atendió la pantalla de vuelo y vio el Spitfire UK 3500 en su cola.

Selene acortó distancia y miró con despecho aquella nave, sus logos rebeldes, la calavera crestada y ordenó a su artillera preparar el dispositivo de misiles. Pero, en vez de abrir fuego, se situó sobre el Águila Negra. El capitán rebelde y su tripulación miraban hacia arriba; podían ver a través de las escotillas la panza de aquel caza, el emblema de la loba y su zarpazo. Ella estaba allí, sobre ellos, con el transmisor abierto, dejando oír su respiración como si quisiera decirles algo. No podía, cualquier cosa que hablara se escucharía también en los cruceros escolta y, posiblemente, en los demás cazas, tanto de La Unión como de los rebeldes.

—¿Qué pretende? —preguntó Wuterich.

—Se está sirviendo de nosotros como escudo para acercarse a la Mamba Negra. Pero es un error, Nirvana no creo que dude en sacrificarnos. Disparará contra nosotros con tal de abatir a la Loba Roja —aseguró Van der Haüssen, con la frecuencia abierta.

Selene escuchó aquellas palabras como si fueran dirigidas a ella, una seria advertencia, y descargó furiosa sus armas contra las turbinas de la Mamba Negra.

—Sheila está bien, te echa de menos —escuchó de nuevo la voz de Van der Haüssen y paró de inmediato en su ofensiva, manteniéndose sobre el Águila Negra, en silencio.

Van der Haüssen le había recordado sutilmente donde estaba Sheila y lo peligroso que podía resultar seguir abriendo fuego contra la Mamba Negra. El destructor estaba tocado, bastaba con insistir en las turbinas para dejarlo a la deriva y obligar así la rendición de su tripulación. Pero, ¿cómo seguir con la ofensiva estando Sheila en el interior? ¿Y la tal Nirvana? Había oído hablar de ella en otros tiempos y no precisamente por su bondad. ¿Sacrificaría al Águila Negra con tal de acabar con ella? Sí, claro que sí.

—Aquí 666S, enemigo rechazado, regreso a la base —remugó Selene, dejando oír su voz.

Van der Haüssen no pudo más que sonreír al escucharla. Allí estaba ella, sobre él, y de mal humor. Y vio cómo, con una brusca maniobra, el caza de Selene se volteaba para desaparecer dejándole marchar. En el Águila Negra nadie decía nada. La Loba Roja les podía haber destruido, pero no lo hizo y todos sabían el por qué.

Capítulo 11

LA HUIDA

—Bueno, está clarísimo que tienes una amiga en las filas del enemigo. Esa mujer podría haberte destruido —expuso Kevin, mientras recorría la Mamba Negra, observando los daños sufridos, en compañía del capitán y de la fría Nirvana.

—Si se hubiera acercado más, hubiera ordenado fuego sobre ella, aunque significara acabar contigo. Se aprovechaba de tu cobertura para acercarse a la Mamba Negra y golpear con fuerza —apuntó Nirvana, incisiva.

Van der Haüssen no comentó nada, pues no tenía ninguna duda de ello. De hecho, pensó que no habían disparado porque la maniobra de evasión lo había impedido.

—Así que Sheila la echa de menos... Estuvo bien para que dejara de hostigarnos, sin duda esa niña significa mucho para ella —insistió Kevin.

—Y para mí.

—Vaya, la parejita ya tiene una niña, aunque algo crecidita —murmuró Nirvana.

—Mi general —se acercó un oficial.

—Dígame: ¿llegaremos a algún sitio o estamos vendidos?

—Señor, tenemos cuatro turbinas dañadas, seis funcionan correctamente. Pero lo urgente es reparar la funcionabilidad atmosférica, necesitamos llegar cuanto antes a un ambiente oxigenado.

—Esa zorra sabía bien donde golpear —remugó Nirvana.

—Esperemos que no nos persigan —apuntó Van der Haüssen.

—No, no lo harán —aseguró Kevin—. Estamos de suerte, el comandante que los dirige es un cobarde; ordenó retirar sus efectivos en cuanto iniciamos la maniobra de evasión. Uno solo de sus cruceros hubiera bastado para remolcarlo. No quiere luchar ni atacar, solo defenderse.

—Te olvidas de Selene.

—¿Cómo me voy a olvidar de ella? Seguro que es cosa suya el recibimiento que nos han preparado. Bien, nos dirigiremos a Planeta Z como debimos hacer en un principio. No estamos

lejos de la ruta y en sus anillos de roca podríamos defendernos si nos persiguen. En la colonia encontraremos oxígeno y todo lo que necesitamos para reparar la Mamba Negra.

El Spitfire UK 3500 de Selene ingresó en los hangares de la nave nodriza, ya estabilizada por los cruceros escolta. Un tanto enfadada, salió del caza y anduvo decidida hacia la sala de mando, ante la mirada temerosa de la tripulación. El impacto y el horror de la batalla se veía reflejado en sus rostros. Morgan la esperaba sentado ante la enorme pantalla desde donde se veía Kravent y el infinito estrellado, golpeando levemente con los dedos el reposabrazos del asiento.

A su lado, Abigail y Robert, en silencio.

Y ella entró. Se acercó pausadamente y miró también al infinito.

—Hemos perdido diecisiete hombres y siete cazas, con su tripulación. Total, cuarenta y ocho bajas, sin contar los heridos, que son muchos más —aseguró Morgan con la cara larga.

—Lo siento, hubiera sido peor si no nos hubiéramos preparado —replicó Selene.

—Lo sé, pero ello no me consuela. Uno de los cruceros resultó muy tocado, el otro da pena y la nodriza está inservible, necesitará un tiempo de reparaciones. Al menos, les hemos rechazado, no volverán —aseguró Morgan.

—¿Vas a dejar escapar la Mamba Negra? —preguntó Selene, sin dejar de mirar al frente.

Morgan gruñó en silencio, mientras asentía.

—Padre... —dijo Abigail, pretendiendo intervenir.

—¡Silencio! —le interrumpió él.

—La Mamba Negra es letal para nuestras tropas, para nuestros ciudadanos. Ahora está muy tocada, no se necesitaría mucho para hacer que se entreguen —insistió Selene.

—Eso es una conjetura muy atrevida y lo sabes. Ese destructor rebelde todavía es capaz de destrozar nuestras naves. Los centuriones mueren matando, son militares de élite. Selene, nosotros no somos soldados. Tú sí... Siempre lo serás. No quiero perder más hombres. ¿Cómo explicar a sus madres, a sus familias, que han muerto en combate, cuando solo estaban en una expedición de rutina, en una tranquila nave nodriza?

—Comprendo —dijo ella, sin dejar de mirar al infinito.

—Es hora de despedirse de los muertos, de desembarcar en Kravent y restaurar el orden.

—Hasta que los rebeldes golpeen de nuevo. Entonces serán de otras familias los hijos que mueran, las madres que lloren —aseguró Selene, de forma triste—. Sabes que la destrucción de ese destructor es prioritaria. Dame el mando de uno de los cruceros y les seguiré...

Morgan la miró sin palabras.

—No es necesario un ataque frontal, puedo mantener la distancia de seguridad en espera de refuerzos del Ejército. No permitas que la Mamba Negra escape —insistió Selene.

El comandante se volvió de nuevo hacia la inmensidad del espacio, con las manos atrás. Selene tenía razón, en el Consejo no entenderían muy bien que permitiera huir a la nave insignia de los rebeldes y quizá no era tan mala idea seguirles con un crucero, pero de bien lejos.

—Phoenix preparará el crucero Falco, es el menos dañado y le dotará de una escuadrilla. En cuanto estén preparados, avísame y partiremos tras la Mamba Negra —le ordenó Morgan.

Selene asintió, satisfecha.

—Voy con usted, capitán —aseguró Abigail, pletórica.

—Y yo —dijo Robert.

—Eso no será posible —aseguró Morgan, de inmediato—. Vosotros dos os quedáis aquí: mi segundo de abordo tomará el mando de la nodriza y tú, hija, le ayudarás; os ocuparéis de todo en Kravent hasta que regresemos.

—¡Padre! —exclamó Abigail, disconforme.

—No —intervino Robert, atrevido.

—¿No? —sonrió incrédulo Morgan.

—Usted se quedará en la nave nodriza. Es su obligación. Además, ¿cómo va a dejar la pacificación de Kravent en mis manos? Le necesitan aquí, mi comandante. Yo ocuparé mi lugar en ese crucero, junto a Selene, como es mi deber —aseguró Robert.

—No puedes hacer eso, tu padre me mataría —le rebatió de inmediato Morgan.

—Mi padre tendrá que aguantarse. ¿No quería méritos para que su hijo tuviera un cómodo asiento en las oficinas del Consejo, en la madre Tierra? Pues ahora los tendrá y así, quizás mis hombres comiencen a respetarme por lo que soy, no por quién es mi padre.

Un tanto sorprendidos por aquellas palabras, nadie replicó nada.

—Iremos con Selene, es nuestra decisión —sentenció Abigail, valiente.

—Ya ves, Morgan, es su decisión —apuntó Selene, con una extraña mueca, asumiendo que, realmente, ninguno de los dos sabía lo que estaban diciendo ni el riesgo que corrían.

—Padre, déjanos hacer nuestro camino; tú ya libraste tus batallas —insistió Abigail.

—Esta es la nuestra —apuntó Robert.

—Selene —la llamó Morgan y se le acercó, resignado—. Cuida de mi hija, es todo lo que tengo —le susurró de forma que no se entendía si era un ruego o una amenaza.

En el crucero Falco, la noticia cayó como una bomba. Aún no se habían repuesto de la batalla y se preparaban de nuevo para un eventual combate. La tripulación corría de un lado a

otro, preparando la inminente salida, reparando los desperfectos causados en el enfrentamiento contra la Mamba Negra, comprobando la potencia de fuego y cargando provisiones. Ver a la Loba Roja pasear por sus instalaciones, revisando y ordenando, les estremecía.

—No sé si podremos para alcanzar esa nave —expuso el capitán Phoenix, junto a Abigail y Robert, sin poder apenas ocultar su deseo de abandonar la empresa.

Selene le miró de soslayo.

—¿Quiere abandonar la nave? —le preguntó finalmente.

—No, claro que no... Solo que...

—Teniente Abigail, permanecerá al lado de Phoenix, será su segundo de abordo —ordenó Selene—. Partimos en diez minutos y quiero a todo el mundo en su sitio. ¿Entendido?

—Sí, claro, a la orden —contestó Phoenix.

—A la orden, capitán —replicó Abigail, alejándose con él hacia la sala de mando.

—¿Y yo? —preguntó Robert, quedándose a solas con Selene.

—Tú estarás en todo momento a mi lado. Prepárate para volar en un caza de combate.

—¡No! ¿Sí? ¿En un Spitfire?

—Sí, claro, ¿acaso no has pilotado nunca un caza?

—No.

—¿Ni en las pruebas de la Academia?

—No las necesité. Solo estuve un año, mi padre computó mis estudios universitarios con la Academia Militar.

—Vaya con tu padre. ¿Vas a decirle que volarás conmigo?

—No... No lo haré. Lo impediría de alguna forma.

Van der Haüssen se encontraba jugando y perdiendo con la pequeña Sheila, se trataba de un sencillo juego de cultura, donde tenía que ser rápido para responder antes que el contrincante. Ella chillaba emocionada cada vez que apretaba antes que él, sabiendo la respuesta. A su lado, Piojo y Maika reían con ellos. En la entrada de la habitación, Puchi controlaba.

Un cabo de la guardia personal de Kevin se acercó. Precavido, le ordenó a Puchi que se apartara de la puerta y entró.

—Mi capitán, el general desea verle.

—¿Alguna novedad? —se volvió Van der Haüssen y vio a tres soldados más en la puerta.

—Parece ser que uno de los cruceros fascistas nos sigue —contestó el cabo.

Van der Haüssen sonrió.

—¿Ya viene mamá? —preguntó Sheila, perspicaz.

—Eso parece —le dijo Van der Haüssen y le apretó la naricilla—. Piojo, cuida de ella.

—¡A la orden, mi capitán!

—El general quiere que lleve a la niña con usted —expuso el cabo.

—¿Para qué? —preguntó de inmediato Piojo.

Silencio.

—¿Para qué? —insistió Van der Haüssen.

—No sé, mi capitán.

Van der Haüssen se acercó a la pequeña, un tanto sorprendido ante la cara de susto que tenía el pequeño sargento. ¿Qué podía pretender Kevin de la pequeña Sheila? Aunque no le gustó aquello, tomó a la pequeña de la cintura, alzándola del suelo, para llevarla en brazos.

—No la lles —le rogó el muchacho, de pronto.

Van der Haüssen le miró extrañado, pero también temeroso. Algo pasaba que él no controlaba. Y miró a Puchi, que se mostraba serio, con la mirada puesta en él.

—Mi capitán, el general espera —insistió el cabo, de forma poco amable, conforme los otros tres soldados parecían rodearle, como si pretendieran arrestarle.

Piojo negó con la cabeza y miró al hombre montaña. Esa sola mirada bastó. Puchi le lanzó tal golpe al cabo que lo dejó empotrado en el armario del fondo de la habitación. Acto seguido, estrelló las cabezas de dos soldados entre ellas y golpeó duro, como si su puño fuera una maza, al último de aquellos hombres, dejándoles sin sentido.

Van der Haüssen quedó con la boca abierta y fijó su atención en el pequeño sargento.

—Piojo, ¿me vas a decir qué ocurre?

—El general le hará daño... Y yo no quiero que le haga daño.

Van der Haüssen asintió con la cabeza, tratando de comprender.

—Mi misión en Kravent nunca fue ofrecerte viva a la Loba Roja, sino matarla y entregarte su cuerpo. El general tenía miedo de que la ayudaras a huir. Creo que solo quería que odiaras más a los soldados de La Unión.

—No te creo —murmuró Van der Haüssen.

—Nirvana me está usando para que le informe de cuanto haces.

La mente de Van der Haüssen trataba de asimilar lo que oía. Nirvana era la segundo de abordo de la Mamba Negra, reconocida artillera de los Centuriones de Orión, una mujer fría y calculadora, a la cual apenas se la oía hablar, pero cuando lo hacía era mejor no estar cerca ni ser el blanco de sus iras. Y por lo visto, le odiaba más de lo que creía.

—Nirvana quiere usar a Sheila para atrapar a la Loba Roja y no dudará en hacer lo que sea necesario —aseguró Piojo y comenzó a llorar entre intentos de controlarse.

Van der Haüssen se hizo rápido con el transmisor privado, lo ajustó en su muñeca y, sin apenas respirar, trató de contactar con la tripulación del Águila Negra.

—Dime, capitán —contestó Eva y eructó.

—¿Dónde están Sanpedro y Wuterich?

—Emborrachándose.

—Búscalos, pero ya.

—No se preocupe, capitán, los encontraré enseguida. ¿Ocurre algo? —contestó ella, mirando a sus compañeros, que estaban tumbados junto a ella en el camarote, entre numerosos cuencos vacíos y otros colmados de abundante licor.

—Preparad de inmediato el Águila Negra, nos vamos.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué tarda tanto Van der Haüssen? —se preguntó Kevin, rondando el puesto de mando de la Mamba Negra.

—Teniente, póngame las cámaras de seguridad. El sector de enfermería donde se halla nuestra pequeña invitada —ordenó Nirvana, dirigiéndose a un oficial, al ver que no había forma de contactar con la guardia que había enviado a por ellos.

En el monitor virtual, la imagen que vio le hizo apretar los dientes. Allí solo estaban el cabo y los tres guardias, sin sentido, empotrados entre los muebles.

En su carrera por los pasillos del enorme destructor, Van der Haüssen llevaba en brazos a la pequeña Sheila, tras él corrían rápido Piojo y Maika, mientras Puchi abría el paso llevándose por delante a quién se encontraba.

Desde el puesto de mando, sentado ante a los monitores, Kevin resopló al verles.

—¿Qué están haciendo? —se preguntó.

Nirvana observaba sin alterar un músculo.

—Parece que ese traidor pretende llegar hasta el Águila Negra —aseguró finalmente.

—Nirvana, que el capitán Van der Haüssen no alcance su nave; necesito a esa niña si queremos atrapar a la Loba Roja.

—A la orden, mi general.

—Nirvana...

—Sí.

—Los quiero vivos —indicó Kevin, de forma firme.

Nirvana no dijo nada. Asintió levemente, con el labio inferior estirado, y salió por la puerta, seguida de dos soldados de la guardia.

Los soldados corrieron hacia la zona de hangares, mientras Van der Haüssen alcanzaba el Águila Negra. Abierta la escotilla, Sheila recibió un impacto aturdidor que la dejó tiritando en el suelo. La patrulla les había alcanzado. Un rayo tumbó al pequeño sargento, rozando su frente, y otro hirió a Van der Haüssen en un brazo. Ahora, las descargas azules que surcaban el aire eran munición fatal. Puchi, al ver a Piojo en el suelo, estalló con un enorme rugido y se lanzó sobre los guardias, destrozando el cráneo del primero con un brutal golpe y partiendo la columna del siguiente, alzándolo al aire y estrellándolo contra su rodilla. Al tercero lo desgració de un tremendo puñetazo en la cara, justo cuando un rayo atravesó su cuerpo, perforando la coraza que le cubría el pecho. Se volvió y enganchó por el cuello al guardia que había disparado y apretó, crujéndole como si fuera una caña seca.

Entonces llegaron Eva, Wuterich y Sanpedro, cubriendo a su capitán.

—¿Qué coño está pasando? —gritó Eva, sin dejar de disparar.

—¡Eva, al Águila Negra, debemos salir de aquí! —contestó Van der Haüssen.

Wuterich corrió hacia la nave, saltó para abrir la compuerta y se sentó a los mandos. Van der Haüssen se hizo con Sheila y, a gritos, ordenó a Maika y a Piojo que le siguieran, mientras Sanpedro, Eva y un malherido Puchi frenaban a los soldados de la guardia que llegaban.

De pronto, silencio.

Eva observó en la distancia a Rasel, el coronel que comandaba a los temidos Centuriones de Orión en la Mamba Negra, un hombre fuerte y de mirada siempre enfadada. Alertado por sus hombres, se había acercado a la zona con una patrulla de centuriones, para comprobar qué ocurría, y cruzaron sus miradas con los guardias de Kevin.

—¡Alto el fuego! —ordenó Rasel.

Se hizo una calma tensa y Sanpedro aprovechó para cargar a Puchi, con la ayuda de Eva, mientras Van der Haüssen iniciaba la maniobra de despegue ante la mirada fija de Rasel, que nada entendía, pero que parecía mostrarle su confianza. En un instante el Águila Negra surcó el espacio, dejando atrás el destructor rebelde.

—¿Qué ha pasado aquí? —espetó Rasel, ante los muertos que quedaban allí tendidos.

—Órdenes del general —aseguró el oficial de la guardia.

—Eso no es posible —respondió el coronel, de forma fría, imponente.

Y agarró por la pechera a aquel hombre, alzándole medio metro al aire, a pulso.

—Órdenes de Nirvana —indicó rápidamente el oficial.

—Acabad con esa nave antes de que logre huir —ordenó Nirvana al artillero del puesto de mando, ante la pasividad de Kevin, el cual la miró de inmediato.

La primera andanada desde la Mamba Negra voló la punta del ala derecha del Águila Negra, que comenzó a girar sin control. Tres destellos luminosos pasaron rozando la nave y un cuarto le saltó la parte trasera de las defensas.

—¡Alto el fuego! —ordenó Kevin.

—Escaparán —replicó Nirvana.

—No. La nave está tocada y no tienen donde ir —aseguró Kevin y acercó su rostro al de ella—. Los quiero vivos, ¿cuál es la parte de “vivos” que no logras entender?

En el Águila Negra, Wuterich niveló la nave, compensando la presión del ala izquierda.

—¡Joder! —exclamó, sudando— ¿Qué les has hecho? Nos quieren freír.

—No, parece que han cesado el fuego —apuntó Eva.

—Van a por Selene, a por mí. Desde el principio me están usando para atraparla. Ahora pretendían coaccionarla con la vida de Sheila y no pude permitirlo —confesó Van der Haüssen.

—Vaya, qué cabrones —murmuró Eva, sorprendida.

—Capitán, sabe que estamos con usted, ¿verdad? —preguntó Sanpedro, con su vozarrón.

Una terrible explosión en la Mamba Negra les desvió de sus pensamientos y miraron por las escotillas; numerosos cazas estaban hostigando al enorme destructor.

—Selene pretende ralentizar la huida de la Mamba Negra, pero sin exponer ese crucero ante nuestra potencia de fuego. Un ataque relámpago, con un escuadrón de cazas, era una posible solución. Kevin debió imaginarlo, pero solo estaba preocupado en atrapar a la Loba Roja —contestó Van der Haüssen.

—Capitán, tenemos compañía —interrumpió Wuterich.

—¿Está Sheila ahí? —se escuchó de pronto en los auriculares del Águila Negra.

Un silencio recorrió la tripulación. Van der Haüssen miró a través del cristal de la escotilla superior y gruñó, tan satisfecho como paciente al ver el emblema de la Loba Roja sobre ellos.

—Odio cuando haces esto, ponerte encima, así, de mi Águila Negra —aseguró.

—¿Está ahí? —preguntó Selene, de forma fría.

—Sí.

—Remolcaré tu aguilucho, prepara el ensamblaje —se escuchó la voz de Selene.

—No, no puedo hacer eso —respondió Van der Haüssen.

Selene estiró los labios, contrariada.

Van der Haüssen miró a Sheila, la cual sonreía contenta.

—Mamá está bien, pronto la verás —le dijo con una gran sonrisa.

—¡Bien! —gritó Sheila.

—Tenemos que aterrizar en ese planeta —apuntó Van der Haüssen, volviéndose hacia Wuterich—. ¿Podrás lograrlo?

—Espero que sí —aseguró el sargento, centrado en la navegación, pendiente de las enormes rocas que rodeaban Planeta Z.

En la mente de Van der Haüssen estaba la posibilidad de obedecer a Selene. Pero, ¿cuál sería el destino de su tripulación? ¿Y el suyo? ¿Cómo entregar sus hombres al enemigo, para condenarles a prisión o incluso a muerte? En Planeta Z tendrían una oportunidad de ser libres, confundirse entre la población, evitar tanto a las tropas de La Unión como a la guardia de Kevin y, con el tiempo, quizás podrían huir al espacio exterior.

—Nos vemos en Z, cuida de Sheila —escuchó Van der Haüssen por el auricular.

El caza de Selene se despegó veloz del Águila Negra.

—¿No acabamos con ellos? —preguntó Robert, sentado al lado de Selene, como copiloto, al ver que se alejaban de la nave enemiga sin destruirla, un tanto confuso con lo oído.

—No —contestó Selene—. El enemigo está en la Mamba Negra, no en ese caza.

Capítulo 12

PLANETA Z MUERTO

A través de los monitores de la Mamba Negra, Kevin observaba con cierta desidia el crucero enemigo en la distancia. Se mantenía fuera del alcance de sus potentes armas, nada podía hacer contra él. El sorpresivo ataque de los Sptifire le había dañado otra turbina de inyección, debilitando al enorme destructor un poco más. Sabía que no era casualidad aquella ofensiva relámpago. El enemigo buscaba dejarle a la deriva, inutilizar las defensas del destructor, dejarle vulnerable para tratar de obligarles a rendirse en cuanto llegaran refuerzos de La Unión.

Debía huir. Pero solo cinco turbinas de la Mamba Negra seguían generando energía para dirigirla, con eso no podrían dejar nunca atrás al crucero que les seguía. Además, había perdido sus últimas escuadrillas de cazas. Y, lo más angustioso, pronto necesitarían oxígeno.

En ese momento, Rasel y varios oficiales de los Centuriones de Orión entraron en la sala de mando, ante la perpleja guardia y la tripulación de Kevin. Y se acercaron, sin decir palabra, pero con la cara en alto, como exigiendo una explicación de cuanto acontecía.

Kevin contrajo el rostro con una mueca de ira.

—Insiste con los refuerzos —ordenó a Nirvana.

—No llegarán a tiempo, general. ¿Qué piensa hacer? —preguntó Rasel.

—De momento, mantendremos operativos los cañones inteligentes. Si vuelven a atacar, no nos pillaran en blanco —expuso Kevin.

—Los sistemas de localización no detectan a los Spitfire cuando se enmascaran, es necesario mantener los cañones inteligentes. ¿Por qué no los activó antes? No hubieran podido acercarse sin ser descubiertos, ni causarnos más daño —insistió Rasel.

—Centurión, esos cañones requieren mucha energía y eso es algo que ahora no nos sobra en la Mamba Negra. ¿Quiere saber algo más?

—Sí. ¿Por qué pretendían acabar con el capitán Van der Haüssen?

—¿Está usted, coronel, exigiendo respuestas a un general? —se revolvió Kevin.

Rasel no contestó, se acercó a Nirvana, hasta permanecer a un palmo de su cara y, sin más, de pronto, la enganchó con una mano del cuello y la dobló hacia atrás como si fuera una espiga.

La guardia del general no hizo nada.

Nirvana trataba de respirar, pataleando mientras sus ojos se enrojecían tanto como su cara.

—¡Suéltala! —ordenó Kevin—. ¿Qué es esto?

—Queremos saber por qué Nirvana, su segundo de abordo, ha ordenado la muerte de un capitán de los Centuriones de Orión —respondió Rasel.

—¡Los queríamos vivos! ¡Suéltala! —ordenó Kevin, viendo socavada su autoridad.

—¿Vivos? Esa no es la orden que tenía la guardia —expuso Rasel y soltó la presa.

Nirvana se revolvió en el suelo, dando arcadas y llenando con ansia su pecho de oxígeno.

—General, deberá dar muchas explicaciones al Alto Mando sobre esta absurda y negligente empresa, pero de momento, trataremos de salvar lo que se pueda —aseguró Rasel—. Ahora, diríjase de una vez a ese maldito planeta, ahí encontraremos lo necesario para reparar el destructor o preparar una estrategia de combate. Y oxígeno.

Kevin quedó en silencio, atónito.

—¿No ha oído, general? ¿Prefiere que le arreste? —preguntó Rasel.

—Esto es un ultraje, le prepararé un consejo de guerra —expuso Kevin.

—Sí, desde luego, pero ahora obedezca —le instó el coronel.

—¿Alguna señal desde Z? —se volvió Kevin hacia el oficial de transmisiones.

—¿Eh, qué? No... Ninguna señal, no se registra movimiento alguno —contestó el oficial, desconcertado ante los hechos.

—Los satélites de Z ya deberían habernos descubierto y más haciendo tanto ruido, me parece extraño que no traten de ponerse en contacto con el exterior para avisar de nuestra presencia o solicitar ayuda —expuso Kevin, mostrando desconfianza y cautela.

Nirvana se levantó clavando sus ojos en Rasel, destilando odio, y saltó sobre él.

—¡Te mataré! —espetó.

De un tremendo revés, Rasel la envió rodando al otro lado de la sala de mando.

—Que nadie abandone su puesto, no quiero más sorpresas. Y a esa histérica, dadle una ducha de agua fría y encerradla en su camerino hasta que se calme —ordenó Rasel.

En el crucero Falco, Selene desfilaba de un lado a otro. Un triste silencio embargaba sus pensamientos. Demasiadas bajas a pesar de la sorpresa y del enmascaramiento que les proporcionaban los sistemas antilocalización de los Spitfire UK 3500.

—Han caído seis de nuestros cazas en la ofensiva, ¿cómo puede ser? —se preguntó Selene.

—Pero, les hemos hecho descender en Z. ¡Son nuestros! —aseguró Robert.

—No deberíamos haber perdido ningún caza. Lo teníamos todo calculado: llegar, descargar y huir. Eso son dieciocho compañeros muertos —apuntó Selene, sin escuchar.

Y quedó apesadumbrada, con la vista puesta en el espacio. No esperaba que pudiera caer ningún caza en un ataque relámpago. Apretó los labios, comprendiendo que estaba rodeada de personas que nunca habían luchado. Pensó que Morgan tenía toda la razón: no eran soldados para enfrentarse a nadie y menos a los centuriones. Y dio por cierto que en cualquier ofensiva que emprendiera, por bien orquestada que estuviera, muchos de ellos morirían.

—Comuniquen que tenemos la Mamba Negra acorralada, tomando tierra en Planeta Z. Y notifiquen las bajas —ordenó Selene, con una mueca de resignación, desestimando otro ataque.

—¿No entramos a por ellos? —preguntó Robert, mostrándose impaciente.

—No. Esperaremos refuerzos. Ya hemos hecho nuestra labor, no tienen escapatoria. Ahora es cosa del Ejército, no quiero perder más hombres —replicó Selene.

—Las fuerzas de seguridad de Z deben estar al tanto de la llegada de la Mamba Negra, pero seguimos sin poder contactar para darles instrucciones —expuso Phoenix.

—¿Aún no hemos conseguido contactar con ellos? —preguntó Selene—. Es necesario que les acosen en cuanto entren en la atmósfera, deben desplazarles a una zona deshabitada o aterrizarán en plena colonia para hacerse fuertes.

—No contestan y los satélites están intactos —contestó el oficial de transmisiones—. No es normal, pero no hay señal alguna. Es como si alguien hubiera desconectado el circuito de transmisiones, o como si el sistema principal de Planeta Z se quedara sin energía.

—Hay que ver qué ocurre, no me gustaría nada que la Mamba Negra se hiciera fuerte en la colonia. Robert, prepara nuestro Spitfire. Salimos de inmediato.

La Mamba Negra penetró en la atmósfera y sobrevoló el cielo azul de Planeta Z. Rasel llevaba el control, bajo la atenta mirada de Kevin. El centurión se mantenía alerta y preparado para repeler cualquier ataque defensivo desde la colonia. Un ataque que no llegó, para su sorpresa. Los escáneres del destructor comenzaron a buscar en la superficie el lugar idóneo donde aterrizar, desde donde poder hacer frente a la amenaza que suponía el crucero Falco.

—Qué extraño... No se registra actividad hostil —expuso Kevin.

—Ya deberían estar atacándonos las fuerzas de seguridad —apuntó Rasel.

—Si no nos atacan, aterrizaremos en la colonia. Nos haremos fuertes entre la población civil. En aquel estadio estaremos protegidos y divisaremos todo el perímetro —aseguró Kevin observando desde las cristaleras de la sala de mando la infinidad de personas, como puntitos negros, que colmaban las calles, y dio las instrucciones a los pilotos, tratando de imponer su autoridad de nuevo.

—Bien, los colonos servirán de escudo humano ante el enemigo y nos será más fácil aprovisionarnos y reparar las turbinas —apuntó Rasel, acercándose a los enormes ventanales.

Las puertas metálicas de la sala de mando se abrieron con un zumbido metálico.

Nirvana entró con paso firme.

—¿Ya estás más tranquila? —le preguntó Rasel.

Ella no contestó, se limitó a mirarle de lado, como perdonándole la vida.

—Es como si nos esperaran, las calles están llenas de gente —dijo Kevin.

—¡Cuánta gente! —exclamó Nirvana—. ¿Por qué no huyen? ¿No saben quiénes somos?

Entonces, la Mamba Negra realizó un extraño en el aire y descendió a plomo por casi diez metros, haciendo ascender hasta el techo y, después, caer al suelo a los tripulantes que no se hallaban sujetos, así como el mobiliario y los objetos que no estaban fijos.

—¡General! ¡Las turbinas comienzan a fallar! —exclamó el piloto principal, nivelando entre turbulencias la nave, evitando su caída, mientras la tripulación se reponía del susto y otros se ayudaban entre ellos, levantándose y atendiendo a los heridos.

—Debemos reparar la Mamba Negra si queremos regresar a Quelonia —expuso Nirvana.

—Ahí abajo tenemos lo necesario. Es una colonia de habitabilidad, deben tener suficiente material de construcción y reparación, numerosas naves de apoyo y talleres con las piezas que precisemos. ¿Verdad, Rasel? ¿Rasel? —se volvió Kevin, buscándole.

Rasel estaba inconsciente, en el suelo. En la caída de la nave, se había golpeado en la cabeza y permanecía inconsciente. Nirvana dio un salto al verle, sacó de su bota una daga y la alzó sobre el pecho del centurión, decidida a acabar con su vida.

La mano de Kevin la paró.

—¿Estás loca? ¿Quieres que sus centuriones nos descuarticen? —le instó y la golpeó con fuerza en la cara con la mano abierta, haciéndola rodar—. ¿Cuándo aprenderás a obedecer mis órdenes? ¡Te dije que los quería vivos!

Capítulo 13

LA MISIÓN

George Kravent abandonó el hospital de la nave nodriza Migra SIV escoltado por dos policías militares, cojeando y ayudado por una muleta. Abría el paso de forma lenta, pero altiva y con gesto serio, luciendo uno de sus extravagantes uniformes. Una placa metálica sustituía parte de su cara, con un ojo biónico rojo insertado, y otra reforzaba la parte superior de la mandíbula. Bajo el uniforme, un fuerte vendaje y una prótesis metálica ocultaba las graves heridas sufridas durante el bombardeo y el apuñalamiento de Piojo.

Y llegó hasta la presencia del comandante.

—Pensé que no le recuperaríamos —dijo Morgan.

El alcaide no contestó, tan solo miró a ambos lados.

—Pueden salir —ordenó Morgan a los policías militares.

El alcaide y Morgan quedaron frente a frente, a solas en el despacho.

—Tienes suerte de que llegara a tiempo de parar este desastre. Supongo que mis divisas estarán a salvo. No me he estado jugando el culo todos estos años para que ahora me digas que volaron, que no supiste protegerlas... ¿Y ese oro? ¿Aún lo tienes? —preguntó Morgan.

—Sí, claro... Está bien guardado —replicó el alcaide.

—¿Por qué tenías a Selene presa? Es una pregunta que se hace todo el mundo. Tendrás que buscar una respuesta convincente. Debía estar muerta a mi llegada.

—Lo sé, debí de acabar con ella en cuanto la vi.

—¿Será un problema?

—Seguro, lo ha visto todo. Las celdas, los campos de exterminio, los hornos. Es posible que nuestro pequeño negocio termine si habla. Tenemos que encontrarla y acabar con ella.

—El Consejo Supremo de La Unión no hará caso a lo que digan esos terroristas, pero sí escucharán a la Loba Roja. Por cierto, ¿averiguaste de donde sacó el oro?

—No —mintió el alcaide—. Dime, ¿cómo está el tema?

—Abrirán una investigación y eso no me gusta nada. Fleming preguntó por ella, quiere saber qué ocurrió. Los rebeldes difundieron una señal de video que no te gustará.

—¿Qué le has dicho a Fleming?

—Que nuestra heroína está inmersa en la batalla contra la Mamba Negra, solo eso... ¿Por qué tuviste que encerrarla? Solo tenías de hacerla desaparecer en tus hornos, ¿en verdad era algo tan difícil? ¿Acaso no eres consciente de todo lo que nos jugamos?

—Tenía que sacarle la procedencia de ese oro.

—Eres un inútil, un loco ambicioso. Con unos años más tendríamos suficiente para hacernos con una plaza en la madre Tierra, nos te bastaba con nuestro negocio. No sé cómo me dejé convencer cuando me hablaste de ese oro. Supongo que estarás limpiando cualquier indicio que pueda implicarnos en algo, no me gustaría acabar ante un tribunal ni en tu mísera prisión.

—No te preocupes tanto, no tienen nada.

—Pueden tenerla a ella, a ti... Y me pregunto si me arrastrarías en tu caída, me pregunto para qué me sirves con vida, si serás un problema.

—¿Ya no quieres ese oro? —preguntó el alcaide.

—Sabes donde está el yacimiento, ¿verdad? No me engañas.

—Es posible, pero primero, tenemos que acabar con la Loba Roja.

—Eso, ahora, será difícil. Dime, alcaide, ¿cómo lo harás?

—Me llevaré el crucero Milvus hasta Planeta Z, relevaré a la Falco y me aseguraré de que esa mujer muera en combate contra los rebeldes... o en un fatal accidente.

—¿Y luego?

—Marcharé a cargar las bodegas del crucero con oro de 24 quilates y lo traeré a Kravent. Lo fundiremos en mis hornos, haremos lingotes de kilo y repartiremos... Quizá nos veamos en la madre Tierra, cuando formemos parte del Consejo Supremo de La Unión.

—Te quedarás con el 30% de lo que consigas.

—Ese no era el trato.

—He arriesgado mucho en tu negocio, mi buen nombre, mi reputación, está a punto de volar por los aires por tu incompetencia. El crucero escolta es mío y son mis soldados. Eso tiene un precio. No eres el único que quiere conseguir su visado para vivir en la madre Tierra.

—Quiero al menos el 40%. Es lo justo.

—Alcaide, ya no me interesa tanto ese oro. Es más importante mantener lo que fue nuestro negocio en silencio, las ganancias a salvo. Me resultaría fácil acabar contigo.

—No harás eso. Nunca confié en tu aparente fachada de honradez, si eres capaz de traicionar a la Loba Roja, ¿a quién no? Si algo me pasara, acabarías preso en Kravent, no lo dudes. Yo también sé jugar mis cartas y me he cubierto las espaldas. Además, ¿quién te dice que tu amiga no conoce los entresijos de tus viajes? Solo muerta estaremos a salvo, ¿podrás encontrar a otro capaz de hacer mi trabajo, de matar a la Loba Roja?

Morgan anduvo en silencio, sopesando aquellas palabras con una sonrisa falsa.

—El 35% es tuyo. Pero no vuelvas sin buenas noticias, ni sin el oro —expuso finalmente.

—Necesito ese crucero operativo para lo que pueda surgir, cuanto antes. Quiero gente de confianza, así que llevaré a mis oficiales y mis guardias.

—Lleva a quien estimes oportuno, pero la Milvus ha de ir comandada por su capitán o podría levantar suspicacias. Será Noguerras, mi hombre, quien me certificará la muerte de la Loba Roja y el éxito de la misión. Y no pretendas jugar conmigo, alcaide, lo lamentarías. Por cierto, enhorabuena: su hijo Markus ha sobrevivido a las terribles heridas que sufría, está deseando verle. Me alegro por usted, más tras la desgraciada muerte de su hija Marcela.

—¿Y mi nieta?

—¿Tenía usted una nieta?

Tal y como habían planeado, el alcaide Kravent abandonó el planeta prisión en el crucero Milvus, acompañado por el capitán Noguerras, con una tripulación justa y una guardia personal de confianza. Atrás dejó al comandante Morgan, preocupado por si su complicidad en los crímenes de reclusos era descubierta, por si alguien descubriría su implicación en el rapto de Selene para repartirse ese oro. Atravesó el espacio a la máxima potencia, siguiendo las coordenadas enviadas por el capitán Phoenix desde el crucero Falco, donde suponía debía estar la Loba Roja.

Debía acabar con ella, solo así podría estar a salvo su secreto y cargar el oro de Zafiro.

En Planeta Z, el Águila Negra surcó el cielo, dejando una estela de humo. La entrada en la atmósfera había fundido parte del ala tocada, incapaz de soportar las altas temperaturas al haber perdido su revestimiento aislante, y comenzó a soltar llamaradas.

—¡Tenemos que aterrizar! ¡Los propulsores no responden! ¡Necesito una pista ya mismo o estamos jodidos! —exclamó Wuterich.

—¡Allí! ¡En aquella carretera! —reaccionó Van der Haüssen, señalando una larga vía gris que resaltaba en la altura, entre una frondosa plantación verde.

Wuterich asintió, conforme la nave descendía.

Van der Haüssen se levantó, se sujetó a las manillas del interior y avanzó zarandeándose hasta Eva y observó al resto de la tripulación.

—¿Cómo está? —le preguntó, fijándose en Puchi, en su herida sangrante.

Eva le miró con mala cara y Sanpedro negó con la cabeza.

—Se salvará, se pondrá bien —aseguró Piojo.

Sheila y Maika miraban tristes, con ojos llorosos, sin decir nada.

—¿Y vosotras? ¿Cómo estáis, pequeñas? —les preguntó Van der Haüssen.

—Estoy bien, papá —respondió Sheila.

—Yo también —apuntó Maika.

—Vamos a aterrizar. Será un poco movido, pero no tengáis miedo, todo está controlado —les aseguró Van der Haüssen, dando una caricia a ambas.

—No tengo miedo —respondió Sheila.

—Yo tampoco —aseguró Maika.

Van der Haüssen le dio un beso a cada una y regresó al lado de Wuterich, haciéndose con los mandos del Águila Negra, y observó la carretera en la que pensaban aterrizar.

—Los inyectores de levitación están dañados y el tren de aterrizaje de emergencia no responde —murmuró Wuterich, en voz baja.

Van der Haüssen cerró los ojos, con un maldición, y rogó para que los paracaídas de frenado se abrieran y la nave aguantara el impacto del roce en el asfalto. Y pensó en el maizal que rodeaba la carretera; si todo fallaba, no había mejor sitio para amortiguar la caída.

—¿Preparados? —gritó y el Águila Negra comenzó a descender, trazando un semicírculo en el aire y dejando una clara estela de humo negro.

—Esperemos que no aparezca ningún vehículo de frente —murmuró Eva.

El Águila Negra se colocó ante la vertical de la carretera, en paralelo, a unos metros de altura, trepidante, y descendió llevándose por delante con sus alerones las matas de maíz de ambos lados. Tres golpes seguidos resonaron bajo la nave y esta se deslizó veloz sobre el asfalto, saltando chispas, crujendo el metal, entre los gritos de la tripulación. Los paracaídas de frenado se abrieron de inmediato, conforme Wuterich invertía la potencia de los propulsores. La nave se inclinó un poco y el ala destrozada rozó tierra, haciendo que saliera despedida dando vueltas sobre sí misma, como una peonza, internándose sin control por el enorme maizal, cortando cañas y salpicando al aire multitud de verde hasta quedar inerte.

Van der Haüssen abrió los ojos y volvió la vista atrás de inmediato. En los asientos permanecían unos con cara de pánico y otros con cara de angustia. Puchi seguía inconsciente.

—Debemos salir del Águila Negra, no es segura —expuso Wuterich, fijándose en las luces de los controles y en el pequeño incendio generado en el ala y la parte posterior de la nave, que comenzaba a prender las matas de maíz.

—Tenemos que llevar a Puchi a un hospital —apuntó Piojo.

—¿Dónde hay un hospital aquí? —se preguntó Eva.

—En la colonia debe haber uno, al menos —aseguró Van der Haüssen.

—Salgamos a ver qué nos espera ahí afuera —dijo Sanpedro, cargando su potente fusil.

—Asegurad el perímetro, mientras Eva y yo apagamos ese fuego antes que arda todo —dijo Wuterich, tomando un par de extintores.

La puerta del Águila Negra se abrió y salieron al exterior. Wuterich y Eva se emplearon rápido con los extintores en apagar el fuego de las cañas y saltaron sobre el alerón que ardía. Van der Haüssen se alzó sobre la cola de la nave, usándola como atalaya. El sol era radiante, la temperatura agradable y una suave brisa se dejaba caer. El oxígeno era puro, abundante, y eso se agradecía tras tanto tiempo en el espacio. Un enorme campo de cereales se extendía hasta donde podía ver.

Una vez en tierra firme, apenas veían otra cosa que mazorcas frente a ellos.

Sanpedro tomó una, cortándola de la planta con un puñal, de un golpe, y la mordió.

—Oh, está buenísima. Aún están tiernas. ¡Exquisitas! —exclamó y cortó una para lanzársela a Sheila, otra para Maika y una más para Piojo.

—¡Eh! ¡Dejadnos alguna! —apuntó Eva, mientras ayudaba a sofocar el fuego.

—¡Silencio! —ordenó Van der Haüssen.

Todos callaron y prestaron atención.

Pronto pudieron escuchar un ruido leve de pasos y un murmullo incomprensible, como una especie de coro de extraños gemidos que iba en aumento.

—Alguien se acerca —apuntó Sanpedro, alzando su arma.

Todos retrocedieron unos pasos hacia la nave.

—¿Quién anda ahí? ¡Responda o abrimos fuego! —exclamó Van der Haüssen.

Nadie contestó y el capitán insistió. Los ruidos y gemidos se aceleraron más conforme Van der Haüssen hablaba en voz alta, exigiendo una identificación. De pronto, de entre el inmenso maizal, comenzaron a salir numerosas personas arrastrando los pies.

Y quedaron horrorizados.

No eran personas o sí. Parecían personas, debían ser personas, pero sus cuerpos presentaban terribles heridas; muchas, mortales de necesidad. La huella purulenta de la descomposición les acompañaba, emanando un olor nauseabundo. Sus ropas estaban sucias y acartonadas de fluidos corporales secos y, algunos, llevaban vísceras colgando o estaban desmembrados. Y se acercaban con paso lento, abriendo sus bocas de dientes oscuros, emitiendo terribles gruñidos guturales que se incrementaron al verles, como si enloquecieran.

—¡Alto, alto! —gritó Van der Haüssen, sin comprender lo que veía.

Los demás permanecieron quietos, atónitos.

Solo la pequeña Sheila pareció reaccionar y gritó con fuerza cuanto una de esas personas de aspecto horrible se abalanzó sobre Wuterich, mordiéndole en la clavícula, y otro en el cuello, arrancándole un jirón de carne y haciéndole caer. Sanpedro disparó de inmediato su arma al ver la sangre salpicar. Eva enfocó el extintor contra los que se le acercaban y apretó. Van der Haüssen sacó su pistola y disparó sobre ellos.

Nada les paraba. Los rayos atravesaban sus cuerpos, pero no caían.

Wuterich se retorció en tierra, agonizaba rodeado por aquellos monstruosos seres que le estaban devorando vivo, que tragaban enormes bocados de carne humana.

De entre el maizal salieron más, dando toscos pasos hacia ellos.

—¡A la nave! ¡A la nave! —ordenó Van der Haüssen, viéndose rodeado.

Y corrieron hacia el interior del Águila Negra.

Mientras Eva retrocedía aterrorizada, Sanpedro, con la fuerza de su enorme cuerpo, apartó a empujones y patadas a tres de los seres que estaban devorando a Wuterich, tratando de salvarle. No pudo más que mascar una sonora maldición. El sargento permanecía inmóvil, echando espumarajos de sangre por la boca; no tenía vientre ni apenas pecho, era una masa sanguinolenta con cabeza, pies y brazos sobre la que se volcaban aquellos seres gimiendo y arrancando pedazos de entrañas para llevarlos a sus bocas.

Una mujer alta de aspecto lánguido, gruesos labios morados y pelo enmarañado, que tenía una tremenda apertura sangrante en el pecho, se abalanzó sobre Sanpedro abriendo las mandíbulas. Un disparo certero de Van der Haüssen la detuvo en seco, haciéndole saltar la cabeza, y cayó a plomo.

—¡Sanpedro! —le gritó el capitán.

El enorme centurión negro le miró, sin reaccionar.

—¡Sanpedro, coño! —le gritó Eva.

Y Sanpedro reaccionó. Lanzó una granada y, en tres saltos, siguió los pasos de Eva y subió al Águila Negra. Nada más entrar, Van der Haüssen cerró las puertas, blindando cada entrada y escotilla. La explosión destrozó a varios de los seres que les acosaban. Aún así, algunos se levantaban de nuevo, desmembrados, sin piernas ni caderas; otros se movían agónicamente en tierra, estirando hacia delante el cuello y la cabeza, sus mandíbulas, arrastrándose con las manos.

—Dios, ¿qué es eso? —exclamó Eva.

—Le han comido el vientre y el pecho y uno empezó a devorarle la cara —murmuró Sanpedro, temblando el mentón—. Son... ¿Son muertos vivientes?

—Eso no puede ser —aseguró Van der Haüssen, asomado a la escotilla frontal.

Y quedó en silencio, observando atentamente aquellas horribles criaturas que rodeaban el Águila Negra, que no habían dejado de Wuterich más que huesos mordidos, enrojecidos y quebrados sobre tierra. Y que no paraban de golpear con las manos el metal de la nave, como tratando de buscar una entrada o derribar una puerta que no se veía.

—Deben ser los colonos, infectados por algo terrible —aseguró Van der Haüssen.

—Son muertos, muertos antropófagos —tartamudeó Sanpedro.

—Las armas no les detienen, solo cayó el que le disparaste en la cabeza —expuso Eva, fijándose en el cuerpo que permanecía en tierra inmóvil.

Van der Haüssen estudió de nuevo aquellos seres. Eva tenía razón. De nada habían servido los disparos a quemarropa; atravesaban los maltrechos cuerpos, pero no les detenían.

—Por lo menos ya sabemos cómo matarlos —expuso Van der Haüssen.

—Como matarlos..., ¿otra vez? —asintió Sanpedro, perplejo.

—Son lentos —apuntó Eva.

El pequeño sargento escuchaba la conversación aterrorizado, pero la templanza de Sheila le animó a permanecer en guardia, escondiendo sus miedos, y la abrazó, tratando de acompañarla en sus temores, le dio un beso y luego otro a Maika, acercándosela a él.

—No pasa nada. Ya veréis como salimos de aquí —las tranquilizó.

—¿Hace mucho que os conocéis? —preguntó Van der Haüssen, al verles tan unidos.

—Sí... Piojo se escapaba de su sector e iba a vernos. Me contaba cosas de allí y cómo estaba mamá —respondió Sheila—. Nos hicimos muy amigos los tres.

Van der Haüssen observó a Piojo, que permanecía en silencio; estaba claro que había ido en busca de Sheila cumpliendo órdenes de Nirvana, para sacarle información sobre Selene y, posiblemente, luego se habían hecho amigos. Fuera como fuera, poco importaba ya. Allí lo tenía, abrazado a las niñas, mostrándoles ternura, dándoles cariño y seguridad.

Un leve balanceo del Águila Negra, seguido de un chirrido metálico, les alertó. Aquellos seres empujaban una y otra vez, apoyados con las manos y el pecho, sin sentido, hacia todos lados, logrando desplazar el caza por medio metro. Los horrorosos gemidos y ruidos que emitían calaban en los oídos, congelando el alma de la tripulación.

Las dos niñas se apretaron con fuerza a Piojo, sin dejar de mirar a Van der Haüssen.

—Cada vez hay más —murmuró Eva, asomada a la escotilla.

—¿Qué hacemos? —replicó Sanpedro.

—No pueden entrar, ¿verdad? —preguntó Sheila.

—No podrán entrar —aseguró Eva, de inmediato.

—Además, Piojo os cuidará, ¿cierto? —apuntó Van der Haüssen.

El muchacho asintió repetidamente.

—Anochecerá pronto, el sol se está poniendo —comentó Eva, pendiente del exterior.

—Selene, tenemos que avisarla —dijo Van der Haüssen y corrió hacia la cabina de control, para activar la baliza de localización y el equipo de comunicación.

—¿Qué haces? ¡Descubrirás nuestra situación! —le advirtió Eva.

—Selene vendrá, sabéis que vendrá a por Sheila. Debemos avisarla.

—La Mamba Negra localizará nuestra señal y, entonces, estaremos muertos.

—Tengo la sensación que tendrán mejores cosas de qué ocuparse una vez aterricen. Este maldito planeta debe estar infectado de muertos vivientes, por eso nadie trató de contactarnos a nuestra llegada, ni ninguna nave salió a nuestro encuentro; ni hemos visto ninguna volar, ni a ningún vehículo circular por esa carretera, ni hemos visto a nadie... con vida...

—Dios, quieres decir que están todos muertos, convertidos en esas cosas —murmuró Eva, dejándose caer de espalda sobre la pared metálica de la nave, junto a Sanpedro.

—No... No lo sé —dudó Van der Haüssen—. ¡Espero que no!

—¡Joder! —exclamó Sanpedro.

Capítulo 14

PLANETA HOSTIL

La Mamba Negra descendió lentamente sobre el enorme estadio, tratando de mantenerse estabilizada en los últimos momentos, de no perder el frágil equilibrio que la mantenía funcional.

—General, los colonos se acercan —expuso Nirvana.

—¿Aún no hay comunicación con ellos? —preguntó Kevin.

—No responden, es como si no nos escucharan —respondió el oficial de comunicaciones.

—¿No hay militares, policía ni ningún tipo de seguridad? —insistió Kevin, extrañado.

—Nada. Ni una sola nave en vuelo.

—General, tiene que ver esto. Esa gente, no es normal. Parece como si les costara andar, están enfermos. Algo les pasa —murmuró Nirvana, sin dejar de estudiar la masa de personas que se acercaban con la vista puesta en el cielo, siguiendo a la Mamba Negra.

Kevin se asomó a los enormes murales acristalados del destructor y observó atentamente. Nirvana tenía razón, parecía una gran concentración de millares de enfermos que se dirigían hacia el estadio. Rasel entró en ese momento en la sala de mando, con una venda en la cabeza que le cubría la herida producida en el golpe del descenso, y se puso a su lado, sin decir palabra.

—Anochece, no se ve bien. Dadme una visión cercana —ordenó Kevin.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rasel.

—Esa gente de ahí abajo. No me gusta —contestó Kevin.

Ambos se posaron ante la pantalla de la sala y quedaron con la boca abierta conforme comenzaron a apreciar lo que las cámaras les mostraban. Aquellas personas parecían auténticos despojos humanos: hombres, mujeres, niños de ojos sanguinolentos, descarnados, con tremendas heridas abiertas, desmembrados, podridos...

—Por todos los infiernos, ¿qué es eso? —preguntó Nirvana.

—¡Arriba! —ordenó Kevin, mientras Rasel miraba petrificado.

—Imposible, general. No tenemos potencia suficiente —aseguró el piloto.

De pronto, entró una señal en la emisora, conforme los anclajes tomaban tierra.

—Mi comandante, es el Águila Negra —le informó el oficial de comunicaciones.

Rasel le ordenó con la mano que abriera el sonido.

—Aquí Águila Negra. Atención: la población de Planeta Z es hostil, padecen una infección desconocida, son antropófagos muy peligrosos. Estamos rodeados, necesitamos ayuda. Tomad las precauciones necesarias antes de aterrizar... Apunta a la cabeza, ten cuidado —se escuchó.

—Águila Negra, aquí Mamba Negra, tenemos localizada su posición, aguanten, iremos a rescatarlos —contestó Kevin, bajo la atenta mirada de Rasel.

No obtuvo respuesta.

—Parece que el mensaje de Van der Haüssen no era para nosotros —apuntó Nirvana.

—No, no era para nosotros, aunque sabe de sobra que le escuchamos —murmuró Kevin.

—¿Qué piensa hacer, general? —preguntó Rasel, un tanto desconcertado.

—Esperaremos hasta hablar con esa gente —contestó Kevin—. Cuándo sepamos lo que ocurre ahí afuera, saldremos y ya veremos. Pero no antes. No quiero arriesgar la Mamba Negra a una infección. ¡Solo nos faltaría eso!

—Van der Haüssen ha dicho que disparemos directamente a la cabeza, no que hablemos con ellos —replicó Rasel.

—¿Propone que matemos a toda esa gente enferma? —preguntó Kevin.

—Están entrando en el estadio, vienen directos hacia nosotros —interrumpió Nirvana.

—Conecta en intercomunicador exterior —ordenó Kevin.

—Se acercan —insistió Nirvana.

—Ya veo... Pero... eso... ¡Que horror!

Miles de personas hechas cadáveres, con notables trazas de descomposición, llenaron la plaza y avanzaron lenta e inexorablemente, hasta rodear por completo la Mamba Negra. Ante la mirada incrédula de los mandos y su tripulación, empezaron a golpear la nave con las manos, de forma constante, emitiendo terribles gritos y gemidos que parecían de angustia y desesperación.

—¡Por todos los infiernos! ¿Habéis visto eso? —preguntó Nirvana.

El miedo y los nervios comenzaron a apoderarse de la valiente tripulación, lo que veían no eran soldados que combatir, sino muertos vivientes que trataban de penetrar en la Mamba Negra. A lo largo de la inmensa nave se podían escuchar los continuos crujidos de miles de manos golpeando y los gemidos que vociferaban, incesantes y penetrantes. Kevin estaba en silencio, con los ojos fijos en aquellos demacrados cuerpos, en las profundas heridas que mostraban, en la sangre seca y las vísceras que les acompañaban. Rasel trataba de asimilar lo que veía, aquel imposible, mientras la tripulación hacía lo propio.

Uno de aquellos seres logró subir, arrastrándose por el metal, hasta una de las gigantescas cristalerías frontales de la nave. Kevin, Rasel y Nirvana se acercaron lentamente para observarlo de cerca. Tenía la piel pálida como la de una estatua, los ojos sanguinolentos con el iris velado, como los de un pez podrido, y las venas se marcaban por debajo de la piel como inquietantes ramilletes de color gris verdoso; le faltaban mechones enteros de pelo y mordía el cristal blindado con una boca podrida llena de dientes negros, tratando de romperlo para entrar.

—¿Aún pretende hablar con ellos, general? —preguntó Rasel.

—Quieren comernos —dijo Nirvana, dando un paso atrás, atónita.

Otros de aquellos seres lograron subir, escalando sobre los miles de cuerpos que se amontonaban tratando de entrar en el destructor. A uno de ellos le faltaba un brazo y a otro una porción extrema del pecho, las vísceras colgaban restregándose por el metal de la nave. Uno, sin la mandíbula inferior ni lengua, posó la mano en la cristalería, para apretar con fuerza tal que se le

doblaron las uñas hacia arriba, partiéndose y cayendo de los dedos sin que se quejara ni inmutara, pues seguía tratando de quebrar el cristal entre horrorosos sonidos guturales.

—¡General! —exclamó un oficial de la tripulación, llegando a la sala de mando.

—Sí.

—Esos hombres, esas cosas, o lo que sean, están entrando por uno de los boquetes que sufrimos en el enfrentamiento con los cruceros fascistas. Nuestros soldados tratan de retenerles, pero es imposible, no mueren.

—¿Qué? ¿Los tenemos dentro? No puede ser —contestó Kevin.

—Hemos sellado las zonas de acceso a la cubierta principal; pero la zona de hangares está colapsada, es donde se encuentran los reclusos que liberamos de Kravent. Si sellamos todas las salidas, quedarán a merced de esos monstruos.

—¡Mandaré a los centuriones! —exclamó Rasel.

—¡No! Saquen de inmediato a esa gente de ahí, que crucen a los sectores de cubierta por los canales de emergencia. Rasel, que los centuriones les ayuden. ¡Rápido! Nirvana, activa los CSA y enfréntalos a esas cosas —ordenó Kevin.

Mientras Rasel movilizaba las tropas de asalto de los Centuriones de Orión, Nirvana obedeció de inmediato, cursando sus claves a través de un pequeño transmisor de muñeca. En ese instante, un chasquido metálico liberó los gruesos barrotes de la sala CSA y doce androides de casi dos metros de alto y con forma humana se activaron; los ojos les destellaron con un brillo rojo, conforme sus mentes artificiales procesaban las órdenes recibidas. En cada uno de sus hombros surgió un fusil atomizador y, en sus brazos, se retiraron las cubiertas metálicas para dar paso a los potentes cañones atomizadores de cargas explosivas. Y dieron un paso al frente, para salir en formación hacia la zona de conflicto.

Kevin tragó saliva y observó los monitores de vigilancia interior. Cientos de esas cosas luchaban contra sus hombres; aunque en verdad, no luchaban, se les echaban literalmente encima a mordiscos con un único propósito: devorarles. Era desgarrador, en nada atendían, parecían bestias autómatas que solo querían morder y tragar. Se fijó en los monitores de exterior y vio a millares de esos seres que se concentraban alrededor del destructor, y cada vez eran más.

—Activad el campo de energía, una descarga máxima —ordenó.

—No es posible —le indicó Nirvana.

—¿Cómo?

—Los fascistas dañaron gravemente varios sectores y, con ese boquete, podríamos arder nosotros mismos, la descarga penetraría en el interior de la nave.

Kevin alzó las cejas, sorprendido.

—¡Señor, no podemos contenerlos! ¡Han penetrado en la zona de hangares! ¡Están entrando por las salidas de las pistas! —se escuchó por la frecuencia interior.

—Rasel, necesito que despejes la zona de hangares. Dale tiempo a los CSA para contener a esas cosas, para que puedan salir nuestros hombres de ahí —ordenó Kevin.

—Estoy en ello, estoy en ello —respondió Rasel.

—Nirvana, que cada oficial de sección revise cada palmo de la Mamba Negra. Si localizan alguna brecha que la cierren de inmediato. ¡Que sellen la nave! No quiero una cosa de esas aquí dentro y restauren rápidamente los sistemas de defensa.

En cuanto llegaron a la zona de conflicto, los modernos CSA comenzaron a destruir brutalmente aquellos seres, creando y protegiendo un perímetro de seguridad en la grieta de la nave sin dejar de disparar sus potentes armas, formando un gigantesco estruendo de color azul, de restos humanos y enormes salpicaduras rojas. Las patrullas de centuriones aprovecharon y entraron en los sectores invadidos, disparando sobre los muertos vivientes, a la cabeza, con los potentes fusiles atomizadores y abrieron los canales de emergencia. Así lograron rescatar a empujones y con prisas, a numerosas personas, las cuales corrían buscando una salvación, muchas de ellas heridas. Y cuando el último logró salir, las gigantescas compuertas se cerraron, sellando el sector infectado. Algunas decenas de personas quedaron atrás, agonizando, rodeadas de muertos que les comían rodeándoles, conforme los CSA seguían disparando sobre ellos dentro y en el exterior de la nave.

Kevin observaba por los monitores la inagotable carnicería que se producía. Los CSA se estaban empleando a fondo, pero por más de aquellos seres que caían, llegaban otros muchos más. Veía cómo se levantaban los que recibían un impacto y nada les paraba en su ansia enloquecida por matar. Entonces se fijó en los cuerpos abatidos por los centuriones, con la cabeza abierta. Y pensó en Van der Haüssen: a la cabeza.

Rasel había captado el mensaje de inmediato.

No era una vulgar expresión, sino toda una realidad.

—¡Nirvana, los CSA, que disparen a la cabeza! ¡A la cabeza!

Ella, de inmediato y sin apartar la vista de los monitores, transmitió por su transmisor CSA de muñeca una clave a los poderosos androides. Al segundo, los cañones de las máquinas obedecieron, haciendo estallar de forma continua las cabezas de aquellos horrorosos seres.

—Si seguimos a este ritmo con los cañones de la Mamba Negra y con las armas de los CSA, nos quedaremos sin energía para responder a un ataque fascista —expuso Nirvana, ante Kevin, el cual remugó sin contestar.

—La Mamba Negra está asegurada, general —entró Rasel.

Kevin no dijo nada, seguía pendiente de lo que veía fuera y se percató que aquellos seres no hacían nada contra los CSA, ni les intentaban dañar ni esquivarlos, los ignoraban como si fuesen cosas. Realmente eran cosas, robots de última generación, pero no eran seres vivos.

—Nirvana, envía un escuadrón CSA a la puerta central del estadio, que la cierren.

—Pero... No llegarán con tantos... —expuso Nirvana.

—Sí, llegarán, esas cosas solo buscan a los vivos —interrumpió Kevin—. Y manda otro para que revisen cada entrada, que las sellen todas. Es su única misión.

—A la orden, mi general —contestó ella, posando la muñeca al alcance de su voz.

—Rasel —continuó Kevin, volviéndose hacia el centurión—. En cuanto los CSA cierren las puertas, suba a sus hombres a cubierta y despeje totalmente el estadio. Que apunten bien, ahorre munición. Parece que es necesario abrirles la cabeza para acabar con ellos de verdad.

—Así lo haré...

—¡Se van! —exclamó Eva.

Van der Haüssen observó el horizonte, la noche avanzaba, lo que le permitía ver, al norte, no muy lejos, el resplandor azul y amarillo de lo que pudiera ser una gran batalla, envuelto con el sonido lejano de numerosas explosiones.

—La Mamba Negra se está defendiendo de los muertos. Solo puede ser eso. El ruido y las luces los atrae como si fueran polillas —expuso el capitán.

—Es el momento, deberíamos salir... ¡Y huir! —exclamó Eva.

—¿Huir a dónde? ¿No has visto lo que nos espera ahí afuera? Aquí encerrados, al menos, estamos seguros —murmuró Sanpedro.

—Quizá lo más sensato sea descansar esta noche —expuso Van der Haüssen.

—Puchi necesita tratamiento. He logrado cortar la hemorragia y la herida está limpia, pero aún así será difícil que sobreviva sin atención médica —indicó Eva.

Van der Haüssen resopló un tanto inquieto.

—¿Qué hace ahora?

—Duerme con los niños —contestó Eva.

—¿Sheila está bien?

—Sí. Es muy valiente, está hecha toda una guerrera.

—No sé si eso me gusta —aseguró Van der Haüssen.

—Estás hecho un padrazo —sonrió Eva, tratando de calmar sus propios nervios.

—¿Captas alguna señal? —preguntó Sanpedro.

—Solo la Mamba Negra, están ahí, nos han oído —contestó el capitán, señalando la zona iluminada en la noche—. Selene no debe de haber entrado todavía en la atmósfera de este planeta; así que, si los satélites no funcionan, no podremos ponernos en contacto con ella hasta que atraviese la muralla de piedra que rodea Planeta Z. No creo que tarde... Espero, por el bien de Puchi. No podemos arriesgarnos a salir ahí afuera con los niños, sin protección.

—¿Vendrá en nuestra ayuda? —preguntó Sanpedro.

Van der Haüssen le miró, como preguntando en silencio: ¿cómo puedes dudarle?

—Bueno, sí, supongo que sí —aseguró el enorme centurión negro.

De pronto, entró Sheila en la cabina, andando despacio y cabizbaja.

—Ah, ¿estás despierta? —sonrió Van der Haüssen.

Ella asintió y levantó la carita, una lágrima recorrió su mejilla.

—¿Qué ocurre? —se acercó Eva.

—Puchi ha muerto.

Van der Haüssen la abrazó fuerte y, con una mirada, ordenó a Eva que lo comprobara.

Sanpedro maldijo entre dientes y se acercó a la torreta superior de salida.

—Vigilaré que nadie se acerque —murmuró, echándose el fusil atomizador al hombro.

Eva se acercó al cuerpo de Puchi. El pequeño sargento estaba abrazado a él, llorando, hablándole entre hipitos desconsolados, como si estuviera vivo. La mercenaria se agachó, puso los dedos en el cuello del enorme hombre, buscando pulso, y arrugó los labios. Estaba frío, su corazón no latía. Sheila no se había equivocado. Puchi había muerto y hacía ya un tiempo. Miró de lado a lado, negando, y vio a Maika, que dormía derrotada en un rincón.

Conmovida, acarició la melena de Piojo tratando de consolar su pena.

—Vamos, ven —le dijo con ternura.

—¡No! ¡Déjame! —le espetó Piojo y se abrazó con fuerza al cuerpo de Puchi.

Eva volvió a la cabina.

—Está muerto —aseguró.

Sheila asintió con cara de lástima y Van der Haüssen la apretó contra él.

—¿Y el muchacho? —preguntó el capitán.

—Está llorándole, será difícil para él —contestó Eva.

—Era su papá, le quería mucho —apuntó Sheila.

La noche fue pasando; intentaban dormir, pero cualquier leve ruido en el exterior les despertaba para quedar en vigilia. De pronto, un destello luminoso pasó por encima de ellos.

—¡Es ella! —gritó Sanpedro, bajando de la torreta, emocionado.

Van der Haüssen corrió hacia su puesto de control y abrió el panel de comunicaciones.

A parte de la frecuencia de la Mamba Negra, había una más.

—¿Seguro que es ella? —insistió el capitán.

—¡Sí! —contestó Sanpedro—. ¡Lleva la loba en la panza!

Van der Haüssen activó el panel de comunicaciones, abriendo la frecuencia de su propia nave, esperando un mensaje que calmara sus preocupaciones.

—Águila Negra en espera —dijo de forma escueta.

Kevin escuchaba atentamente en la sala de mando de la Mamba Negra, sin contestar ni decir nada. Y miró a Nirvana. Se levantó y se acercó a los ventanales. Fuera de la nave, los CSA habían logrado cerrar las puertas del estadio y ahora limpiaban los alrededores. Desde la cubierta del destructor, los Centuriones de Orión, a las órdenes de Rasel, disparaban con precisión, a la cabeza, sobre los muertos vivientes que se encontraban dentro del estadio. Quedó observando un niño, de quizás seis o siete años, el cual andaba penosamente, en pijama, descalzo; su piel era pálida, con las venas marcadas al exceso; sus ojos se perdían dentro de las cuencas oculares, rodeados de grandes ojeras; y levantaba una mano hacia el destructor, parecía que concretamente le señalaba a él, gimiendo con aquella boca de labios amoratados y dientes negros, como si tuviera un hueso de aceituna atragantado en la garganta.

El disparo de un CSA estalló la cabeza del niño y cayó inerte.

Y Kevin ladeó el rostro impresionado.

—La munición de las armas de los CSA se están agotando. Parece que todas las entradas están selladas, los muertos no podrán entrar —se le acercó Nirvana.

—¿Cómo llevamos la limpieza en el interior del estadio? —replicó, como sin ganas.

—Prácticamente despejado. Los centuriones están revisando cada rincón para asegurarnos de que no hay ningún... muerto con vida.

—Que regresen los CSA, pero antes, que apuntalen bien esas puertas. Pongan doble vigilancia en cada punto sensible. No quiero dentro del estadio ninguna de esas cosas —ordenó Kevin y se quedó mirando la oscuridad de la noche, al lado del cuadro de comunicaciones, como si esperara que el capitán Van der Haüssen le hablara.

—Águila Negra, situación crítica —insistió Van der Haüssen desde su nave.

Una débil señal se localizó de inmediato en sus paneles.

—Está ahí, escuchando. Pero no contesta, no quiere que la Mamba Negra la localice —afirmó Eva, con los auriculares en el oído.

—Aquí Águila Negra. Atención: la población de Planeta Z es hostil, padecen una infección desconocida, son muy peligrosos. Estamos rodeados, necesitamos ayuda, toma las precauciones necesarias antes de aterrizar. Apunta a la cabeza, ten cuidado —repitió el mensaje, por varias veces, para asegurarse que ella lo oía.

Selene escuchaba sin contestar y sobrevoló el Águila Negra, conectó los reflectores para alumbrarles y, entonces, pudo ver la carnicería que rodeaba la nave y se inquietó. ¿Qué le estaba diciendo Van der Haüssen? ¿De qué la avisaba? ¿Qué había ocurrido allí? Parecían civiles destrozados por las poderosas armas la nave rebelde. Van der Haüssen no habría disparado nunca contra personas desarmadas. ¿Cómo era posible? ¿Sería un trampa?

Fue a hablar, pero no lo hizo.

Van der Haüssen pudo escuchar su respiración.

—Después de todo, creo que valió la pena aquel beso —dijo el capitán.

Ante aquella delicada situación, dejó de importarle que nadie pudiera escucharle hablando con la Loba Roja. Ella alzó atónita las cejas, tan sorprendida como el resto de su tripulación.

—Selene, ten cuidado al aterrizar en este planeta. Su población está infectada por algún virus o agente desconocido —aseguró Van der Haüssen, con voz triste—. ¿Ves ese resplandor?

Ella no contestó, solo miró al frente para ver los destellos en el horizonte oscuro.

—Es la Mamba Negra. No lucha contra soldados, ni policías, sino contra estos seres. Nosotros hemos podido rechazarles en un primer momento, pero seguro que vuelven; apenas nos queda energía. Wuterich ha sido devorado. Es un horror, son muertos vivientes que se alimentan de los vivos y no se detienen ante nada.

—¿Y Sheila? —preguntó Selene, rompiendo su silencio.

—Está bien... Algo asustada, necesita a su madre.

Selene tragó saliva.

—¿Y tú, estás bien? —insistió, de forma tímida, delatando sus sentimientos.

En la sala de mando de la Mamba Negra, Kevin y Rasel escuchaban atentos.

—¿Comprendes ahora por qué tenía vigilado a tu capitán? —le preguntó Kevin.

Rasel le miró sin mover una pestaña.

—Está con la Loba Roja, no podemos confiar en él —dijo Nirvana—. ¿Quién crees que ha desbaratado nuestra incursión, que nos ha hostigado y enviado a este planeta? ¡Ella! Posiblemente en connivencia con Van der Haüssen.

Rasel se acercó ante Nirvana, posando los ojos apenas a dos dedos de su cara.

—Me encanta que nuestro capitán cabalgue sobre la Loba Roja —le sonrió cínicamente y se dirigió hacia Kevin—. Recuerde, general, esa mujer no era nadie hasta que decidió ir a por ella; si alguien es responsable de este desastre, solo es usted, no el capitán Van der Haüssen, y así lo haré saber al Alto Mando, si logramos salir de aquí con vida.

Kevin no dijo nada, solo le mantuvo la mirada en silencio.

—Estás ciego, Rasel: Van der Haüssen dejó escapar a esa mujer en Zafiro, la dejó escapar en Kravent y, ahora, está hablando con ella mientras nosotros discutimos —aseguró Nirvana, interviniendo de forma contundente—. Tu capitán es un traidor.

—Y dime, si eso es verdad. ¿Para qué le habéis traído hasta aquí?

—Para atrapar a la Loba Roja —dijo Kevin—. El Alto Mando quiere su cabeza y, posiblemente, también querrá la tuya por obstruir nuestra misión.

Capítulo 15

RESURRECCIÓN

Van der Haüssen observaba a través de la escotilla principal del Águila Negra, sentado en la cabina de pilotaje; todo parecía tranquilo. En sus brazos, Sheila dormía como un bendito bebé. Bajó la mirada y le acarició la rubia melena. La pequeña huérfana se empeñaba en llamarle papá y a Selene, mamá. Y sonrió. Estaban tan lejos de que eso pudiera ser realidad, que le resultaba imposible imaginarlo; sin embargo, ella lo consideraba un hecho y era feliz a su manera, y pensó que quizá lo importante no era esperar un porvenir en paz donde hallar la felicidad, sino ser feliz en el presente a pesar de todo. Eva permanecía a su lado, en el asiento del copiloto, dando cabezazos somnolientos. Sanpedro se hallaba en la tronera, vigilando el extenso maizal, atento a cualquier movimiento. Y pensó en lo afortunado que era por tenerles como tripulación, pues siempre le habían sido fieles, incluso en los momentos más difíciles; llevaban más de una década juntos y el Alto Mando nunca entendió el por qué se rodeó de mercenarios para pilotar el Águila Negra. Era simple, para ellos, lo principal eran sus amigos, la extraña familia que formaban, antes que la causa rebelde, ni cualquier otra. Y echó de menos al sargento Wuterich.

—¿Por qué no viene ya? —preguntó Sanpedro, nervioso.

—Antes debe reconocer el terreno, estudiar nuestra posición y la de la Mamba Negra, es lo que haríamos nosotros. No tardará —contestó Van der Haüssen.

En la cabina de tripulación, tras ellos, apenas a dos metros, Piojo lloraba acurrucado junto a Puchi, abrazado a él, sin consuelo posible, reposando la cabeza en su pecho. Entonces, de pronto, dos dedos de la mano del cadáver se movieron, como si de un calambre se tratara. El cuerpo se revolvió levemente, hacia un lado y otro. Y levantó lentamente el brazo, entre estertores y suaves gemidos, para posar la mano sobre la espalda del muchacho, el cual levantó la cabeza de inmediato, con una gran sonrisa incrédula asomando en su infantil cara.

—¡Estás vivo! —exclamó con alegría y se abrazó rompiendo a llorar de la emoción.

Puchi abrió los parpados conforme asía con las dos manos el cuerpo de Piojo, apretándolo contra él. Pero el iris de sus ojos había perdido el brillo color castaño, ahora eran de un ceniza velado y la blanca esclerótica se había transformado en una difusa mancha rojiza.

Piojo le miró y sonrió.

—Te quiero, papá —le dijo, radiante de felicidad.

Puchi le mordió en la cara, fuerte, desgarrándole un enorme jirón de carne a la vez que apretaba la cabeza del muchacho, imposibilitando la huida.

Piojo gritó de forma agónica, apenas audible.

Puchi mordió de nuevo y otra vez, masticó y tragó parte del pómulo, los labios, la punta de la lengua y un ojo, e insistió en el cráneo, mientras Piojo pataleaba muriendo. Y apretó hasta que aplastó entre sus manos la cabeza del muchacho, para devorarle el cerebro.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Sheila, despertando en brazos de Van der Haüssen.

—¿El qué? —preguntó él.

—Me ha parecido oír a Piojo —murmuró la pequeña.

Eva volvió de inmediato la vista hacia atrás, asomando el cuerpo para tratar de ver en la oscuridad. Pudo escuchar unos crujidos extraños y un leve gemido, como un susurro.

—¿Quieres hablar con mamá? —le preguntó Van der Haüssen a Sheila.

Mientras, Eva se levantó curiosa y se dirigió hacia la parte posterior de la cabina, donde procedían los pequeños ruidos, alumbrando con una linterna.

—¡Mamá! —exclamó Sheila a través del pequeño micro.

Selene atenta, no respondió, apretó emocionada los labios. No era su madre, pero la pequeña así lo sentía desde que la rescatara en una cápsula espacial de salvamento, desde que se hiciera cargo de ella.

—¿Mamá? —insistió Sheila.

—Ya estoy en camino —aseguró Selene—. Dile a ese capitán que te cuida tan bien que se prepare, en diez minutos os recojo.

—¿A quién? ¿A papá?

—Sí, hija, sí —murmuró Selene, reacia a entrar en aquel extraño juego de Sheila.

Eva quedó petrificada, alumbrando al frente. Allí tirado en el suelo y apoyado contra la pared, el enorme Puchi mantenía entre las manos el cuerpo destrozado de Piojo, sin cabeza ni pecho, con el vientre abierto, devorándolo mordisco a mordisco. Al lado, vio un brazo desmembrado. Y vomitó. Llegó a la cabina de mando entre arcadas y tratando de serenarse.

—¿Qué te ocurre, Eva? —preguntó Van der Haüssen, en cuanto la vio aparecer.

Ella no pudo hablar, pero su cara de espanto puso sobre aviso al capitán.

Sheila miró hacia atrás y gritó.

Puchi entró tambaleándose, con la cara hinchada y llena de sangre, con entrañas colgando de sus mandíbulas y los restos del pequeño sargento en la mano. Emitió un terrible sonido gutural, como si pareciera contento al ver tanta gente viva a la que devorar, a la vez que un agónico hedor a descomposición colmó el ambiente. Y se lanzó sobre ellos.

—¿Qué ocurre? ¿Capitán? ¿Sheila? —preguntó Selene, al escuchar gritos y golpes.

Nadie contestó. En su lugar, ruido de lucha, disparos y una explosión.

Después, silencio.

—¡Sheila! ¡Van der Haüssen! —gritó Selene, esperando respuesta.

Nada.

—Vamos, tenemos que descender hasta esa nave de una vez —murmuró Selene.

—Capitán, podríamos tener problemas, es posible que entremos en el campo de tiro de la Mamba Negra —le advirtió Robert, en la silla de copiloto.

—He dicho que descendemos —replicó Selene—. ¡Ya!

Kevin, consternado, observó a través de las cristaleras de la sala de mando de la Mamba Negra. Por lo que había oído, parecía que Van der Haüssen y la tripulación del Águila Negra habían tenido un terrible final. Pero solo lo parecía.

—Nirvana, ¿tenemos alguna nave de combate operativa?

—No. Tenemos dos cazas en los hangares, pero necesitan reparación.

—¿Cuánto tiempo tardarán?

—Dos días, al menos. Se tiene que desmontar parte de...

—Quiero operativo al menos uno de esos cazas en un día —ordenó Kevin—. Envía una patrulla CSA al punto de situación del Águila Negra, que comprueben así hay algún superviviente.

En el Águila Negra, mientras Sheila salía corriendo de la cabina, Eva permanecía tumbada boca abajo, sangrando la ceja y con los labios partidos, inconsciente. Van der Haüssen se tambaleaba, tratando de respirar, tras lograr liberar el cuello de la presa de Puchi. Mientras, Sanpedro sudaba tratando de impedir que aquella mole musculosa y pálida le mordiera en la cara, pues tenía a escasos dos dedos del rostro sus mandíbulas sangrientas.

Van der Haüssen reaccionó rápidamente y se lanzó sobre el cadáver viviente de Puchi, empujándole, tratando de apartarlo de Sanpedro. Los tres cayeron de lado, sobre la cubierta metálica de la cabina. Y sacó su pistola con la intención de acertarle en la cabeza. Pero antes de que pudiera apuntar, se vio preso de aquella monstruosa cosa, que le inmovilizaba los brazos a la par que trataba de morderle. Logró realizar dos disparos. El primero atravesó el cuerpo de Puchi a quemarropa desde el vientre hacia arriba, saliendo el rayo azul por un hombro; pero ni se inmutó. El segundo, aunque buscaba la cabeza, le atravesó el pecho. El capitán no pudo realizar un tercer disparo, la presión y un zarandeo lo impidió; el arma le cayó de la mano y rebotó en el suelo mientras aquellos dientes negros se acercaban a su cuello.

De pronto, el cuerpo de Puchi cayó como si no fuera nada, para comenzar a moverse levemente, mordiendo al aire a un lado y otro de forma muy lenta. Van der Haüssen y Sanpedro se repusieron, respirando profundo, y miraron atónitos a Sheila. Allí estaba la pequeña, al lado de Puchi, temblando de miedo con una sonrisa extraña y una ampolla vacía en la mano.

Ninguno de ellos preguntó nada.

—Fentanilo para caballos —dijo Sheila y tiró la ampolla al suelo.

—¿Qué es eso? —preguntó Sanpedro.

—Un analgésico setenta y siete veces más potente que la morfina —respondió el capitán.

—Ah —murmuró Sanpedro.

De pronto, se escucharon golpes contra el metal de la nave, seguidos de penetrantes y angustiosos gemidos. El ruido formado en la lucha y los gemidos del cadáver de Puchi habían atraído, en el silencio de la noche, a aquellos horrorosos seres de nuevo hasta el Águila Negra.

—Están ahí —dijo Sanpedro.

—¿Sheila? ¿Piojo? —apareció Maika, entrando en la cabina con cara de miedo.

La enorme mano de Puchi le atenazó un tobillo y su boca la buscó lentamente, emitiendo un tétrico ronquido a la vez que estiraba la lengua, hinchada y purulenta. Y ella gritó, cayendo hacia atrás. Van der Haüssen tomó la pistola del suelo y disparó una y otra vez sobre la cabeza del muerto viviente, hasta que solo quedó una masa acuosa de cerebro, hueso y carne.

Un nauseabundo hedor quedó en flotando.

La mano de Puchi se abrió y la pequeña quedó libre.

Entonces, unas potentes explosiones sonaron fuera de la nave.

—¿Y ahora? —se volvió Van der Haüssen.

Sanpedro se asomó a la tronera, tan solo por un momento, y saltó ante el capitán.

—¡Son los CSA de la Mamba Negra! —exclamó.

—Tenemos que salir de aquí de inmediato. Si los manda Nirvana... Esos vienen a por todo, no dejarán cuerpo con cabeza —exclamó Van der Haüssen y tomó a Sheila y a Maika de las manos—. ¡Sanpedro, carga con Eva!

—¿Y Piojo? ¡No podemos dejarle aquí! —exclamó Sheila.

Van der Haüssen quedó en silencio, la pequeña no se había percatado que los restos que había sacado Puchi en la mano eran los del joven sargento. Le miró a la cara y negó con tristeza, ladeando la cabeza. La pequeña estiró los labios, triste; no necesitaba más para comprender.

—¿Piojo? —murmuró Maika, buscándolo con una mirada hecha puchero.

—Vámonos, Piojo se ha ido —aseguró Sheila, abrazando a su amiguita.

Una explosión saltó la puerta principal del Águila Negra, mientras por la escotilla lateral salían precipitadamente Van der Haüssen, Sheila, Maika y Sanpedro con Eva a cuestas. Una patrulla de cuatro CSA habían llegado hasta la nave y machacado con sus cañones atomizadores los cuerpos de los muertos vivientes que la golpeaban. Y entraron, rastreando con sus escáneres el interior. Recorrieron lentamente la sala de embarque, la de la tropa y las cabinas.

Kevin observaba gracias a las cámaras incorporadas en los androides y pudo ver el enorme cadáver de Puchi sin cabeza, los restos del niño, la sangre y nada más.

—¿Dónde están? —preguntó.

—Los CSA darán con ellos —aseguró Nirvana.

Los CSA salieron de la nave y, por unos momentos, analizaron su entorno con los escáneres y diversos filtro de luz. Acto seguido, dispararon con total precisión sobre las cabezas de los muertos vivientes que se acercaban y volvieron sus rostros metálicos hacia la enorme densidad de mazorcas. Sus sensores infrarrojos habían detectado en el interior de la plantación a

cuatro figuras rojizas alejándose: una de apariencia normal, dos pequeñas y una cuarta muy gruesa, como si estuviera formada por dos o tres cuerpos en uno.

Y se encaminaron hacia ellos.

Sanpedro, con Eva al hombro, tropezó y ambos cayeron de bruces a tierra, entre las mazorcas. Van der Haüssen paró y se volvió. Sabía que la puntería de los CSA era eficaz 100% en cuanto entraran en su campo de tiro y lo estarían muy pronto. Les habían localizado, sin duda, lo sabía, aunque él no les pudiera ver a causa de la altura del maíz. No lo pensó dos veces, el viento le favorecía, así que se agachó y, con una bengala que sacó de su cinto, comenzó a prender los tallos de las mazorcas.

El campo de cereales comenzó a arder, desplazándose las llamas rápidamente hacia la nave y distorsionando, con el calor, las imágenes de sus figuras en los sensores de los CSA. De tal forma, los androides perdieron la localización; así no podían apuntar con la precisión debida para disparar sobre un blanco seguro.

—Esto les detendrá por unos momentos e igual fríe algunos de esos cacharros —aseguró Van der Haüssen—. Vamos, tenemos que salir de aquí.

—¡Redios! —exclamó Sanpedro, tratando de reponerse.

Se levantó y cargó de nuevo a Eva sobre su hombro.

Un rayo verde atravesó la caña ardiente pasando por encima de ellos.

Otro rozó el brazo de Van der Haüssen, el cual maldijo su suerte echándose hacia atrás.

—Los CSA no nos ven, pero nos escuchan —murmuró tapándose la herida.

—Vamos, pequeñas, tenemos que marchar —les apremió Sanpedro.

Tres seres pálidos, de ojos velados, surgieron de la oscuridad del maizal y se acercaron hacia ellos arrastrando los pies, gimiendo con desespero, con los brazos estirados hacia delante en busca de vida. Uno era un hombre mayor, un anciano que apenas se sostenía, pero que no paraba de morder a la nada; tenía una extraña melena rala y su cuerpo parecía cubierto de heridas de armas de fuego. Los otros eran dos muchachas, quinceañeras, con minifaldas modernas, escotes pronunciados y coletas; una presentaba una tremendo bocado en la garganta, la otra carecía de parte del tórax y de un brazo.

—¡Joder! —exclamó Van der Haüssen y disparó sobre el anciano, en la cabeza, conforme las muchachas se echaban sobre Sanpedro. Y abrió fuego sobre ellas, una y otra vez, dejándolas inertes, sin cabeza.

Un crujido cercano sonó por detrás, eran los CSA que avanzaban a través del maizal. Las llamas ya no eran lo suficientemente densas como para desviarles de su misión. Por delante, se escucharon numerosos gemidos y crujidos entre las plantas. No tres, sino una veintena de aquellos seres aparecieron fijando sus rostros demacrados en ellos, esos ojos rojizos perdidos en el interior de las cuencas oculares. Van der Haüssen tragó saliva. Estaban rodeados. Por un lado se acercaban los CSA y, por el otro, los muertos vivientes aparecían por todas partes.

No había salida.

Una explosión, seguida de una docena de penetrantes silbidos, resonó potente en el campo de cereales, lanzándolos a todos al aire con la onda expansiva. Trozos de metal de los CSA destruidos cayeron cerca de Van der Haüssen, mientras numerosos cadáveres volvían a levantarse lentamente. Las luces cegadoras de un Spitfire UK 3500 se posó sobre ellos, la nave descendió sin dejar de disparar sobre los muertos vivientes que se aproximaban.

Y levitó, manteniéndose a un metro de tierra.

—¡Subid! —les ordenó Robert, asomando por la puerta de embarque.

Van der Haüssen le miró con recelo, mientras Sanpedro levantaba a Eva en sus brazos.

—¡Vamos! ¡No hay tiempo! —les insistió.

—¡Arriba, mi capitán! —escuchó a Selene y alzó la vista para verla en la cabina.

Van der Haüssen corrió hacia la nave, ayudando a Sanpedro con Eva. Sheila y Maika les siguieron, sin perder tiempo y sin dejar de mirar atrás entre pucheros de terror, por si alguno de los monstruos que las seguían entre horrorosos gemidos las alcanzaban.

Uno de los CSA se levantó y volvió su cañón atomizador contra la nave; en un segundo fue destruido, sin poder ejecutar su intención. Selene observaba con la mano en el percusor artillero, y descargó otra ráfaga explosiva entre los restos de los androides, asegurándose de su total destrucción.

Mientras, Heysel, la artillera del caza, barría los muertos que se aproximaban.

—¡Arriba! —exclamó Robert, ayudándoles a subir.

Nada más entrar, la mirada de Selene se cruzó tan voraz como inquieta con la de Van der Haüssen. Una mirada limpia, llena de deseo, de preocupación, pero distante, tan distante como sus uniformes enfrentados. Tanto tiempo sin verle y ahora le tenía ahí, apenas a unos metros. La pequeña Sheila corrió al asiento del piloto, para echarse sobre ella de un salto, dándole un fuerte abrazo y llenándola de besos.

La tripulación observaba en silencio.

Las escotillas se cerraron.

—¡Larguémonos de aquí! —dijo Selene, maniobrando conforme el caza se elevaba.

Entonces se percató de la presencia de la otra niña.

—¿Y esa jovencita? —le preguntó a Sheila.

—Es Maika, mi hermanita —sonrió ella.

Capítulo 16

INFECTADOS

En la Mamba Negra, Kevin maldecía la pérdida de cuatro de sus valiosos CSA, los que había enviado al Águila Negra; así como la huida de Van der Haüssen con la Loba Roja. Por otra parte, rodeado el estadio por miles de muertos vivientes, no podía reparar las turbinas del destructor, ni tenía maniobrabilidad para huir. No tenía nada y desde allí no podía contactar con el Alto Mando, necesitaba salir al espacio exterior. Resopló y se sentó de forma airada en su sillón de mando.

—Mierda —murmuró.

—General, el estadio está, al fin, totalmente limpio y controlado —expuso Rasel—. Los muros de las gradas son altos y las puertas resistentes. Aún así, las hemos apuntalado y también he dejado una guardia de dos centuriones en cada recodo, buenos tiradores.

—Bien... ¡Fantástico! —exclamó Kevin, con cierta ironía.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —preguntó Nirvana, preocupada.

—Estamos a merced de que los nuestros lleguen antes que las naves de combate de La Unión —asintió Kevin—. Eso si han recibido los mensajes de socorro que enviamos antes de cruzar los anillos de rocas de este maldito planeta, cosa que veo difícil, pues no había satélites que funcionaran ni balizas activas.

—Si nosotros no hemos podido enviar ese mensaje, ellos tampoco —aseguró Rasel.

—Al menos, en la Mamba Negra estamos a salvo de esos monstruos —dijo Nirvana.

Entonces, un centurión enloquecido y pálido como el mármol, con el cuello desgarrado y los ojos purulentos entró en la sala de mando ante la sorpresa de todos, con la boca llena de restos humanos y espumarajos. Le siguieron tres hombres más, tan demacrados como el primero: dos guardias de la tripulación y otro centurión. Y un hedor nauseabundo colmó la sala. Sin más, anduvieron agónicamente y se abalanzaron sobre las personas más cercanas a ellos, mordiendo tremendo a la vez que proferían horribles sonidos guturales.

Rápidamente, sin una palabra, Rasel y Nirvana sacaron las armas y les dispararon una y otra vez, haciéndoles caer al acertarles en la cabeza.

—No eran colonos, sino de los nuestros —murmuró Kevin, asombrado.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Nirvana, sin bajar la guardia.

—¿De dónde han salido? La nave se supone limpia —comentó Rasel.

—¿Estás herido? —preguntó Nirvana a un oficial de transmisiones que había sido atacado, como preocupada, observando una mordedura en el brazo—. Estás sangrando.

—No, no es nada. Apenas atravesó el uniforme —contestó el oficial, enfocando temeroso su mirada en los ojos de Nirvana.

Entonces entró en la sala un hombre mayor, de larga barba blanca y bata azul manchada de abundante sangre. Era el doctor Spencer, el oficial al mando de Sanidad Militar en el destructor, y se acercó al general, con cara de espanto.

—¡Hay que matar a todos los heridos! —exclamó por tres veces.

—¿Matar a los heridos? ¿Está loco, doctor? ¿Se ha vuelto loco, es eso? —expuso Kevin.

—¿Qué les está pasando a mis hombres? —preguntó Rasel.

—Es... Es... Es horrible —tartamudeó el doctor.

—Déjese de estupideces y díganos qué está ocurriendo aquí —insistió Kevin.

—Tenemos cerca de cien heridos del primer asalto de esas criaturas a la nave, la mayoría de ellos por mordeduras, otros con contusiones. No debería ser nada, pero en cuestión de horas, unos antes, otros después, mueren.

Kevin le miró serio, al igual que Rasel y Nirvana, esperando más información.

—Los que sufrieron mordeduras están infectados. Mueren y padecen un proceso rápido, anómalo, de descomposición que, de pronto, se ve interrumpido y regresan a la vida. Pero ya no son ellos. Sea lo que sea lo que convierte a los muertos en monstruos antropófagos, se contagia a través de la mordedura de esas bestias. No hay una pauta a seguir, un patrón... Unos se transforman antes o después y no sé el por qué.

—¿Está seguro de lo que dice? —se dirigió Kevin al doctor.

—Sí, lo siento, no hay duda —tartamudeó el doctor.

—¿Existe algún remedio? —preguntó Nirvana.

—No tenemos nada... Nos enfrentamos a lo desconocido.

Nirvana disparó en la cabeza del oficial mordido en el brazo.

El alcaide Kravent, acompañado por el capitán Nogueras, analizaba en el crucero Milvus cada dato que se registraba. Llegaban a la órbita de Planeta Z de forma apresurada y con una tripulación muy selecta. Ante ellos estaba el otro crucero escolta de La Unión, el Falco. Y ambos se alinearon en el espacio, hasta que parecieron formar una sola nave.

Un pasillo móvil se desplegó de uno a otro, dejándoles comunicados en su interior.

Mientras Nogueras se mostraba algo nervioso, el alcaide sonreía tranquilo. Su objetivo no podía esperar y requería de la máxima discreción: Selene debía ser eliminada contra antes y parecía que estaba ausente, en un vuelo de reconocimiento, lo que era ideal para sus planes. Ella le daba por muerto, nada se esperaba y eso era una ventaja que debía aprovechar.

—Bienvenidos —les saludó el capitán Phoenix, acompañado por Abigail, al recibirles en el puesto de mando—. ¿A qué se debe esta visita? ¿Todo anda bien en Kravent?

—Órdenes del comandante —respondió Nogueras y le entregó un sobre.

Phoenix lo abrió y sacó una estrecha pantalla, la activó y salió un mensaje grabado por Morgan con su imagen virtual y voz: “Capitán Phoenix, debo felicitarle por su valor en tan arriesgada misión. Enhorabuena. Quiero comunicarle que he enviado el crucero Milvus para que les reemplace. Nogueras tomará el control de la situación, está asesorado por el alcaide Kravent, que tiene experiencia en combate y lleva tropas especiales de asalto para enfrentarse a los terroristas en caso de necesidad. Esperamos su pronto regreso. Otra cosa, asegúrese de que mi hija Abigail y Robert regresan con usted. Ya han tenido bastante aventura.”

Y la imagen se diluyó, la pantalla quedó en negro.

—No era necesario —se quejó Phoenix, pues con el enemigo controlado en Planeta Z, se encontraba bien con la misión, más por el crédito y reconocimiento que obtendría.

—Le comprendo, capitán. Han acorralado a los terroristas en ese planeta, nadie les quitará ese mérito. Pero ya ve, el comandante no ha dejado de pensar en su hija desde que esta salió de la órbita de Kravent y parece que también le preocupa la suerte que pueda correr el hijo del general Fleming —expuso el alcaide, con toda intención.

—Sí, ese niño lleno de privilegios —remugó Phoenix.

—Son las órdenes. Debe partir de inmediato; en estos momentos, la nave nodriza del comandante no tienen cobertura —insistió Nogueras.

—No podemos salir tan rápido —contestó Phoenix—. Si quiere que me lleve a ese niño, tendrán que esperar, pues está sirviendo como copiloto en el Spitfire de la Loba Roja.

—¿Sí? ¡Qué bueno! Eso es hacer méritos —sonrió el alcaide—. Pero la nodriza no puede esperar a que el hijo del general regrese, pueden tardar días o semanas y estamos incomunicados con ellos. Lo mejor será que se dirija cuanto antes a Kravent, donde le espera Morgan.

—Pero... —fue a hablar Phoenix.

—No se preocupe, el comandante lo entenderá. Usted sabe tan bien como yo que no se puede dejar una nave nodriza expuesta de esta forma y menos por esperar al hijo de nadie, aunque sea el hijo del general Fleming —aseguró el alcaide, rotundo—. Yo me hago cargo de la situación.

—Usted no tiene autoridad para ello.

—La nave nodriza Migra SIV y mi cárcel están sin defensa militar. ¿Quiere ser usted el responsable de lo que pueda ocurrir si no se logra parar definitivamente la sublevación de reclusos o si sufren un nuevo ataque? ¿Y todo por esperar al hijo del general, a ese señorito? ¡Ya está bien de favoritismos! ¡Por favor! —exclamó el alcaide.

—Alégrate, se comenta que te van a proponer para la medalla de Honor al Mérito de Guerra y eso significa un ascenso —le apremió Nogueras, felicitándole—. Yo de ti partiría de inmediato, a Morgan no le hace gracia estar sin cobertura militar.

Phoenix levantó las cejas, emocionado, y asintió.

—Tienes razón, la nodriza no puede estar sin escolta —expuso finalmente.

—Yo me quedo —dijo Abigail, dando un paso al frente.

—Tú padre te espera —aseguró Phoenix, invitándola a regresar.

—La verdad es que necesitaremos un oficial de su rango para el caza que traemos en la panza de nuestro crucero. Es el nuevo modelo Spitfire UK 5000. Teníamos dos en Kravent, uno quedó destruido, pero este quedó intacto —sonrió el alcaide—. ¿Estás capacitada?

—Sí, por supuesto —replicó ella.

—Morgan me matará si regreso sin su hija —protestó Phoenix.

—No se preocupe. Ella le dirá que prefirió quedarse, que usted hizo cuanto pudo. No hay problema, ¿verdad, teniente? —expuso el alcaide, buscando la complicidad de Abigail.

Ella asintió, con el deseo de permanecer cerca de la acción y de su amado Robert.

El alcaide Kravent comprobaba la situación y las rutas de entrada de Planeta Z, junto con el capitán Nogueras. Alzando una ceja, vio por la escotilla principal alejarse el crucero escolta de Phoenix. Allí quedaban ellos a solas, con sus intenciones.

—Al comandante no le gustará que regresen sin su hija —aseguró Nogueras.

—No sabemos qué nos esperará al volver. Si Abigail y el hijo de ese general están cerca de nosotros, no creo que nada se tuerza —replicó el alcaide.

—¿Los quiere como posibles rehenes?

—Llámelo como quiera... El oro que traeremos puede despertar muchas ambiciones.

—¿No se fía de la palabra de Morgan?

—¿Acaso cree que he llegado a mi posición fiándome de la gente?

Amanecía en Planeta Z cuando el caza que pilotaba Selene rayó el cielo, tomando altura en busca del espacio exterior. De pronto, inclinó los mandos y mantuvo la posición de la nave en horizontal, sobrevolando los extensos bosques, como si no tuviera en mente un destino cierto.

—Ocúpate, mantén la velocidad de crucero y la altura a nueve mil metros —ordenó, dándole una palmada de confianza a Robert. Y se levantó de su asiento, para dirigirse junto a Van der Haüssen—. ¿Qué son esos seres?

Van der Haüssen no contestó, solo la miró.

Estaba tan bella, tan hermosa.

Eva comenzaba a ladear el cuerpo, abriendo lentamente los ojos.

—Mi cabeza... ¿Dónde estamos? —dijo de forma tímida y quedó en silencio al ver el rostro de la Loba Roja, sus ojos rojos clavados en ella.

—¿Estás bien? —preguntó Selene.

—Sí... Sí —contestó Eva, tratando de situarse.

—Soy el teniente Robert, copiloto.

—Y yo Heysel, artillera de primera —se presentó también una suboficial de pelo corto moreno, que estaba sentada en el cuadro de mandos de armamento.

Sheila se acercó a Selene, como quien no quiere la cosa.

—Papá tiene pupa ahí, en el brazo —dijo la pequeña.

Selene se volvió hacia Van der Haüssen y estudió la herida con el labio torcido.

—Vaya, te han dado dos veces... Heysel, el botiquín —ordenó.

—¿Nos vas a entregar? —preguntó él.

Selene no respondió. En su lugar, rasgó la manga de la camisa y esperó la llegada de Heysel con el botiquín, cruzando su mirada a intervalos con la del capitán. Luego, limpió con un desinfectante la sangre y la herida, para verter unos polvos bactericidas y cicatrizantes.

—No es nada... Ya está, no perderás el brazo —dijo finalmente, vendándoselo.

—¿Qué piensas hacer con nosotros? —insistió Van der Haüssen.

—De momento, bordearemos la zona hasta estar fuera del alcance de los cañones de la Mamba Negra. Después, pensaré qué hacer —remugó Selene, guardando el material sanitario en el botiquín—. Dime, ¿qué está pasando ahí abajo? ¿De qué infección hablas?

—Siempre escuchabas, ¿verdad? —preguntó Van der Haüssen.

Ella no contestó, solo le miró de lado con una ceja alzada, tratando de disimular en vano lo que sentía por él. Entonces, Sheila se acercó a Van der Haüssen y se le abrazó.

—Nos querían comer. Se han comido a tío Wuterich. Esa gente se come a la gente... ¡Y están muertos! —exclamó la pequeña—. ¿Por qué no os dais un beso? —murmuró, mirando con ojos tristes a Selene mientras se abrazaba con fuerza al capitán rebelde.

Selene dio un pequeño resoplido, sin apartar la mirada de Van der Haüssen.

—Capitán, un mensaje de la Milvus —le indicó Robert.

—¿De la Milvus? ¿Qué hace aquí ese crucero? ¿Ya hay cobertura exterior?

—Está entrando en la atmósfera del planeta.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? Pero, ¿no debía permanecer como escolta de la Migra SIV, en Kravent? —asintió ella, volviendo a su puesto de mando, dejando a Sheila con cara de enfado, pues no le había dado ese beso a Van der Haüssen.

—Atención: 666S, debe ingresar de inmediato en el crucero Milvus —se escuchó.

—Aquí 666S: no entren en la atmósfera, el planeta sufre una infección —respondió Selene y se volvió hacia Van der Haüssen, buscando más información.

—Grave, muy grave. Es posible que toda la colonia esté afectada o muerta, transformada en esos monstruos antropófagos —apuntó él, de forma rápida.

—Tenemos conocimiento de una infección NBQ. Posiblemente afectó a la población de la colonia, por ello no encontramos señal ni respuesta en nuestro aproximamiento. Parece que están todos muertos. Repito, no descendan. Es muy grave. ¿Han comprendido? —explicó Selene.

Durante unos momentos se hizo silencio en la transmisión, como si en el crucero Milvus estuvieran comentando la noticia. Y Selene aprovechó para intentar averiguar más.

—¿Qué es eso de que están muertos?

—Están muertos... y vivos. No lo puedo explicar, pero ya los viste en ese maizal, nos perseguían enloquecidos para devorarnos. No sé si están muertos, pero vivos, como personas, como seres humanos, seguro que no —contestó Van der Haüssen.

—Los muertos regresan del infierno para devorar nuestras almas pecadoras —remugó Sanpedro—. Todos moriremos y nos convertiremos en muertos vivientes.

—Mientras no entremos en contacto con ellos, estaremos a salvo —dijo Selene.

—¡No! —exclamó Sanpedro—. El gigante que acompañaba a Piojo no tuvo ningún contacto con los muertos y, después de fallecer por una herida de arma, regresó para devorar a... —y quedó en silencio, observando la cara atenta de Sheila y los grandes ojos de Maika.

—Puchi se comió a Piojo, ¿verdad? —murmuró Maika.

—Pero solo un poquito —aseguró Sheila, como tratando de restar importancia y se abrazó a su amiga, que comenzó a llorar—. Eran novios —se dirigió a los demás, excusándola.

—¿Y cómo pudo contagiarse? ¿De alguna forma sería, no? —preguntó Selene.

Nadie respondió.

—Aquí Milvus: 666S, la esperamos en el sector norte del planeta. Tomaremos tierra y evaluaremos la situación —se escuchó por la frecuencia.

—No hay nada que valorar, están todos muertos y la infección se transmite por el aire. Si entran en contacto con la atmósfera, corren un elevado riesgo de contraerla y, por lo que vemos, es mortal. No hemos visto supervivientes en ningún lado y los infectados se han convertido en monstruosos seres antropófagos, sin posibilidad de razonamiento —contestó Selene.

—No se preocupe, deje eso de nuestra cuenta. Usted regrese. ¿Y la Mamba Negra?

—Los rebeldes permanecen en silencio, pero seguro que nos escuchan. Por lo visto, han estado muy ocupados instalándose entre los muertos vivientes. Es posible que sufrieran cuantiosas bajas, a estas alturas estarán todos infectados estén vivos o muertos. Lo mejor sería largarse de aquí de inmediato —aseguró Selene.

—¿Ha oído, general? —preguntó el oficial de comunicaciones de la Mamba Negra.

—Sí. Por lo visto nadie sabe qué ocurre en este maldito planeta —contestó Kevin.

—No me ha hecho ninguna gracia eso de que es posible que estemos todos infectados. ¿Se contagia por el aire? ¿Es posible eso? ¿Cómo puede haber llegado a esa conclusión? —preguntó Nirvana, dirigiéndose al doctor Spencer.

—Es por lo que ha dicho sobre un muerto por arma de fuego. Si no ha habido contacto físico ni de fluidos corporales, ni mordedura, pues no queda otra —contestó el doctor.

—¿Eso quiere decir que estamos infectados? ¡No puede ser! —exclamó Kevin.

El doctor no contestó, tan solo emitió un triste sonido de duda o quizás era una afirmación velada, por confirmar. Y el general asintió, comprendiendo, y permaneció en silencio, escuchando la conversación de la Loba Roja con el capitán de aquella nave que se acercaba por el sector norte, esquivando el área de alcance de sus cañones.

—Aquí 666S, escúchenme: no aterricen, salgan de inmediato de la atmósfera del planeta. Si nuestras sospechas son ciertas, podríamos estar infectados incluso nosotros —advirtió Selene.

—¿Han salido al exterior de su nave? —se escuchó por el transmisor.

—Afirmativo.

—¿Cómo? Repita.

—Sí, joder.

—Pregúntele para qué y si ha recogido a alguien, a una niña —se escuchó de trasfondo.

La piel de Selene se erizó al escuchar aquella voz.

—¿Por qué salió al exterior, capitán? ¿Ha recogido algún superviviente?

Selene quedó en silencio, con cara amarga. Aquella voz que había oído era sin duda alguna la del alcaide. ¿Cómo olvidarle? ¿Había sobrevivido? ¿Qué hacía en un crucero escolta? ¿Para qué había ido hasta allí?, se preguntó. Lo vio claro: a por ella y tras el oro de Zafiro. Miró con desconfianza al crucero conforme se acercaba y lo estudio en su pantalla, pudo comprobar que tenía las defensas armadas y los cañones en posición de ataque, apuntándoles. ¿Así pensaban tomar tierra? Y cerró el cuadro de comunicaciones.

Robert la miró con cara extraña.

Selene tomó los mandos y, de pronto, maniobró decididamente en vertical. En ese mismo momento, dos rayos mortales cruzaron la atmósfera, despedazando parte de un ala de la nave.

—¡Mierda! ¡Nos atacan! —exclamó Robert—. ¿Qué están haciendo?

—Salgamos de su campo de tiro. Heysel, busca una posición de defensa en el sector sur donde podamos aterrizar y arma los cañones —ordenó Selene.

—No, no entiendo... ¿Por qué nos disparan? —preguntó la artillera.

—¡Obedece! Pronto tendremos visita y no serán cortesés —le ordenó Selene.

—Pero, ¿qué está ocurriendo? —insistió Robert.

—¿Entiendes algo, Nirvana? —preguntó Kevin, sentado en un sillón del puesto de mando de la Mamba Negra, testigo de aquel inesperado ataque.

—No, señor. Pero está claro que quieren acabar con la Loba Roja.

Kevin sonrió con cara de sorpresa.

—Ya veo, han estado a punto de reventar su Spitfire. Qué curioso. No vienen a por nosotros... ¿Para qué arriesgarse en una zona infectada por una nave hecha chatarra, ante gente que puede defenderse y darle serios quebrantos? ¿Usted atacaría?

—No, solicitaría refuerzos o, simplemente, esperaría que se entregaran una vez agotada la intendencia, cuando el hambre, la sed y las enfermedades hicieran estragos —expuso Nirvana.

—Lógico...

—Mi general, ese crucero está desplegando una patrulla de cazas —indicó Nirvana, con la vista posada ante la pantalla virtual en la que se apreciaba el movimiento de las naves.

—Preparen las defensas —ordenó Kevin.

—No se dirigen hacia nosotros, van tras la Loba Roja... ¡Increíble!

—Esto no tiene ninguna gracia —murmuró Van der Haüssen—. Creí que a tu lado estaríamos seguros, pero veo que no te quieren ni los tuyos.

—Ya hablaremos de eso luego. Ahora, mejor no me distraigas —dijo Selene, dando un quiebro en el aire que les salvó de ser alcanzados por un rayo atomizador.

Con una maniobra y un tirabuzón en vertical, se situó detrás de los cazas que la perseguían. Y disparó, haciendo estallar dos de las naves, mientras Heysel volatilizaba otra.

—Ábreme el panel de defensas exteriores de cola —le dijo Eva.

De forma instantánea, Selene apretó un botón y una pequeña compuerta se abrió. Eva se metió y se apalancó en la tronera de popa, tomando los mandos de una potente ametralladora. Y disparó sobre otro caza que se les acercaba por detrás, destruyéndolo.

—Son demasiados —murmuró Selene, notando el impacto de la metralla sobre el metal de su nave, mientras esquivaba los mortales rayos.

—¿Puedo? —preguntó Van der Haüssen, tomando el sitio de comunicaciones.

Selene le miró sin entender y asintió.

—Aquí Águila Negra, estoy pilotando un Spitfire UK 3500. Kevin, amigo mío, sé que estás ahí, escuchando. Necesito que me limpies la cola. Confío en ti, tengo a tu prisionera.

Selene no necesitó más. Aunque no le gustó nada aquella expresión, había entendido perfectamente, y cambió drásticamente su rumbo, sin dejar de mascullar palabras indecibles, poniendo toda su alma en el pilotaje de aquel caza que cada vez recibía más impactos, mientras Heysel no paraba de disparar en su asiento artillero y Eva desde la tronera de popa.

Y entraron deliberadamente en la zona de tiro controlada por la Mamba Negra.

—Prepara contramedidas, es posible que mi amigo nos quiera también muertos —expuso Van der Haüssen.

—Mierda de amigos que tienes —murmuró ella y realizó una arriesgada maniobra dejando caer a plomo la nave, para esquivar la mortal descarga de un caza que se les echaba encima.

Heysel respondió haciendo estallar aquel caza en cuanto les sobrepasó. La valiente artillera siguió abriendo fuego hasta que un rayo destrozó la parte superior de la cubierta de estribor, dejándola malherida. Y gritó conforme Van der Haüssen y Sanpedro se lanzaban sobre ella, para alejarla de las llamas y tratar de taponar la herida del muslo, de cortar la hemorragia.

Selene sobrevoló la Mamba Negra, dejando atrás una estela de humo, apenas a unos cien metros de altura, una presa fácil. Entonces, los cañones del destructor rugieron haciendo saltar en un instante los nueve cazas de la Milvus que todavía la perseguían.

El alcaide Kraven y Nogueras quedaron con el rostro desencajado.

Para alegría de Van der Haüssen y los suyos, Kevin no disparó sobre ellos.

—Parece que tu amigo nos quiere vivos —expuso Selene.

—Te quiere viva a ti, pero creo que eso es solo por momentos.

—¿No acabamos con ellos, señor? —preguntó Nirvana, observando con cierta gana y desidia cómo el caza pilotado por Selene salía de su campo de tiro.

—No —respondió Kevin.

—Deberíamos haber acabado con ellos también —remugó Nirvana.

—Sigues sin entender, ¿verdad? —le replicó Kevin.

Capítulo 17

HOMBRES DE BLANCO

—¡Qué estúpidos! —gritó el alcaide, en la sala de mando del crucero Milvus—. ¿Cómo se meten en el radio de acción de los cañones de la Mamba Negra? ¡Nos han dejado sin cazas!

Nogueras quedó en silencio, comprobando que poco le importaban al alcaide las bajas sufridas. Y se arrepintió por haberse dejado involucrar en aquella extraña misión, no soportaba que aquel viejo carcamal con delirios de grandeza le instigara a cada momento. Además, nunca pensó que iba a perder la vida de tantos hombres, de sus amigos. La culpa la tenía aquel oro y esa plaza en la madre Tierra que le habían prometido.

—¿Eso eran pilotos o estúpidas tortugas descerebradas? —insistió el alcaide.

—Recuerde contra quién se estaban midiendo —le replicó Nogueras—. Esa mujer acabó con un centenar de cazas enemigos en las guerras de La Unión, ella sola. Y aún así, casi la derriban. Su nave está tocada, no podrá ir lejos.

—Claro, descenderá en una zona cercana a la Mamba Negra, para que le haga de paraguas ante nosotros —remugó el alcaide.

—Podemos acercarnos por tierra —aseguró Nogueras.

—¿No ha oído lo de la infección? —espetó el alcaide.

—Tenemos trajes NBQ para una patrulla de doce hombres.

El alcaide quedó en silencio.

—Será suficiente —contestó al final—. Siga su señal, tenemos que saber donde cae.

—Alcaide, no vuelva a gritarme ni a faltar el respeto a mis hombres y menos a los caídos en combate o le mataré —aseguró Noguerras.

En la Mamba Negra, Kevin sopesaba lo ocurrido, Nirvana le observaba con cierta desidia, sin poder ocultar su ira contenida, apenas satisfecha con los cazas de La Unión abatidos.

—Deberíamos haber acabado también con esos traidores —remugó Nirvana.

—No... Aún podríamos tener éxito en nuestra misión y atraparla con vida, llevar a la Loba Roja ante Alto Mando —le replicó Kevin—. Aunque antes tenemos que pensar cómo salir de este maldito planeta.

—¿Por qué cree que los suyos quieren matarla? —preguntó Rasel.

—La leyenda de Perpintres atrae de vez en cuando algún buscador de oro hasta nuestras posiciones en Zafiro. Por lo visto, si Piojo estaba en lo cierto, era una obsesión para el alcaide de Kravent averiguar la procedencia del oro que llevaba la Loba Roja. Es posible que, si sobrevivió a nuestro ataque, lo sepa y pretenda deshacerse de ella. Está claro que ese crucero lo comanda alguien de Kravent al que le importa bien poco nuestra posición. Quieren el oro de Zafiro y el silencio de la Loba Roja.

—No puede ser otra cosa —apuntó Nirvana—. Ese crucero está aterrizando a pesar de la infección y ni tan siquiera está fuera del alcance de nuestros misiles, aunque esos estúpidos parece que así lo creen.

—¿Están aterrizando? Estupendo. Necesitamos una nave para salir de este maldito planeta y creo que ya sé donde conseguirla —expuso Kevin, sin apartar la vista de los monitores.

—Me encantaría tripular ese crucero —sonrió Nirvana, comprendiendo.

—Mi general —entró el doctor Spencer, con cara larga.

—¿Todo limpio? —preguntó Kevin, sin mirarle, atento a los monitores.

—Sí, mi general. Los heridos que presentaban mordeduras y heridas provocadas por esos seres, sin excepción, han sido sacrificados y sus cadáveres depositados en el exterior del estadio.

—¿Seguro? —insistió Kevin.

—La medida no ha gustado nada a nuestros hombres... Eran muchos los heridos, la orden se ejecutó mientras dormían bajo los efectos de los calmantes. Un disparo en la cabeza, para que

no se conviertan. Hemos usado una pistola atomizadora con silenciador. Al menos, ni se enteraron ni sufrieron... Triste consuelo.

—Lo comprendo. Ha sido muy duro, pero necesario —se justificó Kevin.

—Era la única forma de controlar la infección —ratificó Rasel.

—Fuera del estadio hay miles, cada vez hay más de esas cosas —murmuró el doctor.

—Mientras estén fuera, estamos a salvo —expuso Kevin—. Si tenemos un brote dentro y no lo eliminamos, sin titubeos, acabaremos todos así: babeando sangre y gimiendo como burros en celo. Doctor, controle bien la enfermería y que todo el mundo marche acompañado... hasta para cagar.

El Spitfire UK 3500 pilotado por Selene pasó como una exhalación sobre los extensos campos de maíz, en un vuelo sostenido cada vez más bajo. Miles de ojos sanguinolentos de iris velados alzaron su vista ante el zumbido y la estela de humo negro que dejaba a su paso, y el viento arrastró una enorme y horrible algarabía gutural. La nave se deslizó suavemente en línea horizontal, con alguna oscilación, para arremeter en su descenso contra el maizal, que le servía de improvisado amortiguador. Durante más de un kilómetro, la capitana vibró en los mandos, sin pestañear, invirtiendo los propulsores, frenando la nave, mientras el caza navegaba cortando y salpicando los altos tallos verdes, para quedar finalmente varaba.

Van der Haüssen saltó el primero a tierra, el resto de la tripulación le siguió de inmediato, mientras Selene subía al puesto más alto de la cubierta, sirviéndose del alerón de cola como atalaya, despejando el humo de su vista con las manos. Lo que vio le heló la sangre. El maizal parecía vivo, cientos de aquellas criaturas se dirigían hacia ellos desde todas partes haciendo moverse los altos tallos en su camino. Volvió la mirada de lado a lado, buscando una salida. El brillo de un inmenso lago cercano llamó su atención, parecía despejado.

—¡Vamos! ¡Están ahí! —gritó, saltando a tierra, y tomó de cada mano a una de las niñas para internarse en el maizal. Sanpedro alzó entre sus fuertes brazos a Heysel Robert y corrió tras ellas. Van der Haüssen y Robert les siguieron, controlando la huida con las armas en alto.

En apenas unos minutos, la nave se vio envuelta de pavorosos gemidos y muertos vivientes, que la golpeaban conforme la alcanzaban, amontonándose al extremo que la cubrieron por todos lados, incluso por encima, subiendo unos sobre otros sin orden ni concierto; cayendo unos, sin equilibrio, mientras otros, los de abajo, reventaban de la presión que soportaban con tantos cuerpos encima. De pronto, como si hubieran comprendido que dentro del aparato no

había vida alguna, pararon de golpear. Permanecieron en silencio por un tiempo, andando y arrastrándose sin sentido ni ruta, chocando algunos entre sí en su agónico deambular, hasta que un nutrido grupo, como si hubieran detectado el rastro, penetraron en la senda que Selene y su tripulación habían abierto en la huida, y el resto les siguió también.

Sin dejar de correr, apartando los altos tallos a manotazos y con el cuerpo, Selene tiraba de las dos niñas, hasta que Maika cayó de bruces, y le siguió Sheila y ella mismo.

—Tenemos que descansar un poco, las niñas están agotadas —aseguró Eva.

Hacia horas que huían sin respiro. Selene se alzó, se volvió y quedó vigilante, tratando de ver si los muertos estaban cerca. Heysel gimió en voz baja, apretando los dientes, cuando Sanpedro la dejó sobre tierra. La herida le producía un dolor intenso, una esquirla de metal asomaba de su muslo derecho. Eva la tranquilizó y le dio un poco de agua de su cantimplora.

—Necesito una atalaya —solicitó Selene, dirigiéndose hacia Sanpedro.

—Arriba —se ofreció él, agachándose y entrelazando los dedos de ambas manos.

Selene posó la bota en las manos de Sanpedro, el cual la levantó a la vez que ella trepaba por su enorme cuerpo negro y la sujetó fuerte por los tobillos sobre sus hombros.

—Mierda —murmuró Selene al comprobar la singular procesión de muertos que se acercaban por la senda que dejaban abierta—. ¡Nos siguen! ¡Y son muchos más!

Y saltó al suelo.

—Tenemos que avanzar deprisa o nos alcanzarán.

—No puede ser, son lentos —dijo Van der Haüssen.

—Nosotros también y ellos parece que no se cansan —replicó Selene, observando con cierta preocupación a Heysel, herida, y a las niñas, jadeando con la boca abierta.

—Las niñas están reventadas y nosotros también —apuntó Robert.

—Vamos, debemos seguir —ordenó Selene, tomando a Sheila en sus brazos.

Van der Haüssen alzó a la pequeña Maika sobre su pecho, Robert y Eva alzaron a Heysel y la llevaron entre los dos, y Sanpedro se puso al frente, abriendo paso en el maizal con sus grandes manos. Y fueron a continuar su huida.

Un grito de espanto de Sheila les paró.

Selene volvió el rostro y, de su izquierda, un hombre de rostro pálido, sin labios ni lengua, vestido de jardinero, con un sombrero de paja, apareció extendiendo sus manos huesudas de largas uñas negras hacia ellas. Y la agarró del costado, haciéndolas caer a tierra gritando. Van der Haüssen voló literalmente la cabeza de aquel muerto viviente, disparándole a unos centímetros, por tres veces. A su vez, conforme Selene se incorporaba rápidamente, tomando de nuevo en sus

brazos a la pequeña, entre jadeos de sofoco, varios crujidos les hicieron volverse alarmados a todos, apuntando con las armas en tensión hacia cada paso que oían aproximándose.

—Están ahí, mamá —aseguró Sheila, temblando el mentón.

—Rápido, rápido —exclamó Selene y corrió, internándose más en el maizal.

Las siguieron de inmediato Eva y Robert, llevando consigo a Heysel de los hombros, la cual gritaba y lloraba aterrorizada, tratando de correr a la pata coja sin poder. Van der Haüssen, alzó a Maika sobre su hombro, como si fuera un saco de patatas, y salió veloz tras ellos. Sanpedro miró atrás, notando la pestilencia que se acercaba; lanzó rápidamente las tres granadas que llevaba encima y corrió tras sus compañeros escupiendo mil maldiciones.

Apenas alcanzados los diez segundos, las tremendas explosiones alzaron cañas, maíz y cuerpos desmembrados por el aire, abriendo una pequeña brecha de distancia entre los muertos vivientes y sus presas. Sanpedro miró atrás y aún pudo ver un cuerpo, el de un hombre calvo, demacrado, arrastrándose con las manos, sin piernas ni cadera, estirando el cuello, esa boca de dientes negros y una lengua hinchada y gris, avanzando hacia él lentamente, moviendo la cabeza como enloquecido.

—Hostia puta —murmuró y continuó veloz la huida tras sus compañeros.

En la Mamba Negra, Nirvana se preparaba para la ofensiva relámpago planeada contra el crucero escolta de La Unión, el objetivo era hacerse con la nave sin destruirla. Se abrochó las hebillas del uniforme y revisó el transmisor CSA de control de los poderosos androides. A su lado, una patrulla de diez centuriones, al mando de Rasel, comprobaban también sus equipos de combate.

—¿Por qué quieres acabar con Van der Haüssen a cualquier precio? Parece que tengas algo personal contra él. ¿Tanto le odias? —preguntó Rasel, posándose a su lado, sin mirarla.

—Es un traidor.

—Todos somos traidores: nos declaramos en rebeldía contra el mundo y ante la paz, para continuar con una guerra sin sentido.

Nirvana le observó en silencio, sin decir nada, y revisó sus armas.

—¿Por eso le defiendes tanto? —preguntó finalmente, sin mirarle.

—Salvó mi vida en varias batallas, en los tiempos de las Guerras de La Unión. Es un héroe y un gran capitán. Deberías respetarle, esta jodida guerra acabará con todos nosotros.

—Ahora está con esa zorra roja.

—Debe tener sus razones. Nos traerá a la Loba Roja. Nirvana, vamos a por esa nave y no seremos muchos, tenemos que sorprenderles y actuar rápido. Necesito confiar en mi gente, necesito saber que estarás ahí cubriéndonos las espaldas con los CSA cuando entremos.

Ella le miró, como ofendida.

—Puedes confiar que estaré ahí, yo no soy una traidora —le espetó y se dirigió por los pasillos de la Mamba Negra hacia el F5000 Raptor que les llevaría hasta el crucero enemigo.

Rasel se quedó observándola por detrás, con una ceja alzada.

¿Cómo una mujer tan hermosa puede destilar constantemente tanto odio?, se preguntó.

—Pierdes el tiempo, dicen que es una triste, una jodida amargada —le dijo un centurión, posándose a su lado.

El sol se alzaba sobre el rostro fatigado de Selene, el calor comenzaba a ser sofocante, la continua extensión de mazorcas parecía no acabar nunca y aquel sonido de fondo, aquel horrible coro de gemidos que les acompañaba, no desaparecía nunca. Por más deprisa que avanzaran, sus pasos cada vez eran más cortos, el cansancio se apoderaba de ellos, el sudor les bañaba y el aire se hacía irrespirable ante la presión y el estrés que soportaban.

—Llevamos mucho lastre, nos alcanzarán. Heysel no se salvará, sus heridas necesitan atención —dijo Robert, deteniéndose. Y cayó de rodillas, soltando el cuerpo de la artillera, haciendo caer a Eva.

Selene clavó su mirada en él de inmediato. Y alzó su arma.

—Si vuelves a insinuar algo parecido, te vuelo la cabeza —le amenazó.

—No me malinterpretes. Digo que necesita atención, no que la abandonemos. Tenemos que encontrar un sitio donde sanarle esa herida —se excusó rápidamente Robert.

—No puedo más —murmuró Eva, limpiando el sudor de su frente, mirando atrás.

Van der Haÿssen dejó en tierra a Maika y ayudó a Eva con el cuerpo de Heysel. Sanpedro se acercó y les apartó con sus grandes manos, decidido, y se puso a caballo a la pequeña, que saltó enseguida sobre la enorme espalda.

En un momento, estaban de nuevo en marcha.

Robert quedó allí, sentado, por unos momentos, respirando con prisa, recuperando resuello. Un extraño y cercano sonido gutural le hizo estremecerse y, de un salto, corrió tras sus compañeros, sin mirar atrás.

En el crucero Milvus, seguían con los preparativos para el desembarco controlado de una patrulla, todo bajo el control de Nogueras y bajo la supervisión del alcaide Kravent. Doce guardias se vestían con los trajes nuclear biológico químico (NBQ) con la idea de salvar cualquier infección. Nada quedaba al descubierto, aquellos trajes blancos y holgados les aislarían de todo, la escafandra del interior del casco les permitiría respirar el oxígeno de sus botellas y todo se grabaría en las pequeñas cámaras que portaban sobre la hombrera derecha.

Abigail, preocupada por cuanto acontecía, observaba desde el piso superior de la entrada a aislamiento, junto al capitán Nogueras.

—No entiendo. ¿Por qué han disparado contra Selene? —se preguntó Abigail.

—Los rebeldes se habían hecho con los mandos del caza —contestó Nogueras.

—¿Crees que les encontrarán con vida? —preguntó ella, notándose afectada.

—No temas. Seguro que Robert está bien, por lo visto han logrado aterrizar en el maizal.

La guardia NBQ los traerán —la tranquilizó él.

Ella arrugó los labios y asintió mostrando en su cara poca esperanza.

—No me fio del alcaide —expresó de pronto.

—¿Y eso? —preguntó Nogueras—. Parece una gran persona, fue un héroe de guerra.

—Ese hombre me produce escalofríos. ¿Has oído? Dicen que tenía presa a Selene.

—Eso es desinformación divulgada por los terroristas, todo mentiras. Estamos aquí para rescatarla y acabar con la Mamba Negra, ¿no?

—No sé. Creo que Kravent ha intentado matarla.

—No puede ser... ¿Por qué haría eso?

Abigail se quedó sin respuesta, observando la patrulla de hombres blancos, enfundados en trajes NBQ, los cuales comenzaron a comprobar sus armas de combate, entre ellas los potentes fusiles atomizadores.

—Yo no diría que piensan rescatar a nadie —murmuró ella.

El sol caía cuando Selene paró de nuevo en su carrera, jadeando y con una mano en el costado, con Sheila aferrada a ella, perdida con su tripulación en la inmensidad de aquella plantación. Escuchó el siseo del viento sobre el maizal y permaneció alerta en busca de los horrorosos gemidos, mientras los demás guardaban silencio. No escuchó nada.

Sanpedro dejó a la pequeña Maika en tierra y enlazó de nuevo los dedos entre sus manos. Selene, de forma ágil, trepó sobre él para situarse sobre sus fuertes hombros. No veía nada, solo

el extenso verde de la plantación salpicado del amarillo de algunas mazorcas. Todo parecía en calma. Y buscó de nuevo el resplandor del lago.

—¡Joder! —exclamó.

En su huida, lo habían sobrepasado por un lado.

—Tenemos que regresar si queremos llegar a ese lago —ordenó, conforme saltaba de la atalaya humana que formaba Sanpedro—. Parece que los hemos perdido.

—Descansemos un poco —rogó Eva, jadeando en su intento de mantenerse de pie, sujetando de un lado a Heysel.

—Deberíamos descansar —aseguró Van der Haüssen, acomodando el cuerpo de la artillera en tierra. Y le revisó el torniquete del muslo.

Eva cayó hacia atrás, una vez libre de la carga, resoplando; y los demás la siguieron.

Selene les miró incrédula, estaban todos literalmente tumbados en el maizal y con los ojos cerrados. Y dio un paso al frente, con toda la intención de recriminarles su conducta. Pero un calambre recorrió su pierna y cayó, de bruces.

Van der Haüssen se arrastró por tierra y puso su cara frente a la de ella.

Selene levantó el rostro, sin tratar de levantarse.

—Estás muy guapa —le dijo Van der Haüssen.

Selene resopló alzándose el flequillo, atravesándole con sus ojos rojos, sin contestar.

—Debemos descansar —insistió él.

Ella bajó los párpados y volvió a posar la cabeza en tierra. Estaba rendida, su cuerpo era un charco de sudor, los calambres recorrían sus muslos y pies y su respiración era demasiado entrecortada. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que estaba al límite de sus fuerzas. Notó las suaves caricias de Van der Haüssen en el cabello, en su rostro y quedó dormida.

Capítulo 18

HOMBRES DE BLANCO II

Un grupo de doce personas vestidas con trajes blancos NBQ recorría en silencio el maizal. El sargento que abría la fila observaba el pequeño localizador que llevaba en la mano. Por delante de ellos, cuatro cámaras Spy F5 les enviaba información de cuanto analizaban a su paso.

Las cámaras se posaron sobre el Spitfire UK 3500 abatido.

—Está ahí —indicó el suboficial.

Como un acto reflejo, los demás prepararon sus armas y continuaron avanzando.

Desde el crucero Milvus, el alcaide observaba a través de los monitores de la sala de mando. A su lado el capitán de la nave, Nogueras.

—¿Y si está muerta? —preguntó.

—Sería lo mejor —aseguró el alcaide—. Les enviaríamos cuatro regalitos a la Mamba Negra para cubrir el expediente y nos marcharíamos de inmediato.

Entonces entró en la sala Markus, bastante recuperado de sus heridas, y se acercó a ellos, impertérrito y serio como nadie.

—¿Está bien, coronel? —preguntó el alcaide, sin apenas mirarle.

—Sí, estoy mucho mejor —contestó Markus, de forma escueta—. ¿Tenemos algo?

—Todavía no, coronel —replicó Nogueras, sin dejar de observar las pantallas virtuales.

—Padre, tenemos que hablar sobre lo que estamos haciendo aquí —dijo Markus.

—Luego, ahora tenemos trabajo. Y, coronel, llámeme alcaide.

—Alcaide, aquí hay algo —se escuchó por los transmisores.

Y se fijaron en las imágenes que enviaban las cámaras.

El alcaide frunció el rostro. Nogueras y Markus dieron un paso atrás, impresionados por lo que veían. Alrededor del caza de Selene, una docena de personas andrajosas, de cuerpos demacrados, que parecían sacadas de una morgue, daban vueltas hacia ningún lado.

—¿Qué es eso? —indicó Markus.

—Las cámaras no los detectan con los infrarrojos. ¿Por qué? —preguntó el alcaide.

—No emiten calor corporal, están como... muertos. Deben ser los infectados a los que se refería Selene en su comunicado —murmuró Nogueras.

—Alcaide, esto está lleno de personas. Parecen muy enfermos, se dirigen hacia nosotros y no parece que tengan intención alguna de dialogar —se escuchó de nuevo por los transmisores.

—Evite todo contacto con esa gente, ordéneles que se aparten.

Una de las cámaras dejó de emitir abruptamente y, en otras dos, se vieron a los hombres vestido de blanco caer al suelo, abatidos por un láser azul.

—¿Qué ocurre? —preguntó el alcaide, de inmediato.

—¡Se nos echan encima! ¡Y no estamos solos! —se escuchó por los transmisores.

Entonces, desde la Milvus vieron en las pantallas, estupefactos, cómo los infectados se lanzaban por todos lados sobre la patrulla NBQ, mordiendo sus trajes blancos, salpicándolos de espeso rojo. Pudieron escuchar los tétricos gemidos de los muertos, entre los terribles gritos de los vivos. Uniéndose al tremendo horror, unas ráfagas azules con destellos rojizos comenzaron a despedazar a los muertos y a los vivos. Las cámaras espía saltaron por los aires, destruidas. En la sala de mandos se quedaron sin transmisión, solo podían ver las confusas imágenes que

mandaban las pequeñas cámaras situadas en las hombreras del equipo NBQ, que apenas aportaban más que visiones granuladas del maizal o de tierra entre movimientos confusos.

De pronto, la señal de una voz. Uno de los hombres de la patrulla levantó la cabeza y la cámara del hombro enfocó de nuevo, enviando imágenes. Pudieron ver a varias personas, de aspecto horroroso, arrodilladas ante lo que parecía el vientre de ese mismo hombre, el cual respiraba agitadamente dentro del equipo NBQ sin poder moverse.

—Ayuda... Me están comiendo... Ayuda —tartamudeó aterrorizado, en agonía.

El alcaide alzó las cejas, atónito.

Uno de los seres antropófagos alzó lentamente la cabeza y miró a la cámara con aquellos ojos encharcados en sangre, su rostro estaba prácticamente despellejado y mascaba lo que parecía ser parte del hígado. Y le vieron volverse hacia atrás, como si algo hubiera llamado su atención. Entonces, de súbito, pudieron ver un pie metálico aplastar la cabeza de aquel horrible ser. La cámara del guardia NBQ que estaba siendo devorado enfocó rápidamente y pudieron ver el rostro metálico del androide, el cañón de su arma y el destello de un disparo antes de perder definitivamente la señal.

—¡Es un CSA! —exclamó Markus.

El alcaide no dijo nada. Pensativo, miró a un lado y a otro.

—Abigail, sal ahí afuera. Si se acerca algún CSA a nuestro crucero lo vuelas de inmediato, es hora de que nos demuestres tu valía —ordenó el alcaide.

—A la orden —dijo ella, complacida por la responsabilidad que dejaban en sus manos.

—¡Debemos salir de aquí! —exclamó Nogueras, nervioso ante lo que había visto.

El alcaide observó de soslayo a aquel oficial que temblaba su miedo ante él. Sabía que no podían abandonar el planeta y dejar allí con vida a la Loba Roja. Por otro lado, el tema de los infectados parecía bastante grave, mucho más de lo que había imaginado. Y ese androide, estaba claro que los rebeldes estaban activos; y dudó que su tripulación pudiera hacer frente a los Centuriones de Orión que militaran en la Mamba Negra, y mucho menos si disponían de los terribles CSA. Pero, ¿por qué les iban a atacar si no habían mostrado hostilidad hacia ellos?

—Tranquilícense, estamos a salvo: está claro que los rebeldes han enviado los CSA a por la Loba Roja —dijo con tono rotundo, tratando de frenar aquella especie de histeria que estaba desatando Nogueras.

De pronto, una explosión en el interior del crucero les hizo temblar, escucharon gritos y voces, y le siguió otra inmediata. En la sala de mando, todos quedaron mirándose entre ellos, perplejos y en silencio. Y sonó una nueva explosión, más potente, más cercana.

—¡En marcha! ¡Ya! ¡Salgamos de aquí! —exclamó Nogueras al piloto principal—. ¡Nunca debí aceptar esa maldita proposición! ¡Mierda! ¡Volvemos a Kravent!

—¡Rápido, vayan a ver qué ocurre! —ordenó el alcaide a su guardia y se lanzó sobre el control de cámaras de seguridad de los pasillos y salas del crucero.

Abigail quedó atónita, sin saber si debía ir en busca de su caza o permanecer allí.

La puerta de la sala de mando se abrió de golpe, saltando los anclajes metálicos. Dos CSA entraron y, sin más, dispararon de forma rápida y efectiva sobre todo aquel que empuñó un arma.

El alcaide quedó inmóvil, con los brazos arriba y las palmas de las manos bien abiertas.

Al momento apareció Rasel, al mando de una patrulla de Centuriones de Orión. Tras ellos entró Nirvana, altiva, desafiante, y se posó ante el cuadro de mandos, desplazando suavemente a sus ocupantes y estudiando todo. Giró la cara sobre el transmisor que llevaba adjunto en el hombro y miró fijamente, con desprecio, a los jefes y oficiales del crucero allí reunidos.

—Señor, la Milvus es nuestra —dijo solemnemente por el transmisor.

Apenas escuchar aquello, el alcaide y Nogueras salieron corriendo por una puerta que tenían junto a ellos, y corrieron por los pasillos del crucero.

—Seguidles —ordenó Rasel a los centuriones.

—Los muertos, fuera de la nave —apuntó Nirvana.

Seguidos por dos centuriones, Nogueras corría por los pasillos, seguido por el alcaide, y ambos saltaron por un corredor que les llevaba directamente a los hangares. Comprobaron que el crucero había sido tomado por los rebeldes. ¿Cómo?, se preguntaron. Pudieron ver en la antesala del hangar principal a la tripulación, todos de rodillas y con las manos en la nuca, custodiados por varios centuriones, no muchos, los suficientes.

—Alcaide —murmuró Nogueras.

Y este le miró, inquisidor.

—Es posible que no hallan llegado hasta el hangar del vehículo de reparaciones exteriores, es una pequeña sala que está siempre despejada. Allí nunca hay nadie a no ser que tengan que salir por alguna reparación —expuso Nogueras.

—¿Dónde queda?

—Por aquí.

—Ha sido más fácil de lo que esperaba hacernos con el crucero —dijo Rasel, apoyado en la cristalera de la nave, con el subfusil en las manos.

—No son soldados, sino chusma —expuso Nirvana—. Tras las explosiones, en cuanto entramos y vieron a mis CSA y a tus centuriones, abandonaron la guardia y se rindieron sin realizar un solo disparo. Basura cobarde.

—Sí, ha sido un gran error de esta gente tomar tierra y no controlar el perímetro; tienes razón, no son soldados ni son nada. Hasta los cadetes de primaria se hubieran podido hacer con este crucero —apuntó Rasel.

—Mi general, todo controlado —insistió Nirvana desde la sala de mando, buscando respuesta de la Mamba Negra, sin dejar de mirar de soslayo a Rasel, que se mostraba demasiado simpático.

Él sonrió y le hizo un guiño, satisfecho.

Ella le alzó el labio superior con desprecio y quedó con la vista fija en la emisora, no recibió contestación alguna por parte de la Mamba Negra. Extrañada, insistió por dos veces más. Se rascó la cara, pensativa y vio a Markus y sus galones de coronel.

—Tú, ¿qué miras, perro fascista? —gritó y se le acercó para, sin más, propinarle un fuerte puñetazo en el vientre. Seguidamente, le golpeó duro en la cara, haciéndole caer.

Acto seguido, cruzó su mirada con la de Rasel, desafiante, y se dirigió, lentamente, apretando el dolorido puño con el que había golpeado a Markus, hacia Abigail, la cual miraba sin decir palabra ni atreverse a mover un músculo.

—¿Puedes comunicarte con la Mamba Negra? —preguntó Rasel a la joven teniente, anticipándose a las intenciones de Nirvana.

—Sí... Sí... Claro que sí —expuso Abigail, aterrorizada ante la presencia de aquella mujer, una rebelde terrorista que acaba de hacer caer ante ella, a golpes, al coronel.

—Pues, ¿a qué esperas? —le espetó Nirvana y regresó hasta Markus, el cual trataba de incorporarse. Y le golpeó con la bota en la cara, haciéndole caer de nuevo.

Nadie de la tripulación hizo nada.

Los dos CSA permanecían allí, inmóviles, con la luz roja de sus ojos parpadeando y con los cañones inteligentes de sus cuerpos activados. Cualquiera que hiciera un acto catalogado por aquellas máquinas como hostil, moriría de inmediato. No había opción al diálogo. Por su parte, varios centuriones comenzaron a registrar la tripulación de la sala de mando, mientras otros sacaban al exterior del crucero los muertos, arrojándolos desde una escotilla.

Markus comenzó a levantarse de nuevo.

Nirvana se acercó y le pisó la mano derecha. Con el puño cerrado, volvió a golpearle en la cara, haciéndole caer de nuevo. Y abrió y cerró la mano, estirando los dedos.

—Ya está bien —intervino Rasel, sujetándola del brazo.

Entonces, la mirada matadora de Nirvana se clavó en él y, al momento, la dirigió hacia la cristalera exterior de la sala. Un destello veloz le anunciaba que una nave había abandonado el crucero. Indignada, se revolvió contra un sargento de la tripulación de la Milvus que estaba en el control de cobertura y miró la pantalla. Vio claramente, moviendo los cuadros virtuales, una pequeña nave alejarse.

—Es... Es la nave de reparaciones exteriores. Alguien ha salido con ella —murmuró el sargento, temblando entre sudores.

Nirvana sacó su arma del cinto, para ponérsela al sargento sobre la sien.

Un pitido sonó de inmediato y los dos CSA apuntaron con sus armas directamente al sargento, que se cagó literalmente encima.

—Ha... Ha sido el alcaide Kravent y el capitán Nogueras.

Nirvana levantó el arma, apartándola de la sien del suboficial.

Los CSA reaccionaron de inmediato, volviendo a su posición de vigilancia.

—Si sale una sola nave más de este crucero... —amenazó Nirvana.

—No. No se preocupe. No saldrá ninguna —tartamudeó el sargento, conforme activaba los mandos y bloqueaba todas las salidas.

—No me preocupo, mejor te preocupas —contestó ella y volvió su mirada hacia Markus, que trataba de levantarse de nuevo, de rodillas y con las manos apoyadas en el suelo.

—Nirvana —susurró Rasel, como pidiendo calma.

Pero ella se acercó Markus y volvió a golpearle con la bota, esta vez las costillas, haciéndole rodar ante la mirada de todos.

—Levántate —le indicó.

Markus no escuchaba, quedó inconsciente.

Rasel se acercó y le observó bien. La camisa de aquel coronel estaba empapada de sangre y en el suelo comenzaba a extenderse una mancha roja. Con el pie le dio la vuelta, bruscamente. Se agachó y le abrió la camisa, y pudo ver una herida sangrante.

—Llevaros este hombre a la enfermería —ordenó Rasel, dirigiéndose a la tripulación.

—¿A la enfermería? ¿Para qué? —preguntó Nirvana, con enfado.

—He dicho que le llevéis a la enfermería —ordenó Rasel, imponiendo su rango.

Nirvana emitió un pequeño suspiro de odio, disconforme y se volvió sobre Abigail.

—¿Has contactado ya con la Mamba Negra? —le preguntó.

—No... No contesta nadie —tartamudeó Abigail.

Nirvana alzó su brazo, cerrando el puño.

Rasel impidió el golpe, sujetándola por la muñeca.

—Ya está bien, cálmate. Pero, ¿qué demonios te pasa? ¡Cálmate! —le ordenó el centurión, dándole un empujón, y luego, se volvió hacia Abigail, que no paraba de temblar—. Tú, insiste hasta que consigas conexión.

—Sí, sí —afirmó ella, rápidamente, sin querer mirar a Nirvana, la cual permanecía allí mirando a todos, sin poder camuflar su ira contenida hacia todo aquel que vestía el uniforme de La Unión, pues a todos parecía querer matar.

Capítulo 19

EL DESPERTAR

Selene abrió los ojos de golpe. Un pequeño crujido en la hierba, justo a su lado, alertó sus instintos. Alzó el cuerpo, con su pistola en la mano, y quedó sentada, apuntando a la frente de Van der Haüssen.

—¿Qué haces? ¡Te podía haber matado! —exclamó.

—Lo sé —murmuró él, clavando sus ojos en los de ella y retiró el arma con la mano.

Selene miró al alrededor, todos dormían menos ellos, la oscuridad lo cubría todo.

—He estado comprobando el perímetro, cerca hay un río que seguro llega al lago.

—¿Y los muertos? —preguntó ella.

—Ni rastro.

Ambos quedaron en silencio, sin dejar de mirarse. Van der Haüssen le retiró un largo mechón de pelo de la cara, con ternura, y la acarició. Ella quedó impávida, sin rechazar la caricia, pero también sin mostrar sentimiento alguno.

—¿Por qué no has permitido que me llevara a Sheila? Sabes que hubiera estado bien a mi lado, no estaríamos aquí tirados —susurró Van der Haüssen.

—No se trataba solo de Sheila, sino de la Mamba Negra. Además, es mi hija.

—No es tu hija.

—Ahora sí y habla más despacio... Esa niña no duerme nunca.

La pequeña Sheila entreabrió un ojo y volvió a cerrarlo.

Van der Haüssen tomó con ambas manos la cara de Selene y acercó sus labios hasta los de ella. Y la besó, dulcemente, por una vez y otra.

—Necesitaba verte —le dijo.

Ella no respondió. Al momento, tragó saliva. Notó el enorme calor que se había formado en sus mejillas y que recorría todo su cuerpo. Y se acomodó a su lado, con la mirada al cielo, disimulando su excitación.

—¿Cómo acabaste en esa prisión, en Kravent? —preguntó Van der Haüssen.

—El alcaide quería el oro, todo el oro de Zafiro.

Ambos quedaron en silencio, como si no tuvieran nada más de qué hablar. Van der Haüssen la rodeó con sus fuertes brazos, apretándola contra él, sintiendo su calor, recorriendo su espalda con las manos. Ella arrugó los labios y dio un respingo de nariz. Sin más, se revolvió para besarle en los labios y ambos quedaron tumbados en el suelo, besándose apasionadamente, rozando sus cuerpos, acariciándose con deseo...

—Mamá, papá —interrumpió Sheila.

Selene y Van der Haüssen se incorporaron de inmediato, un tanto desconcertados.

—Ahí hay alguien —dijo la pequeña.

Van der Haüssen alzó la vista, conforme Selene acomodaba entre sus brazos a la pequeña. No vio nada. Se levantó e investigó un poco entre los altos tallos de las mazorcas, y escuchó un pequeño crujido. Quedó en tensión y se fijó en dos matas que se rozaban entre ellas al ritmo de la suave brisa. Y suspiró.

—No era nada —dijo regresando hasta ellas.

Selene se sacó de inmediato a la pequeña de sus brazos, tomó la pistola y disparó. El latigazo azul del rayo pasó ante los ojos atónitos de Van der Haüssen y el cuerpo inmóvil y sin cabeza de un muerto viviente cayó detrás de él. Y quedaron en silencio. Pronto se percataron de unos leves crujidos entre los tallos de la plantación, pasos que cada vez se oían mejor.

—Rápido, despierta a todos, tenemos que irnos —ordenó Selene.

Con leves sacudidas, Van der Haüssen despertó a los demás, mientras ella vigilaba; menos a Sanpedro, que parecía no querer salir de sus sueños. Sheila corrió a darle empujones, los cuales, en vez de despertarle, solo sirvieron para que se pusiera boca arriba y comenzara a roncar cada vez más fuerte, ante la inquietud de todos. Eva, aún somnolienta, se agachó de inmediato, para darle una tremenda bofetada que le hizo abrir los ojos de golpe.

—Nos vamos, tus amigos están llegando —le susurró ella.

Sanpedro asintió, comprendiendo, y se incorporó de inmediato.

—¿Heysel podrá andar? —preguntó Selene, en voz baja, acercándose a Eva.

—Le extraje la esquirla y vendé como pude la herida. Ya no sangra. No sé, no creo. Aunque será más fácil llevarla ahora entre dos.

—Pues vamos —le dio una palmada en el hombro.

—¿A dónde? —preguntó Robert, incorporándose con la pequeña Maika sobre su espalda.

—Iremos hasta un río que hay poco más allá, seguiremos su curso. A algún lugar nos llevará y no nos faltará agua —expuso Van der Haüssen, con Sheila sobre su espalda.

—Sanpedro, tú abrirás el paso. No seas bestia, aparta las plantas con cuidado, no hagas ruido. Eva y yo llevaremos a Heysel —ordenó Selene—. ¿Cómo te ves, Heysel?

—Bien, bien —contestó la artillera, llorando de dolor y a la pata coja, apoyada sobre Eva.

Entonces, Sanpedro se agachó, la tomó entre sus brazos y la alzó sobre su hombro.

—Yo la llevo. Mejor que una de vosotras abra paso y que la otra controle la retaguardia.

Selene quedó en silencio, no recordaba cuando alguien le había contrariado una orden. Solo Van der Haüssen. Miró a Sanpedro y le vio sonriente, estaba claro que así avanzarían más rápido y que lo hacía con gusto. Ese centurión negro era un hombre muy fuerte, Heysel estaría a salvo en sus brazos; de hecho, la artillera ya le rodeaba el ancho cuello con sus manos, apoyando la cabeza en su pecho, calmado su llanto.

De pronto, una mano descarnada agarró a Eva por el hombro, arrastrándola hacia atrás. La mano de Sanpedro lo evitó y un disparo de Selene saltó por los aires hueso y cerebro. Los tallos de la plantación comenzaron a moverse entre crujidos y tremendos gemidos.

—¡Mierda! ¡Ya están aquí! —exclamó Eva, apresurándose a defenderse conforme aquellos seres aparecían apenas a unos metros de ellos.

—¡Corramos antes de que nos rodeen! —espetó Selene, lanzándose contra la plantación.

Todos la siguieron, resoplando.

Y Selene corrió, sin dejar de mirar atrás, escuchando los grititos de desespero de las niñas sujetas a espaldas de Van der Haüssen y de Robert, y los quejidos de Heysel.

—¡Corre, corre! —chillaba Sheila, mirando por encima del hombro del capitán.

Amanecía en la plantación de mazorcas tal cual había anochecido: con los muertos vivientes siguiéndoles de cerca, gimiendo horrible tras ellos y buscando sus vidas.

Capítulo 20

EL SALTO

La nave de combate F5000 Raptor que trasladó a los centuriones para la toma del crucero Milvus, sobrevolaba ahora la colonia a unos veinte metros de altura. Bajo esta, cerca de cien mil muertos vivientes se dejaban notar entre aullidos y manotazos al aire. Nirvana observaba atenta por la escotilla, ahora comprendía el por qué nadie contestaba a sus reiteradas llamadas. Aquellas

horrorosas criaturas habían logrado entrar de nuevo en el estadio y la Mamba Negra permanecía rodeada por completo. ¿Cómo era posible? Alzó el rostro, pensativa, mientras el piloto trataba de establecer contacto.

—Nada, mi capitán, no contestan.

—Inténtalo de nuevo y baja un poco más.

—Capitán, en la cubierta superior de la Mamba Negra, allí parece que hay alguien.

Nirvana centró su vista donde indicaba el piloto y vio a dos personas. Eran dos centuriones, sin duda, agazapados en lo más alto del alerón de cola del destructor. Y fijó su mirada, conforme descendía el Raptor, en las escotillas y las enormes cristalerías de la Mamba Negra. Apretó los labios al comprobar que el interior de la nave estaba lleno de muertos vivientes. Dos CSA y un escuadrón de centuriones que se había llevado ella no podían haber debilitado tanto la guarnición del estadio como para que cayera ante esas criaturas, quiso pensar, dándole vueltas a todo.

—Recógeles y larguémonos de aquí —ordenó.

Apenas fueron rescatados los dos centuriones, a pie de escotilla de carga del Raptor, todavía enganchados a las cuerdas de acero que les habían subido, Nirvana, con cara larga, esperaba información inmediata.

—¡Mi capitán, lograron entrar! —exclamó uno de los centuriones, conforme se apoyó a la estructura de la nave.

Ella le miró de arriba a bajo, con el rostro fruncido, y desvió su mirada hacia el otro soldado que rescataban. Enseguida apreció una especie de herida con forma de semicírculo en su brazo, la manga del uniforme estaba completamente desgarrada y con manchas de sangre.

—Menos mal que llegó, mi capitán, nos tenían rodeados —dijo aquel centurión.

Nirvana desenganchó su arnés de sujeción y, sin más, le empujó al vacío. El centurión cayó a plomo sobre los miles de seres que, desde abajo, en tierra, alzaban los brazos y gemían.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al otro soldado, el cual permanecía mirando abajo, perplejo por la suerte que había corrido su compañero.

No contestó.

—Estaba infectado, le habían mordido. ¿Te han mordido a ti? —insistió Nirvana, como justificándose, pero sin perder su notoria frialdad.

—No, no me han mordido, mi capitán.

—¿Seguro? —insistió ella, revisando descaradamente sus brazos y cuello—. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo es posible que la Mamba Negra esté infectada?

—Hubo una explosión en las puertas del estadio. Yo diría que alguien, desde fuera, voló las puertas para que esas cosas pudieran entrar, estoy seguro. Los muertos llegaron de todas partes, no paraban de llegar. Y se lanzaron contra la Mamba Negra.

—¿Los CSA no actuaron? ¿No pudieron frenarles?

—Los seis se quedaron sin batería ni munición. ¡Eran muchos muertos! ¡Miles y miles y miles! Pasaron sobre ellos, al final quedaron inoperativos.

—¿Cómo entraron en la nave?

—No entraron... No sé cómo ocurrió, pero despertamos con una severa propagación por todos los sectores. Es posible que algunos hombres ocultaran sus heridas al saber que se estaban ejecutando a todos los que habían sido mordidos por esas cosas.

—¿Por qué no acabaste con tu compañero? Le habían mordido, te hubiera infectado y a nosotros.

—Esas marcas eran de un rodillo al que se asió para escalar hasta la cima del alerón, casi le destroza el brazo.

Nirvana estiró los labios, comprendiendo su error, pero no dijo nada.

—¿Y el general Kevin? ¿Sabes si ha sobrevivido alguien?

—Vi salir al Raptor que estaba en el taller de los hangares, a una nave de mantenimiento y dos transbordadores; no creo que lograra despegar ninguna nave más. Supongo que los muertos entraron por las rampas de lanzamiento que quedaron abiertas... Y fue el fin, horroroso, no había forma de contenerlos.

—¿Cuántos lograron salir?

—No lo sé, nosotros estábamos combatiendo mientras ellos huían.

—No habrán ido muy lejos; con la falta de energía de la Mamba Negra, esas naves no tendrán suficiente capacidad de recorrido —murmuró Nirvana.

Al sur de la colonia, el F5000 Raptor se estrellaba contra el asfalto, sin energía, convirtiéndose en una gran bola de fuego. Mientras, la nave de mantenimiento exterior de la Mamba Negra caía literalmente a plomo sobre las casas. A unos cientos de metros trataban de aterrizar los dos transbordadores, planeando, destrozando varias viviendas a su paso hasta quedar anclados: uno en la calle principal y otro en un edificio de tres plantas.

La nave de mantenimiento era rodeada de inmediato por un grupo de muertos vivientes, apenas habían sobrevivido tres personas, las demás estaban reventadas del tremendo impacto. Sus desgarradores gritos pronto se escucharon por toda la colonia, movilizandolos a los muertos y helando la sangre a los tripulantes de los dos transbordadores.

Desde lo alto del edificio, junto a unos treinta y tantos centuriones que habían sobrevivido al tremendo golpe del transbordador, Kevin pudo ver cómo huían los que habían logrado aterrizar en la calle, varias docenas de hombres corrían desperdigados, en todas direcciones, tratando de sortear aquellos seres, sin esperanza alguna. Les vieron correr, defenderse, sucumbir a tremendos mordiscos y desgarrones, morir matando. Fue consciente de que los muertos sabían que estaban allí arriba, pues apenas acabaron con la tripulación de las naves siniestradas, ignoraron la bola de fuego en que se había convertido el caza y volvieron su mirada velada de ojos sanguinolentos hacia el tercer piso.

Los centuriones se escondieron lentamente, para salir corriendo escaleras arriba.

Una enorme masa de muertos vivientes comenzó su lento caminar, emitiendo terribles sonidos guturales y sin dejar de masticar al aire, dejando atrás las naves y un rastro nauseabundo de sangre, vísceras y fluidos corporales. Kevin se asomó por una ventana de las escaleras y les vio acercarse. Estaban llegando de todas partes y eran tantos que parecía increíble, tenían que salir de allí como fuera. Y llegaron al tejado.

Varios centuriones miraron a los lados del edificio.

—¡Por aquí! —gritó uno.

Y corrieron, para saltar dos metros al aire hasta alcanzar un tejado contiguo.

La suboficial de transmisiones no alcanzó, su cuerpo se estrelló contra la pared, a escasos centímetros de la cornisa. Cayó al vacío, gritando y agitando sus extremidades, estrellándose en el suelo, entre los muertos vivientes, para ser devorada al instante por decenas de bocas negras. Los demás centuriones que quedaban por saltar, observaron atrás y se miraron entre sí, midieron bien su salto, evitando dejar llevarse por el terror y la ansiedad, dominando sus miedos, y comenzaron a saltar. Tres quedaron rezagados, conscientes de sus pocas posibilidades, dudaban: dos metros era mucho para ellos y temieron caer sobre aquellas horribles criaturas.

—Pero... ¡Qué hacéis! ¡Saltad! —les ordenó Kevin.

Uno de ellos, el más bajo, negó con la cabeza. Una mujer de pelo cortito con galones de sargento, corrió hacia la puerta de la escalera. El tercero miraba a los lados sin saber qué hacer.

Unos terribles gemidos llamó la atención de todos.

La sargento les vio subir por las escaleras, apenas a unos metros, notó el tremendo hedor que despedían y regresó corriendo y, sin parar, saltó los dos metros que separaban los edificios, como un gamo y con la cara descompuesta. Los muertos habían llegado, penetrando por las puertas y ventanales de la terraza, como un torrente de cuerpos descompuestos, aullantes y nauseabundos. Uno de los centuriones saltó, para caer al vacío sin llegar ni siquiera a rozar la

pared contigua. El tercero quedó inmóvil, sin querer mirar atrás para no ver lo que se le echaba encima, bloqueado, sin poder saltar.

Y docenas de manos demacradas le agarraron por detrás.

Desde la terraza contigua, Kevin le disparó en la cabeza. Pudo ver cómo aquel soldado era devorado y cruzó su mirada con la de los muertos vivientes. Esos ojos tan ocultos en el interior de las cuencas oculares, de esclerótica sangrienta y pupila velada, no transmitían ni un ápice de humanidad, tan solo angustia por saciar su hambre, por devorarles. No eran humanos, no podían ser humanos. ¿Qué eran esas criaturas, esas cosas?, se preguntó, dejando paso a cierta fascinación por ellas. Abrió fuego contra uno de ellos en el pecho; luego, a otro, en el abdomen, y a un tercero le voló un brazo, y pudo comprobar que no caían.

—Un ejército de muertos, imparable —murmuró.

Los muertos vivientes, como desesperados al sentirles frente a ellos, tan cerca, trataron de cruzar los dos metros que les separaban, pero no saltaban, así que caían al vacío, unos sobre otros, reventando algunos, levantándose otros para caminar de nuevo.

—Vamos, señor, o rodearán este edificio también —le dijo un centurión—. Podemos recorrer varios tejados y alejarnos de aquí con vida.

En ese momento, el F5000 Raptor de Nirvana pasó por encima de ellos. Aunque la altura era notable, ella les vio correr por las terrazas.

Kevin y los centuriones supervivientes lanzaron varios disparos al aire para hacerse ver.

—Capitán, ahí abajo hay supervivientes —aseguró el piloto.

—No hay supervivientes —replicó Nirvana, rotunda—. No podemos arriesgarnos a llevar la infección a nuestra nueva nave. Volvamos, tenemos que salir cuanto antes de este maldito planeta.

El piloto quedó perplejo, pero obedeció sin replicar. Sin duda era buena idea alejarse de allí y de aquel planeta de inmediato, cuanto antes.

—¡No nos han visto! —exclamó atónito uno de los centuriones.

—Putá —murmuró Kevin, entre dientes, sin dejar de observar cómo la nave se alejaba.

Entonces vio un destello azul recorrer el cielo e impactar en el F5000 Raptor, haciéndole voltear lanzando una potente llamarada. El caza cayó en picado y varias cápsulas de salvamento salieron disparadas hacia los lados. Kevin, sorprendido, volvió su mirada hacia el lugar desde donde habían disparado, la cima de lo que parecía la iglesia de un convento o algo similar.

—En la zona sur de la colonia hay un pequeño campo de aterrizaje, con estructuras y un hangar. No estamos lejos. Lo vi desde el aire, cuando llegamos. Debe tener alguna nave, es nuestra única opción de salir de aquí con vida —dijo la sargento, aún temblando.

Kevin volvió la vista hacia el lugar indicado. Lo que veía no le gustaba nada. Las calles estaban llenas de muertos con vida y, tarde o temprano, deberían bajar de los tejados. Y volvió la vista otra vez sobre el convento, preguntándose quién podía haber abatido el F5000 Raptor. ¿Quizás los mismos que habían volado las puertas del estadio?

—Dame —le ordenó a un centurión, señalando sus prismáticos.

Se los puso y observó atentamente.

—Los muertos están rodeando el edificio, debemos seguir —dijo la sargento.

Kevin aumentó la potencia de enfoque de los prismáticos y pudo ver en el campanario de la iglesia del convento, oculta, una batería antiaérea y varias personas. Buscó un lugar indicado para poder observar bien la fachada de aquel edificio de Dios y se tumbó. Pronto vio salir a numerosas personas armadas, parecía que reían y se saludaban como regocijándose por haber abatido la nave de combate, y les vio montar en vehículos de varias clases para levitar veloces. Estaba claro dónde se dirigían, a por los restos de la nave y las cápsulas de salvamento.

—No. Antes de ir a ese hangar, primero rezaremos un poco —aseguró—. ¡Buen salto en esa terraza, sargento Mata-Mata!

Capítulo 21

EL LAGO

Selene observaba atónita, sin dejar de caminar, los círculos que describían dos cápsulas de salvamento en el cielo. La explosión del F5000 Raptor en que viajaba Nirvana no había pasado desapercibida en aquella atmósfera limpia y azul. Y las vio caer, a los lejos, por delante de ellos.

—No te pares, siguen ahí, en todas partes —le susurró Van der Haüssen, con Sheila en sus brazos, mientras apartaba con una mano los altos tallos de las mazorcas.

—En esas cápsulas habrán alimentos y un botiquín de supervivencia —apuntó Selene.

Sanpedro, con Heysel al hombro, y Eva les adelantaron, abriéndose paso en el maizal.

—Llevamos corriendo desde que amaneció. Tenemos que haberles dejado atrás, por lo menos lo suficiente para descansar un poco —murmuró Robert, deteniéndose, jadeando. Y dejó a Maika en tierra. Entonces, cayó de rodillas y vomitó.

Selene le miró pensativa.

Van der Haüssen dejó en tierra a la pequeña Sheila y se acercó al joven oficial.

—Bebe —le dijo, ofreciéndole su cantimplora.

Robert la tomó y bebió con ansia.

Pero no había mucho que beber, en dos tragos acabó con el agua.

—Debemos encontrar agua —aseguró Selene.

—No debemos estar lejos de ese lago o del río —expuso Van der Haüssen.

—Si no nos lo hemos vuelto a pasar —murmuró ella, con cierta desidia.

—¡Capitán! —escucharon al frente.

—Es Eva, ha encontrado algo —dijo Van der Haüssen, alzó a Sheila sobre su hombro y comenzó a caminar de nuevo.

Selene tomó de la mano a Maika y siguió los pasos del capitán. Robert quedó allí sentado y, derrotado, se dejó caer hacia atrás para quedar tumbado entre los altos tallos del maizal.

Tras avanzar unos quince metros, Selene vio a Eva y a Sanpedro ante un pequeño cortado y un río bastante caudaloso y donde, aunque no era muy rápida, se notaba la corriente.

—El lago no debe estar lejos, descansaremos un poco aquí —dijo Van der Haüssen.

Sanpedro asintió, dejando a Heysel en tierra y ella remugó de dolor al apoyar el pie.

—¿Estás bien? —preguntó Sanpedro, alzándola de nuevo, de inmediato.

—Esta pierna me va a matar —aseguró Heysel.

—Deja, te la limpiaré con agua fresca, ya verás qué bien, seguro que mejoras —la animó él, entrando con ella en brazos en el río.

—¿Será potable? —se preguntó Van der Haüssen, observando el caudal.

—¡Bebamos y lo sabremos! —expuso Eva, entrando en la orilla.

—No bebas, tenemos que hervirla —ordenó Selene.

Eva la ignoró y se llenó las palmas de las manos y bebió hasta quedar empanzada y sentada en la orilla, con medio cuerpo dentro del agua.

—¡Sí, está estupenda! —exclamó.

—Ya veremos después —remugó Selene—. Vosotras dos, ni se os ocurra, esperad un poco —les avisó a las dos niñas, que se acercaban al hurtadillas al agua.

Los demás, sin poder ni querer contenerse por más tiempo, se acercaron y bebieron, saciándose, introduciéndose en el río hasta las rodillas. Al momento estaban bañándose entre trago y trago, relajándose en aquellas aguas transparentes y frescas.

Selene buscaba donde hervir algo de agua.

—El cazo de mi cantimplora valdrá —le dijo Van der Haüssen, sin dejar de observarla.

—No podíais esperaros un momento, a saber qué hay en el agua.

—Está fresca, muy rica, parece potable. ¡Déjalas beber! —sonrió el capitán.

Selene le miró como perdonándole la vida.

—¿Preparo una hoguera? —apuntó él.

Heysel parecía renacer tumbada en la orilla, bajo la constante atención de Sanpedro, el cual se empleaba bien en cuidarla. Le había lavado la herida y vendado de nuevo; ahora descansaba junto a ella.

—¿Estás mejor? —le preguntó Sanpedro.

—Sí, sí, gracias —respondió Heysel, un tanto confusa.

Aquella situación en que un enorme centurión negro, un enemigo, parecía ser la persona que más se preocupaba por ella, sencillamente la superaba. Y le parecía tan grande, noble y atractivo. No había podido evitar excitarse notando aquellas manos tan grandes y fuertes sujetar sus muslos, acariciar sus carnes, mientras limpiaba la herida.

—Tenemos que encontrar antibióticos o algo —dijo Sanpedro, volviéndola a la realidad.

Heysel le miró preocupada. La pierna no le dolía apenas, quizá por el calmante reparador que había significado aquella parada y el agua fría; o tal vez porque todo iba a peor, y sintió miedo. Miedo a ser amputada, a quedar allí sola, abandonada, a morir devorada.

—No, no me dejaréis aquí. ¿Verdad? —casi suplicó.

Sanpedro la miró asombrado.

—Nunca —contestó.

Heysel se abrazó temerosa a Sanpedro y comenzó a llorar. Sus ojos colmados de lágrimas se cruzaron con los de aquella enorme mole negra de perfecta dentadura blanca.

—No te preocupes, no te dejaré nunca —le prometió Sanpedro y la apretó contra él.

Eva les miró ciertamente sorprendida. Nunca había visto a su compañero ser amable de aquella forma y menos con una chica, y mucho menos abrazarla. Y sonrió. Hacía tanto que no reía, pero aquello le pareció gracioso, a pesar de sentir la muerte tan cerca de ellos. Se acercó de nuevo a la orilla y se agachó para llenar la cantimplora.

—¿Y Robert? —preguntó volviendo la cara.

—Quedó atrás, iré a buscarle —dijo Selene, comprobando la carga de su pistola.

No quedaba mucha munición.

Eva volvió la cara hacia el agua, pensando en Robert. ¡El hijo de Fleming! ¡Menudo braguetazo para quien le pillara, si no se lo comía antes un muerto de esos, claro!

Una mano huesuda, sin uñas, surgió desde debajo de la superficie, agarrándola del pelo, a la vez que una cara desfigurada desplazaba el agua, alcanzándole el mentón con aquella boca de dientes negros. Otra mano la sujetó del pecho tirando de ella, conforme notaba cómo un nuevo mordisco le arrancaba los labios. Apenas pudo dar varios manotazos y un grito antes de que desapareciera su cabeza y el torso bajo el agua, mientras pataleaba fuertemente.

Todos voltearon la mirada de inmediato.

Van der Haüssen corrió como un poseso, se lanzó para sujetarla de los pies y tiró de ella. Sanpedro le siguió. Al tirar, mientras el agua se tintaba rápidamente de rojo, sacaron el cuerpo agonizante de Eva. Mordiendo su cuello desgarrado y sujeto a la cabeza, salió también un muerto, un hombre mayor que no dejaba de morder y tragar conforme les arrastraban hacia la orilla.

Para su desespero, las niñas comenzaron a gritar corriendo hacia ellos.

—¡Sanpedro! —gritó Heysel.

Varios muertos vivientes salían entre los altos tallos de las mazorcas y otros, aparecían bordeando la orilla. Aquel monstruo que había acabado con Eva debía haber caído al río, con la fatalidad de que la corriente lo había arrastrado hasta ella.

Van der Haüssen no reaccionaba, sus ojos estaban clavados en Eva, la cual le miraba sin vida apenas; y en aquel monstruo que le había arrancado la yugular y parte de la garganta a mordiscos. Entonces apareció Selene, disparó a la cabeza de la guerrillera y, de inmediato, a la del hombre muerto que la devoraba.

Sanpedro corrió, tomó su fusil atomizador y no dejó de disparar, tratando de impedir que los andrajosos y nauseabundos seres alcanzaran a Heysel. Se echó el arma a la espalda y tomó en sus brazos a la artillera para salir corriendo, desplazando los altos tallos, gritando como un loco, abriéndose camino como una bestia enfurecida.

Selene y Van der Haüssen se miraron, consternados, sin huida clara y con las niñas abrazadas a sus caderas. Sin decir una palabra, Selene tomó a Sheila de una mano y tiró de ella corriendo a lo largo de la orilla, con el agua hasta las rodillas. Van der Haüssen se echó sobre el hombro a Maika y la siguió veloz. Aquellos seres trataban de perseguirles, pero el agua lo impedía en gran medida y la corriente se llevaba a varios, los cuales pasaban muy cerca de ellos, estirando los brazos agónicamente para tratar de alcanzarlos.

Selene pensó en volver a tierra, pero los muertos vivientes aparecían por todas partes al frente, era imposible acercarse a la orilla, al maizal sin cruzarse con ellos. Miró atrás, ahí estaba Van der Haüssen, con Maika al hombro, llevándola como si fuera un saquillo de patatas. Ni rastro de Sanpedro ni de Heysel, y menos de Robert.

De pronto, la pierna le falló en la carrera. Dejó de notar tierra firme bajo el pie y su cuerpo se hundió por completo en el agua; la corriente se volvía más rápida. Apretó fuerte su mano para no perder a Sheila y trató de alcanzar de nuevo la superficie. Notó un severo estirón y una fuerza arrolladora que la hacía dar vueltas sobre sí misma, conforme se hundía de nuevo en las profundidades del río. Tragó agua y, con desespero, notó su mano libre.

Sheila ya no estaba con ella.

Nadó como pudo a favor de la corriente, tratando de salir del remolino que la había absorbido, ascendiendo, apretando los labios y evitando el impulso reflejo de respirar agotado el oxígeno de sus pulmones. Un estallido de agua en la superficie del río la devolvió a la vida, respiró rápidamente, con desesperación, tratando de resistir el empuje de la corriente, cada vez más fuerte, mientras gritaba el nombre de Sheila.

—¡Selenel! —escuchó de viva voz de Van der Haüssen.

Pero un fuerte golpe en un costado, propiciado por una roca del río, la hizo voltearse y volver a sumergirse. Trató de reponerse, cuando un nuevo choque de su cuerpo contra las rocas la devolvieron a la desesperación de no poder controlar nada y, de pronto, notó su cuerpo volar por el aire, cayendo al vacío por una cascada de unos diez metros de altura, estrellándose contra la superficie del lago que la recibía.

Allí quedó flotando, por un momento, hasta que comenzó a hundirse...

Capítulo 22

HÉROE

Nirvana salió precipitadamente de una de las cápsulas de salvamento del F5000 Raptor abatido, mareada y chocando con lo que encontraba. Se dio contra el tronco de un enorme árbol y cayó con una brecha en la frente. Miró delante, tratando de situarse mientras se limpiaba la sangre con el revés de la mano. Estaba sentada cerca de un lago y más allá podía ver un extenso campo de mazorcas; al otro lado, lo que parecía una extraña pero enorme arbolada de gruesos troncos. Escuchó un grito agónico y volvió rápidamente la cabeza.

Sonó un ruido metálico y un zumbido y pudo ver varios destellos azulados.

Se arrastró sibilina entre los arbustos y observó tan atenta como atónita. Un nutrido grupo de personas vestidas con ropas paramilitares, colonos sin duda, estaban violando, sodomizando, a uno de los centuriones supervivientes de su tripulación. La cápsula de salvamento estaba más allá, justo al lado del cuerpo muerto de otro centurión, el cual estaba desnudo sobre la tela del paracaídas de la cápsula. Estiró el mentón hacia delante, le habían asesinado y lo que veía no lo entendía. Parecía que estaban, no, sí, estaban desmembrándole. Alzó el entrecejo hasta el infinito. Vio cómo, con un largo machete, le cortaron la cabeza al cadáver, de un tajo, y la lanzaron lejos. Acto seguido, le vaciaron los órganos internos y le cortaron el pene y los testículos, lanzándolos allí mismo, al lado. Por la forma en que se desenvolvían, no era la primera vez que lo hacían, eso era seguro, pensó Nirvana sin poder dejar de mirar.

El frío metal del cañón de un arma se apoyó en su mejilla, desde atrás.

—Hola, palomita —le susurraron al lado de la oreja, mientras la desarmaban.

—Reik, hemos localizado la otra cápsula y al bomboncito que la ocupaba —escuchó de nuevo, bien alto y claro, mientras con la punta del arma era empujada hacia arriba.

Ella se levantó, volteándose lentamente, y vio a dos hombres desaliñados y nerviosos, armados con viejos subfusiles de balas, uno muy delgado y el otro gordo, muy gordo y sudoroso, el cual portaba un cinto de varios cuchillos cruzándole el pecho. Y arrugó los labios con cierto enfado, pues se había dejado sorprender de aquellas maneras, aún aturdida por la explosión de la nave y la caída.

—¿Quiénes sois? ¿Colonos? —preguntó.

—Te vamos a follar y a comer, bomboncito —le sonrió el gordo, como desquiciado.

—Reik, tienes que ver esto. Tenemos a una capitana rebelde, con unas tetitas y una boca que te maravillaran —dijo el otro, por un pequeño aparato de frecuencia policial que llevaba en el oído y que alargaba un delgado micrófono cerca de la boca.

Ella pensó en matarles ya y fijó la vista en aquel cinto de cuchillos.

Entonces, sonaron unos potentes zumbidos y los dos hombres cayeron atravesados por sendos rayos atomizadores. Y quedó quieta, sin saber cierto lo ocurrido. Quien hubiera acabado con aquellos dos colonos, estaba cerca.

—Señorita, ¿está bien? —preguntó Robert, de forma nerviosa, vigilante, apareciendo tras un arbusto con su pistola atomizadora en la mano.

Nirvana quedó perpleja. Frente a ella se encontraba aquel desconocido: un joven atractivo y alto, con mechas azules, armado y vestido de militar de La Unión; un enemigo con rango de capitán, el cual la observaba, mientras le ofrecía la mano.

Ella no respondió, solo le estudió expectante.

—Parece que a los colonos que quedan con vida les gusta la carne humana, como a los muertos —murmuró Robert—. ¿Estás bien? ¿Te han herido?

Ella, desconfiada de todo y odiosa como era, no dijo nada, tan solo se fijó en su arma, allí tirada en el suelo, junto al cadáver de uno de los colonos abatidos.

—Veo por tus insignias que eres capitán de los Centuriones de Orión. ¿Será un problema? Bueno, espero que no... Ahora tenemos un enemigo en común: todo este maldito planeta. Mi nombre es Robert, ¿y el tuyo?

Ella siguió en silencio, sibilina. Se agachó despacio y tomó su arma, sin que aquel joven hiciera nada por impedirlo, y acarició la culata de la pistola tras enfundarla, pensando si debía volarle la cabeza allí mismo. Robert asintió al ver que no contestaba, no quiso forzar la situación

y la ignoró inocentemente, dándole la espalda, conforme se asomaba para estudiar los colonos que estaban forzando a aquel centurión, apenas a un centenar de metros.

—Son siete los que están ahí abajo, forzando a tu compañero. Tenemos que ser rápidos si quieres que le salvemos. Si acabamos con ellos tendremos agua, algo de alimento, munición y un vehículo. Yo me encargo de los que están sobre él. ¿Te ocupas de los tres de la derecha? —preguntó Robert.

Nirvana se acercó, tratando de superar el odio hacia aquel uniforme, hacia aquel hombre que no conocía, y vio de nuevo la dantesca escena: mientras unos violaban al centurión, otros estaban fileteando el cuerpo del otro, tal cual si fuera una res.

Y asintió desenfundando su pistola.

En unos segundos, la puntería y efectiva visión de tiro de Nirvana y Robert hicieron estragos en el grupo de sanguinarios colonos, los cuales apenas pudieron reaccionar. Los mataron a todos, incluso a los que quedaron heridos. Sin contemplación alguna, ni piedad. De ello se encargó aquel centurión violentado y humillado, gritando su ira, desnudo, a golpes, con el puño primero; después, con la culata de una de sus propias armas, a dos manos, hasta dispararles por seis o más veces bajo la atenta mirada de Nirvana.

—Carguemos los alimentos y el kit de supervivencia y larguémonos —aseguró Robert, vigilante ante todas direcciones, escarbando en la cápsula de salvamento.

—¿A dónde? —preguntó ella.

Robert no respondió, pues quedaron en silencio, escuchando unos tétricos gemidos.

—Los muertos no tardarán en llegar. Debemos irnos. ¿Vienes o prefieres quedarte aquí para que te devoren? —insistió.

Nirvana le miró con ganas de matarle allí mismo y, lentamente, volvió la vista hacia la dirección desde donde procedían los gemidos. El centurión soltó el arma ensangrentada, sin munición, recogió su uniforme y se vistió rápidamente. Robert, mientras, esperaba una respuesta. Aquella mujer le agradaba, pero no sus insignias: aquella calavera crestada. Incluso sentía cierto temor a su lado, pues le parecía tan aguerrida como la Loba Roja. No se necesitaba mucho talento para descubrir el recelo que a ella le despertaba su presencia. Pero pensó que si era como Eva o Sanpedro, podrían formar equipo, debían formar equipo para sobrevivir.

—No temas, ahora no soy tu enemigo. Te he ayudado, te salvé, ¿no? —aseguró, tratando de ganarse su confianza, y le ofreció un pañuelo blanco impoluto que sacó del bolsillo—. Tenemos que irnos, ya.

—Como digas, héroe —dijo Nirvana y tomó el pañuelo, para atárselo alrededor de la cabeza, sobre la frente, cubriendo la brecha.

Aquellas palabras bastaron para tranquilizar a Robert. Y sonrió con cierto orgullo, le había gustado como la había llamado aquella mujer. Nirvana estuvo tentada de nuevo en matar a aquel estúpido oficial de La Unión, pero no lo hizo, a pesar de la necesidad que sentía de dispararle. Era muy posible que le necesitara para salir de allí con vida. Al fin y al cabo, la había salvado de aquellos colonos y sus intenciones. Aunque de todas formas, ella sola hubiera acabado fácilmente con ellos, quiso pensar. Acto seguido, de un salto, subió al vehículo, una moto eléctrica de anchas ruedas, de esas familiares, en la cual se había acomodado Robert, y se agarró a él abrazando su cintura; y el centurión, armado con un fusil atomizador, montó tras ella.

—¿Estás bien? —preguntó Nirvana, volviendo la cabeza hacia el centurión.

Y este asintió serio, muerto de dolor y rabia, colmado de vergüenza y venganza.

—Este trasto no funciona —remugó Robert.

Nirvana le miró, como perdonándole la vida.

—Necesita un código de identificación —aseguró Robert, descendiendo de la moto.

—Iremos andando. Será mejor que nos ocultemos cuanto antes en el maizal; tenemos algo de alimento, el kit de supervivencia y, cruzándolo, encontraremos agua.

Robert la miró quedando en blanco.

—Desde el aire vimos un río que llega hasta en un extenso lago —aseguró Nirvana.

—Pero eso está infectado de muertos vivientes

—Calla y camina, héroe —le ordenó Nirvana.

Tras descender de los tejados y avanzar con mucho sigilo para evitar a los muertos vivientes y no ser descubiertos, Kevin llegó con sus hombres, al amparo de las sombras, hasta los muros de la iglesia desde la que habían surgido los rayos que abatieron el Raptor de Nirvana. Los centuriones se desplegaron estratégicamente para rodearlo. En un instante, abatieron con disparos precisos a los distraídos centinelas de las torretas. Al momento, escalaron los muros y saltaron al interior, y entraron veloces, disparando contra todo lo que se movía.

El jardín que los acogió quedó destrozado y sus paredes blancas cubiertas de sangre. La resistencia de los sorprendidos colonos era vencida fácilmente, los viejos subfusiles y las personas que los empleaban no podían compararse con la eficacia de los centuriones y la potencia de fuego de sus armas. Pero nadie se rendía, parecían fanáticos. Ni los hombres que salían disparando, tratando de matar, ni las mujeres ni los niños que se les tiraban encima armados con machetes y hachas. Con un último disparo y un muerto más, el silencio volvió a la escena, dejando oír un lejano rumor grotescos sonidos guturales.

—Asegurad la entrada... ¡Rápido y sin ruido! —ordenó Kevin.

Los centuriones corrieron para apuntalar el enorme portón antes de que los muertos vivientes se percataran de que allí ocurría algo. Y quedaron de nuevo en el más absoluto silencio, pendientes de aquellos gemidos lejanos. La escaramuza había sido corta, aunque quizás podrían haberles oído, o tal vez no. Kevin no correría ningún riesgo, aquella iglesia con sus altos muros y gruesas paredes de piedra parecía ofrecer cierta protección. Era un buen lugar donde ocultarse, de momento. Aunque sabía que si aquellas cosas con vida les descubrían, nada les pararía cuando fueran decenas de miles rodeándoles.

—Silencio —insistió.

Un gran número de muertos vivientes asomaba por las calles colindantes, atraídos por los disparos, buscando. Pronto se pudieron escuchar los pasos, el horrible sonido que provocaban sus gemidos lastimeros y cientos de pies arrastrando sus calzados por el asfalto. El grupo de centuriones permaneció en el más absoluto de los silencios, solo se escuchaba el leve sonido de las dagas atravesar los cráneos de las personas que habían muerto en el asalto.

Durante seis horas permanecieron quietos, dentro de la iglesia, mirando el altar, aquellos frescos, las vidrieras tintadas de colores, sentados sin menear apenas un músculo, bajo la siniestra melodía de los muertos, hasta que los gemidos dejaron de escucharse al otro lado del muro.

—Señor, esas cosas se alejan —dijo un centurión de guardia, acercándose a Kevin.

Y este se santiguó, mirando de soslayo un enorme cristo que presidía el altar.

Capítulo 23

LA CASA DE DIOS

Selene despertó con un grito, palpitando su corazón, sudando su estrés. Aturdida y jadeante, miró a ambos lados del camastro en el que se encontraba. Estaba en una pequeña habitación a la luz de una vela. ¡Cuánto hacía que no veía una vela de cera! Entonces se percató que estaba desnuda, apenas vestida con un camisón rosa que le estaba algo pequeño y que tenía unos ositos blancos bordados. Y, alarmada, miró a todos lados.

—¡Sheila! —gritó, con la esperanza ciega de que se hallara allí y le respondiera.

Luego, saltando de la cama, se preguntó dónde estaba, qué había sido de Van der Haüssen, de las niñas, de Sanpedro, Heysel y Robert.

Una muchacha de aspecto asiático entró en la pequeña habitación y, rápidamente, se acercó a ella, ofreciéndole una infusión de hierbas, con una sonrisa alegre y ojos cansados.

—Tranquila, aquí estás a salvo —le dijo—. Bebe, te calmará los nervios.

Selene la miró con cierta desconfianza.

—Perdona, debes estar desorientada y asustada —apuntó la muchacha—. No temas, mi nombre es Amaia Osaka. Estamos en una estación biológica, en el laboratorio de mi padre, en el bosque. Llevamos escondidos meses. Los muertos no nos buscarán aquí. Estás a salvo.

—¿Cuánto tiempo llevo... inconsciente? —preguntó Selene.

—Dos días.

—¿Y mis compañeros?

—¿Compañeros? No, estabas sola cuando te encontramos en el lago. ¿No estás sola?

Selene la observó en silencio y, sedienta, bebió aquel caldo de opiáceas, hasta terminarlo.

—¿Escondidos? —preguntó finalmente.

—Sí, mi padre está arriba, con algunos amigos que lograron salir de la colonia antes que se extendiera la infección. ¿Cómo te llamas? ¿Quién eres?

—Soy Selene.

—Mi padre dice que eres capitán de La Unión, por el uniforme que llevabas.

—Sí. Necesito mi ropa, debo regresar a ese lago, a la cascada.

—¡No! Ahora la zona está llena de muertos vivientes.

—Debo regresar. ¿Estamos lejos?

—No. ¡Sí! ¡Además hay terroristas en la zona! Una gran nave aterrizó en la colonia, hay androides y rebeldes por todas partes, lo mejor es permanecer ocultos por un tiempo.

Selene se levantó, sin escuchar, y buscó su ropa por la habitación.

Amaia rio con gracia, ocultando su boca.

—¿Qué ocurre? —preguntó Selene.

—Mi camión te queda pequeño, pero estás muy guapa.

—Trae mi uniforme —le ordenó Selene.

Un hombre mayor entró y se quedó mirando.

—Soy el Dr. Osaka. No irá a ninguna parte, de momento —aseguró de forma rotunda.

Ella le miró como esperando una justificación, más información.

Y se cubrió con la sábana, al sentirse desnuda ante aquel hombre de mirada triste.

—Tráele su ropa —ordenó el doctor a su hija.

Selene andaba por aquel oscuro pasillo, bajo la tenue luz de unos candiles, acompañada por el Dr. Osaka y su hija Amaia; le habían traído varios trajes de neopreno grueso para que se los probara, de los que usaban en investigación subacuática en las profundidades de los lagos, y

también dos uniformes, dispuestos con protecciones metálicas y de gruesa goma. Y así vestía, uniformada con las protecciones sobre el neopreno negro y con altas botas.

—No tenemos muchos, los usamos para salir. Créeme, vienen muy bien —aseguró Amaia, refiriéndose a los trajes de neopreno.

—¿Vamos a salir? —preguntó Selene.

—Hay demasiado revuelo ahí afuera, así no podemos trabajar. Debemos esperar que los muertos regresen a la colonia o que se dispersen. Sígame —le instó el doctor.

Anduvieron por una galería subterránea, húmeda, hasta que llegaron ante unos grandes portones de metal. Dio dos golpes seguidos y tres espaciados, una clave. Y la puerta se abrió. Entraron a una sala de actos enorme, acondicionada para acoger a cientos de personas. Selene las pudo ver allí apiñadas a la luz de las teas, de los candiles y las velas: hombres, mujeres, adultos, ancianos y niños. Todos sentados en una especie de camastros organizados por hileras de cuatro, con una larga y estrecha mesa central que atravesaba el lugar, con botellas de agua, alimentos y diversos utensilios en las manos; cada uno con sus quehaceres y distracciones, que dejaron para quedar pendientes de ella.

Selene quedó impactada.

—Si nos localizan, todo estará perdido —apuntó Amaia, con su gran sonrisa que la hacía parecer ausente de la tragedia que ella misma citaba.

—¿Cuántos sois? —preguntó Selene.

—Ayer éramos novecientos uno, hoy puede que seamos alguno menos —respondió el Dr. Osaka—. La desnutrición comienza a afectar a los niños y a los más mayores, a los más débiles, a los enfermos. La disentería es un problema y la falta de energía y de electricidad dificulta mucho la atención médica. Pese a todo, aquí estamos a salvo del horror que espera fuera de este lugar.

—Ahí fuera hay dos niñas que me necesitan. Debo encontrarlas y traerlas aquí.

—Nosotros las encontraremos, confíe en ello. Usted tiene otra misión.

Selene le miró atenta.

—Debe ir a la colonia. En los hangares, allí está la única baliza funcional que hay en el planeta, con ella en órbita podremos reinstaurar las comunicaciones. Y quizás encuentre alguna nave, seguro que la cápsula del cuerpo de intendencia del lugar se encuentra intacta —expuso el Dr. Osaka, como un ruego.

—¿Por qué yo?

—Eres militar... Aquí solo hay agricultores y obreros. No saben luchar ni sobrevivir a esas criaturas, ni enfrentarse a nada. Nunca han tenido un arma en las manos.

Selene miró aquellas caras inocentes y sucias que la observaban desde todas partes.

—Varios lo han intentado, los más valientes, lamentablemente ninguno llegó tan siquiera a la colonia —sonrió Amaia—. Aquí solo quedamos los más cobardes.

—Amaia, no digas eso —le replicó su padre—. Mira a ver si ya está la cena.

—¿Por qué no? Es la verdad —aseguró ella, mientras se alejaba.

—¿Quiere que traiga esa nave hasta aquí? ¿Que les saque del planeta? Debe de ser una nave grande. Pero, las cápsulas de intendencia son pequeñas —expuso Selene.

—No, no es eso. Quiero que pongas en órbita la baliza y destruyas la nave —dijo el doctor. Selene quedó en silencio, intentando comprender.

—Pero antes, debes impedir, como sea, que ese crucero de La Unión que ha aterrizado en el valle, despegue —insistió el doctor.

Selene siguió escuchando, no entendía nada.

—Debo encontrar a mi gente —aseguró ella, volviéndose.

—No, debe ayudarnos. ¡Todos estamos infectados! En el planeta subsisten algunos grupos de colonos y no son tan hospitalarios como nosotros. Se alimentan de lo que pillan, como los muertos. ¡Cazan a las personas y las devoran! Y están esperando hacerse con un piloto que les pueda sacar de Planeta Z con esa nave. A ellos les da igual si se extiende la infección, solo les importa salir de este maldito planeta. ¡Huir de los muertos vivientes! Estúpidos ignorantes, como si eso fuera posible estando infectados.

—¿Qué ocurriría si salen del planeta? —preguntó Selene, curiosa.

—Si ellos o alguien de nosotros sale de este planeta, infectará a otros mundos sin remedio alguno. Pangea, Quelonia, la madre Tierra... Será el fin de la humanidad.

La cara de Selene quedó sin expresión alguna, digiriendo aquellas palabras.

—Papá, la cena está servida —dijo Amaia, acercándose a ellos con cara de felicidad—. ¿Quieres un poco más? A mí me encanta —le dijo a Selene, ofreciéndole otra taza.

—No deberías beber tanta amapola, es adictiva. Así estás todo el día, riéndote de todo en tus mundos de fantasía —murmuró el doctor.

—¿Debería estar llorando en este mundo tuyo, como el resto de la gente? —replicó ella.

—Acompáñeme, tendrá hambre —dijo amablemente el Dr. Osaka a Selene, ignorando a su hija—. Debe alimentarse bien antes de partir. Nosotros encontraremos a esas niñas, usted evite que alguien pueda salir del planeta.

—Son dos niñas, una joven y tres hombres; estábamos en el río... —expuso Selene.

—Amaia se encargará de ello, no se preocupe —interrumpió el doctor.

Selene asintió y quedó por un momento pensativa.

—Vaya, así que todos estamos infectados —murmuró finalmente.

—Sí —aseguró Amaia, esbozando una sonrisa encantadora.

—Dame —le dijo Selene, tomando la taza de amapola.

—¡General! —gritó un centurión, desde el fondo de un almacén de la iglesia.

La tenue luz amarilla de varias bombillas apenas alumbraban unos metros a su alrededor.

Kevin avanzó sin contestar, acompañado por varios centuriones.

—Al fondo, cerca del grupo electrógeno, hay una cámara refrigeradora. Está llena de carne... humana, señor —escuchó.

Entró y quedó estudiando todo. La carne estaba perfectamente fileteada y guardada en estantes apropiados; varios torsos humanos de hombres y mujeres colgaban de enormes ganchos, desollados y desventrados, sin cabeza ni manos ni pies. Anduvo entre los cuerpos y quedó fijo ante una pared donde colgaban docenas de niños sin cabeza, atados de las patas entre ellos. Cerró los ojos con un lamento y salió frotándose la frente.

—Mi general, hemos encontrado a varios sujetos ocultos en una trampilla, estaban armados y no parecen querer colaborar mucho —se le acercó la sargento Mata-Mata.

—Volvamos a la sacristía de esta jodida iglesia —ordenó Kevin—. Llévalos hasta allí, quiero saber qué es esto y qué está ocurriendo aquí. ¿Y los muertos, esas cosas?

—Las calles están despejadas, apenas quedan algunos merodeando la zona.

—No quiero ruidos ni luces, ni nada que pueda llamar su atención —ordenó Kevin.

—Esta gente tenía una vieja radio transmisora. Apenas tiene alcance, pero les servía para comunicarse entre ellos. Es posible que existan más grupos de colonos por ahí dispersos.

—Hablemos con ellos, a ver lo que nos cuentan —dijo Kevin saliendo asqueado de aquella sala por una estrecha escalera que le llevaba al patio de la iglesia.

—Mi general —esperaban dos centuriones, en la parte superior.

—Sí.

—Tiene que ver esto.

Kevin siguió a los dos centuriones, recorriendo el jardín hasta una zona húmeda y bajó cuatro escalones para seguir por un pasillo que daba a lo que parecía un claustro con numerosas celdas estrechas, húmedas y pestilentes. Sin mostrar emoción alguna, pudo ver que en cada celda habían de doce a quince personas desnudas y hacinadas, sucias y con la cara descompuesta del miedo; y en otras dos, al menos veinte niños acurrucados entre ellos.

—Saque a esa gente de ahí, búsquelos ropa y que se aseen —ordenó pasando la mano por la cara—. Sargento, tráigame a esos hijos de puta que se escondían en la trampilla, no tarde.

En la sacristía, Kevin observaba por el trasluz de las coloridas vidrieras de la casa de Dios. Sus ojos seguían los movimientos de sus centuriones en el jardín del convento, los cuales atendían en silencio a las desgraciadas personas que acababan de sacar de las celdas. Y miró los objetos de culto que adornaban cada pared, cada mueble. Hacía tiempo que no veía la cruz cristiana, tan solo en algunas colonias conservadoras del cinturón de Quelonia y en pocas más.

—Mi general —llamó su atención la sargento.

Cuatro colonos vestidos de paramilitares entraron en la sacristía, anudados con las muñecas atrás. Los centuriones les empujaron hasta situarlos frente a Kevin, el cual les observó detenidamente, uno por uno. El primero temblaba todo él, era un joven barbilampiño de unos veinte años. El segundo permanecía serio, con la frente en alto y la vista cansada, era un hombre de unos cuarenta años. El tercero era un crío, que permanecía con la mirada fija ante el general, desafiante e inmutable. El cuarto, un hombre de unos treinta años, mantenía a duras penas las lágrimas en los ojos.

Kevin tomó el crucifijo de madera que había sobre la mesa de la sacristía y, sin más, golpeó con dureza en la cabeza del crío, una y otra vez, hasta quebrar la madera al incrustarle un aspa de la cruz en el cráneo. No recordaba la última vez que había matado a alguien con sus manos, desde las Guerras de La Unión, pero sintió la necesidad de hacerlo. Apartó el cadáver con el pie, mirándole con cierta desidia. Se limpió la sangre y los restos de cerebro que habían impregnado su mano. Recorrió con la mirada de nuevo a cada uno de los tres hombres, los dos más jóvenes se habían meado encima. Sacó su pistola y disparó sobre el mayor de los tres, estampado la pared de hueso, cerebro y sangre.

—No, no teníamos opción —sollozó el más joven, cayendo de rodillas entre lloros—. Nos hubieran matado a todos.

Kevin dirigió su mirada, no más, hacia el que permanecía en pie.

—No tengo excusa —murmuró el colono.

—¿Cuántos campamentos como este tenéis? —le preguntó Kevin.

—Al menos uno, pero no sé cierto.

—¿Estáis en contacto?

—Sí.

—¿Y colonos? ¿Hay algunos grupos más fuera de la colonia?

—Seguro que hay más. Se ocultan...

—¿Alguien controla todo esto?

—Sí. Reik. Es nuestro líder, todos hacen lo que él dice.

—Si no obedeces, te conviertes en comida —sollozó el joven que permanecía de rodillas.

Kevin le disparó en la cabeza, acabando con sus miedos y lloros.

—¿Dónde está el otro campamento? ¿Cuántos son? —preguntó al que quedaba con vida.

—En la universidad. Allí son más, quizás unos cien.

—Dime algo que evite que te mate.

—Cuando estalló este infierno, la gente huyó hacia todas partes. Muchos murieron, pero supongo que otros sobrevivieron. Reik los caza... Nosotros los cazamos... No es fácil, es inhumano, pero en este planeta no hay nada más que comer aparte de mazorcas viejas y patatas podridas. Es terrible, pero es la cruda realidad.

—Mi general —entró un centurión, con una extraña e incrédula sonrisa—. Tiene que ver lo que hemos encontrado en los baños.

Kevin salió de la sacristía y recorrió en silencio el jardín del edificio de la Iglesia. Llegó a la sala de la zona de baños, era ancha y espaciosa, con varias piscinas aclimatadas, numerosos baños de vapor y aseos. Y quedó de pie, con el rostro torcido. En una de las piscinas, vacía de agua, permanecían una treintena de jóvenes llorando su miedo, todas ellas hermosas, limpias, desnudas y con una argolla en el cuello, encadenadas entre ellas.

—¿Cuántas hay? —preguntó, suponiendo lo que hallaría en las demás piscinas.

—Ciento treinta... Ninguna pasa de los veinte años.

—Liberadlas y atenderlas —ordenó y dio media vuelta, sin querer ver más.

Recorrió el jardín de nuevo, observando las personas ya liberadas, que se aseaban con cubos de agua entre muestras de alegría. Algunos ya se habían vestido y permanecían al sol. Al pasar ante ellos, quedaron en silencio, pendientes del general rebelde que les había salvado. Muchos lloraban de emoción y una de ellas, un hombre mayor, se le echó a los pies agradeciéndole la vida.

Nada más entrar en la iglesia, Kevin se dirigió a la sacristía, sacó su arma y, sin más, disparó por detrás a la cabeza del último de los colonos paramilitares que habían capturado con vida.

—Sacad los cuerpos de estos hijos de puta antes de que todo apeste —ordenó—. Sargento, la emisora, mire a ver si puede contactar con el crucero de La Unión. Nirvana lo tomó, si ella cayó con el Raptor, nuestros centuriones tienen que estar allí.

Capítulo 24

UN BUEN PLAN

En el crucero Milvus, dos CSA permanecían inmóviles ante la puerta principal. Todo permanecía en silencio. Un caminante apareció sin que nada llamara su atención, desplazándose lentamente; era un hombre mayor, vestido de riguroso luto. El negro de sus vestimentas contrastaba con su cara pálida, le faltaba una oreja y un largo jirón de carne hasta la base del cuello, que dejaba al descubierto los huesos de las cervicales. El cañón inteligente de uno de los androides le apuntó de inmediato y un destello luminoso le estalló la cabeza, haciéndole caer inerte entre otros cuerpos dispersos allí.

Abigail observaba desde la sala de mando.

—Son muertos, no te angusties —le dijo Rasel, que permanecía a su lado.

Ella le miró con temor. Había oído hablar tanto de los rebeldes, esos terroristas, y ahora la nave estaba ocupada por ellos.

—¿Qué pensáis hacer con nosotros? —preguntó.

—Nirvana lo decidirá —contestó Rasel.

—¿Esa mujer?

—Esa mujer es capitán de los Centuriones de Orión.

—Su nave fue abatida.

—Pronto regresará, las cápsulas de salvamento saltaron antes de caer.

—Esos seres les habrán devorado, deberíamos salir de este planeta.

Rasel la observó, como perdonándole la vida. Y ella agachó la cabeza, atemorizada por aquella mirada penetrante, y pensó en su amado Robert, ¿qué sería de él? ¿Estaría vivo?

El cañón de un fusil atomizador se posó en la mejilla de Robert, el cual abrió los ojos de inmediato. Aquel pequeño descanso había terminado. Nirvana le apuntaba, tras ella se encontraba el centurión que habían salvado, observando. Se fijó en sus emblemas militares, sin decir palabra, como constatando de nuevo que vestía con el uniforme de los Centuriones de Orión, era una rebelde, un enemigo, y pensó si había sido un error confiar en ella.

—En pie —ordenó Nirvana.

—¿Vas a matarme? —murmuró él.

Nirvana apartó el cañón y se separó por unos metros.

—¿Estabas por aquí, solo? —preguntó ella y le lanzó una cantimplora vacía.

—No... Sí... No lo sé —tartamudeó él.

—Llénala, hemos llegado, por ahí al lado pasa el río.

Robert se levantó, sintiéndose un prisionero, y fijó la vista en el centurión, el cual le indicó que caminara. Anduvo unos metros entre el maizal y llegó hasta la corriente, su cuerpo se heló. El cuerpo parcialmente devorado de Eva estaba allí, meciéndose en la orilla. La reconoció por sus vestimentas de guerrillera. En la zona, numerosos cuerpos yacían con impactos en la cabeza o, directamente, sin cabeza. El hedor era insoportable. Cayó de rodillas y comenzó a vomitar.

—Aquí tuvo lugar un encuentro —asintió Nirvana—. ¿Sobrevivió alguien?

—No... No lo sé. Yo caí rendido, quedé atrás.

—¿Pertenece a la tripulación de un Spitfire?

—Sí. La Milvus nos abatió. ¡Los nuestros! ¿Qué está pasando? —preguntó sin entender nada, fijándose en la rebelde y en su cara de pocos amigos—. ¿Me vais a matar?

—No te preocupes, héroe, de momento estamos en el mismo bando —aseguró Nirvana, tentada de matarle—. ¿Quiénes formabais la tripulación?

—La capitán Selene, la artillera Heysel y yo. Recogimos a dos niñas y unos rebeldes, esa mujer de ahí era una de los vuestros.

—¿Van der Haüssen era uno de ellos? —preguntó Nirvana.

Robert asintió y quedó tranquilo al verla enfundar el arma.

—Huyeron de esos monstruos río abajo —dijo el centurión, observando los cadáveres que permanecían tumbados a lo largo de la orilla.

—Se defendieron desde el agua, esas cosas seguro que no nadan —apuntó Nirvana, posándose a su lado—. Tenemos que alcanzar la Milvus y parece que está más allá del lago. Hasta que no lleguemos, no estaremos a salvo.

—Antes deberíamos encontrar a mis compañeros —aseguró Robert.

—Tranquilo, nos encontraremos. No les queda otra que dirigirse a ese crucero si quieren salir de este jodido planeta —apuntó ella—. Tú, llena de una vez la cantimplora, pero por delante de los muertos, río arriba. No la llenes con agua contaminada.

Robert obedeció de inmediato, mientras la observaba alejarse río abajo. Y no pudo evitar pensar en Abigail, su amada: ¿Estaría bien? ¿Habría regresado a Kravent o estaría en la Milvus?

De pronto, sonó potente el disparo de un subfusil y el centurión cayó, sangrando el cuello.

—¡Las armas al suelo! —se escuchó con voz ronca.

Varios colonos con pintas paramilitares y greñas sucias asomaron por encima de ellos.

Nirvana corrió de inmediato, sin hacer caso, y saltó al río. Robert consciente de lo que podría pasarle de quedar preso de aquellos sanguinarios colonos, apenas tardó unas décimas de segundo en reaccionar y lanzarse también al agua, para zambullirse y bucear rápido a favor de la

corriente. Varias ráfagas de plomo les siguieron, mientras cinco colonos se acercaron corriendo al lugar, con los subfusiles en alto, sin dejar de disparar también.

—¡Rápido, filetead a este antes que su carne se pudra! —ordenó uno de ellos, posándose al lado del centurión abatido, y fijó la vista en el río.

Nirvana sacó la cabeza, aguas abajo, respirando con ansia. Apenas logró estabilizarse, comenzó a nadar hacia la otra orilla. Entonces, notó el fuerte impacto de un cuerpo contra ella. Era Robert, el cual, sin poder dominar la situación, se le había echado encima. Quedaron los dos abrazados y dando vueltas conforme eran arrastrados por la corriente; escuchaban ráfagas de subfusil, las cuales salpicaban cerca a la par que ellos salían y aparecían en la superficie. Un recodo les alejó de sus perseguidores, pero entonces comenzaron a notar el duro impacto de las rocas en sus cuerpos. Robert gritó de dolor, tragando agua, y al momento, ambos volaron al vacío por la cascada. Un fuerte golpe de agua los recibió y se hundieron lentamente en el lago.

Los disparos cesaron.

Los paramilitares que les habían perseguido, observaron desde la altura y con desgana los cuerpos hundirse y comenzaron a descender por las rocas del acantilado que formaba la cascada.

—A la mujer tenemos que pillarla con vida —dijo uno de ellos.

—Sí, ya lo creo —aseguró el otro y se lanzó de cabeza al agua.

De los pelos sacaron a Nirvana del agua. Ella apenas podía moverse, tan solo para jadear y expulsar agua tragada, entre vómitos y arcadas. A Robert lo sacaron tirando de un pie, arrastrando, y lo dejaron allí tumbado, inconsciente, sin molestarse más por su vida.

Y, sin perder más tiempo, a tirones, golpes y bofetadas, arrancaron salvajemente el uniforme de Nirvana, hasta dejarla por completo desnuda.

—Mirad qué pezones más tiesos tiene la guarra —aseguró uno de ellos, mientras se desabrochaba la bragueta.

—Eso es que le gusta —aseguro otro.

Ella les miró con odio, recuperando la conciencia, fijándose en el miembro erecto y en cómo se frotaba el glande aquel colono mientras sonreía cínicamente. Y trató de incorporarse, pero las fuertes manos de los demás la impidieron moverse; uno la sujetaba de los brazos hacia atrás y el otro le abría las piernas. Negó con la cabeza mientras veía como el tercero se acercaba a ella, cómo se acomodaba entre sus muslos, y notó el calor de aquel miembro ahondar brutal en su intimidad. Una terrible angustia se apoderó de ella a punto de hacerla llorar, pero ni una

lágrima apareció en sus ojos; y sintió cómo la asquerosa baba de aquel hombre le caía en su cara y cómo mordía sus pechos conforme la penetraba una y otra vez, sin parar de jadear en alto.

Enfurecida, estiró el cuello adelante y le mordió la barbilla.

—¡Putá! —gritó aquel hombre, sin dejar de poseerla.

Y como respuesta, recibió dos fuertes golpes y tres más, con el puño.

Seguidamente, un estallido de sangre manchó sus pechos y la cara.

El hombre que la penetraba cayó sobre ella, inerte.

Uno de los colonos que la sujetaban la soltó de los brazos y fue a levantarse, pero un rayo azulado lo envió seis metros atrás, atravesándole el pecho. Al otro le estalló el vientre y quedó en tierra sujetando sus entrañas entre agónicos gritos.

Nirvana se quitó inmediatamente de encima el cuerpo del hombre que la había penetrado y, llena de rabia, tomó con las dos manos una roca del río y comenzó a machacarle la cabeza, desfigurándosela entre horrorosos crujidos, hasta que la convirtió en una agónica papilla de hueso y cerebro con ojos. Y gritó, lanzando con furia la roca contra el cuerpo muerto.

Paró de pronto y volvió su vista atrás, preguntándose quién había disparado.

No vio a nadie.

Miró a Robert, el cual seguía allí inconsciente. Se levantó altiva, pensando que quien fuera, sin duda la tenía a ella en su mira. Y disponía de muy buena puntería: tres disparos lejanos y tres dianas mortales.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, acercándose a uno de los subfusiles de los colonos.

Lo tomó y cargó.

—Deberías vestirme, tenemos que irnos, los muertos se acercan —escuchó a la par que veía una sombra deslizarse entre las rocas de la cascada.

Y se sintió tranquila, tal vez por ser una voz de mujer, pero no bajó el arma.

Pronto pudo verla bien. Se trataba de una mujer vestida de negro, con una gran mochila, protecciones, un fusil atomizador y varias pistolas cruzadas en su cuerpo, y una larga melena roja al viento. Tragó saliva y acarició el gatillo imaginando de quien se trataba. Las pupilas rojas que vio al tenerla cerca le indicó que no se equivocaba: la Loba Roja estaba ante ella, la enemiga consagrada de la causa rebelde, la guerrera de la que tanto hablaban todos y por la que ofrecían una gran recompensa. Aquella a la que tanto odiaba. Pero no disparó. Esa mujer acababa de salvarla de ser humillada, de ser violada una vez tras otra y de ser asesinada finalmente.

—¿Hay más? —preguntó Selene, señalando los cuerpos de los paramilitares.

—Dos más o tres, no sé, creo que marcharon. Seguro que hay muchos más —aseguró con voz seria, sin pestañear.

Un tono que no escapó a la perspicacia de Selene. Aquella mujer permanecía desnuda ante ella, con la sangre del hombre que la estaba forzando bañando sus pechos y cara, con el arma en alto, bien sujeta, y sin inmutarse ni mostrar sentimiento o complejo alguno.

Siguió acercándose hasta Robert y le golpeó levemente en el costado con el pie.

—¿Habéis visto a alguien? —preguntó volviendo la vista atrás y volvió a golpear a Robert.

—No —contestó Nirvana, de forma escueta, mientras desnudaba al paramilitar que más podía acercarse a su talla.

Selene se agachó y abofeteó a Robert.

—¡Eh! ¿Qué? —se revolvió él sobre sí mismo, recuperando la conciencia.

—Arriba —ordenó ella.

—¡Selene! ¡Estás viva! —exclamó Robert, levantándose de inmediato.

Quedó en silencio al ver a Nirvana recuperar unas braguitas de entre las piedras. Y se fijó en la magulladuras de la cara, en su labio partido... Había perdido su pañuelo blanco.

—¿Qué miras, héroe? —le espetó ella, conforme se las ponía.

Robert volvió la vista, para encontrarse ante la fría mirada de Selene.

—¿Dónde están los demás? —le preguntó ella.

—No lo sé. Eva ha muerto, es terrible... Los demás, no lo sé. ¿No están contigo?

Selene dio un respingo de nariz, arrugando los labios. Se levantó y remató los cuerpos de los paramilitares, disparando en la cabeza. Y quedó con el fusil atomizador cruzado sobre su hombro, esperando que aquella mujer, una guerrera sin duda, terminara de vestirse.

—Vamos, tenemos una misión —les ordenó sin más y se dio media vuelta para comenzar a caminar por la orilla, buscando las sombras.

Robert la siguió de inmediato.

Nirvana, tras un momento de incertidumbre al ver que la Loba Roja le daba una orden, sin tan siquiera parecer que le importara quién era o no era, estiró los labios dubitativa y, finalmente, la siguió también. ¿Qué otra alternativa tenía? ¿Quedarse allí sola?

No, ese no era buen plan.

Capítulo 25

SANPEDRO Y HEYSEL

La oscuridad de la noche lo cubrió todo con su manto silencioso. Bajo una enorme roca, al abrigo de la suave brisa que mecía el campo de mazorcas, junto al lago y apenas visible, una

pequeña llama avivaba los rostros de Sanpedro y Heysel, la cual comía en silencio una especie de papilla de maíz machacada y hervida.

—Estás hecho todo un superviviente —murmuró ella, sin apartarle la vista—. Nunca había visto a nadie hacer fuego con las manos.

—No es difícil, solo se necesita técnica, un palo y una cuerda —sonrió él, mostrando su enorme dentadura blanca.

—Deberíamos apagar el fuego —apuntó ella, sorbiendo la sopa.

—Hace frío. Aquí no nos pueden ver, ya lo comprobé desde fuera. Además, necesitaba hervir el agua para curar esa herida... ¿Te duele?

Ella negó, mintiendo.

—Lo siento, tenía que sacarte la pus, eliminar la carne infectada...

—Lo sé. Por lo menos ahora la siento otra vez, aunque no sé si eso será bueno. La sopa está buenísima, también estás hecho un gran cocinero.

Sanpedro rió.

—Solo es agua y maíz hervido, con un poco de carne de lata. Siempre está bien llevar algo de comida en el macuto.

—¿Crees que los demás han sobrevivido?

—Sí, seguro —respondió serio.

—Tú amiga Eva, no.

Sanpedro no dijo nada al momento.

—Llevábamos juntos más de diez años, como miembros de la tripulación del Águila Negra —expuso finalmente—. Mi amigo el sargento Wuterich fue el primero en morir en este jodido planeta, después ella y no sé que habrá pasado con el capitán Van der Haüssen. Supongo que es una suerte que no nos mataran antes, con todo lo que hemos pasado juntos desde las Guerras de La Unión, tantas batallas... Tanta mierda.

—Lo siento.

—¿Y tú, llevabas mucho tiempo en ese Spitfire?

—No, bueno, era mi primera misión en una nave de combate.

—Vaya, pues parecía que habías sido artillera toda tu vida.

—Sanpedro, tengo que darte las gracias por salvarme. ¿Por qué lo has hecho? Podrías haber muerto, te sería mucho más fácil sobrevivir si me dejaras aquí.

—No digas eso, los Centuriones de Orión no dejan atrás a nadie.

Ella quedó en silencio.

—Pareces un buen hombre, ¿por qué luchas contra La Unión, contra nosotros?

Sanpedro alzó los hombros y se vio sin respuesta, y miró al cielo.

—Realmente no lo sé, la paga es buena. Es lo único que sé hacer. Quizá lucho para poder volver un día a la madre Tierra, para que todo sea como antes de la guerra.

—Nada será como antes, pero podríamos vivir otra realidad en paz —murmuró ella.

Sanpedro no dijo nada, solo quedó preso de aquella mirada, de aquella voz.

—Seguro que sabes hacer muchas cosas más, no solo disparar —se acurrucó Heysel en sus brazos, dejándose querer, notando el calor del cuerpo del enorme centurión.

El tiempo pasó, ambos en silencio, muy juntos, hasta que ella estiró el cuello y besó despacio en aquellos enormes labios y Sanpedro la abrazó con fuerza.

—Ah —suspiró ella.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Sí, es esta pierna, me está matando —sonrió Heysel, mientras desabrochaba los botones de la camisa de Sanpedro, sin apartarle la mirada de los ojos, y acarició su musculado pecho negro con una mano.

Y él la apretó suavemente, acercándosela más.

—¿Saldremos de esta? —preguntó ella, sin parar en sus caricias.

—Sí, claro que sí —contestó él.

—Tengo miedo.

—Yo cuidaré de ti.

—No quiero morir.

—Cuando salgamos de este planeta, te llevaré conmigo a la madre Tierra. ¿Te gustaría?

—Me encantaría —aseguró Heysel, consciente de lo imposible que era aquella oferta, y deslizó la mano por el vientre de Sanpedro, sin dejar de besarle, de rozar su cuerpo junto al suyo. Finalmente, le abrió la hebilla del cinturón y bajó la cremallera de los pantalones.

—Heysel —murmuró Sanpedro, buscando sus pechos.

—Es, es muy grande —aseguró ella conforme le acariciaba el miembro y apretó, notando su dureza y grosor.

Sanpedro se creía morir, todo él iba a estallar.

Pero, de pronto, Heysel paró en sus caricias y miró hacia atrás.

—¿Has oído? —preguntó, atemorizada.

—No es nada —murmuró Sanpedro, apretándola con delicadeza contra él.

—Sí, escucha —dijo ella, separándose bruscamente—. Es como unos grititos.

Sanpedro se levantó, roto el hechizo, vigilante hacia todos lados y escuchó atentamente, mientras se ajustaba los pantalones. Pero no pudo oír nada.

—Quédate aquí, echaré un vistazo.

El enorme centurión sacó la pistola de su funda y salió del resguardo que le ofrecían las rocas. La oscuridad lo cubría todo, la suave brisa mecía el campo de mazorcas del frente, a su derecha solo veía las tranquilas aguas del lago.

Heysel se acercó cojeando y se apoyó en él.

—Es por allí —le indicó ella.

—Sí, ya oigo —aseguró Sanpedro y se percató que algo se movía avanzando hacia ellos, como de lado a lado, jadeando aquellos grititos agudos.

—¡Allí! —exclamó ella.

—Ocúltate tras la roca, apaga el fuego —ordenó él.

Heysel corrió cojeando, aguantando el dolor, y apagó el fuego echando tierra encima. Los grititos se oían cada vez más cerca. Fuera quien fuera, vivo o muerto, se acercaba. Sanpedro comprobó la carga de su pistola y se ocultó tras la roca, echó una mirada tranquilizadora a su compañera y se asomó con el brazo armado por delante. Entonces vio caer de bruces a Sheila, apenas a unos metros de la roca, sollozando hipitos descontrolados de terror. Miró tras los pasos de la pequeña y no vio nada. Salió precipitadamente y la recogió con una mano, tapándole la boca con la otra; y la ocultó lo antes posible tras las rocas.

Sheila le miró con los ojos abiertos como platos.

—Chist —le indicó Sanpedro, dejándola en manos de Heysel.

Y se asomó de nuevo. No vio nada y volvió junto a la pequeña.

—¿Dónde está el capitán? ¿Y tu amiga Maika? ¿Selene?

La niña no podía parar, consumida entre hipitos y lloros.

Heysel la acurrucó entre sus brazos, tranquilizándola.

—En el lago, en el lago —señaló Sheila.

—¿Dónde? ¿Dónde? —preguntó Sanpedro.

—Allí, allí... ¡Vamos, vamos! —indicó la pequeña, levantándose y salió corriendo.

—¡Mierda! —exclamó Sanpedro y la siguió.

—¡Esperad, no me dejéis sola! —exclamó Heysel.

—¡Quédate, escóndete! —le contestó Sanpedro.

Sanpedro corrió tras Sheila, resoplando, cerca del lago, saltando entre las rocas que salpicaban la orilla. La pequeña parecía haber renacido y aceleraba cada vez más la carrera. Y llegaron a un recodo, donde se veía una roca enorme sobre otra más baja.

Sheila se alzó sobre un peñasco y señaló con su manita hacia abajo.

—¡Corre! —le espetó la niña, con cara impositiva y apremiante.

Sanpedro se asomó, alumbró con su linterna y vio las piernas de Van der Haüssen, el cuerpo le colgaba hacia un pequeño desnivel que daba al río. Corrió a ayudarlo, en tres saltos. Y fue a tirar de él cuando vio que de la mano tenía agarrada a la pequeña Maika, de ella solo asomaba parte de la cabeza hasta la nariz por encima de la superficie del agua y la mano con la que se sujetaba al capitán, el cual trataba de no caer y, a la vez, mantener a la joven con vida, tirando de ella para que pudiera respirar.

—¡Capitán! ¡Ya estoy aquí! —saltó Sanpedro y fue a tirar de él.

—¡No tires! ¡La niña, está atrapada! ¡Tienes que liberarla primero!

Sanpedro quedó quieto y alumbró al agua de nuevo. Solo podía ver los ojos de terror de la pequeña y como respiraba cada vez que asomaba la nariz por encima de la superficie. No entendía lo que ocurría, parecía que algo que no veía tiraba de ella bajo el agua de forma intermitente.

—Pero que demonios... —murmuró sin saber lo que hacer.

—¡Sujétala, mantenla a flote, pero no tires! ¡No podemos perderla! —exclamó Van der Haüssen, insistiendo con la mirada.

Sanpedro se puso al lado del capitán, se estiró sobre la piedra de la orilla y asomó la mano, enganchando de la muñeca a la niña, para mantenerla a flote sin tirar, evitando que se hundiera por completo. Sufriendo cada vez que se sumergía un poco, tirando levemente para volver a traerla a la superficie. Y vio a Van der Haüssen tomar la linterna, sacar de su bota el puñal que portaba y lanzarse al agua.

—De prisa, ya vienen —aseguró Sheila, bajando hasta Sanpedro.

Y este volvió la cara, para ver en la distancia tres tétricas sombras acercarse lentamente.

Van der Haüssen se sumergió y alumbró el cuerpo de Maika, y bajó hasta llegar al tobillo. Una mano huesuda la mantenía presa por la bota. Profundizó y vio la cara desfigurada del niño que la sujetaba. El blanco de los ojos los tenía encharcados en sangre y parecía que en cualquier momento le saldrían de las cuenca oculares. Aquella cosa mordía el agua lentamente, estirando el cuello, tratando de alcanzar la pierna que sujetaba a la pequeña. El capitán inclinó la linterna y pudo ver que el torso del muchacho apenas se sujetaba a la cadera por la columna y algunos jirones de piel y entrañas.

En la superficie, Sheila miraba al agua y hacia atrás de forma rápida, nerviosa, agachada entre las rocas. Aquellas tres figuras tétricas deambulaban cada vez más cerca. A pesar del silencio

y sigilo, les habían descubierto y caminaban hacia ellos, dispuestos a comerles. Lo supo en cuanto les escuchó gemir y les vio estirar los brazos hacia delante.

—¡Ya vienen, ya vienen! —le espetó a Sanpedro, estirándole del chaleco.

Sanpedro se puso nervioso y observó la tenue luz de la linterna que se adivinaba bajo el agua, la cara de terror de Maika y los ojos saltones y apremiantes de Sheila. No entendía por qué no podía tirar de la pequeña y sacarla del agua de una vez, y pensó que con su fuerza le sería fácil salvar a la muchacha y salir de allí todos a escape.

—¡No! ¡La morderá! —le dijo Sheila al verle las intenciones.

Sanpedro volvió de nuevo su rostro para observar los tres cuerpos pálidos y decrepitos que se acercaban cada vez más, ahora podía distinguirlos bien: eran tres mujeres jóvenes, parecía que vestían de enfermeras, aunque sus batas blancas estaban colmadas de sangre seca y sus enmarañados pelos no disponían de cofia alguna. Dos andaban descalzas y una llevaba un solo zapato blanco de tacón, por lo que sus andares formaban una siniestra pata coja. Sacó la pistola y, mientras con una mano mantenía a la pequeña a flote, con la otra apuntó.

Bajo la superficie del agua, Van der Haüssen descendió la linterna y vio los restos de un kayak que apresaba las piernas del cadáver del muchacho, estaba incrustado entre dos piedras. Alumbró aquella horrible cara muerta y, de un golpe contundente, le hundió el puñal en la cabeza. Y nadó hacia la superficie como una exhalación.

—¡Yal! ¡Sácala! —gritó.

Sanpedro tiró fuerte y sacó el cuerpo de la pequeña del agua, comprobando que, sujeto a la bota, había arrastrado el cuerpo de un niño, un muchacho sin caderas ni piernas, con una gran herida en la cabeza. Y comprendió. Tenían que acabar primero con el muerto, para evitar que mordiera a Maika al poder flexionar el codo y alcanzarla con la boca, cosa que hubiera sucedido de haberla subido antes de acabar con él.

—¡Dispara! —le gritó Sheila, sacándole de sus pensamientos.

Sanpedro se revolvió para abrir fuego sobre las tétricas enfermeras que se les echaban encima, conforme las pequeñas se abrazaban a su enorme cuerpo negro. Los cadáveres de dos de ellas cayeron sobre la roca, destrozados sus cráneos por los destellos azulados. El tercero, la que cojeaba con el zapato de tacón, fue abatido por el capitán que, apenas salió del agua, hundió el puñal en la cabeza de aquella muerta.

Por un momento, silencio.

Miraron a todas partes y un cercano crujido les anunció que otros muertos vivientes se habían percatado de su presencia. Quizás los gemidos de las enfermeras o los destellos del arma, pero sabían que estaban ahí y se les escuchaba acercarse en la oscuridad.

—Al agua —murmuró Van der Haüssen—. Alejémonos hacia la otra orilla.

—No puede ser, Heysel está sola, debo regresar a por ella —contestó Sanpedro.

Van der Haüssen le miró atónito, pues no sabía por qué, pensó que estaba muerta.

—¿Está muy lejos? —susurró, metiendo a las niñas en el agua.

—Está fría —remugó Sheila.

—¿Prefieres quedarte?

La pequeña negó con la cabeza.

—Yo iré a por ella, esperadme en la otra orilla —murmuró Sanpedro.

—No, no nos separaremos otra vez; bordearemos juntos el lago, en silencio no creo que esos monstruos nos vean —aseguró Van der Haüssen.

—¿Qué ha sido de Selene? —preguntó Sanpedro.

—No lo sé —contestó Van der Haüssen, con cara de pocos amigos, y se asomó entre las rocas. Sus ojos se abrieron al extremo.

Aquellas horrorosas criaturas aparecían por docenas, acercándose a la orilla, buscándoles sin duda, y estaban tan solo a unos metros.

—Vamos —le ordenó a Sanpedro y ambos se introdujeron en el río.

Ayudaron a las niñas, posándoselas a la espalda, y nadaron sin alzar un ruido.

Los muertos vivientes pasaron por encima del torso del cadáver del niño y de los cadáveres de las tres enfermeras. Pararon en la orilla, emitiendo horrorosos sonidos guturales, con desespero, buscando sin encontrar. Algunos cayeron al agua, conforme se iban amontonando al borde de las rocas, y quedaron flotando como troncos a la deriva; los demás comenzaron a dispersarse en silencio, lentamente, bordeando el lago.

—El agua está muy fría —tiritó Sheila, protestando.

—No debemos estar lejos, salgamos por allí, se ve una playa —expuso Sanpedro.

—Sigue nadando hasta que lleguemos donde quedó Heysel —ordenó Van der Haüssen.

—Pero las niñas se están helando, puede darles una hipotermia.

—No está tan fría el agua, evitemos tierra cuanto podamos. Hay demasiado movimiento.

—Es allí —señalo Sheila—. Me acuerdo, la piedra tenía forma de oso.

—¿De oso?

—Sí.

—Sí, creo que es allí —comentó Sanpedro.

—Está lleno de muertos —aseguró Sheila.

A Sanpedro le dio un vuelco el corazón, soltó a Maika y comenzó a nadar rápido hacia la orilla. Van der Haüssen nadó empujando a las dos niñas, hasta que el agua les cubrió solo por

debajo de la cintura y vio salir a Sanpedro, como loco, para dirigirse hacia aquellas piedras, disparando contra los muertos vivientes que aparecían en su camino.

Van der Haüssen lo detuvo saltándole a los pies y ambos cayeron.

—Si estaba ahí, no puede haber sobrevivido —le dijo.

—¡No! —exclamó Sanpedro, observando las docenas de muertos vivientes que estaban concentrados alrededor de las rocas donde minutos antes había estado abrazado a Heysel.

Entonces vieron salir a uno de ellos con un vendaje rojizo en la boca, masticando, y a otros que se apresuraban a entrar.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó Sanpedro, se alzó y avanzó, frustrado, lleno de rabia.

Van der Haüssen le paró.

—¿Quieres que te maten? —le susurró.

—Heysel está allí —aseguró Sheila, tirando con ganas de los pantalones de Sanpedro.

—Sí, en esa peña —confirmó Maika.

Y los dos centuriones volvieron la mirada hacia una enorme roca rodeada de muertos. Sobre la cima se adivinaba un cuerpo pegado a ella, inmóvil. Heysel movió una mano, como asegurándose de que la vieran.

—Tenemos que sacarla de ahí —expuso Sanpedro, decidido.

—Son demasiados y cada vez hay más —le replicó Van der Haüssen, buscando una forma de rescatarla, y revisó la munición de su arma.

—Yo me encargo de alejarlos. Tú la bajarás y la llevarás a la otra orilla. Tienes que salvarla, me lo prometes, ¿sí? —le pidió Sanpedro y le abrazó por un momento, como si de una despedida se tratara.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Van der Haüssen.

El enorme centurión negro no contestó, tan solo asintió y corrió hacia la derecha. Apenas se alejó unos veinte metros, encendió la linterna y la movió llamativamente de lado a lado. Después avanzó por la orilla, gritó al cielo una y otra vez y disparó sobre los muertos. En un momento, los cadáveres andantes volvieron los rostros, clavando esos ojos sanguinolentos en él y se pusieron en camino tras sus pasos, vociferando terrible. Sanpedro retrocedió más, sin dejar de disparar, y los muertos le siguieron hasta que tuvo que correr al notar su cercanía, aquel aliento nauseabundo que emitían.

El plan funcionaba, alrededor de la peña solo se veían siete de aquellos seres.

—Id a la orilla, vamos, corred; no hagáis ruido, meteos en el agua hasta que os cubra la barriga —les ordenó Van der Haüssen a las niñas, empujándolas por la espalda hacia el lago.

—Yo quiero ayudar —dijo Sheila.

La mirada matadora de Van der Haüssen bastó.

—Sí, papá —remugó ella y tomó de la mano a Maika, para volver de nuevo al agua.

Van der Haüssen apuntó con su arma, con firmeza, y disparó a la cabeza conforme se acercaba hacia la peña, acabando con aquellos monstruos de forma contundente. Heysel comenzó a descender, sujetándose con las manos a la cima y dejándose caer poco a poco, mientras el capitán acababa con otros cadáveres andantes que aparecían de la oscura nada, de entre el maizal, volteando la peña. Y ella cayó estrepitosamente, de costado y sobre la pierna herida, pero no gritó, apretó los dientes mientras las lágrimas le saltaban de dolor y desespero.

Van der Haüssen la tomó del brazo, ayudándola a levantarse.

—¿Puedes andar? —le preguntó.

—Sí —sollozó Heysel.

—Vamos al agua —le ordenó.

—¿Y Sanpedro? —preguntó ella.

—En la otra orilla le veremos.

—Joder, si llegamos —interrumpió ella al ver la cantidad de aquellos terroríficos seres que surgían del maizal gimiendo, para acercarse a ellos.

Y cada vez eran más.

Van der Haüssen tiró fuerte de Heysel, la cual, entre salto y salto con una pierna, corría gimiendo su dolor, hasta caer con la herida abierta de nuevo, sangrando. El capitán la arrastró literalmente por tierra hasta el agua, agarrándola de la parte superior del chaleco, sin dejar de disparar a los muertos vivos.

—Ah, huye, nos alcanzarán a los dos —dijo Heysel, viéndoles tan solo a unos metros.

Entonces notó a las dos niñas tirar de ella también, una de cada brazo, y avanzaron rápido hasta que el agua les cubrió las rodillas, la cintura, el cuello...

Los muertos quedaron en pie en la orilla; cada vez llegaban más, amontonándose y gimiendo atroces, como desesperados al ver que se les escapaban sus presas. De pronto, comenzaron a penetrar en el lago, persiguiéndoles, aunque al dejar de pisar firme quedaban flotando, chocando entre ellos, a merced de la deriva.

—Nademos hacia la otra orilla, no podrán seguirnos —dijo Van der Haüssen.

Alcanzando el centro del lago, Van der Haüssen comprobó que la orilla todavía quedaba lejos, mucho más de lo que le había parecido en principio, y que el agua estaba fría, pero se sintió a salvo, empujando a las niñas hacia delante y ayudándolas a nadar.

—Debemos alejarnos —insistió, sin dejar de mirar atrás.

Entonces se dio cuenta de que Heysel no estaba. Y miró a todas partes, gritando su nombre. No supo qué hacer y se sumergió alumbrando con la linterna. Para su desespero, la vio hundirse y estiró el brazo para alcanzarla del cabello y tiró hacia arriba, hasta agarrarla del brazo y sacarla a la superficie.

La joven artillera respiró entre arcadas.

—No, no puedo nadar con esta pierna herida —sollozó Heysel.

Van der Haüssen observó a las dos niñas escupir agua mientras trataban de mantenerse a flote; sin su ayuda y cansadas, se ahogarán. La orilla contraria quedaba todavía muy lejos, el agua estaba muy fría en verdad y atrás no podían volver. Pero no podía soltar a Heysel, se ahogaría. Entonces vio a Sheila hundirse y su corazón dio un vuelco. Soltó a Heysel y se zambulló, para empujar a la pequeña hacia arriba, y dejó de ver de nuevo a la artillera. Volvió a sumergirse, pero no vio nada. Salió a la superficie para ayudar a las niñas y volvió a zambullirse, rabiando su impotencia. Nada. Rompió la superficie sin hallarla, Maika había desaparecido. Volvió a sumergirse desesperado y sacó a la pequeña a flote, y agarró a Sheila, que amenazaba con hundirse, tratando de alzar el cuello para respirar. Aquello le estaba destrozando el alma. Heysel moriría si no bajaba a buscarla y, si lo hacía, podía perder a las dos niñas, que estaban agotadas.

Entonces escuchó como un zumbido y volvió la vista.

La luz de un potente reflector le iluminó y, cegado, solo pudo ver una mano enorme y negra que tomaba a las niñas para sacarlas del lago, y dos manos más, blancas, que tiraban de él hasta alzarle en una planeadora acuática.

—¡No! ¡Soltadme! —gritó y se lanzó de nuevo al agua.

—¡Capitán! —exclamó Sanpedro, sin comprender—. ¿Y Heysel?

—¡Heysel está ahí! —dijeron las dos niñas, al unísono, apuntado con el dedo al agua.

Sanpedro saltó de inmediato y los potentes reflectores alumbraron hacia abajo, destacando de inmediato el cuerpo de la joven artillera bajo la superficie.

Entre Van der Haüssen y Sanpedro la sacaron del agua, para reanimarla de inmediato en la cubierta de la planeadora. Por varias veces le hicieron la respiración artificial, intercambiando la presión torácica con la posición fetal para que la joven artillera pudiera expulsar el agua tragada. Hasta que, de una arcada, lanzó un potente chorro. Y ladeó la cabeza hacia todas partes, buscando oxígeno, estirando los brazos hacia Sanpedro.

Sanpedro la abrazó y ella a él, llorando.

—El capitán Van der Haüssen, supongo —dijo Amaia, al timón de la planeadora.

Van der Haüssen observó con cierta desconfianza a las personas que les habían rescatado: una joven de ojos rasgados, sonriente, vestida con un traje de neopreno y dos muchachos con extraños uniformes color sepia.

—Soy Amaia Osaka, les llevaremos a un lugar seguro —aseguró la joven.

Van der Haüssen no pudo más que resoplar, notando el abrazo de las dos niñas, viendo a Sanpedro acurrucar a Heysel entre sus grandes brazos, y volvió la cara hacia atrás, hacía la orilla desde la cual se escuchaban terroríficos gemidos.

Y pensó en Selene, ¿qué habría sido de ella?

Capítulo 26

FUEGO

En la oscuridad de la noche, el alcaide Kravent asomaba su rostro por la escotilla principal de la nave de reparaciones en la que habían huido de la Milvus. Los quejidos de Nogueras le ponían nervioso, parecía que se había fracturado una pierna en la caída de la nave, agotada la poca energía que disponía. Saltó al exterior, estudiando entorno suyo con el ojo biónico. Y avanzó con la vista puesta en una loma, desde donde podría situarse y pensar qué hacer.

—Espere, no me deje —le rogó Nogueras, tratando de levantarse.

El alcaide le ignoró y comenzó a alejarse. Nogueras trató de seguirle y un agudo grito de dolor salió de su boca. La pierna rota se le dobló como si fuera de mantequilla a la altura del peroné.

El alcaide miró atrás y, de pronto, al lado.

—Mierda —murmuró al ver varios cadáveres andantes que surgían de la oscuridad.

—Espere —gritó Nogueras, alzándose entre agudos quejidos, cojeando, y corrió con la pierna doblada, hasta que, irremediablemente, cayó al suelo de bruces—. ¡Ayúdeme! —gritó, mientras disparaba su arma contra los muertos vivientes.

El alcaide corrió hacia él y, de un tirón, le arrancó el arma de la mano para salir corriendo en dirección contraria de la que procedían los cadáveres antropófagos.

—Ah, joder, hijo de puta —lloró Nogueras, comprendiendo que el alcaide lo sacrificaba para huir con más facilidad; sin duda, los muertos vivientes se pararían allí para despedazarle. Y tragó saliva, maldiciendo su vida y el oro prometido, mientras reptaba indefenso por el suelo, escuchando los horribles gemidos acercarse tras él, sin querer mirar, sin poder huir.

El alcaide, en su carrera, tropezó de pronto con una arma de dos cañones ante sus ojos.

—¿Dónde crees que vas, viejo? —le preguntó un colono, saliendo del espeso maizal.

Y aparecieron tres hombres más, armados con diferentes fusiles y pistolas. Todos quedaron mirando en la distancia cómo los muertos vivientes se echaban sobre aquel desgraciado, sin hacer nada, hasta que, terminados los gritos de horror, el silencio lo envolvió todo.

—Tienes un uniforme muy decoroso, ¿qué eres, general o qué? Seguro que sabes pilotar —dijo uno de los colonos.

El alcaide no contestó, solo le observó con su ojo biónico.

—¿Qué eres, una persona o un robot? —insistió el colono.

—Deberíamos dejar que se lo coman los muertos. Como ha hecho él con su compañero, vaya ejemplo —expuso una jovencita vestida de paramilitar.

—No nos vales ni para sacar tajada, tu carne estará dura y apenas hay donde morder —aseguró otro colono, apretando el arma en el vientre mientras le palpaba sus muslos y brazos.

—Sé pilotar. Pero solo puedo pilotar si estoy entero —dijo el alcaide, con voz seria, comprendiendo que eran antropófagos.

—Mira, el abuelo robot no quiere servirnos de cena, es inteligente —sonrió el colono, retirando el arma—. Reik estará contento, tenemos un piloto vivo. Larguémonos de aquí, los muertos no tardarán en devorar a ese desgraciado y buscarán más.

Amanecía en Planeta Z bajo una tenue luz cobriza que apenas alcanzaba el horizonte, pero el cielo se oscurecía por momentos con enormes nubarrones negros, dejando caer algunas gotas de agua. Varios relámpagos recorrieron las nubes y un rayo se estrelló contra el suelo.

El trueno resonó potente y Selene despertó de golpe. A su lado estaba Nirvana, despierta, vigilante, y con el subfusil en la mano. Robert dormía a dos metros.

—Parece que va a llover —murmuró Nirvana.

—Me quedé dormida —dijo Selene—. No me despertaste para la guardia.

—Yo no puedo dormir y tú necesitas descansar —contestó Nirvana—. He preparado algo de esas hierbas que llevas y pan tostado —le ofreció un cacito con infusión—. Eso es pan, ¿no?

Selene observó una pequeña hoguera y dirigió la vista hacia su macuto. Sin duda aquella mujer lo había registrado mientras dormía. ¿Cómo podía haberse dormido?, se recriminó. Quizá porque su mente quiso confiar que, aun en manos de una enemiga, estaba a salvo con esa mujer en aquella inhóspita tierra de muertos con vida. Y la miró a los ojos, escrutando dentro de ella, tomando el cacito caliente con una mano y el pan con la otra. Y solo vio ira reprimida.

—Sí, creo que es pan. Bueno, pan de maíz y mantequilla —aseguró.

—Esa mirada... Ya veo, no confías en mí —le dijo Nirvana, perspicaz.

—Eres un Centurión de Orión, sabes lo que haces. ¿Debería confiar? —replicó Selene.

—Tú has confiado en mí y no sé aún el por qué. Puedes dormir tranquila y no me malinterpretes, en otra situación te hubiera cortado el cuello —confesó Nirvana.

—No, en otra situación ya te hubiera matado —expuso Selene.

—¿Qué es esto, té rojo? —preguntó Nirvana, bebiendo de la infusión.

—No es té, son una hierbas que toman algunos por aquí. Sin azúcar no sabe muy bien, pero reconforta, te hace sentir mejor. ¿No desayunas? Te veo muy delgada, estás en los huesos, ni los muertos te querrán comer —expuso Selene.

Nirvana sonrió por primera vez.

—¿Quién eres? —preguntó Selene.

—Era la segundo de abordo de la Mamba Negra, capitán de los Centuriones de Orión, XVI Brigada Interespacial de Asalto de las Naciones Americanas.

—Nirvana —murmuró Selene—. Tienes fama de dura. Tú volaste mi nave en la batalla de La Roca, en las Guerras de La Unión. Casi me matas.

—Hace mucho de eso... Escapaste.

—Sí, ¿quién lo iba a decir?

—Me alegro.

—Yo también... No vuelvas a hacerlo.

Otro rayo cayó potente sobre uno de aquellos extraños árboles, enormes y leñosos, haciéndolas saltar del estruendo. El árbol se quebró a lo largo, por la mitad del tronco, mientras una llamarada comenzó a consumirlo. El fuego se propagó de inmediato, ante la atónita mirada de Selene y Nirvana, como si los árboles estuvieran impregnados de gasolina.

—¡Joder! —exclamó Nirvana, levantándose de golpe para recoger las cosas.

Selene golpeó con el pie a Robert, por dos veces.

—¡Arriba!

Los ojos de Robert quedaron clavados en el fuego y se levantó deprisa.

—Tenemos que marcharnos —dijo Selene, colgándose la mochila, y comenzó a correr.

Nirvana y Robert la siguieron.

El fuego comenzó a extenderse potente entre los árboles. La suave brisa orientaba las llamas en su camino, avanzando para llegar hasta el maizal. Todo ardía: los árboles, el maíz, los muertos... Aquellas horribles criaturas, que se encontraban dispersas por la plantación, ardieron

sin pronunciar voz alguna, cayendo al suelo carbonizadas, otras seguían caminando a pesar de las tremendas quemaduras que mostraban sus cuerpos.

Selene no dejaba de mirar atrás en la carrera, contemplando todo. Y pararon en una loma, no muy alta, pero lo suficiente para ver el valle de mazorcas y la lejana colonia. La lengua de fuego se hizo enorme y estaba devorando todo a una velocidad increíble. Pudo comprobar que la vegetación del planeta era extremadamente inflamable y, también, que numerosos muertos seguían caminando tras el paso del fuego, cubiertos de ceniza y terriblemente desfigurados.

Estiró los labios. Cocerles el cerebro no servía, tenían que destruirlo, pensó.

—Mierda —dijo Nirvana, conforme su melena se levantó al aire.

La dirección del viento había cambiado y la suave brisa se transformó fuertes rachas huracanadas que avivaban las llamas del devastador incendio, consumiendo el bosque de árboles y el maizal. Por encima, numerosos relámpagos cruzaban los oscuros nubarrones, mientras potentes rayos hacían temblar la tierra que pisaban. Selene, Nirvana y Robert comenzaron a correr desesperados, conforme la enorme lengua de fuego arrasaba con todo.

—Si no alcanzamos la colonia, ¡estamos jodidas! —exclamó Nirvana.

—Pero aquello estará lleno de muertos vivientes —apuntó Robert.

—Primero evitemos ser carbonizados, luego evitaremos ser comidos —aseguró Selene.

—¡Está lloviendo! —exclamó Robert, con alegría.

Sin parar de correr, Selene miró las nubes. Unas gotas cayeron en su cara y miró atrás. El cielo crujió y dos nuevos rayos se estrellaron contra tierra; y notó cómo el fuego se volvía más virulento. Seguía sin llover más que unas gotas que nada hacían.

—Debemos encontrar refugio en la colonia —aseguró Nirvana.

—No llegaremos, las llamas se desplazan muy rápido —dijo Selene.

—¡Allí! —gritó Robert, señalando a su izquierda.

Una alargada casona se vislumbraba a unos doscientos metros, quizás algo más. La luz de los continuos relámpagos la dejaron al descubierto. No era muy grande ni alta, parecía una caseta de aperos o de guardar grano o algún vehículo de campo, pero parecía de obra, resistente. Los tres corrieron hacia ella sin hacerse esperar, notando por delante las escasas gotas de agua que caían del cielo y, por detrás, el fatigoso calor de las llamas que se hacía insoportable.

El cielo crujió de nuevo, resplandeciendo todo y los tres saltaron por los aires.

Un rayo había impactado muy cerca.

—Debemos llegar hasta ese refugio —apuntó Selene, temblando, volviendo la cabeza.

El gigantesco incendio les alcanzaba, estaba ahí, a unos veinte metros, y el cielo también parecía querer abrasarles con sus rayos.

—¡Vamos! —gritó Selene, levantando a Robert y ambos salieron corriendo.

Nirvana apretó tras ellos.

Conforme llegaban a la casona, Selene sacó su arma y disparó al cierre de la puerta, volándolo al instante. No pensaba parar a comprobar si la puerta estaba abierta o no. Las llamas comenzaban a rizarle el pelo, se volvió y sintió la abrasión de las potentes llamas secar el sudor de su cara, mientras sus pestañas y cejas parecían contraerse. Estaban a unos metros de su salvación, la caseta tenía que funcionar, el fuego pasaría sobre ellas, quiso pensar en su veloz carrera.

La puerta se abrió y docenas de muertos con vida salieron gimiendo y con los brazos abiertos. Selene se estrelló literalmente contra ellos. Robert esquivó el choque frontal lanzándose a un lado y vio una balsa de riego llena de agua. No era grande, no le importó. Saltó al agua. Nirvana gritaba mientras numerosas bocas negras y brazos huesudos intentaban atraparla. Selene notaba las mordidas en su cuerpo y comenzó a disparar hacia los lados, para tratar de salir corriendo. Ante ella, el fuego purificador a unos metros; detrás, una muerte terrible devorada por aquellas cosas que se asían a su cuerpo y le mordían los brazos y el costado, tirando de la mochila hacia atrás. Con cara de pánico vio cómo Nirvana la tomaba de una pierna para tirar fuerte de ella. Se soltó la mochila y se hizo rápidamente con la pistola, y disparó a los cuatro muertos vivientes que la sujetaban.

Al momento, Nirvana logró sacarla de entre los muertos, tirando fuerte de su pie, entre gritos de calor y pánico, para caer sentada. Selene vio las llamas ante ellas. Y se alzó de forma instantánea, tomó del brazo a Nirvana y la levantó para salir corriendo.

—¡Aquí! —gritó Robert, llamando de inmediato su atención.

Selene vio la balsa y, como una exhalación, corrió y saltó a ella seguida de Nirvana. Entonces, ambas notaron los brazos de Robert apretarlas contra él, evitando que pudieran emerger, quedando los tres abrazados bajo el agua. Pudieron ver una enorme lengua roja amarillenta pasar por encima. El agua se calentó a los pocos segundos, cambiando su refrescante temperatura por una muy caliente que les hacía apretar con fuerza los dientes.

Robert permanecía con los mofletes hinchados y las manos prietas. Selene y Nirvana aguantaron estoicamente, impidiendo la una a la otra salir a la superficie, y se miraron notando cada una el esfuerzo de la otra, poniendo a prueba su resistencia. Y pasaron dos largos minutos sin que aquel color rojizo desapareciera de la superficie. Todo ardía con virulencia alrededor de aquella caseta y la balsa. El agua quemaba.

Nirvana abrió la boca en un acto reflejo para respirar, no podía aguantar más, sentía explotar sus pulmones y la mente desfallecer. Notó los labios de Selene adosarse a los de ella y el

oxígeno penetrar en sus pulmones, y se abrazaron con más fuerza, conforme los terroríficos segundos pasaban.

De pronto, el rojo desapareció de sus cabezas y los tres rompieron la superficie de la balsa de inmediato, respirando frenéticamente entre arcadas y resoplidos. Nirvana fue la primera en salir y ayudó a Selene. Y sonrieron como dos niñas, para acabar abrazadas por unos instantes ante un atónito Robert que se mantuvo distante dentro de la balsa.

—¿Te han mordido? —preguntó Nirvana, perspicaz y la observó distante, recuperando su talante serio, comprobando que las mordeduras no habían traspasado lo que parecía un traje de neopreno, que ahora podía ver bien bajo la camisa desgarrada.

—Por todas partes —apuntó Selene y resopló, comprobando que estaba entera.

Robert salió de un salto de la balsa, sin dejarse ayudar.

Recorrieron las humeantes cenizas que habían quedado al paso de la lengua de fuego. Los muertos vivientes, excepto algunos que caminaban sin rumbo alguno, ardiendo, permanecían carbonizados en el suelo. La mochila se había convertido en una bola humeante de carbón. Y quedaron los tres en silencio mirando la casona. El techo no estaba y dentro no quedaba nada sin arder. De haberse ocultado allí, estarían muertos.

Cuatro cadáveres humeantes se arrastraban lentamente por la tierra quemada.

—Hemos tenido suerte —aseguró Nirvana.

—Sí —certificó Selene, pasándose la mano por el rostro.

De pronto, comenzó a caer una tromba de agua del cielo, una fuerte lluvia que se hacía tormenta, como una broma macabra, consumiendo el incendio que se alejaba.

—Llueve... Ahora, llueve —murmuró Robert.

Selene comenzó a reír mirando las oscuras nubes, soportando la fuerte lluvia en su cara.

Nirvana alzó la vista y comenzó a reír también.

—Con tanta agua, me iría bien un traje de neopreno —dijo, mirando a Selene.

Capítulo 27

REIK

El alcaide Kravent escrutaba su entorno, estudiando todo. Los colonos le trasladaron a la universidad de la colonia, situada en un bonito barrio residencial. Sus altos muros y edificios de anchas paredes les protegían de los muertos vivientes, si bien, desde fuera, nada hacía entender

que pudiera haber vida humana allí dentro. Caminó escoltado por algunos paramilitares a través de un pasillo blanco. Pudo ver mucha gente y no todos parecían ridículos pseudosoldados, aunque le miraban como perdonándole la vida. Le llevaron hasta un despacho grande, donde un hombre vestido con una sábana blanca, que le hacía de toga, le esperaba tumbado sobre una especie de sillón camastro. Su melena y enorme barba eran blancas y estaba armado con una pistola atomizadora que sujetaba en su ancho cinturón; calzaba botas negras y lucía una corona de hojas. A su lado, un hombre de grandes músculos y cabeza rapada, vestido tal cual si fuera un gladiador y armado con una espada, se mantenía con los brazos cruzados, como si fuera su guardián o guardaespaldas.

El alcaide pensó que debía ser el cacique que se había hecho con el mando y control de aquella gente, no podía ser otra cosa. Y observó una mesa colmada de opulenta comida y bebida; además, dos mujeres, jóvenes y muy hermosas, mostraban parte de sus encantos sentadas a su lado, acariciándole. Aquel hombre que clavaba sus ojos con soberbia en él, más bien parecía un César con botas de la antigua Roma que un colono en Planeta Z.

—Así que eres piloto —aseguró aquel hombre.

—Digamos que sé pilotar —contestó el alcaide—. ¿Quién eres?

—Soy el que manda aquí: Reik, tu dueño, no necesitas saber más —le contestó prepotente, mientras se acomodaba y le miró fijamente, atraído por el ojo biónico.

El alcaide no dijo nada en principio, tan solo estudió el despacho, aquella especie de guardián musculado y al hombre que se levantaba de aquel sofá-trono y que se le acercaba altivo como si fuera un dios.

—¿Reik? —preguntó finalmente—. No me suena.

—Reik —llamó un joven que entró con cierta confianza en el despacho.

—Dime, Wild.

—No contestan desde esa asquerosa iglesia, pero estoy seguro que escuchan.

—Habrán sido los Centuriones de Orión —aseguró el alcaide.

Reik clavó su mirada en él, de inmediato.

—Estáis jodidos. ¿A quién se le ocurre volarles un Raptor? No tienes ni puta idea de comandar una acción militar ¿y te atreves a desafiar a los centuriones? No me gustaría estar en tu pellejo. No tardarán en llegar y freírte el culo —sonrió el alcaide, hiriente.

Reik quedó atónito ante las palabras de aquel viejo estirado, nadie osaba hablarle así, y sacó la pistola del cinto, ante la mirada atenta de las dos chicas, del hombre musculado y de Wild.

—¿Tenéis una nave espacial? Sí, pues yo os puedo sacar de aquí, incluso haceros inmensamente ricos, tan ricos que no podréis ni saber de cuanto oro disponéis —aseguró el alcaide, rápidamente, y estiró el mentón.

Reik paró en su intención.

—Pero antes dos cosas —continuó el alcaide.

—¿Te crees en condiciones de negociar? —preguntó Reik, aún desconcertado ante aquella osadía por parte de un anciano estirado.

—Los centuriones no negocian, os matarán a todos —expuso el alcaide.

—¿Quién eres? —preguntó Reik.

—Lo primero será encontrar y matar a una mujer —comentó el alcaide, sin contestar.

—¿Lo segundo? —preguntó Reik acercándose curioso, vencida su sorpresa por la codicia.

—Necesitáis un nuevo líder —afirmó el alcaide a la vez que su mano se retraía y el largo estilete de acero surgía de su puño biónico para penetrar, con un brutal e inesperado golpe, en la frente de Reik.

Las dos mujeres, el enorme hombre y Wild quedaron en blanco.

—Llama a tu gente —ordenó el alcaide, dirigiéndose a Wild.

El estilete abandonó la cabeza Reik, mientras el hombre que hacía de guardaespaldas saltó corriendo hacia el alcaide, pero este se hizo con la pistola del cacique muerto y alzó su brazo armado, apuntándole a la cabeza.

—¿Qué haces, no ves que ya está muerto? —le preguntó el alcaide—. Ahora me sirves a mí, sírvete dos copas de ese vino y celébralo... o acércate y muere.

El enorme guardaespaldas quedó quieto, como pensativo, sin apartarle la mirada.

—¡Wild, no me has oído! —espetó el alcaide y el joven salió corriendo de la sala—. Tú, amigo mío, sirve esas copas de ese vino y bebe conmigo. ¿Tienes nombre?

—Óscar es mi nombre.

—Bien, Óscar, ¿quieres ser inmensamente rico, lejos de este planeta?

El guardaespaldas, desconfiado, no contestó.

—Piénsatelo —le sugirió el alcaide, dejando de apuntarle—. Y vosotras dos, venid, me encuentro estresado. Este maldito planeta... me matará.

Pasados unos minutos, las puertas del despacho se abrieron de golpe. Un nutrido grupo de colonos vestidos con ropas variopintas y militares, penetraron mostrando diversas armas, unas muy antiguas, otras modernas. Al frente, una joven mulata de pelo negro, voluminoso y ensortijado; tras ella, el tal Wild. Y quedaron atónitos.

El alcaide permanecía sentado, gozando desnudo con las dos muchachas entre sus piernas, acariciándoles las cabezas con la mano metálica mientras ellas trabajaban con sus lenguas y labios. En su cabeza la corona de Reik y en la mano, el arma que le había arrebatado. Óscar estaba sentado a su lado, bebiendo de una copa de vino.

—Pero... ¿Qué hace? —preguntó Wild.

—Joder, lo ha matado de verdad —exclamó la muchacha negra y alzó su arma.

—¿Acaso no queréis salir de este asqueroso planeta con vida e inmensamente ricos? —expuso el alcaide.

—Eso, eso dijo —aseguró Wild.

—¿Quién cojones eres y qué te crees? —espetó ella.

El alcaide apartó a las dos jóvenes y se levantó, mostrando las placas metálicas de su cuerpo, el ojo y el parche biónico de su cara.

—Soy George Kravent, yo os sacaré de este maldito planeta y os haré inmensamente ricos. Pero solo a aquellos que quieran seguirme, que estén dispuestos a obedecer mis órdenes.

Un momento de silencio.

—Es el alcaide Kravent —murmuró uno de los colonos, mostrando cierto temor.

—¿Cómo nos vas a hacer ricos? ¿Puedes sacarnos de aquí? —preguntó un hombre calvo.

—¿Estáis locos? No le escuchéis, ha matado a Reik —exclamó la joven, apuntándole.

—Quieta, deja que hable —dijo Óscar y se acercó hasta ella, para bajarle el arma.

El alcaide aprovechó el momento.

—¿Reik? ¿Así se llamaba este pelele? Necesito un grupo de hombres de verdad, decididos a salir de este planeta y regresar a la madre Tierra con los bolsillos llenos de oro. Sí, yo soy el alcaide Kravent. Decidme: ¿Acaso queréis acabar en mi prisión cuando las tropas de La Unión lleguen a este planeta para poner orden? ¿Queréis que los Centuriones de Orión os pelen el culo? ¿Creéis que esta situación se prolongará por siempre? ¿Que perdonarán que cacéis a la gente y la devoréis?

El silencio lo colmó todo.

—Este idiota... —continuó el alcaide, señalando el cuerpo de Reik—. Mirad lo que os ha hecho, os ha convertido en una panda de caníbales anárquicos. Os barrerán a todos, como a esos muertos vivientes. ¿Fue de él la divertida idea de abatir un Raptor de los Centuriones de Orión? ¿Acaso creéis que los centuriones son indefensos colonos a los que cazar y devorar? ¡Son soldados de élite, provistos de potentes armas! Ya han tomado esa iglesia y pronto vendrán a por vosotros. ¿Queréis vivir de nuevo como personas o es vuestra intención que otro estúpido como

ese Reik tome el control de vuestras vidas? ¡Ya tengo a mi general, Óscar! Ahora necesito a mis capitanes y a mi propia gente para salir de aquí con vida! ¡Y con oro! ¿Sois vosotros?

Nadie contestó a semejante discurso, todos se miraron entre sí.

—General —se dirigió a Óscar.

—¿Sí?

—Desarma a esa mujer y tráeme a tus capitanes.

—Pero —fue a protestar la joven.

—Dame —le espetó Óscar, arrancándole la pistola de la mano.

Y ella se rehízo contra él.

Óscar le propinó un severo puñetazo en el vientre, haciéndola caer.

—Ya no está Reik para que te escondas tras él, zorra negra —le espetó con ganas y volvió la cara hacia el alcaide—. Estamos contigo, sácanos de este jodido planeta.

—¿Todos estáis conmigo? —preguntó el alcaide.

—Todos —insistió Wild.

Los demás le siguieron en su proclama. El alcaide volvió a sentarse y, con las manos, le indicó a las dos jóvenes que había tenido entre sus piernas, que continuaran. Ellas acataron la orden sin rechistar.

—Desnudad a esa negra y atadla a la mesa... De culo —exigió el alcaide—. Óscar, mi general, es tu premio, gózala. Los demás, ahora, dejadme descansar. Luego, hablaremos de ese crucero de La Unión que está ahí afuera, esperándonos, y de oro, de mucho oro...

Capítulo 28

EL ORIGEN

Sentado ante una mesa de metal, Van der Haüssen bebía aquella infusión de hierbas bien caliente. Un placer casi olvidado, aunque no era lo mejor que había probado. Parecía té rojo y parecía bastante aguado, pero al fin y al cabo, era lo único que tenían allí.

Y relajaba lo suyo.

—Todo empezó muy rápido, aunque la infección estaba ahí desde siempre. Los que se dieron cuenta de lo que pasaba, corrieron para abandonar el planeta —aseguró el Dr. Osaka, sentado frente a él—. Yo traté de salvar a mi familia. Pero cuando llegamos a las naves, el Dr. Mars las había destruido, sabotó los reactores de la nave nodriza y de las demás. Todas estallaron. Era un buen hombre, un gran científico. Entonces lo comprendí: nadie podía

abandonar Planeta Z. Tras cuatro años respirando este aire, hasta el último de nosotros debía de estar infectado. Él fue el primero en comprender el brote de la infección, el por qué ese niño seguía vivo tras haber muerto ahogado.

—¿Dónde está ese Mars? —preguntó Sanpedro, apoyado en el marco de la puerta.

—Le mataron de inmediato, para entonces la histeria lo dominaba todo —contestó el Dr. Osaka—. Nadie quiso comprender sus razones, apenas le dejaron explicarse. Y cuando todo empezó a escasear, cuando la gente comenzó a comprender que nunca saldrían con vida de la colonia, cuando los muertos recorrían las calles, muchos colonos fueron asesinados gratuitamente en una espiral de violencia por sobrevivir. Primero asaltaron la armería de la policía para tratar de defenderse. Después, los almacenes de comida, los supermercados, las farmacias, el hospital..., mientras el ejército de muertos vivientes era cada vez más grande e imparable.

—¿Cuántas de esas cosas hay rondando ahí afuera? —preguntó Van der Haüssen.

—Eran cerca de doscientas mil personas las que habitaban la colonia, toda una ciudad. No sé, puede que cien mil o más criaturas de esas estén dispersas por todas partes.

—¿Y el resto de la gente?

El doctor quedó en silencio, mirándole.

—Los muertos vivientes las devoraron, se las comieron —apuntó Amaia, sentándose al lado de su padre—. Los que se convertían se comían a los vivos, incluso a los cadáveres que aún no habían despertado. Fue horroroso, acabaron comiéndose entre sí..., hasta que no quedó ningún vivo sobre la superficie. Pronto no quedará ningún vivo en el planeta.

—Entonces, es cierto: todos estamos infectados —murmuró Van der Haüssen.

—Sí y el mal proviene de esos árboles —apuntó el Dr. Osaka—. Hace cuatro años que estamos investigando la biodiversidad del planeta y siempre me extrañó la ausencia de fauna vertebrada, pues sí encontramos numerosos fósiles: hubo una gran extinción en masa.

—Al final hemos descubierto qué mató a la gran mayoría de los seres vivos de este maldito planeta: esos leños —expuso Amaia.

—Vaya con esos leños —murmuró Sanpedro.

—Ah, perdón, su compañera ya ha despertado de la intervención, se pondrá bien —se dirigió Amaia hacia Sanpedro.

—¿Está mejor? ¿Sí? —preguntó él, dejando ver su gran interés por Heysel.

—Ha preguntado por usted, parece que le echa de menos.

Sin decir más, Sanpedro se alejó con prisa por un oscuro pasillo en busca de la artillera. Van der Haüssen quedó mirándole, hasta que lo perdió de vista.

—¿Son pareja? —preguntó Amaia, sonriente.

—No, sí, no lo sé —contestó el capitán y se dirigió hacia el Dr. Osaka—. ¿Cómo pudieron provocar esos leños una extinción en masa? No es posible, debió acontecer algún hecho anterior que alterara el equilibrio natural del planeta.

—Esos leños son una especie que ha evolucionado como una plaga devastadora para su propio planeta. Como nosotros en su día —expuso Amaia, con una gran sonrisa.

—Así es, no hay rastro de leños fosilizados, ni de bosques anteriores ni secundarios. Solo tenemos un bosque primario, su aparición coincide con la extinción en masa. Esta especie evolucionó de otra menos agresiva y lo devoró todo —apuntó el Dr. Osaka.

—Y ahora nos devora a nosotros —apuntó Amaia y se fijó de forma descarada en Van der Haüssen, escrutándole con su mirada adolescente—. Usted es un capitán de los Centuriones de Orión, un terrorista, ¿verdad?

—¡Hija! —le reprendió el Dr. Osaka.

—No, déjela —contestó Van der Haüssen—. Soy un centurión, pero no un terrorista.

—Esos muertos que caminan devorando cuanto encuentran a su paso... —dijo el Dr. Osaka, regresando al tema—. Son la semilla de los leños, la nueva generación, un nuevo bosque que se expandirá por este planeta. Cuando todos estemos muertos, el tiempo pasará y llegarán nuevos colonos, nuevas gentes ajenas a lo acontecido y volverá a ocurrir lo mismo.

—¿Cómo lo hacen?

—Tuve oportunidad de estudiar algunos de esos cuerpos, antes de quedarnos sin energía. Al principio no lo vi, no lo entendía, parecía imposible; pero tras una metódica revisión, al fin, localizamos las esporas que activan cada cuerpo tras la muerte.

—Fui yo... Yo las vi —sonrió Amaia.

—Los leños envían a la atmósfera sus esporas, minúsculas, microscópicas, imposible de detectar si no es en un laboratorio como el nuestro. Los seres vivos las respiran y se instalan en cada organismo, desarrollando una vida apenas inteligente pero muy voraz.

—Pero... Si estamos todos infectados y está en lo cierto, ¿por qué no nos convertimos en esas cosas? —preguntó Van der Haüssen.

—Nuestro sistema inmunológico es muy fuerte, no pueden matarnos. Sencillamente, las esporas que logran sobrevivir a nuestras defensas, se instalan en las grasas corporales y esperan nuestra muerte. Entonces, cuando el cerebro deja de enviar señales, el cuerpo deja de producir las defensas que las matan. Se activan de inmediato, florecen en nuestro interior, se multiplican ocupando los órganos, los músculos, los huesos... y se hacen con el cadáver, reconvirtiendo el cerebro como su centro neurálgico, dando de nuevo funcionalidad a algunos órganos.

—¿Por eso mueren si se les dispara al cerebro?

—Sí... Sin materia gris, no pueden dominar un cuerpo, producir esa energía fría que les proporciona fuerza, coordinación y movimiento. Entonces, sencillamente, mueren... o no mueren, pero quedan inertes dentro del cuerpo abatido.

—Entonces, esos muertos vivientes son en verdad leños. Es difícil de entender.

—Más o menos. Se alimentan, pero no digieren lo consumido, tan solo lo almacenan en su interior. Pasado el tiempo, caen y del cuerpo nacen los primeros brotes, que se fijan al suelo, alimentándose del cuerpo infectado y de lo que este ha ingerido. Cuanto más material orgánico almacenen en su interior, más posibilidades de crecer y convertirse en un gran árbol tendrá el brote, por ello ese ansia por devorar.

—¿Eso es así? ¿Lo han podido ver, confirmar?

—No, pero estoy plenamente seguro que es así. Cuando no tengan nada más que devorar, cuando llegue el momento, ocuparán una zona y se transformarán en leños. Entonces, a la vista de cualquier criatura, no serán más que un bonito e indefenso bosque.

—¡Qué absurdo! ¿Y por qué no se transforman ahora? —exclamó Van der Haüssen.

—Saben que estamos aquí. No sé cómo, pero creo que saben que estamos aquí y no paran de buscar. Su transformación debe ser complicada y necesitan el máximo de alimento, no cambiarán hasta habernos devorado a todos.

—Quizás no quieran testigos —sonrió Amaia y bebió de una taza su infusión.

—Prefiero la versión de Sanpedro, es más simple: no caben más pecadores en el infierno.

—Yo también lo creo así —apuntó Amaia—. ¿Quiere otra tacita?

—No debe tomarse a broma lo que está ocurriendo aquí —dijo el Dr. Osaka.

—Lo siento, no pretendía —se disculpó Van der Haüssen.

—Si una sola de esas esporas llega a Pangea, a Orión o a la madre Tierra, cualquier atisbo de vida se convertirá en un leño tras una horrorosa extinción en masa. Esas esporas activan el cerebro de los muertos, se hacen con el cuerpo y devoran cuanto pueden para, llegado el momento, crecer en su interior la semilla —reiteró de forma académica el Dr. Osaka—. Debería tomárselo muy en serio. Ahora mismo, en el interior de su cuerpo, esas esporas esperan a que usted muera para desarrollarse, crecer y reproducirse. No puede salir nadie de este planeta, ni vivo, ni muerto.

Van der Haüssen le miró en silencio, algo molesto, sin resignarse ni querer creer lo que estaba escuchando.

—Usted es un reputado científico, debe de serlo —dijo finalmente, con firmeza—. Solo los mejores biólogos son llamados por Sanidad Interestelar para estudiar la habitabilidad y la

repercusión de la biodiversidad de un planeta ante el impacto humano. Yo no sé mucho de eso, pero por lo que me dice, esos leños y sus esporas son seres vivos... ¿No?

—Sí, desde luego.

—Lo que sí he aprendido recorriendo galaxias y planetas, es que todo lo que está vivo puede morir. Si está en lo cierto y le creo: usted encuentre la manera de acabar con esos leños y sus esporas, y yo les sacaré de este planeta —afirmó Van der Haüssen, de forma rotunda.

Durante dos largos minutos, los tres permanecieron en silencio, como enfadados entre sí, sin dejar de mirarse.

—Un poco más de infusión —le ofreció Amaia.

—Sí, gracias.

—No deberíais beber tanta amapola, es una planta opiácea y os creará adicción, no sabemos todavía las repercusiones que puede tener en el organismo humano.

—Papá, ¿de verdad crees que eso importa mucho en este momento? —murmuró Amaia, como cansada de escuchar siempre lo mismo.

El Dr. Osaka ladeó la cabeza, apretando los labios, sin poder contestar.

—Mi padre lleva investigando esos muertos desde que esto estalló, buscando una cura. Pero nada parece matar esas esporas y ahora, sin energía, poco podemos adelantar —se dirigió Amaia al capitán, mientras colmaba de infusión su taza.

—¿No tienen nada de energía?

—A veces logramos recargar alguna batería, a través de paneles solares; pero no podemos exponerlos mucho, los colonos que se volvieron salvajes podrían localizarnos... Tenemos que ser prudentes —aseguró el doctor.

—Yo creo que deberíamos quemar el bosque de leños por completo, hasta que solo queden ascuas y cenizas; y a todos los muertos... ¿Podría hacerlo, capitán? —preguntó Amaia.

—Sí, supongo que el bosque sí...

—Si no conseguimos un medicamento efectivo, todo eso dará igual mientras quede alguien con vida que albergue las esporas —interrumpió el Dr. Osaka con una tremenda congoja—. Solo si todos los vivos, sin excepción, ardiéramos también, quizás podría ser. Solo así, sin bosques de leños, ni personas muertas ni vivas, desaparecería la infección de Planeta Z y la humanidad estaría a salvo.

—No puede decir eso. ¿Me está pidiendo que...? ¿Quiere matar a toda esa gente? ¿Está usted loco? —preguntó Van der Haüssen.

—Abra los ojos, capitán. Estamos todos condenados, tarde o temprano nos encontrarán o surgirá un brote que no podamos parar entre nosotros mismos. Debería matarnos a todos,

quemar nuestros cuerpos y, después, lanzarse a la hoguera —aseguró el Dr. Osaka, casi rompiendo a llorar.

Van der Haüssen quedó perplejo.

—No papá, seguro que encontramos la solución —aseguró Amaia, abrazándole.

—Deje de llorar y encuentre una cura. Quemar el bosque y los muertos no creo que nos resulte muy difícil si nos hacemos con el crucero que está ahí afuera. Sanpedro y yo nos encargaremos de eso, aún no sé cómo, pero lo haremos. Usted, mientras tanto, debe encontrar la forma de combatir esas esporas que dice tenemos en el cuerpo.

—No lo consigo... No tengo medios —remugó el doctor.

—¿Siempre es tan pesimista tu padre? —le preguntó Van der Haüssen a Amaia.

—Mi madre fue devorada por los muertos vivientes, mi chico se convirtió en uno de ellos y mis vecinos están ahí afuera tratando de devorarnos, posiblemente más de cien mil cadáveres recorren este planeta y no hay forma de salir. Los alimentos escasean desde hace una semana, las reservas se agotan, apenas tenemos qué comer. Algunos grupos de descerebrados están cazando como hienas a sus semejantes para devorarlos. ¿Qué vamos a comer la semana que viene? ¿Nos convertiremos también en caníbales hasta que no quede ninguno y todos nos transformemos en leños? ¿Cree usted que hay mucho margen para el optimismo?

—Ahí afuera hay un crucero interestelar de La Unión, solo tenemos que llegar hasta él y salir de este planeta. Seguro que tiene la despensa llena.

—Ahí afuera no hay nada —dijo Amaia, segura de ello.

Ya no sonreía.

—¡Ahí afuera está esa nave para sacarnos de este maldito planeta! —exclamó Van der Haüssen, dando un golpe en la mesa con el puño, cansado de tanta negatividad.

—No, no hay nada —expuso el Dr. Osaka.

Van der Haüssen comprendió y le miró preocupado, algo que no sabía se le escapaba.

—Mi padre pensó en Selene para que la destruyera.

El capitán abrió los ojos hasta el infinito.

—Cuando esa mujer cumpla su misión, usted deberá encargarse de... De acabar con esto, no debe quedar nada ni nadie, ni muerto ni con vida. Usted es un soldado, sabrá hacerlo, yo no puedo. Solo deben quedar cenizas. Es la única forma de asegurarnos que las esporas no viajen en una nave o en un cadáver hasta un planeta habitado.

—Sabía que estaba viva —sonrió Van der Haüssen, visiblemente emocionado—. ¿Usted cree que Selene va a destruir ese crucero? Si logra hacerse con la nave, hará lo que considere oportuno y le aseguro que no será matar a toda esta gente y, después, lanzarse a una hoguera. No

conozco mujer más difícil de matar y con más esperanza en la vida que ella. ¿Dónde está? Estoy deseando verla.

El doctor se echó hacia atrás, un tanto perplejo.

—Ya salió.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Y cómo lo permitió?

—Va fuertemente armada, con un traje de neopreno y defensas —dijo el doctor.

—Entonces, ¿es verdad? —preguntó Amaia, mordiéndose levemente el labio inferior, consciente de la preocupación que mostraba aquel capitán por la Loba Roja.

—¿El qué? —contestó Van der Haüssen.

—Ustedes son pareja.

—¿Quién le dijo eso?

—Sheila... Su papá y su mamá. ¿No son enemigos? Ella es un oficial de La Unión.

Van der Haüssen no respondió, por un momento miró al Dr. Osaka y después de nuevo a Amaia. Aquella situación le parecía ridícula. ¿Ya se habían olvidado de los muertos vivos y de esas malditas esporas?

—¿Por qué no me dijeron que Selene había estado aquí? ¿Por dónde se fue? ¿Cuánta ventaja me lleva? Se proponga lo que se proponga, está sola, necesitará ayuda —espetó, poniéndose en pie—. ¡Sanpedro! —gritó.

—No, vaya usted si quiere, capitán —le dijo el doctor—. Pero deje a ese hombre vivir sus últimos días con la mujer que ama, déjele ser feliz.

Van der Haüssen bajó la mirada, harto, muy harto de todo aquello.

—¡Sanpedro! —le llamó por varias veces conforme salía de la sala—. ¡Jodidos colonos, quieren ser felices, sin hacer nada, mientras esperan a que les coman o les peguen fuego!

Y se volvió hacia el doctor, parando en su camino, y le señaló con el dedo.

—Deje de llorar y quejarse como un fracasado y busque un remedio para acabar con esas malditas esporas, doctor. Hace poco vi caer a uno de esos monstruos, enorme como una montaña, al que se le inyectó una simple ampolla de fentanilo; así que esas esporas no son intocables y aunque usted no lo crea, sienten y se les puede combatir.

—¿Fentanilo? —preguntó el doctor, sorprendido.

—Sí, fentanilo para caballos. Sheila lo lleva en su morral para defenderse de extraños, es una costumbre que le inculcó su verdadero padre.

—¿No es su hija? —preguntó el doctor, como extrañado.

—No... Eso no importa ahora. Escuche: ¡Si cuando regrese no ha encontrado la solución, usted y su hija serán los primeros en arder! Y créame que yo no arderé —le espetó con enfado y se volvió para alejarse de la sala.

—¡Tenga cuidado con los muertos! —exclamó el doctor.

—¡Y con los vivos! —sonrió Amaia y bebió de su infusión.

—¡Sanpedro! —gritó Van der Haüssen, yendo en su búsqueda.

—Fentanilo —murmuró el doctor, estirando el mentón.

Capítulo 29

LA MILVUS

Tres centuriones hicieron de improvisada escalera, apoyados contra el muro de la universidad. Rápidamente, en silencio total, los demás soldados treparon sobre ellos, alcanzando la cima y saltando al patio interior, con las armas en tensión, comprobando todo. Y comenzaron a recorrer las instalaciones.

Kevin, al mando, revisaba cada pasillo, cada aula, cada sala... Sin encontrar nada.

—Aquí no hay nadie, mi general —aseguró uno de los centuriones.

—Ahí abajo está la despensa. Carne humana, mi general —comentó otro de ellos.

—Por lo visto. ¡Se han ido! —exclamó Kevin, atento a cada lado.

—Mi general, hay electricidad —aseguró la sargento Mata-Mata, mientras posaba la vista en los tubos de luz blanca que les alumbraban.

—El hospital de la universidad debe tener una planta eléctrica. Un buen lugar dónde esconderse. ¿Por qué se habrán ido? ¿Y a dónde? —se preguntó Kevin.

—No están huyendo, mi general —aseguró la sargento—. Pero tampoco creo que vuelvan. Por lo visto se han tomado su tiempo en recoger todo, solo han dejado su macabra despensa.

Kevin estiró los labios.

—Así que estos antropófagos no están huyendo. Si han dejado su despensa aquí es porque esperan encontrar otra... La nave de La Unión, ese crucero. Allí se dirigen.

—El crucero está en nuestras manos, no podrán ni acercarse —expuso la sargento.

—Hace días que no sabemos nada de ellos y el Raptor de Nirvana voló por los aires. ¿Quién nos asegura que sigue en nuestro poder?

A pie de loma, escondido entre dos rocas, el alcaide Kravent observaba a través de sus prismáticos atentamente el crucero escolta de La Unión. Allí estaba, a su alcance. Y disponía de un ejército de doscientos colonos para enfrentarlo a una docena de centuriones. Solo un problema, un gran problema con el que no contaba. Dos CSA blindaban la entrada. No había forma de engañar a los terribles androides y lo sabía, tendría que destruirlos o pensar en alguna argucia muy bien elaborada.

—¿Qué pasa, alcaide? —preguntó Óscar, tumbándose a su lado.

—Los tenemos ahí, subamos y larguémonos —murmuró Wild.

—No seáis ingenuos. Tienen los CSA en la puerta.

—Putos androides, nos acercamos por detrás y los destruimos —expuso Wild.

El alcaide se volvió y miró aquel hombre como si quisiera arrancarle las entrañas.

—Es un CSA programado por los Centuriones de Orión. En cuanto estés a 1.500 metros de su sombra te localizará y te reventará, inmediatamente después pondrá sobre aviso a los centuriones que estén en la nave. ¿Puedes explicarme cómo piensas convertirlos en chatarra?

—No sé —dijo Wild, apartándole la vista.

—Podríamos acercarnos, con las armas ocultas. Dicen que esas máquinas no disparan a los hombres desarmados —apuntó Óscar.

—¡Dicen! ¡Dicen! —exclamó el alcaide, con cierta prepotencia—. Sus escáneres detectarán de inmediato el metal de los subfusiles ocultos y te freirán. La única solución sería...

El alcaide calló y sonrió.

—Ya sé cómo entrar.

En el interior del crucero, Abigail comprobaba su cuadro de mandos, sin dejar de mirar de soslayo al coronel Rasel y a sus poderosas armas.

—No vendrá nadie. La Mamba Negra no manda señal alguna y el Raptor de tu jefa fue destruido —dijo sutilmente.

Rasel la miró con el labio inferior estirado.

—Nirvana no es mi jefa —aseguró finalmente.

—Deberíamos elevarnos, no estamos seguros aquí anclados —insistió ella.

—Mientras no armemos lio, los muertos nos dejen tranquilos y los CSA se encargan discretamente de los que se acercan —contestó Rasel y se acercó a ella—. Dicen que eres la hija del alcaide Kravent.

Ella no contestó.

—La gente siempre delata a los demás en busca de favores —asintió Rasel, explicando el cómo lo sabía—. Tu tripulación no es una excepción. Nosotros nunca delataríamos a uno de los nuestros.

—¿Aunque tu vida te fuera en ello? —preguntó ella, sin apartarle la mirada.

—No les disculpes, no estaba su vida en juego, tu teniente de navío solo quería dejar bien claro que estaba a lo que dispusiéramos. Pero contestando a tu pregunta, sí, desde luego, morimos antes que delatar a un compañero. No somos como esa miserable rata que te ha delatado.

—No soy la hija del alcaide Kravent.

Rasel la miró en silencio.

—Soy la hija del Morgan, comandante de la Migra SIV.

—Lo sé —aseguró el centurión y sonrió alejándose de ella.

—Rasel —le llamó un centurión con galones de sargento, entrando en la sala de mando—. Afuera, los CSA solicitan instrucciones ante un grupo numeroso de personas... vivas.

—¿Cómo? —preguntó extrañado y corrió a los ventanales de la nave.

Abigail le siguió interesada.

—Son colonos —aseguró atenta.

Al menos doscientas personas se acercaban con las manos arriba y en completo silencio.

—¿Están armados? —preguntó Rasel.

—Los escáneres de los CSA no detectan nada.

—Están cada vez más cerca —murmuró Abigail—. Abre, tenemos que hacer que entren antes de que los muertos vivientes los detecten.

—No podemos abrir a nadie y menos a tanta gente —aseguró Rasel.

—Los CSA esperan órdenes —insistió el sargento.

Los colonos se acercaban sin alzar apenas ruido, con cara de miedo, pena y angustia. Llevando niños y mujeres al frente, entre ellos se veían pocos hombres, pues marchaban casi todos detrás. Los cañones inteligentes de los CSA les apuntaban, mientras los escáneres atravesaban sus ropas y carnes en busca de posibles armas.

De pronto, uno de los androides disparó, pero hacia la derecha, lejos de la procesión de colonos. La cabeza de un muerto viviente estalló en la distancia. Varios cadáveres más aparecieron en la distancia, caminando hacia la nave. El leve murmullo de las pisadas de tanta gente había llegado hasta ellos.

—¡Tienes que dejarles entrar! —exclamó Abigail.

Rasel la miró sin saber muy bien como reaccionar. Nirvana nunca dejaría que entraran en la nave una cantidad tal de gente desconocida, les hubiera dejado fuera sin dudarlo. Apenas eran diez centuriones los que custodiaban el crucero. Y posiblemente tenía razón. Miró sin inmutarse a los muertos vivos que se acercaban tras los colonos. La algarabía de sonidos guturales se acrecentó de forma notoria y cada vez eran más.

Los colonos comenzaron a correr gritando, horrorizados, hacia la nave.

—Entrada no autorizada —sonó un CSA e, inmediatamente después, abrió fuego sobre la muchedumbre que se acercaba corriendo.

—Señor, los CSA disparan sobre los colonos —expuso el sargento.

—Si corren hacia nosotros, los consideran hostiles. Que no desperdicien energía con los colonos, que se empleen con los muertos —ordenó Rasel.

Aquel centurión mandó una clave en voz a través de su frecuencia, situada en la muñeca.

Los cañones de los terribles androides se volvieron de nuevo contra los muertos vivos.

—¿Qué haces? ¡Déjales entrar de una vez! ¡Cada vez hay más cosas de esas! ¡Los gritos de la gente los están atrayendo de todas partes! —expuso Abigail—. ¡Déjales entrar o los matarán a todos! ¡Por lo que más quieras, solo son inocentes e inofensivos colonos! ¡Hay niños!

—Nirvana no lo permitiría —replicó Rasel.

—¿No dices que no es tu jefa?

—Abrid las compuertas —ordenó Rasel por el transmisor de su muñeca ante la insistencia de Abigail, comprendiendo que no podía abandonar aquella gente ante semejante destino: ser devorados allí, ante él, sin hacer nada por ellos.

—¡Y cerrad en cuanto entre el último! —ordenó Abigail, como si fuera alguien.

Rasel la miró alzando una ceja y la sonrió.

—Tienes dotes de mando —acertó a decir y se permitió observarla bien, hasta guiñarle un ojo de forma simpática.

Abigail sonrió sin poder evitar ruborizarse.

Los colonos comenzaron a entrar rápidamente, amontonándose en el interior de la nave, pero lejos de permanecer quietos esperando instrucciones, de pronto, sorprendiendo a la tripulación de la nave y a los centuriones que la ocupaban, comenzaron a recorrer veloces los pasillos hacia el interior, tal y como tenían planeado, como si estuvieran aterrorizados.

—He contado ocho centuriones, según el alcaide no puede haber muchos más; los que faltan estarán en la cabina de mando pues —aseguró Wild.

—A por ellos, no se lo esperan —ordenó Óscar, observando que los aguerridos soldados llevaban las armas colgando del hombro y que se empleaban más en intentar organizar una fila de colonos que en repeler cualquier acción bélica.

Así, al escuchar un pitido, se lanzaron todos los colonos que habían penetrado en el crucero sobre los descuidados centuriones; niños, mujeres, hombres, desarmándoles rápidamente y matándoles a golpes, ante la pasividad y temor de la tripulación de la Milvus, que parecían ajenos y a salvo gracias a los uniformes azules de La Unión que vestían. Tan solo uno de los centuriones pudo reaccionar y disparar con su potente fusil, llevándose por delante a numerosos colonos, aunque solo por unos momentos, pues rápidamente fue rodeado y muerto. Óscar se encargó de ello, estrangulándolo con sus poderosos brazos contra la pared de la nave, mientras otros le apuñalaban.

Rasel alzó las cejas al ver por los monitores de la sala de mando la inesperada reacción por parte de los colonos, a los que acababa de salvar la vida. Perplejo, se lanzó la muñeca a la boca.

—¡Que entren los CSA! ¡Cierren las compuertas! —ordenó de inmediato.

Nadie contestó.

—¿Así que inocentes e inofensivos colonos? —remugó Rasel y se acercó a Abigail, para desplazarle el flequillo de lado, con una caricia oculta.

—Yo —murmuró ella, atónita ante la inesperada situación.

—Eres tan hermosa como inocente —le sonrió él, de tal forma que ella se sintió fatal.

Las compuertas no se cerraron y los CSA permanecieron fuera, con su cometido de disparar sobre cada muerto viviente que se acercaba. El sargento que controlaba sus acciones estaba empotrado en un rincón de la nave con la cabeza abierta. Rasel recorrió velozmente la distancia desde el ventanal hasta la salida de puesto de mando, armándose con su fusil atomizador. Pero la puerta se abrió de pronto y recibió dos descargas seguidas. Varios colonos armados, salpicados de sangre y con las armas robadas a los centuriones muertos, entraron apuntando a todas partes.

—Alcaide —murmuró Abigail, al verle entrar tras ellos de forma altiva.

—Teniente Abigail, el crucero Milvus es nuestro de nuevo, prepare los protocolos de despegue —ordenó sin más, acercándose a ella.

Desde el suelo, Rasel miró a Abigail, agonizando, y ella le devolvió la mirada con un “lo siento” sincero reflejado en su cara. El centurión sonrió a medias y se acercó lentamente la muñeca a la boca, para decir una clave directa por el transmisor, dirigida a los CSA, y tosió escupiendo sangre.

El alcaide se volvió de inmediato, se acercó a él y le observó detenidamente.

—Parece que al final los Centuriones de Orión no sois tan fuertes —sonrió cínicamente.

—Date por jodido —le devolvió la sonrisa Rasel.

Una potente explosión sacudió los bajos del crucero y otra reventó parte de las turbinas. El alcaide corrió a asomarse al ventanal. Los dos CSA estaban disparando sus potentes cañones a la máxima potencia contra la nave, en los puntos más débiles y vitales, destrozando las turbinas y haciendo saltar hacia todas partes las placas del lateral derecho hechas metralla y chatarra.

—Corre... Corre... —murmuró el centurión, dirigiendo la vista hacia Abigail.

El alcaide avanzó, le disparó sobre la cabeza y se dirigió hacia los portones de salida.

—No —murmuró Abigail, quedando desolada.

—Seguidme —ordenó el alcaide a los colonos.

Abigail quedó sola en la sala de mandos, se acercó al cadáver de Rasel mientras las lágrimas recorrían sus mejillas y lo observó por unos momentos, con pena. Aquel hombre no era un asesino, ni un terrorista, no merecía aquella muerte. Ahora, ese coronel estaba muerto por haberla complacido, por haber sentido piedad de los mismos colonos que les habían asaltado. Y bajó los párpados deseando despertar de aquella terrible pesadilla, deseando que aquel centurión no la hubiera escuchado.

Abrió los ojos y se dirigió hacia el ventanal, vio cómo los CSA destruían por completo el lateral de la nave con sus poderosas armas. Las explosiones resonaban con fuerza y las llamaradas se dejaban ver lanzando al viento una gran columna de humo negro. En la loma pudo descubrir cientos de muertos vivientes acercándose. Los androides no les disparaban, pues su potencia de combate estaba centrada en destruir la nave. ¿Cómo iba a detener el alcaide a aquellos monstruos de titanio y acero y a los muertos que se veían llegar?

Colmada por la pena y la incertidumbre, dirigió su mirada hacia el cadáver del Rasel; sin duda había ordenado a los CSA arrasar el crucero antes que el alcaide le matara. ¡Corre!, pensó en las últimas palabras de aquel hombre y, apretando los dientes, salió corriendo hacia la cubierta superior. Recorrió los últimos peldaños y saltó al exterior, para deslizarse por el metal hasta un alerón. Dio una última mirada atrás y lo que vio la horrorizó.

Los CSA seguían disparando, destruyendo, arrasando el crucero. Posiblemente lo seguirían haciendo hasta agotar por completo su energía. Por otro lado, colonos y tripulación mantenían una descomunal y sangrienta batalla perdida contra los muertos vivientes, los cuales formaban una marea humana sin vida que todo lo inundaba con sus pestilentes cuerpos.

Mirara donde mirara Abigail, todo era horror y muerte. Se arrastró por el alerón, temblando su cuerpo, en silencio, sudando su miedo, pasando por encima de cientos de muertos que se

desplazaban por debajo para entrar en la nave en busca de los vivos. Al llegar a la punta, saltó y corrió desesperadamente hacia el maizal, lanzando hipitos de terror, dejando atrás el sonido de las explosiones, el calor de las llamas, a los muertos vivientes y a los vivos que morían. Pensó en Rasel, en el brillo de sus ojos y, de nuevo, en sus últimas palabras: ¡Corre! Y corrió. Corrió como nunca, sin importar donde pisaba, ni los golpes con las piedras, ni los rasguños de las plantas, veloz sin mirar atrás...

—¡Debemos regresar a la universidad! —exclamó Óscar, agobiado, abriéndose camino a tremendos golpes entre los propios colonos y tripulantes del crucero, esquivando las garras y mordiscos de los muertos, tratando de llegar al pasillo inferior para huir de aquella carnicería.

El alcaide Kravent le seguía, cubriéndose tras él, cuando una mujer muerta, de rostro enjuto, podrido y sin cabello apenas, le atacó. Se cubrió de la fatal mordida con la mano metálica y ella mordió con fuerza, desplazándose los dientes superiores hacia arriba. El alcaide activó su estilete, los dedos desaparecieron con un zumbido de la mano biónica y la afilada hoja surgió atravesando el paladar y la cabeza de aquella mujer. Se la quitó de encima, resoplando con rabia, y comenzó a disparar con una pistola atomizadora, sin parar, con la otra mano, mientras avanzaba esquivando los muertos que se le echaban encima.

—Dijiste que tenáis una nave en los hangares de la colonia, ¿es verdad? —gritó, clavando su ojo biónico en Óscar.

—Sí... Pero ahí no cabrá tanta gente, es pequeña.

—¿Acaso crees que vamos a llegar todos? Larguémonos de aquí —respondió el alcaide y corrió, para salir al exterior del crucero.

Al detectar su presencia, un CSA lo escaneó de inmediato. “Sujeto armado, objetivo autorizado. Prioridad absoluta: destrucción de la nave de combate” leyó en su inteligencia artificial y volvió sus cañones de nuevo contra el crucero Milvus, insistiendo en su destrucción, llevándose por delante vivos y muertos.

El alcaide y Óscar avanzaron, atravesando la oleada de muertos allá por donde vieron que uno de los CSA había abierto camino con las explosiones que reventaron el lateral del crucero. Y otros les siguieron.

Una desbandada de gente horrorizada corría entre los muertos vivientes, tratando de seguirse los unos a los otros, de evitar ser devorados, ser mordidos, de huir, de vivir. No todos lo conseguían. Muchos caían rodeados, sin escapatoria posible; niños, niñas, hombres y mujeres morían a mordiscos y tirones, desmembrados. Apenas cincuenta colonos de los doscientos que

llegaron pudieron atravesar el frente de muertos, esquivarles, y dejarles atrás. Los demás allí quedaron, como pasto para los muertos. La tripulación del crucero Milvus sufrió una matanza similar, de sus setenta y ocho tripulantes, solo veintisiete lograron salir indemnes. Un macabro banquete se daba bajo los alerones de la Milvus, en su interior, en su entorno, mientras los dos androides seguían con su cometido de destruir la nave.

Insaciables, sin más carne viva que devorar, la mayoría de aquellas terroríficas criaturas empezaron a abandonar en silencio el crucero, lentamente, unas tras los pasos de otras, para regresar como una gran procesión hacia la colonia, dirección hacia donde habían huido los vivos.

Los CSA permanecían inmóviles, solo el leve sonido de sus escáneres permitía adivinar que estaban activos. Su inteligencia artificial comenzó a analizar la situación: “Crucero Milvus destruido, objetivo cumplido” “Sin instrucciones” “Objetivos con vida y armados: Cero” “Número de objetivos sin vida en retirada: indeterminado” “Baterías: al límite” “Evaluar situación” “Objetivos en retirada, riesgo cero” “Abortar ofensiva, recargar energía” “Exposición solar activa”.

Capítulo 30

MARKUS

Mientras la relativa paz de los muertos parecía caer sobre aquel desolado paisaje, dentro del crucero Milvus, una cara descompuesta en la parte superior, sin cabello y con el hueso del cráneo visible, restregaba sus grotescos labios, mordiendo el cristal en la escotilla de la enfermería. Tres más se amontonaban, con sus ropajes acartonados y vidas marchitas, purulentas, y comenzaron a golpear la puerta, cada vez con más fuerza.

Una explosión en el crucero hizo saltar en mil pedazos las turbinas, la onda expansiva recorrió la cubierta de la nave con una fuerte llamarada. En algunos pasillos, los muertos vivientes caminaban ardiendo, unos caían y los demás continuaban su periplo. Otros seguían golpeando aquella puerta. El único ser vivo que quedaba en el crucero estaba allí encerrado, inconsciente y desnudo sobre una camilla, cubiertas sus caderas con una faldilla blanca. Y los muertos que todavía permanecían en la nave lo intuían o lo sabían, pues allí estaban, tratando de entrar. El latido de su corazón parecía inquietarles más y más ante la imposibilidad de entrar. Una nueva explosión volvió a hacer temblar la nave entera y el cuerpo del coronel Markus cayó de la camilla, estampado su cara contra el suelo.

Y abrió los ojos. Rápidamente miró a ambos lados, tratando de saber dónde estaba, qué estaba ocurriendo. Quedó petrificado al ver los rostros descompuestos y quemados que lamían y mordían el cristal, que empujaban la puerta. Se levantó de inmediato, un punzante dolor recorrió su cuerpo; las heridas que arrastraba y los hematomas provocados por los golpes de aquella mujer se dejaban sentir. Se acercó a la puerta y notó el calor que manaba de allí, conforme aquellas criaturas se excitaban más. Tenía que abandonar el crucero, no había duda que estaba en llamas y que los infectados del planeta lo habían tomado. ¿Qué ha sido de la tripulación? ¿De su gente? ¿Y de los Centuriones de Orión? Se preguntó y se dobló notando una punzada en el costado, Nirvana se habían empleado bien con él.

—¡Maldita mujer! —murmuró, incorporándose.

Una nueva explosión sacudió la nave, haciéndole tambalear. La puerta cedió y cuatros muertos vivientes cayeron al suelo, apenas a unos palmos del coronel. Uno de ellos le puso la mano encima, mientras los otros se levantaban lentamente, gimiendo horrible, clavando esos ojos inyectados de sangre y de pupilas grises en él. Como disparado por un resorte, Markus reaccionó. Se alzó y tomó un portasueros para usarlo de bastón, golpeando fuerte al primero de aquellos seres que se le acercaba con el cuerpo casi calcinado y aún así, caminando en su busca.

Lo partió por la mitad.

Y salió corriendo desnudo por el pasillo, esquivando a los demás. No se veía a nadie con vida, solo muertos carbonizados por el suelo, terribles manchas de sangre y amputaciones, vísceras estampadas contra las paredes, dispersas ante sus rápidos pasos. Apenas podía respirar del humo, el aire quemaba sus pulmones y el olor a carne abrasada era horrible. Con el corazón en un puño, una suave brisa de aire fresco llegó hasta su cara. Se dirigió a marchas forzadas hacia el foco de la corriente, era un tremendo boquete en el crucero, sin duda producido por un cañón atomizador. Y miró al exterior. La nave estaba rodeada de muertos, dispersos a sus alrededor, eran cientos: colonos, soldados, tripulantes, centuriones, niños... Que de alguna forma se iban aglutinando en un terrible procesión de muertos que se alejaba dirección hacia la colonia.

Fue a saltar y paró de inmediato en su intento al posar la vista abajo. Dos CSA permanecían allí, inmóviles, expuestos bajo los rayos del sol. Se percató que parecían inactivos, ni rastro de sus armas. Entonces escuchó el tortuoso y terrible rugir de los muertos vivientes que le seguían desde la enfermería. Y se volvió. Estaban allí, apenas a unos metros, estirando hacia él sus brazos y mordiendo con aquellas bocas negras.

Saltó los tres metros de altura, para caer rodando ante los CSA. Y quedó quieto observándolos. La herida parecía haberse abierto, sangraba de nuevo y notó un terrible dolor en el tobillo, se lo había torcido en la caída. Alzó la vista y vio a uno de los muertos vivientes saltar,

estrellándose contra el suelo, perdiendo una pierna con el impacto. Otros dos le siguieron. El primero reventó su vientre y cabeza contra el suelo, pero el segundo, no. Por el contrario, se levantó y gimió horrible.

Markus se alzó rápidamente.

Los dos CSA volvieron sus cabezas al unísono al percibir aquel brusco movimiento. Y, con un chasquido metálico, aparecieron sus poderosas armas y cañones. Apuntando a Markus, el cual alzó las manos instintivamente, notándose escrutado por aquellas armas. Había oído hablar mucho de los poderosos androides que empleaban los Centuriones de Orión en sus ofensivas, pero nunca los había visto en realidad y menos así de cerca.

Sonó un extraño *bip bip* y uno de los CSA disparó un escueto rayo azul desde el cañón de su hombro, destrozando el cráneo del muerto viviente que se les acercaba. Otro de los androides destruyó la cabeza del muerto que había perdido una pierna. Después permanecieron inmóviles, mientras su inteligencia artificial analizaba la zona, el crucero, los muertos y a Markus, que allí se mostraba ante ellos, desnudo y sangrando. Guardaron las armas y, sin hacer más caso del coronel, volvieron a su estado de letargo reconstituyente.

Markus suspiró y cayó de rodillas, entre sollozos de desesperación.

¿Qué estaba ocurriendo?

El crucero pegó una fuerte sacudida y una explosión interna destruyó aquel costado, lanzando a los dos CSA y el cuerpo de Markus por el aire con la deflagración, el cual rodó por encima de la tierra baldía, gritando de dolor. La espalda le quemaba, los oídos parecían haber estallado y su costado derecho estaba lleno de esquirlas de metal al rojo vivo incrustadas en su carne. Fue a moverse, pero no podía, una hoja de acero permanecía incrustada en su espalda; el más mínimo movimiento le hacía palidecer, mientras el resto de las heridas y las quemaduras le obligaban a contornerse de dolor. Sus sollozos y gritos eran tremendos.

Una mano de mujer le tapó la boca, alzó el rostro y su cuerpo tembló.

Nirvana le observó a los ojos y se puso el dedo índice en los labios, solicitando silencio.

Markus se estremeció más aún, preso del dolor y de la pesadilla en que podía convertirse esa mujer. Entonces vio un rostro pelirrojo asomar sobre él con una cantimplora, para ofrecerle agua, y todo su ser pareció calmarse de inmediato, como si hubiera visto a un ángel.

—Selene —murmuró.

—Deberíamos acabar con él —sugirió Nirvana.

—No está tan mal —aseguró Selene, alzándose tras darle agua.

Las dos mujeres quedaron mirando, sin pudor alguno, el cuerpo atlético de Markus desnudo, tatuado y torturado por las heridas.

—¿Está vivo? —preguntó Robert, acercándose, con el arma apuntando a todas partes.

Markus le miró extrañado, tratando de cubrirse. ¿Quién era aquel joven teniente de mechas azuladas? No lo había visto nunca, pero el uniforme era de La Unión. ¿Qué hacían Selene y aquel oficial con Nirvana, una enemiga?

—Aquí ya no tenemos nada que hacer. Descansaremos un poco, pronto anochecerá —dijo Selene, observando los restos del crucero.

Nirvana se fijó en un brillo metálico que resaltó entre la tierra quemada y empezó a correr, a la vez que transmitía órdenes por su transmisor CSA.

—¿A dónde va? —preguntó Robert, sorprendido.

—Ha visto sus malditos androides —expuso Selene, tranquila y estudiando el entorno.

—Huye. Tienes que huir, esa mujer nos matará a todos —murmuró Markus.

Ella le observó contornearse, sangrar, en su terrible dolor.

—Iré a ver si entre los restos de la Milvus encuentro con qué limpiar esas heridas. Eres un tipo duro. Esto no es nada para ti. Pero no te muevas, esa chapa que tienes incrustada en la espalda podría dañarte la columna y entonces sí que estarías jodido —sonrió ella, pasando la mano por encima de su piel tatuada.

Markus quedó de inmediato inmóvil, aguantando el dolor, la quemazón. Y no pudo más que ver con interés a Selene alejarse hacia la nave. Otra vez estaba ella ahí, para cuidarle; y no pudo evitar una absurda sonrisa y una mirada emocionada de deseo. Al momento, perdió la sonrisa, Nirvana se acercaba para posarse altiva ante él, mirándole con cierto desprecio y con una pistola en la mano, seguida por los dos CSA.

—Anochece —asintió Robert, cansado, para él solo, sin dejar de vigilar. Y posó la mirada en los dos androides, un tanto impresionado.

—No te harán nada, héroe —dijo Nirvana, notando la inquietud del joven oficial.

—La despensa está destruida, pero el fuego no alcanzó las provisiones, quizá sea hora de alimentarnos, aunque sea un poco —aseguró Selene, apareciendo con un maletín completamente chamuscado por fuera.

—¿Has visto a alguien con vida? Bueno, supongo que no —expuso Nirvana, mirando tras los pasos de Selene, comprobando que nadie la acompañaba.

—Veo que has conseguido reactivar tus CSA. Podrían formar un perímetro de seguridad, pasaremos la noche aquí —apuntó Selene, tal cual si fuera una orden.

Markus se extrañó al ver a la Loba Roja dictar órdenes a Nirvana, una rebelde terrorista, y más de la forma que ignoró a los CSA.

Selene abrió el maletín, que contenía un equipo de socorro completo, y levantó sus manos enguantadas de nitrilo blanco, con unas pinzas y una gasa empapada de alcohol.

—Robert, ayúdame —le pidió, ofreciéndole unas pinzas, guantes y un paño húmedo.

—¿De verdad? —preguntó Nirvana al ver que Selene y Robert se colocaban al lado de Markus de tal guisa—. ¡Es el hijo de ese miserable de Kravent!

—Lo sé —contestó Selene—. Anda, ayúdanos. Ahí tienes otros guantes y pinzas, tenemos que sacarle esas esquiras antes de que se infecten las heridas.

Nirvana levantó las cejas y dio media vuelta.

—Voy a ver si encuentro algo para comer.

Markus gritó al notar la chapa de la espalda salir de su cuerpo.

—Dile a tu amigo que cierre la boca o se la cerraré yo —se revolvió Nirvana, conforme se alejaba hacia los restos del crucero.

—Veo que le gustas a esa mujer y mucho —sonrió Selene, dirigiéndose a Markus—. Podrías convertirla en una de las fieles sirvientes de tu mansión en Kravent, tendría su gracia.

—Es un monstruo —aseguró él.

—Es más guapa que Erika y seguramente menos celosa, más fiel —apuntó ella.

—Últimamente no tengo suerte con las mujeres —replicó él, tratando de mostrarse fuerte ante Selene, con cada punzada que sentía cada vez que le retiraban de su cuerpo una esquirra.

Selene le miró mostrando una larga astilla de metal recién extraída, sujeta en la pinza.

—Quizás tengas más suerte con los hombres, deberías probar.

Markus rio, negando con la cabeza, apretando los dientes consumido por el dolor, sin acabar de comprender aquella bonita sonrisa de Selene ante tanta destrucción.

—Prefiero a esa mujer —aseguró finalmente y se le escapó un grito.

—Atraerá a los muertos vivos —apuntó Robert, mostrándose preocupado.

Selene rebuscó en el maletín y sacó una pequeña pistola de ampollas analgésicas.

—Creo que será mejor que duermas un rato.

—¡No! ¡Aguantaré! —exclamó Markus.

Selene no le hizo caso, le apoyó la boca de la pistola en el muslo y disparó.

—Duerme —le susurró al oído.

De pronto, un *bip bip* que reconoció de inmediato la puso sobre aviso y soltó la pistola de analgésicos para hacerse con el fusil atomizador, perdiendo la sonrisa.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —preguntó Robert.

—Los CSA han detectado algo —contestó ella, con voz baja.

Un pequeño zumbido azulado salió del cañón de uno de los androides y, a lo lejos, pudieron ver un cuerpo caer. Selene quedó mirando al poderoso androide. ¡Cuánto los odiaba! Y recordó cuando no era más que una niña, cuando miles de esas máquinas invadieron Europa en las Guerras de La Unión, destruyendo y matando, y una lágrima descendió por su mejilla.

Nirvana se acercó y quedó un tanto atónita, la Loba Roja estaba llorando.

—He encontrado esto —le dijo—. Mostrando varias latas de carne estofada, dos fusiles atomizadores y unas trinchas de sujeción reforzadas que contenían varias granadas térmicas.

—Bien —respondió Selene, limpiándose la cara.

—¿Es por él? —preguntó Nirvana un tanto confusa.

—No... No... Recordaba otros tiempos, cuando era niña. Una de tus máquinas mató a mi familia, convirtió a mi hermana en... una pulpa rojiza irreconocible.

Nirvana no dijo nada. Tan solo dejó en tierra los botes de alimentos y las armas.

Selene se fijó en que llevaba en la muñeca un pequeño transmisor.

—¿Tiene mucho alcance?

—No, apenas 2000 metros, pero me es indispensable para controlar los CSA.

—Estas chatarras me dan miedo —aseguró Selene, continuando con su labor de limpiar el cuerpo de Markus, sacándole las esquilas.

—Y a mí —sonrió Nirvana—. Prepararé algo de comer mientras curas a ese coronel.

—Este coronel, creo que te tiene miedo —apuntó Selene.

—Puede tenerlo. Le odio. Le odio a él y a todo lo que representa. ¡Kravent! ¡Su padre! Ese criminal de guerra desolló a mi madre y, como premio, le ascendieron. Tras la guerra se escondió en su jodido planeta prisión, donde sigue practicando y disfrutando con la carne de las presas. ¿Acaso no sabes lo que ocurre en ese planeta?

—Sí, lo sé. Pero Markus no tiene culpa.

—Le mataré a él y al sicópata de su padre.

—Me salvó la vida, evitó que el alcaide me violara y desollara viva... Incluso arrestó a su padre; luego, llegasteis vosotros —murmuró Selene, abriendo un tubo de crema hidratante, para comenzar a expandirla sobre las quemaduras del cuerpo de Markus.

Nirvana la miró pensativa.

—Mi familia fue asesinada por los soldados de La Unión. Vivíamos en una pacífica colonia de Pangea, ni tan siquiera sabíamos de la guerra. Llegaron para custodiarnos, eso decían. No dejaron a nadie con vida. Robaron todo, comida, alhajas... A mi me tuvieron presa durante un año, quizás más. Perdí la noción del tiempo. Yo era una muchachita inocente, supongo que como

tú en aquellos tiempos. Todos los días era violada por uno u otro soldado, y por la noche venían otros. Hasta que llegó Kevin con la Mamba Negra y acabó con todos ellos. Han pasado más de diez años de aquello y aún tengo pesadillas, apenas puedo dormir... No quiero dormir por si vienen a buscarme de nuevo los fascistas —dijo Nirvana, con una notable cara de pena, pero sin soltar lágrima alguna.

—Lo siento —dijo Selene, comprendiendo el dolor de aquella mujer—. A menudo pienso en cómo transforma el horror de la guerra a las personas, en lo absurdo de todo al final de la contienda, con tantos muertos y tantas vidas destrozadas sin otro motivo para vivir que la venganza. Tras la batalla de La Roca, decidí alejarme de esta locura de muerte; olvidar mi ira y tratar de vivir, por eso dejé el Ejército.

—¿Lo has conseguido? —preguntó Nirvana.

—Voy progresando. Ya no deseo matar a todas las personas que veo con el uniforme de los Centuriones de Orión... Esto ya está, le hemos sacado todas las esquilas; dejemos que duerman él y sus tatuajes. ¿Preparo otra una infusión de amapolas?

Por unos momentos se hizo el silencio.

—¿De verdad estás con Van der Haüssen? —preguntó Nirvana.

—Es complicado responder a eso, realmente no lo sé.

—Deberíamos ocultarnos en aquel entrante, aquí estamos demasiado expuestos y podríais hablar un poco más bajo —murmuró Robert, acercándose a ellas, serio y algo inquieto.

—¿Tú quieres un poco de amapola? —le preguntó Selene—. Ayuda a sonreír.

Capítulo 31

ABIGAIL

Caída la noche, ocultos en una colina cercana a la colonia, los Centuriones de Orión, al mando del general Kevin, vigilaban con prismáticos de visor nocturno los pasos de los colonos que huían hacia la universidad.

—Mi general, hay... Parecen que hay soldados de La Unión entre los colonos comequentes y no parecen presos —dijo la sargento Mata-Mata, acercándose a Kevin.

—Deben pertenecer a la tripulación de ese crucero.

—La explosión de la tarde no puede ser otra cosa que esa nave de La Unión.

—Sí, creo que nos quedamos sin nave —remugó Kevin.

—Los muertos les siguen y se acercan por todos lados; les alcanzan, algunos están cayendo. Creo que deberíamos actuar antes de que los maten a todos —murmuró la sargento.

Kevin estiró los labios, en silencio, y se rascó el mentón.

—Volvamos a la universidad —ordenó finalmente—. Los que sobrevivan a esas cosas, se dirigirán hacia allí. Les prepararemos un buen recibimiento. ¡Tal cual se merecen!

Los Centuriones de Orión se replegaron de inmediato, dejando a su suerte aquellas personas que huían desesperadamente. El alcaide iba al frente, seguido de Óscar, de los colonos y los supervivientes de la tripulación del Milvus; en su mente, alcanzar la seguridad que proporcionaban los altos muros de piedra de la universidad.

Se salvarían los que llegaran hasta allí por su propio pie, pues no había tiempo para nada, ni tan siquiera para cargar los heridos. Solo para defenderse. La masa de muertos vivientes que les seguía se les echaba encima. De los lados surgían otros, abalanzándose sobre ellos a mordiscos. Los gritos de angustia de los que quedaban atrás estremecía a los que huían por delante, les imprimía velocidad en la carrera. Pocos se volvían para ayudar y los que lo hacían, caían presa de la marea de muertos que se estaba formando alrededor de ellos.

Selene y Nirvana escuchaban, alrededor de una pequeña y escondida hoguera, en silencio, el leve sonido de los gritos que llegaban hasta ellas arrastrado por el viento; era como una melodía siniestra, macabra, que sonaba de fondo. Robert trataba de conciliar el sueño, resguardándose junto a una roca, tratando de ocultarse de todo bajo una manta chamuscada.

De nuevo escucharon el *bip bip* de los CSA, los escáneres se habían activado.

Nirvana se levantó mirando hacia la oscuridad.

—Ahí hay alguien con vida —aseguró.

—¿Seguro que no es un muerto? —preguntó Selene, echando mano al arma.

—No... Si fuera un muerto viviente, los CSA le hubieran reventado la cabeza.

—¿Son colonos? —preguntó Robert, tragando saliva.

—No sé, pero sea quien sea, está desarmado. No representa un peligro inmediato —respondió Nirvana.

—¿Cómo sabes eso? —insistió Robert.

Selene le miró por un momento, como diciendo: es obvio.

—Ya comprendo, los CSA les hubieran reventado la cabeza —asintió Robert.

—Me están empezando a caer simpáticas estas chatarras —murmuró Selene.

—Tú tienes tu traje de neopreno y yo mis CSA. Iré a ver de quién se trata —dijo Nirvana, tomando un fusil atomizador.

—¿Te acompaño? —preguntó Robert, mostrándose valiente.

—No, héroe. Si nos están vigilando, se darían cuenta de que salimos en su búsqueda. Mejor voy sola, quédate aquí —replicó Nirvana.

—Ten cuidado, quizás sean varios —le dijo Robert.

—Tranquilo, sabe lo que se hace: los CSA la protegen —expuso Selene.

Robert observó a Nirvana desaparecer en la oscuridad, mientras Selene contemplaba los terribles androides y, por un momento, deseó destruirlos. Luego, sonrió, evidentemente no era el momento y solo eran máquinas. Miró de lado a Markus, seguía inconsciente, en el mismo lugar donde le habían curado, desnudo, bajo una manta y cubierto de crema bactericida.

Un destello azulado les sobresaltó. Unos de los CSA había disparado de pronto contra no se veía qué, pero estaba claro lo que debía de ser. Selene se levantó cuando otro de ellos realizó un nuevo disparo. Apretó los labios intentando discernir algo en la oscuridad y deseó que Nirvana regresara cuanto antes. Si tenían que salir de corriendo, necesitaría su ayuda para cargar el cuerpo de Markus.

Siete disparos seguidos que efectuaron los CSA, hacia una misma zona, la desconcertaron. Rápidamente, apagó el fuego y preparó su arma, posándose en cuclillas al lado de Markus.

—Jodidos muertos —murmuró Robert—. Deberíamos marcharnos de aquí.

—Silencio y agáchate. No hagas ruido —ordenó Selene.

No muy lejos de allí, Nirvana ponía el cañón de su arma en la sien de una persona que se ocultaba tras una roca, espionando a los CSA, la cual se volvió lentamente. Era la teniente Abigail, su mentón tembló al reconocer a la capitán rebelde. Un destello azul pasó a dos leves palmos de su cara, para estallar la cabeza de un muerto viviente tras ella.

—Vamos, tenemos que largarnos de aquí —ordenó Nirvana, sin inmutarse, en voz baja.

Abigail se levantó mirando el cadáver sin cabeza. La hubiera devorado de no aparecer aquella mujer, pensó. Y, al alzar la cabeza, vio a cuatro criaturas más acercarse arrastrando los pies, gritó y fue a correr.

—¡No! —la sujetó Nirvana—. No armes alboroto ni se lo pongas difícil a mis muchachos.

—¿Tus... Tus muchachos? —tartamudeó Abigail.

—¡Vamos! —ordenó Nirvana.

Ambas comenzaron a caminar, con paso rápido, pero sin hacer ruido alguno. Los destellos azulados de los disparos de los CSA pasaban cerca de ellas, incluso apenas a un escaso palmo,

haciendo temblar a Abigail. Nirvana la apresuraba, vigilante, confiada en la puntería de los androides.

De pronto, los CSA dejaron de disparar. Nirvana volvió la vista, mirando de soslayo, tratando de discernir en la oscuridad de la noche. Solo distinguió algunos cuerpos andrajosos, con la cabeza destrozada, esparcidos en tierra, abatidos por los androides. No vio nada más y pudo sentir aquel extraño silencio, apenas roto por la suave brisa y el roce de los tallos de maíz.

—Vamos —le susurró a Abigail, dándole un leve empujón.

Se acercaron de prisa y precavidas hacia el pequeño resplandor que brillaba en el metal de los CSA. Abigail, con la cara hecha un poema, no pudo más que echar a correr cuando vio a Robert, para perderse entre su brazos, llorando de alegría.

Selene y Nirvana quedaron observando sin decir nada.

—¿Solo estaba ella? —preguntó de pronto Selene.

—Sí, no había nadie más. Algunos muertos rondaban, pero los CSA los abatieron —contestó Nirvana sin dejar de mirar el abrazo entre Robert y Abigail.

Robert se fundió con un largo beso en los labios junto a su amada y cayeron de rodillas, sin dejar de besarse entre abrazos, murmullos y pequeños llantos.

Selene y Nirvana se miraron de nuevo entre ellas, con las cejas alzadas.

—¿Esto qué es? —preguntó Nirvana.

—Ellos no tienen a quién vengar, no sufrieron el horror de la guerra. No saben lo que es odiar y desear matar... Pueden amar sin complejos. Deberíamos descansar si queremos salir con vida de este planeta, mañana será un día largo —contestó Selene, sin explicar más.

—¿Calentamos algo de amapola? —preguntó Nirvana.

—No.

—¿Seguro?

—Es adictiva y creo que al final sonreímos demasiado, debemos estar despejadas.

Nirvana la miró arqueando una ceja.

Silencio.

—Bueno, la última —dijo Selene, finalmente.

Capítulo 32

SPITFIRE UK 5000

Amanecía con una ligera lluvia que parecía limpiar la atmósfera, el humo y los muertos alrededor del derruido crucero Milvus. Un hermoso arco iris se veía en la distancia, el sol despuntaba en lo que parecía sería un día espléndido.

Van der Haüssen y Sanpedro estudiaban el lugar, atentos a cualquier movimiento.

—No han sido los podridos —expuso Sanpedro—. Han volado las turbinas y entre los muertos... Entre lo que queda de los muertos, hay uniformes de los Centuriones de Orión.

—Debió librarse una batalla que atrajo a los muertos y fue el fin de esta gente. Ya no tenemos que preocuparnos de que este crucero salga del planeta —expuso Van der Haüssen.

—No.

—Echaré un vistazo dentro.

—Ten cuidado. Yo miraré por los alrededores.

Van der Haüssen comenzó a recorrer los pasillos del crucero, sin inmutarse, pendiente de cualquier movimiento. Solo veía cadáveres, restos humanos y armas dispersas. La nave estaba completamente inutilizada, con las turbinas destrozadas por las explosiones, y la sala de mandos irreconocible tras el paso de las llamas.

Se asomó a la enorme cristalera; en su mente, Selene.

—¿Dónde estás? —murmuró.

Solo podía ver muertos y tierra carbonizada y más allá, el extenso maizal.

Salió de la sala y se dirigió hacia los hangares, buscando algo que le orientara. En el taller no encontró nada, ni tan siquiera estaba la nave de reparaciones. Y bajó la cabeza. ¿Cómo iban a salir de aquel maldito planeta? Notó una mano descarnada en su hombro a la vez que escuchó un gemido hecho siseo, y se volvió de inmediato. El cañón de su arma se introdujo en una boca llena de dientes negros y disparó.

El cadáver de un tripulante convertido en muerto viviente cayó al suelo.

Van der Haüssen quedó en silencio observando a los lados, aquel segundo de distracción podía haberle costado la vida. Miró hacia el lugar de donde provenía el cadáver que yacía a sus pies. Era una sala de control aeronáutico contigua a la zona de despegue interior, estaba todo oscuro y prendió la linterna.

Una enorme carpa cubría lo que parecía ser una nave y su corazón se aceleró. Se acercó taimado y tiró de la punta de la carpa, la cual se deslizó hasta caer al suelo. Y abrió la boca. Un Spitfire UK 5000 permanecía allí intacto. Sonrió como un crío feliz. Se trataba de un moderno prototipo, el nuevo modelo de caza de combate financiado por La Unión para combatir los potentes F5000 Raptor de los Centuriones de Orión y, allí estaba, a su disposición.

Notó un leve siseo tras él y el frío metal de un arma apoyarse levemente en su cabeza.

—Date la vuelta —escuchó de forma contundente, una voz de mujer.

Y sonrió, aquella voz...

—¡Tú! ¿Qué haces aquí? —le replicó Selene, apenas se volvió.

—Estoy bien, yo también te quiero —dijo él.

—¿Y Sheila? ¿Los demás?

—Están a salvo, con el Dr. Osaka.

—¿Estás solo?

—Sanpedro está fuera... Se suponía vigilando.

Selene le miró un tanto desconfiada, deseando abrazarle.

—¿Vas a seguir apuntándome con ese arma toda la mañana? —preguntó Van der Haüssen.

De inmediato, Selene bajó el cañón de la pistola.

—Te podría haber volado la cabeza —le espetó Selene, como regañándole.

—Sí —aseguró Van der Haüssen y se acercó a ella para atraerla junto a él, tirando de su cintura, posándola ante sus labios, acariciando su larga melena pelirroja; y la besó dulcemente, para acabar besándola con fuerza, mordiendo sus labios.

Ella se distanció un poco y le miró peligrosamente.

—Ven —le dijo él, tirando de nuevo de ella.

Y volvieron a besarse, con pasión.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó Nirvana, enfocando con su linterna.

—Nada —aseguró Selene, separándose de Van der Haüssen.

—¿Capitán? —preguntó Nirvana, alumbrando su cara.

—¿Nirvana? —replicó Van der Haüssen y le apuntó con su arma.

—Si mueves un pelo, te dejo frito —aseguró ella, apuntándole rápidamente a la cabeza.

—Ni se te ocurra —apareció Sanpedro, con el fusil atomizador en alto.

—Tranquilos —dijo Selene, estirando ambos brazos, con las manos en alto, abiertas.

—¿Selene? —se escuchó y la linterna de Robert les enfocó—. ¡Joder! —exclamó y alzó su arma también, sin comprender qué estaba pasando allí, ni saber qué hacer, donde unos se apuntaban a otros en apenas unos metros.

—¿Robert? —preguntó Abigail, entrando en la sala.

Todas las linternas y armas la apuntaron de inmediato a ella, la cual alzó las manos lentamente, quedando con la boca abierta. Y anduvo dos pasos al frente.

—¿Está mi Spitfire UK 5000? ¿Sí? —preguntó temblando.

—Deberíamos tranquilizarnos y guardar las armas, todos, y comprobarlo —expuso Selene, mostrando cordura y transmitiendo confianza.

Nirvana observó perspicaz a Sanpedro y Van der Haüssen, alzó el mentón y guardó su arma, para sonreír de forma cínica.

—Creí que habías muerto —se excusó ella.

—No, no lo conseguiste, logré escapar —aseguró Van der Haüssen, comprendiendo que Nirvana y Selene se conocían o, al menos, que estaban juntas en esto.

—Ya veo —murmuró ella, pasando junto a Sanpedro con cierta soberbia.

Selene se acercó al Spitfire UK 5000 y acarició el metal, parecía una magnífica arma de guerra. Y observó a Abigail.

—¿Lo has pilotado?

—No tuve ocasión. Cuando salieron los demás cazas, el alcaide ordenó que se revisara bien este. Creo que lo quería mantener alejado de la acción hasta comprobar su capacidad real de combate.

—No creo. Kravent quería mantenerte fuera de la acción a ti. Eres su moneda de cambio con el comandante Morgan, tu padre; y seguramente, sabía que no entenderías la orden de disparar contra nosotros —aseguró Selene.

Abigail la miró de lado, intentando comprender.

—Lo que no entiendo es por qué tu padre le ha mandado aquí —apuntó Selene.

—Quizás tu amigo Morgan también te quiera muerta —expuso Nirvana, alzándose a la escalerilla de la escotilla principal—. Será cuestión de probar la capacidad de combate de esta belleza —aseguró acariciando la manilla.

Selene quedó en silencio. Nirvana no había dicho ninguna tontería. Morgan sabía que el alcaide la había tenido presa en Kravent, ella mismo se lo había contado. Entonces, ¿qué hacía allí el alcaide que no estaba preso y con mando en un crucero escolta? Quiso pensar que Morgan sería incapaz de traicionarla y acabó agachando la cabeza, dándolo por cierto, pensando en el oro.

—El problema será sacar de la panza del crucero el caza —aseguró Sanpedro, ajeno a los pensamientos de Selene, observando los portones cerrados, sin energía que los abriera.

—No te preocupes, volaremos las compuertas —aseguró Nirvana.

—Comprobemos su estado y larguémonos de aquí. Abre —le instó Sanpedro.

—Tendrá que abrir su piloto —sonrió Nirvana, mirando a Abigail.

—¿No está abierta la escotilla? Yo no tengo el código de acceso, el alcaide nunca me lo dio —aseguró Abigail.

—¿Cómo? —le reprochó Nirvana, perdiendo su sonrisa.

—Espera —interrumpió Selene y se alzó al lado de Nirvana en la escalera.

Pasó la mano sobre el panel de mando de la escotilla principal y una placa se deslizó hacia abajo. Introdujo rápidamente un código, que no pudo leer Nirvana aunque lo intentó, y puso su mano ante un pequeño escáner de luz roja. La luz se volvió verde y la puerta de la escotilla resonó con un pequeño chasquido metálico, abriéndose por completo.

Nadie preguntó nada, dieron por hecho que Selene debía tener un código militar genérico debido a su rango y fama. Y subieron al caza, para investigar.

—Nirvana, tú eres buena artillera. ¿Te apetece? —le dijo, mostrándole el asiento artillero.

Ella asintió, colocándose en el lugar y comenzando a comprobar todo, a estudiar aquella máquina, sus armas y cargamento.

—Sanpedro, a la tronera de babor —indicó Selene y este obedeció de inmediato.

—Yo seré tu copiloto —indicó Van der Haüssen.

—No, mi copiloto es Robert. Abigail y tú os encargaréis de atender la carga de armamento, las transmisiones y el control de contramedidas. Además, hay que cuidar de Markus.

Van der Haüssen la miró sorprendido, con cara de pocos amigos, mientras Robert corría a ocupar el puesto de copiloto.

—¿Quién es Markus? —preguntó, sin discutir las órdenes de Selene, ya que nadie lo había hecho, ni siquiera dos Centuriones de Orión como eran Nirvana y Sanpedro.

—Es un coronel de La Unión, está fuera, herido —contestó Robert.

—¿Solo?

—No temas, le protegen dos CSA —apuntó Nirvana, revisando los mandos artilleros.

—Selene, tenemos que hablar —aseguró Van der Haüssen.

—Sí —contestó ella.

—En privado, fuera.

Ella le miró como sin entender, aunque entendía muy bien.

—Nirvana, ¿puedes traer a Markus? Sanpedro y Robert te ayudarán —ordenó sutilmente.

Y ella le miró con cierta desconfianza.

—Van der Haüssen y yo tenemos que hablar... cosas de pareja —sonrió Selene.

Nirvana alzó las cejas, sonrió y les dejó a solas. Era la primera vez que esa mujer fría como el témpano hacía algo parecido ante Van der Haüssen, el cual puso cara de idiota. Nunca la había visto sonreír.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Van der Haüssen, a solas en un rincón del caza—. Nirvana es una asesina, nos matará en cuanto le demos la espalda. ¡Y dispone de dos CSA!

Selene le miró por un momento, atravesando sus ojos, llegando hasta lo más hondo de él.

—Es curioso cómo pensamos que los demás son los asesinos, cuando todos tenemos tantos muertos a nuestras espaldas —respondió—. ¿Cómo está Sheila?

—Bien, está con el Dr. Osaka —tardó unos segundos Van de Haüssen en responder—. Y Maika también, nos esperan para salir cuanto antes de este planeta.

—No podemos hacer eso.

—¿No?

—Sí podemos, pero no lo haremos.

—No pensarás secundar lo que pretende ese doctor, ¿verdad?

—No. Claro, que no. Mi idea es despejar por completo la zona de muertos vivientes y de esos leños; y habitar el planeta hasta estar seguros de no estar contaminados. Podríamos fundar una familia y tener muchos niños. Sería bonito, ¿verdad? —preguntó ella, alzando una sola ceja.

Van der Haüssen quedó en silencio, sin tener claro si Selene hablaba en serio o no.

—Si nos quedamos, seguramente moriremos y nos convertiremos en esos monstruos; y si nos largamos, corremos el riesgo de contaminar a toda la humanidad. ¿Fundar una familia? Deja de tomarme el pelo, esto es muy serio y seguro que has pensado algo —dijo al final.

—De momento me aseguraré que nadie pueda salir del planeta. Luego, ya pensaremos algo —sonrió ella, de forma maliciosa—. Me ayudarás, ¿verdad?

Van der Haüssen apretó los labios y asintió, viéndose derrotado ante su mirada.

—¿Ya habéis hablado? —preguntó Nirvana, entrando en el caza.

Detrás de ella, Sanpedro y Robert llevaban en brazos el cuerpo inconsciente de Markus.

—Sí, hemos decidido que las cortinas serán blancas —contestó Selene y se volvió hacia la silla del piloto principal del caza, dejando a Van der Haüssen allí de pie, con sus dudas.

—Veo que lo vuestro va en serio —aseguró Nirvana, posándose en el asiento artillero—. Quizás deje yo también el ejército y me busque un novio.

—Deberíamos dejar de beber esas infusiones de amapola —sonrió Selene.

Capítulo 33

LA ENTREVISTA

El lento y silencioso caminar de los colonos y del resto de los supervivientes del crucero Milvus se detuvo ante la bocacalle de la universidad. En la distancia, el alcaide observó los muros. Su ojo biónico enseguida le mostró un pequeño destello en una terraza, apenas visible al ojo

humano. Alguien les estaba observando con la mirilla inteligente de un fusil atomizador. No lo dudó ni un momento, debían ser los Centuriones de Orión. Y quedó en silencio, pensando en la mejor opción.

De pronto, ante la sorpresa de los demás, salió corriendo hacia la puerta de la universidad; al verle, de forma instintiva, Óscar corrió tras él y los demás colonos vestidos de paramilitares también. Enseguida les siguieron los supervivientes de la tripulación del crucero. Pero, apenas a unos metros de iniciada la carrera y sabiéndose observado, el alcaide se volvió para hundir el estilete de su mano biónica en el vientre de Óscar y, con un rápido movimiento, acabó con otro colono, seccionándole la garganta.

—Mi general, parece que lo que queda de la tripulación del crucero fascista está luchando contra los colonos para llegar hasta aquí —dijo el centurión que observaba por la mirilla.

—Acabad con esos payasos comequentes, cubrid a la tripulación de ese crucero y abrid las puertas —ordenó Kevin.

Al momento, los fusiles atomizadores sembraron la tierra de colonos muertos, con disparos precisos, impactos en la cabeza. No dejaron ni uno con vida.

El alcaide y el resto de la tripulación corrieron hacia los portones de la universidad, los cuales se abrían lentamente.

—Sargento —dijo Kevin.

—Sí, mi general.

—Concentre en el patio a esa gente y elimine de inmediato a cualquiera que presente una herida o mordedura. Registre bien a esos hombres y mire a ver si sobrevivió a esos antropófagos algún jefe u oficial de La Unión.

Conforme entraron los supervivientes en la universidad, los portones se cerraron y fueron rodeados de inmediato por los centuriones. Les trasladaron directamente a un polideportivo cubierto, donde fueron cacheados y atendidos.

En pocos minutos, el alcaide era trasladado ante la presencia de Kevin.

—Soy el máximo responsable de esta gente —expuso el alcaide.

—¿Usted comandaba el crucero Milvus? Kravent, el alcaide Kravent, ni más ni menos —dijo Kevin, sentado en la mesa del despacho del director de la universidad.

—No es una situación muy reconfortante, pero tengo que darle las gracias por salvarnos de esas bestias, los colonos. ¿Puede usted creer que nos querían comer? —expuso el alcaide.

—Sí, se ve que a los colonos de este maldito planeta no le gustan las tortitas de maíz. ¿Qué hace el alcaide de una prisión comandando un crucero militar? Y no me venga con tonterías o le tiraré ahí afuera, con esas cosas muertas.

—Veo que es un hombre al que no le gustan los rodeos. Usted es un militar, un Centurión de Orión, todo un general. Yo solo soy el alcaide de una prisión de La Unión. Estamos en bandos distintos. Pero tengo que recordarle que en mi planeta siempre se trató bien a los convictos que pertenecían a la causa rebelde. No soy yo mucho de líos y nunca me gustó albergar presos políticos. Deseo, como tantos, volver algún día a la madre Tierra y no me gusta nada lo que está ocurriendo...

—Déjese de cháchara —ordenó Kevin, tajante ante aquel extraño discurso.

—Creo que tenemos un mismo objetivo: acabar con la Loba Roja —expuso el alcaide.

Kevin levantó las cejas hasta arriba y estiró los labios.

—Ya tengo a la Loba Roja, uno de mis capitanes la tiene presa —expuso Kevin—. Pero ahora me preocupa más salir con vida de este maldito planeta. ¿A usted no?

—Sí, claro —murmuró el alcaide, un tanto confuso, pues no se esperaba aquella respuesta.

—¿Por qué quiere acabar con esa mujer? —preguntó Kevin—. Pertenece a su bando.

—No, ya no pertenece a ningún bando... Mi nieta, mi hija y mi hijo están muertos gracias a ella —expuso el alcaide, con cierta cara lastimera—. Ahora no es más que una apatria, una vulgar pirata desarraigada que sirve al que mejor paga. ¿En serio la tienen? No acabo de creerle.

—Hemos perdido el contacto. La nave cayó, espero que si no les han devorado ya esas cosas, pues que mi hombre aparezca por aquí con ella. Debe de odiar mucho a esa mujer para entrar en este planeta, corriendo el riesgo de que le destruyera con la Mamba Negra... ¿Cuánto?

El alcaide no contestó, pero sí vigiló la mano del general, que se hacía con la hebilla del cinto conforme se levantaba.

—Solo quería venganza, tengo derecho como padre.

—La venganza no es buena compañera en tiempos de guerra. No te deja evaluar bien una situación, te confunde, acelera y puede acabar contigo con un mal paso —le replicó Kevin—. Por favor, puede sacar su estilete, el que oculta en esa mano.

—Creí que nos íbamos a entender —dijo el alcaide.

—Oh, sí, desde luego, solo es precaución. No se preocupe. No tengo ninguna intención de dañarle a usted o a su tripulación. Además, igual me viene bien alguien que desee acabar con esa mujer. Aunque solo en el extraño caso de que no esté muerta o de que mi hombre no me la traiga. El estilete.

El alcaide estiro el cuello y alzó la mano biónica.

—Me deja usted indefenso —aseguró.

—No se preocupe, aquí dentro no hay muertos vivientes ni necesitará ese pincho —le replicó el general y se posó a su lado, sentándose en la esquina de la mesa. Y estiró la mano.

El alcaide miró atrás: dos centuriones permanecían de guardia, armados hasta los dientes, sin apartarle la mirada. Estiró la mano metálica, asomando el afilado estilete conforme desaparecían los dedos. Con un giro de muñeca y con ayuda de la otra mano, realizó un leve movimiento y sonó un click, el estilete estaba desenganchado.

—Me admira que sobreviviera a nuestro bombardeo, me admira que fuera tan valiente de perseguir con un crucero a la Mamba Negra, me admira que tenga el valor de presentarse ante mí ofreciéndome su ayuda para capturar a la Loba Roja —dijo Kevin, conforme tomaba en su mano aquella arma—. Pero me ha decepcionado profundamente que me mienta.

Sin más, le soltó tal puñetazo al alcaide que le saltó parte de la dentadura y le hizo estrellarse en el suelo del despacho. Y comenzó a golpearle con el pie en las costillas, en el vientre, en la cabeza.

—Acaso cree que no sé que busca el oro de Zafiro —le espetó—. Le diré algo que usted, que cree saberlo todo, no sabe: Zafiro está en manos de las Naciones Americanas y ese oro es lo que nos permite financiar la rebelión. No puedo permitir que nadie ajeno a la causa quede con vida para avisar a La Unión, por ello he bombardeado su prisión, por ello quería acabar con la Loba Roja a pesar de que hace siete años que no combate.

—No... Se equivoca, yo solo la quiero a ella. El oro lo quiere Morgan, el comandante Morgan —dijo el alcaide, tratando de evitar aquella paliza de muerte, viéndose perdido.

Kevin paró de inmediato.

—¿Un comandante de La Unión sabe lo del oro de Zafiro? —le preguntó.

—Está en Kravent, con la nave nodriza... La Migra SIV —balbuceó el alcaide, sin dientes apenas y con el ojo biónico por fuera de la chapa metálica que cubría la cuenca ocular—. Yo nunca quise ese oro, solo matar a la Loba Roja, vengar a mis hijos, a mi nieta...

—¿Quién más sabe lo del oro? —espetó Kevin, hundiéndole el afilado estilete en el pecho.

—Nadie, los demás han muerto —aseguró el alcaide—. Yo puedo traerle a Morgan hasta aquí, podemos huir en su nave.

—¿Cómo?

—Espera una señal para acercarse y aprovisionarnos, para ir a por el oro.

—No te creo, podríais tomar cuantos víveres necesitabais de este planeta.

—En la Milvus viajaba su hija Abigail, es teniente de navío. Vendría a por ella.

Kevin dejó de introducir el estilete en el pecho del alcaide y fijó la vista en sus centuriones.

—¿La señal?

—Tenía que enviarla antes de partir. Para ello es necesario salir al espacio con una nave, activar una baliza, un satélite inteligente —contestó el alcaide.

Kevin le miró con cierta cara de indiferencia y comenzó a hundir levemente el estilete de nuevo en el pecho del alcaide.

—No, no puede hacerme esto, quiero vengar a mi nieta, a mis hijos... No puedo morir así. ¡Sé dónde esconden una nave los colonos!

Kevin sacó de inmediato el estilete.

—¿Dónde?

—Lo sabrá, si me deja con vida —dijo el alcaide, con cara de no decir nada más.

Kevin observó detenidamente, distante, aquel rostro delgado y curtido, machacado por las patadas. Sabía que el viejo no era idiota, no iba a hablar, aquella información era lo único que le mantenía con vida.

—¡Sargento!

—Sí, mi general.

—Llévese a esta basura fascista. Que le atiendan en enfermería, que coma algo y me lo trae de nuevo, esposado.

Capítulo 34

EL REGALO

La planeadora de Amaia surcaba veloz el lago, en su cubierta permanecía un cajón de aspecto y color metálico, que guardaba nuevas muestras de algas y plancton tomadas más allá de las grandes extensiones de leños. Se sentía feliz, pues también le llevaba a su padre un regalo inesperado: un pequeño vertebrado escamado que habían encontrado entre las rocas húmedas.

Llegaron a la entrada oculta que daba a las galerías subterráneas, entró con prisa, ayudada por los dos becarios que la acompañaban y por Heysel, la cual se negaba a permanecer postrada en una cama mientras todo ocurría fuera. Amaia la observaba a menudo con cierta admiración, nunca había visto a una mujer artillera, armada hasta los dientes y con una capacidad de combate letal. Eso le parecía, desde siempre, que solo estaba en las películas y documentales de las Guerras de La Unión; y la fascinaba.

Descargaron rápido y ocultaron la entraba.

Sin embargo, alguien vigilaba.

Dos colonos, un hombre mayor de barba cana y una joven desgredada con cara de ira, vestidos de paramilitares sonrieron con sus rostros tintados de negro carbón. El destello de los paneles solares les había llevado hasta allí. Saltaron de inmediato saliendo de los pequeños arbustos, se colocaron las armas bien sujetas a las espaldas y corrieron hacia una moto negra, para hacer rodar vertiginosamente las anchas ruedas por la carretera desierta a la vez que gritaban, dejando tras de sí el destello luminoso y el zumbido del silencioso motor, acelerando con destino a la universidad de la colonia.

—Mi general, el prisionero está listo —dijo la sargento, entrando en el despacho de Kevin.

Tras ella entró el alcaide con varios apósitos, un parche en el ojo biónico, la cara larga y las manos esposadas en un cepo metálico que apenas dejaba ver la punta de los dedos.

—¡General! —entró corriendo un centurión, exaltado.

—¿Sí? —preguntó Kevin, atento.

—Alguien está contactando con la universidad por medio de la frecuencia de onda corta. Son colonos, paramilitares sin duda. Les estamos siguiendo el juego. Dicen que han encontrado “el resto del rebaño” y preguntan por un tal Reik.

—¿Les habéis sacado algo más?

—No, pero no tardarán en llegar. Green que la universidad sigue en sus manos, esperan una gran recompensa por su descubrimiento.

Kevin miró de soslayo al alcaide y se acercó a la ventana.

—Tendrán una buena recompensa por su descubrimiento —aseguró Kevin—. Cuando aparezcan por la calle, abrid las puertas y cerradlas en cuanto estén dentro. ¡Claro que sí, les daremos una buena recompensa!

El centurión salió de la oficina, mientras la sargento esperaba órdenes.

—¿Señor?

—Pospondremos de momento nuestra expedición. Prepáralo todo para cuando lleguen esos colonos comequentes —le ordenó y se acercó lentamente hacia el alcaide—. Dígame, ¿sabía usted algo de ese rebaño?

—Ciertamente, no... Pero resulta obvio que hay otros colonos que sobreviven escondidos en algún lugar. Si no fuera así, sería ilógico que estos asesinos antropófagos salieran de caza arriesgando sus vidas.

—¿Quién es Reik?

—Reik era el caudillo de estos salvajes. Murió, yo mismo le maté.

Kevin anduvo de nuevo rondando la ventana en silencio.

—¿Cree usted que pueden haber muchas personas vivas ahí afuera?

—Es posible, aunque muchas no. Supongo que la diferencia entre la vida y la muerte en este planeta la marca la disponibilidad de alimentos y de un refugio que pase desapercibido a los muertos vivientes. Es posible que algunos grupos lograran hacerse con bastantes víveres y un buen escondite —contestó el alcaide.

—Sí, supongo que sí —murmuró Kevin.

—Solo soy un viejo cansado, sin armas. ¿Es necesario? —preguntó el alcaide, mostrando sus muñecas y las manos esposadas.

Kevin le observó serio y, al momento, le sonrió.

—Usted debe pensar que soy un estúpido colono o un insensato, como ese Reik o como los peleles que comandaba en esa nave de La Unión —le contestó y, sin más, le golpeó fuerte, con un severo revés que le hizo voltear la cara y escupir sangre—. No vaya de víctima arrepentida conmigo, alcaide, o le destriparé antes de tiempo.

—Tenemos un trato —replicó el alcaide.

—Lo cumpliré. Soy un Centurión de Orión y mantendré mi palabra, pero no me tiene ni me ponga a prueba. Mi paciencia es muy limitada.

—¡Papá! —exclamó Amaia, entrando en el laboratorio.

Heysel permanecía dos pasos atrás, todavía cojeaba de la herida del muslo.

—¿Sí, hija? ¿Has encontrado algo? Te veo muy animada.

Amaia sonrió a Heysel y, después, a su padre. Alzó una pequeña jaula de soportes transparentes; dentro, un pequeño animal del tamaño de una rata se movía de lado a lado.

El Dr. Osaka alzó el entrecejo, sorprendido. Era el primer ser vivo vertebrado que había visto en el planeta en los cuatro años que llevaba allí.

—Hay más, pero no pudimos cazarlos. ¡Heysel quería atraparlos a disparos! Pero le dije que los queríamos vivos. Están muy lejos, más allá del lago, cerca del nacimiento del río. El bosque de leños desaparece y encontramos un pequeño desierto de arbustos espinosos... ¡Con fauna! Creo que ni los muertos vivientes ni las esporas de los leños llegaron hasta allí.

—Pero... ¡Cómo has podido! Esa zona no se investigó profundamente por los altos niveles de radiación que despiden. ¡Estás loca! ¡Es un desierto! ¡Allí no hay nada!

—Parece que sí —expuso Heysel, cortando aquella especie de regañina.

—Papá, si estos seres sobreviven a esa radiación y a los leños, quizás nosotros —expuso Amaia—. Mira el animalito: tiene patas con dedos, boca, ojos, olfato y oídos. Parece un mamífero rabote, pero no tiene mamas y sí escamas, como los reptiles. ¿Qué será? ¿Placentario? ¿Ovíparo?

El Dr. Osaka volvió la vista sobre el extraño animal que volvía a despertar su interés por la biodiversidad del planeta y tragó saliva al pensar que tal vez su hija tenía razón. Ese animal solo podía haber sobrevivido porque tenía algún tipo de anticuerpo o sistema inmune que rechazaba las esporas de los leños.

Las puertas de la universidad se abrieron y la moto negra entró veloz, frenando ante las columnas del edificio. De un salto bajaron los dos colonos paramilitares, el hombre y la joven, satisfechos y con ganas. Los cañones de cuatro fusiles atomizadores aparecieron ante sus estupefactos rostros. La muchacha se volvió, para tratar de huir, pero un fuerte golpe en el vientre la hizo revolcarse aullando en el suelo. Al momento, estaban rodeados por los Centuriones de Orión.

Kevin observaba desde lo alto de la oficina.

—¿Le apetece? —invitó al alcaide para que le acompañara.

Ambos bajaron por la escalera, tranquilos. El alcaide guardaba silencio, mientras Kevin iba saludando a los colonos que habían rescatado en el convento, los cuales salían poco a poco para observar a los recién llegados, aquellos que tanto les habían humillado, esclavizado y devorado.

—¡Matadles! —gritó uno.

—¡Silencio! —ordenó la sargento—. No volveré a repetirlo y me importará una mierda a quién tenga que matar. ¡Vivimos en absoluto silencio! ¡Más allá de estos muros acecha la muerte!

Nadie volvió a abrir la boca.

—Me hubiera encantado disponer de centuriones en mi tripulación, no la bazofia de soldados que tenía —remugó el alcaide.

Kevin le ignoró por completo y se posó ante los dos paramilitares. Sacó su arma y la puso sobre la frente del hombre de barba cana, el cual permanecía firme, serio; la joven que había tratado de huir, temblaba toda ella, su cara de ira era ahora un poema de miedo.

El general rebelde disparó y la sangre manchó la cara de la muchacha, que abrió los ojos al extremo al notar el cañón del arma ahora en su frente.

—¿Quieres vivir? —preguntó Kevin.

La muchacha asintió repetidamente, mientras numerosas lágrimas le recorrían la cara, abriendo surcos en el tizne negro.

—Habla y no se te ocurra mentirme: ¿Quién eres? ¿Dónde está ese rebaño?

—Me llamo Noelia... Era... Soy enfermera... Hasta que... Oh, lo siento —sollozó.

Kevin acarició el gatillo de su pistola láser y un zumbido de carga anunció que estaba preparada para ser disparada.

—No, espere —rogó la muchacha—. Venimos de inspeccionar la caída de esa nave. Hicimos prisioneros, pero escaparon y algunos de los nuestros fueron a por ellos. Como no regresaban volvimos a buscarlos. Los habían matado, a los nuestros. Recorrimos la zona por unos días y, casualmente, vimos unos paneles solares y hallamos el lugar donde el Dr. Osaka se oculta con su gente...

—¿Cuántos prisioneros? —interrumpió Kevin.

—No sé cierto. Yo no estaba allí. Creo que eran dos hombres y una mujer.

—¿Morena o pelirroja?

—No comunicaron nada sobre ello.

—¿Quién es ese doctor?

—Es... Era el encargado del estudio sobre la sostenibilidad del planeta. Cuando todo estalló, trató de huir, pero no pudo y, junto con la gente de su equipo, asaltó varios comercios y huyeron a una estación biológica perdida en el bosque. Desconocíamos el sitio, pero sabíamos que estaban en algún lugar, cerca.

—¿Dónde?

—En el lago, en la cara oeste dejando atrás la cascada. Junto a la roca grande que está en los remansos hay una oquedad...

—¿Hay más gente escondida en este asqueroso planeta? —interrumpió Kevin.

—Sí, no sé. Pero quizás no muchos.

—¿Os los habéis comido ya a todos?

La muchacha bajó la cabeza, como avergonzada, y cayó de rodillas, llorando.

—Reik no nos dio opción: estábamos con él... o contra él.

—Reik está muerto. ¿Quién era ese Reik que logró erigirse en vuestro caudillo?

—Un guardia de seguridad del centro comercial. Nunca fue nadie hasta el estallido de muertos, se hizo con las armas y con el poder. Cuando acabaron las reservas de alimentos, él nos guió en la lucha contra los muertos. Dijo que era nuestro deber sobrevivir...

—¿Devorando a los demás?

La muchacha asintió.

—Decía que solo los más fuertes serían los que sobrevivirían —murmuró.

—Al menos hay siete centros comerciales que aún tienen comida enlatada y un almacén en el centro de la ciudad. Mis hombres, con ayuda de tus vecinos, esos que manteníais presos para comerlos, me lo han certificado.

—La colonia estaban colmada por miles y miles de muertos —se excusó la joven—. Ahora están dispersos, quizá sea más fácil llegar. No lo sabía.

—Sabes lo que pienso: os gustaba sentiros superiores, abusar de esta gente, saborear la carne fresca de sus glúteos... ¡Cazarlos y tratarlos como animales! ¡Devorarlos como reses!

—No, no —murmuró ella, mostrándose abatida.

—Desnúdate —ordenó Kevin.

Ella le miró desconcertada y obedeció tímidamente.

—Sargento, póngale un collar de esos de acero con los que tenían a esta gente sometida, agua en una palangana y un hueso de los despojos de la comida, y átela a la puerta por dentro. Si se porta mal o emite una sola queja, me la ata por fuera, para que sirva de pasto a esas cosas —ordenó Kevin—. Y cave un hoyo al lado, para que haga sus necesidades.

—¿Señor? —preguntó la sargento, mirando la cara desconsolada de la joven muchacha, desnuda e indefensa, y se mostró un tanto disconforme con la orden.

—¿No ha oído bien?

—Podríamos encerrarla en una de las celdas —aseguró la sargento.

—¿Discute mis órdenes? ¿Es que quiere usted acompañar a esta comegente?

La sargento no respondió, simplemente se alejó hacia la puerta, tirando del brazo de la joven, bajo la atenta mirada de Kevin.

—Parece que la Loba Roja sigue viva. ¿Quién sino ella puede acabar rápidamente con un grupo de paramilitares y desaparecer? —expuso el alcaide.

—Nirvana —respondió Kevin, un tanto malhumorado—. Vamos, en unos minutos sale con mis hombres a por esa nave, ¿sabe el modelo?

El alcaide alzó las muñecas y se las mostró a Kevin, como pidiendo que le liberara.

—La Loba Roja está viva, ahí afuera. ¿Para qué la vieja nave de estos colonos si podemos disponer de algo mejor? —se dejó querer—. Sé que no soy de fiar, pero usted bien sabe lo que me conviene y yo soy consciente de ello, sé dónde están mis limitaciones. ¿Hacemos un nuevo trato?

—¿Algo mejor? —se acercó Kevin—. ¿Qué me puedes ofrecer para que yo confíe en un carcelero asesino con delirios de grandeza?

—Un Spitfire UK 5000.

—¡Sargento! —gritó Kevin.

—Sí, mi general. La prisionera ya está encadenada a la puerta.

—No tenemos ninguna prisionera, sino una mascota, una perra sarnosa —interrumpió Kevin—. Y ahora un perro rabioso. Desnude a este payaso engreído y encadénelo, pero fuera, en una farola —ordenó y, sin más, se alejó.

—¡No! —exclamó el alcaide.

—Vamos, viejo, se te acabó el cuento —aseguró la sargento, tirando de él.

Aquella noche, el silencio de la colonia se vio roto por los tremendos alaridos que profería el alcaide con cada desgarró que sentía en su cuerpo. Atado de un brazo a la farola, apenas podía defenderse, se agitaba nervioso, sudando y gritando con cada mordida que recibía, hasta que los muertos vivientes que se le echaban encima eran tantos que no pudo más que maldecir conforme era devorado, conforme moría desmembrado. En la universidad, todos escuchaban en silencio: los centuriones en vigilia armada, los supervivientes de la tripulación del crucero y los colonos liberados por Kevin en sus alojamientos improvisados en las aulas. La joven prisionera, Noelia, sudaba entre temblores, sin mover una pestaña, atada junto a la puerta, oyéndolo todo. Cientos de aquellos seres horribles se estaban congregando al otro lado del muro, apenas a una veintena de metros; muchos pasaban muy cerca y se les oía gemir, y aquel constante arrastre de pies en el asfalto, una procesión de muertos, se hacía horroroso.

Un nauseabundo olor lo envolvía todo.

La sargento se acercó a Noelia y le ofreció una manta.

La joven la miró llorando, aterrorizada.

—Yo no maté a nadie —sollozó, cubriéndose de inmediato.

—No te preocupes, no dejaré que te pase nada. El miedo te venció, te equivocaste e hiciste cosas horribles, y eso tienes de pagarlo. Intentaré que te libere pronto. Ahora que has sobrevivido, debes saber qué te conviene. No cabrees al general —le aconsejó la sargento y le dejó un bote de estofado de res caliente.

Los terribles gritos de horror y agonía del alcaide cesaron con un último estertor, conforme la sargento regresaba al interior del edificio.

Kevin la esperaba en la puerta.

—Vamos, sargento: ahora que los muertos han descendido, es el momento de visitar ese hangar de la loma, a ver qué cacharro nos encontramos. La acompañarán dos centuriones y un colono que residía por esa zona, él les llevará directos.

—¿Yo?

—Sí, usted. ¿Algún problema? ¿Acaso tiene demasiado trabajo cuidando de esa comegente? Compruebe la energía de las motos antes de salir, revise bien los planos y las rutas de escape, por si la nave estuviera inutilizada o perdiera a su colono. Y ya sabe: mucho cuidado, en silencio y machete.

La sargento Mata-Mata abandonó la universidad por una puerta lateral, esquivando la presencia de los muertos vivientes, acompañada por aquel desconocido colono que temblaba hasta la médula y por otra moto, con dos centuriones bien armados. Del alcaide Kravent solo quedaron en la calle principal, dispersos ante la farola, unos huesos descarnados, el cráneo abierto, la placa metálica del pecho y su mano biónica sobre un enorme charco de sangre.

Capítulo 35

ESCAPE

Selene, permanecía sentada en la cubierta superior de la derruida Milvus, con los brazos recogiendo las rodillas, observaba el cielo de la noche en busca de alguna estrella. A su lado, el capitán Van der Haüssen se sentaba llevando dos cacitos de infusión de amapolas.

Bajo sus pies, decenas de muertos abatidos y, más allá, los CSA custodiando la zona.

—Cuando era pequeña, en la madre Tierra, solía salir a la terraza de casa para buscar estrellas, una estrella fugaz, para pedir un deseo. El cinturón de rocas que rodea este planeta no me deja verlas, en este planeta de muerte no se pueden pedir deseos —dijo Selene y bebió.

—La madre Tierra está lejos, muy lejos —aseguró Van der Haüssen.

—Quizá no tanto. ¿Sabes? Cuando salga de aquí, he pensado regresar y vivir allí el resto de mi vida —expuso Selene, con cierta nostalgia.

—¿Vamos a salir con vida de aquí?

Selene le miró y estiró los labios.

—Yo sí —dijo finalmente.

—Selene —la llamó Nirvana, asomando por la escotilla.

—Dime —contestó ella.

—No, nada, déjalo. Luego, no sabía que estabas acompañada —se disculpó Nirvana y desapareció bajando las escalerillas que llevaban a la cubierta.

Nirvana recorrió las dependencias con cara de extraña resignación, todo le parecía tan extraño. ¿Era la Loba Roja ahora su amiga, su única amiga? Ella nunca había tenido amigas y,

mucho menos, amigos, solo odio. ¿Qué pasaría si salían con vida de aquel planeta, tendría que matarla? Sí, tendría que hacerlo. Llegó hasta el hangar donde estaba el moderno caza de combate, el Spitfire UK 5000, rumiando aquellos oscuros pensamientos.

—¿Todo en orden? —preguntó nada más entrar.

—Sí, mi capitán —respondió Sanpedro, ante el silencio de Robert y Abigail.

—¿Y Selene? —preguntó Markus, incorporándose levemente en la camilla que lo habían postrado, evitando mirar a la capitán rebelde.

—Está arriba, con su amante —respondió Nirvana—. Sanpedro, en la sala de intendencia del nivel 4 he visto unos subfusiles que podrían vernos muy bien.

—Ya hemos cargado los del armero y mucha munición —expuso Sanpedro.

—No discutas mis órdenes. Aún soy tu capitán —se impuso Nirvana y se acercó a Markus, para examinarle las heridas.

—Déjame —le espetó él, apartándole la mano.

Ella le miró de soslayo y se dirigió a Abigail.

—Límpiale la espalda, están supurando —le ordenó—. Héroe, tú que eres el copiloto, quiero que revises cada ruta y rastrees cualquier transmisión que puedas encontrar.

—Ahí fuera no hay nadie —comentó Robert.

—Seguro que hay alguien, siempre hay alguien —aseguró Nirvana—. Buscaré algo de comer, a ver qué más encuentro en la panza de esta chatarra. ¿No tenéis hambre?

—Odio a esa mujer —murmuró Markus, nervioso, observando cómo Nirvana se alejaba mientras Abigail le limpiaba las heridas de la espalda.

—Debes tranquilizarte, ahora es una de nosotros, la necesitamos, es una auténtica guerrera.

—Es un monstruo, no la necesitamos para nada —aseguró Markus.

—Para ser un monstruo, lleva varios días velando por tu seguridad —aseguró Abigail.

—¿Es verdad que Selene está con ese hombre? —preguntó el coronel, indignado.

Abigail le miró a los ojos, sorprendida por la pregunta.

—Creo que sí —murmuró finalmente.

—¿Con un terrorista?

—Creo que ya se conocían, pero no sé.

—No puede ser —negó Markus, con la cabeza, recostándose mientras sentía cómo la rabia, los celos y la decepción devoraban todo su ser—. Teniente, en cuanto tengamos una oportunidad tenemos que acabar con esta sinrazón y meter a esos terroristas en cintura. ¡Joder! Somos

soldados de La Unión, no podemos convivir con terroristas, ni pretender ser sus amigos.
¡Destruyeron Kravent! ¡Mataron a tantos!

—Sí, mi coronel —murmuró Abigail.

Entre tanto, Selene seguía con la vista puesta en el cielo, pero con la cabeza baja.

Van der Haüssen, sentada tras ella, le masajeaba las cervicales, aunque más que un masaje eran caricias que no cesaban.

—Ahí, ahí —indicó ella, ladeando su larga melena, dejando al descubierto el cuello.

Van der Haüssen apretó con el pulgar, deslizando hacía arriba y abajo.

Y ella resopló.

—Estás muy tensa —expuso él y la besó en el cuello.

Y ella se recostó hacia atrás, dejándose abrazar.

Un destello azulado les sobresaltó. Y otro y más, y se levantaron nerviosos. Los CSA estaban disparando a discreción, sin parar, y eso solo significaba una cosa. Ambos corrieron escalerilla abajo, recorriendo los pasillos del crucero, sorteando los escombros, hasta el hangar.

—¡Nos vamos! —exclamó Selene, saltando sobre su asiento.

—¿Qué ocurre? —preguntaron Abigail y Robert.

—¡Ya están aquí! ¡No sé cómo, pero esas cosas nos han detectado! ¡Son cientos o miles, no sé! —expuso Selene, ajustándose los cintos de seguridad e iniciando el protocolo de despegue.

—¡Vámonos! —exclamó Robert, en su puesto de copiloto.

—¿Y Sanpedro? ¿Dónde está? ¿Y Nirvana? —preguntó Selene, al percatarse que no estaban en el interior del caza.

—¡Silencio! —exclamó Van der Haüssen.

Lo que escucharon, les heló la sangre. Unos horribles sonidos guturales, como salidos de la garganta del infierno, resonaban por los pasillos. Y cada vez más cerca. Fuera, los CSA no daban abasto ante la marea de cadáveres que se acercaba, que pasaban ante ellos. Unos eran abatidos, imposible todos. Los muertos estaban entrando en la derruida nave, por cada apertura. Aquel coro de gemidos y el hedor a muerte que arrastraba les estremeció el alma.

—Debemos salir de aquí ya —aseguró Markus y, para sorpresa de Selene, sacó una pistola atomizadora que llevaba oculta, para apuntar sobre Van der Haüssen. Y disparó.

El arma solo realizó un leve zumbido, necesitaba recargar el acumulador de energía.

—¡Teniente, tire fuera a ese terrorista! ¡Selene, salgamos de aquí! —ordenó Markus, con enfado al comprobar que estaba desarmado, intentado imponer su rango superior.

Van der Haüssen le retiró el arma de un tirón de manos y le golpeó en la boca con la culata, haciéndole caer atrás. Acto seguido, se alzó la muñeca, buscando su radiotransmisor.

—Sanpedro, Nirvana, partimos de inmediato, los muertos vivientes se acercan, están dentro. ¡Vamos! ¡Os quiero aquí ya! —exclamó.

Selene observaba sin decir nada.

Abigail agachó la mirada, evitando conflictos y se acercó a Robert, sin saber muy bien qué hacer, el cual le dio un apretón de mano en el hombro, transmitiendo confianza.

—Prepárate, ya están ahí —ordenó Van der Haüssen.

Selene enfocó su vista sobre la puerta del hangar, seguía estancada a media altura. Pero con varias cargas explosivas insertadas a lo largo del marco de la compuerta.

Nirvana y Sanpedro llegaron a la par, corriendo. Tras ellos aparecieron, gimiendo como enloquecidos, los muertos vivientes; arrastrando los pies, con sus brazos estirados hacia delante.

—¡Mierda, casi nos alcanzan! —exclamó Nirvana, lanzándose contra su asiento de artillero y se ajustó el cinturón.

Apenas entró Sanpedro, las compuertas del Spitfire UK 5000 se cerraron y el ligero zumbido de los propulsores se acrecentó.

Varias manos demacradas, entre gemidos furiosos, golpearon por fuera.

—¡Artillera! —exclamó Selene.

Nirvana activó el panel de defensa y disparó sobre las cargas explosivas. El estallido liberó por completo la compuerta del hangar, haciéndola volar. Conforme docenas de muertos vivientes golpeaban la estructura metálica, el caza salió disparado del hangar, abrasando con la llama de las turbinas a los muertos que habían logrado llegar hasta allí.

Al salir a cielo abierto, mientras recuperaban el resuello y el alma, resoplando, Selene se fijó, de inmediato, en unas bengalas rojas que ardían al lado del crucero Milvus y comprendió qué era lo que había atraído hasta allí a los muertos vivientes. Su cara se contrajo.

Todos las vieron.

—¿Quién ha sido? —preguntó Nirvana.

Nadie respondió.

—Carguemos los CSA —dijo Selene, ignorando la pregunta.

Nirvana acercó su transmisor de muñeca a los labios y citó una clave. Los CSA dejaron de disparar sobre los muertos vivientes y se alejaron de los restos del crucero hacia un claro, atravesando lentamente la marea de muertos que se estaba concentrado allí. Selene se situó sobre los androides, apenas a unos metros de altura y, midiendo bien las distancias, activó el mecanismo de enganche. Al momento, como si hubieran sido absorbidos por un potente imán, los dos

androides quedaron enclavados en los bajos del caza, a la vez que dos tubos se acoplaban a sus costados, penetrando en la carga de energía. Finalmente, una cubierta metálica les protegió.

—CSA acoplados —aseguró Robert, en su puesto de copiloto.

—Artillera en posición —dijo Nirvana.

—Artillero de babor en posición —confirmó Sanpedro.

—Tripulación controlada —aseguró Abigail.

—Tripulación controlada —confirmó Van der Haüssen.

Selene, sin más, aceleró, elevando el caza, para dejar atrás los restos del crucero Milvus y la oleada de muertos vivientes que no cesaba de llegar.

El paso de las dos motos atrajo de inmediato la atención de los muertos vivientes, para ellos era imposible atrapar a los vivos que las pilotaban, demasiado veloces, pero no seguirles. Y una procesión de cadáveres comenzó a recorrer aquella carretera que llevaba a los hangares de intendencia y comunicaciones de la colonia.

—Rápido, rápido —remugó la sargento Mata-Mata, saltando de la moto en la entrada del pequeño hangar, y vigiló la carretera desierta, que permanecía tranquila bajo la oscuridad de la noche, en paz, engañosa, pues se oía aquel coro gutural a los lejos.

La puerta estaba abierta y no tardaron en recorrer los hangares.

—Por aquí, por aquí —gritaba el colono que les había llevado hasta allí, temblando el mentón, señalando al fondo.

—¡Joder! ¡No es una nave! ¡Es una puta baliza! —exclamó la sargento conforme se acercaba a aquel aparato que bien parecía una pequeña nave espacial a ojos inexpertos.

—¿No? ¿No es una nave? —preguntó el colono.

La sargento ni respondió, se dedicó a recorrer el lugar, por si hallaba algo de interés, mientras por su cabeza no paraba de rondar aquella pregunta: ¿Cómo vamos a salir de este maldito planeta?

—Centurión, compruebe si al menos tiene energía —ordenó y se acercó a un ventanal.

Se quedó helada.

Al otro lado del cristal, apenas a unos metros, docenas de aquellas terribles criaturas deambulaban sin rumbo, unas hacia allí, otras hacia allá.

—¡Rápido! ¡A las motos! —exclamó, echándose atrás.

El rostro demacrado de una de aquellas horribles criaturas se volvió hacia la sargento, como si algo hubiera descubierto, parecía una anciana afable de abultada melena blanca, con

gafas y vestida con batín y cómodas zapatillas de andar por casa; no mostraba herida alguna, pero su color de piel era muy pálido y en su piel se marcaban ramilletes de venas verdosas. De pronto, abrió la boca lanzando un terrible gemido y comenzó a andar hacia ella, estirando las mandíbulas hacia delante, sin apenas dientes, mordiendo al aire. Los demás muertos vivientes pararon en su tortuoso caminar para fijarse en el hangar y se dirigieron hacia el ventanal, amontonándose, buscando una entrada.

—¡General! ¡Aquí solo hay una baliza y un montón de muertos que tratan de atraparnos, regresamos! —exclamó la sargento por su frecuencia de radio, conforme corría hacia el exterior.

Los ventanales crujieron y los muertos entraron como un torrente en el hangar, conforme caían se levantaban, buscando carne viva que devorar. Disparando, la sargento corrió junto al colono y sus dos compañeros, hasta alcanzar las motos, y saltaron para arrancar conforme el horroroso paso de aquellas criaturas se les acercaba. Aceleraron cuesta abajo, por la misma carretera por la que habían llegado, buscando una huida rápida. Pero ahora estaba colapsada de los muertos que les habían seguido, formando una terrible barrera de cadáveres hambrientos. Enseguida se empotró contra ellos la primera moto, la más rápida; se deslizó por el suelo, mientras los pilotos rodaban. Uno de ellos, el colono, estampó su cráneo contra una roca; al centurión que le acompañaba, apenas trató de levantarse, docenas de brazos le sujetaron mientras unas asquerosas bocas negras le mordían, despedazándolo al momento entre terribles alaridos.

La sargento frenó para no sufrir el mismo destino y trató de regresar, pero no podía. Los muertos vivientes comenzaban a llegar también desde atrás, descendiendo del hangar.

—¡Kevin, necesitamos ayuda! ¡Nos han rodeado! —exclamó por el transmisor.

Nada, ninguna respuesta.

La sargento tragó saliva, aunque respondieran, ¿qué iban a poder hacer para ayudarles?

—Tenemos que salir de aquí —dijo el centurión que la acompañaba sobre la moto.

Con los muertos vivientes acercándose por ambas direcciones de la carretera, apenas a unos metros, notando su fétido aliento, saltaron de la moto y corrieron hacia el campo de maizal, internándose veloces entre las altas mazorcas, sin ver más allá de un metro, sudando sus miedos, sin apartarse el uno del otro, tratando de dejar atrás el terrible coro de muerte que les perseguía.

—¡Mierda! —exclamó el centurión y comenzó a disparar a los lados.

—Esto está lleno de esas cosas —replicó la sargento, abriendo fuego contra todo lo que se movía, sin dejar de correr.

Atravesaron el maizal para salir de estampida ante un extenso terreno roturado, por sembrar. Ante ellos, miles de muertos que se concentraban allí, se volvieron para recibirles. Y

ambos bajaron los brazos, las armas, con la cara descompuesta, derrotados y cansados. No había dónde huir, los tenían detrás, a los lados y ante ellos, a unos pasos.

—¡Sargento, es el fin! —exclamó el centurión, con rabia, viéndose muerto.

—¡Nos vemos en el infierno! —gritó ella, sin dejar de apretar el gatillo.

Un destello verde cruzó ante ellos, barriendo maíz y muertos con una tremenda explosión que lo iluminó todo. Al momento, el Spitfire UK 5000 pilotado por Selene descendió para quedar levitando apenas a un metro del suelo.

—¡Centuriones! ¡Arriba! —les indicó Van der Haüssen desde la escotilla lateral.

La sargento y el centurión corrieron los siete metros que les distanciaban como locos, para saltar dentro.

—¿Estamos? —preguntó Selene.

—¡En marcha! —respondió Van der Haüssen.

Selene apretó un dispositivo y una terrible descarga exterior barrió de la nave a todos los muertos vivientes que se les echaban encima, lanzándoles al aire envueltos en llamas. Acto seguido, se elevó conforme volvía su vista para estudiar a las personas que acababan de rescatar.

—¿Están heridos? —preguntó.

—Sargento, ¿esas cosas les han mordido? —insistió Nirvana, en su puesto de artillera.

—No... No... Creímos que estaba muerta, capitán —respondió la sargento Mata-Mata, sin apenas dar crédito a lo que veía.

—¿Qué es lo que has visto ahí abajo? —preguntó Selene, volviendo su mirada ante ella.

—Tú... Tú eres la Loba Roja —tartamudeó la sargento.

—En el mensaje que trasmitías decías que no había nave, solo una baliza —insistió Selene, ignorando aquellas palabras—. ¿Es verdad?

—Sí.

—¿Tiene energía? ¿Podría ponerse en órbita?

—Sí, lo comprobé antes de que nos descubrieran esas cosas —comentó el centurión.

—¿A quién iba dirigido ese mensaje? —preguntó Selene.

La sargento y el centurión quedaron en silencio.

—¿Cuántos han sobrevivido? —les preguntó Nirvana.

—Mi capitán —murmuró la sargento, indecisa al encontrarse en un caza de La Unión.

—Puedes hablar. De momento estamos todos en el mismo bando; contra más seamos, mejor nos podremos defender de esos monstruos —la tranquilizó Nirvana.

—Solo quedamos treinta y cuatro centuriones. Bueno, ahora treinta y tres. El general intenta mantenernos con vida, junto con unos veintitantos tripulantes de esa nave de La Unión y unos doscientos colonos que rescatamos.

—¿Paramilitares?

—No, a esos Kevin los mató todos. Se comían a la gente.

—Entonces, ¿el general está vivo?

—Sí, se pondrá muy contento cuando sepa que usted sigue con vida, mi capitán. Pero no sé como encajará que la Loba...

—Lo encajará —aseguró Van der Haüssen—. Ahora revisad descansad.

—Sí, mi capitán —murmuró la sargento, sin apartar la vista de Selene.

La cual se levantó de su asiento de piloto, dando una palmada en la espalda a Robert.

—Todo tuyo —le dijo y se acercó a Nirvana—. Tenemos que hablar.

Van der Haüssen las observó de soslayo. No le gustó nada que pretendieran dejarle fuera de la conversación, de lo que tramaran, y se acercó a ellas.

Ambas quedaron en silencio, mirando.

—¿Qué ocurre? ¿Pensáis dejarme fuera de los planes?

—Es lógico que estas cosas las discutamos un capitán de cada bando —aseguró Nirvana.

—Yo soy capitán —expuso Van der Haüssen.

—Creo que no estaría bien, vuestra relación sentimental podría generar dudas entre nuestros hombres y entre los de ella —aseguró Nirvana, tajante.

Van der Haüssen se quedó en silencio, sin palabras.

—Hemos pensado en llamar a tu general —le dijo Selene, como tratando de introducirle en la conversación—. Pero no sabemos si es buena idea. Podría hacerse con el caza y tratar de abandonar el planeta, o tratar de imponerse por su graduación militar.

Sanpedro se acercó lentamente, para escuchar.

—Hagamos lo que hagamos, tenemos que regresar a por Heysel —expuso.

—Yo creo que podemos... —habló Abigail, acercándose también.

—¿Qué es esto, una democracia? ¿Un mercadillo? —interrumpió Nirvana.

—Dejadnos solas, por favor —solicitó Selene, seria.

Con cara de enfado, Sanpedro y Abigail regresaron a su posición en el caza.

—Tú también —ordenó Selene.

Van der Haüssen miró al techo de la nave, suspiró y se volvió para sentarse en su puesto, con Abigail, junto al control de transmisiones.

—Tendremos que pensar qué vamos a hacer —murmuró Selene.

—¿Qué vamos a hacer? Yo te lo diré. Primero pondremos en órbita esa baliza para que el Dr. Osaka y Kevin puedan comunicarse con el exterior y vengan a auxiliarles. Luego, regresaremos a por Sheila y, al menos, tú y yo nos largaremos de este jodido planeta —dijo Vander Haüssen, en voz alta, tal cual una orden que no admitiera discusión.

Todos callaron.

Selene quedó sorprendida.

—No es mala idea, pero tendréis que dejarme un hueco. Yo también quiero largarme, dejar atrás este planeta, la guerra..., toda esta mierda para siempre, con Heysel —dijo Sanpedro.

Nadie dijo nada al momento, solo se miraron entre ellos.

—¿Olvidáis que todos nosotros estamos infectados? —preguntó Selene—. Si salimos de este planeta, llevaremos esta mierda a donde quiera que aterricemos e infectaremos a toda la población que lo habite... Mataremos cualquier mundo al que lleguemos.

Todos quedaron mudos, angustiados con tales palabras.

Capítulo 36

LA COBAYA

—¿En qué piensas? —preguntó Amaia, sentándose al lado de Heysel, y le ofreció una tacita de infusión de hierbas de amapola.

Ella le miró con cierta tristeza.

—En todo esto... ¿Cómo vamos a salir de aquí? —contestó finalmente.

—Mi padre y su equipo de investigadores están trabajando duro, es posible que encuentren una forma de eliminar las esporas de nuestros cuerpos gracias a ese pequeño bicho que le trajimos. Podríamos salir de este planeta.

Heysel no contestó, siguió con su cara de pena y resopló.

—¿Qué te ocurre? ¿Estas bien? —preguntó Amaia.

—Es que no sé por qué tardan tanto en regresar —remugó Heysel.

—Es por ese centurión negro, ¿verdad?

Heysel la miró y asintió.

—Parece un buen hombre —expuso Amaia.

—Es un rebelde, un terrorista. Y yo la artillera de un caza de combate de La Unión. Aunque salgamos de este planeta con vida, luego ¿qué? ¿Nos mataremos entre nosotros?

Amaia quedó en silencio, no tenía respuesta.

—Hija, ¿estás ahí? —preguntó el Dr. Osaka, entrando en la sala.

—Sí, ¿qué ocurre?

—Señorita, necesito un favor —se dirigió el doctor a Heysel.

—Dígame —contestó ella, incorporándose con el arma encima.

—Necesito un muerto viviente.

Las dos mujeres se miraron entre ellas, sin comprender.

—Creo que he encontrado un antídoto capaz de reducir la resistencia de las esporas, podríamos eliminarlas totalmente de un cuerpo con vida y es posible que de un cuerpo muerto. Pero quisiera experimentar, necesito un cadáver infectado antes de probarlo con los vivos. Usted es militar, sabrá cómo capturarlo y traerlo hasta aquí con seguridad.

—¿Quiere que le traiga uno de esos monstruos para usarlo de cobaya?

—Exactamente. Si funciona en una de esas criaturas, funcionará mejor en los vivos.

—Yo le acompañaré —se apuntó Amaia, cogiendo su traje de neopreno.

—No, hija, es muy peligroso.

—Papá, la voy a acompañar. Ya sé que es peligroso, pero no más que quedarse aquí esperando la muerte. Iremos con la planeadora, seguro que vemos alguno por la orilla del lago.

—Vayamos pues a por esas cobayas —dijo Heysel—. ¿No tiene un traje de esos para mí?

—Aquí el capitán Van der Haüssen, ¿alguien me escucha?

El general permanecía atento ante el equipo de transmisiones montado en el despacho de la universidad, sin contestar, esperando información de la sargento Mata-Mata.

—Kevin, sé que me estás escuchando, ahí escondido en la universidad. Vamos a poner en órbita la baliza para que podamos solicitar ayuda, después desapareceré por un tiempo —insistió Van der Haüssen, desde el Spitfire UK 5000, bajo la mirada seria de Selene.

—¿Y mi prisionera? —rompió su silencio Kevin.

—Debes congrega a los supervivientes en la universidad, defenderlos hasta que seamos rescatados, imponer una cuarentena hasta que la infección desaparezca por completo. Y eso puede durar un tiempo. Luego, mientras unos marchan en dirección Pangea, vosotros podréis marchar en una nave nodriza hacia Quelonia.

—Veo que lo tienes todo planeado. Pero se te olvida un detalle: el comandante Morgan sabe nuestro secreto, envió al alcaide tras la Loba Roja para cerrarle la boca. No creo que esté en su mente dejarme a mí con vida y menos a tu amada. Además, estamos infectados, si salimos podemos propagar la infección por todo el universo.

Abigail abrió la boca como nunca.

—Eso no puede ser verdad —murmuró sin querer creer.

—No te preocupes por eso, lo imaginábamos —respondió Van der Haüssen por la emisora—. ¿Está ahí el alcaide, contigo?

—Murió, esas cosas lo devoraron. Debes venir y entregarme a tu prisionera, estudiaremos juntos un plan de evacuación. Solo así nos dejarán salir de aquí con alguna garantía. Te doy mi palabra que cuidaré de ella.

Van der Haüssen cortó la comunicación.

—¿Qué secreto? —murmuró Robert.

Selene desvió su mirada hacia Abigail.

—No puede ser cierto... ¿De qué hablan? —preguntó ella, muy afectada.

—Tu padre envió al alcaide tras nosotros, para acabar conmigo —aseguró Selene.

—Pero ¿por qué? ¡No puede ser! ¡Él siempre te quiso mucho! ¡Es mentira!

Nadie respondió, por unos minutos el caza surcó los cielos en completo silencio.

—¿Fuiste tú quien lanzó esas bengalas para atraer a los muertos? ¿Querías hacerte con el control del caza para dárselo a tu padre? —le preguntó Nirvana finalmente.

—¡No! —exclamó Abigail.

—Tú padre era el socio necesario para que el alcaide pudiera llevar adelante sus planes, se enriquecían con el asesinato de los reclusos. Lo siento, nos engañó a todos —aseguró Selene.

Abigail agachó la cabeza y rompió a llorar.

—¿No fuiste tú quien lanzó esas bengalas? Entonces, ¿quién fue? —insistió Nirvana.

—Fui yo —se escuchó la voz de Markus, apareciendo en la cabina con un fusil atomizador en la mano, apoyándose a un lado—. Ahora salgamos de este planeta, Robert, pon rumbo a Kravent o te desintegro. Antes me dejasteis una pistola sin energía, ahora me he ocupado yo mismo de que el fusil esté bien armado. Esta locura debe de terminar ya.

—¿Estás loco? No podemos hacer eso —expuso Selene, mientras los demás observaban esperando un descuido.

—¡Claro que sí! ¿Por qué no?

—Infectaríamos a toda la humanidad —le espetó Selene.

Markus se contrajo y apretó los dientes de rabia. Observó a Nirvana, estaba sonriéndole, como pensando que era un idiota, y ella le guiñó un ojo. Y le disparó, haciéndola rebotar de lado a lado en el interior del caza. De inmediato, Van der Haüssen y Sanpedro aprovecharon el

momento y se lanzaron sobre él, desarmándole y golpeándole duro en la cabeza, por tres veces contra la pared de metal, hasta que cayó sin sentido.

Selene dejó los mandos del caza a Robert y corrió para atender a Nirvana.

Con los dientes prietos y las cejas arqueadas, Nirvana resoplaba buscando su mirada.

—Te dije que debíamos acabar con él. De tal palo, tal astilla —gimió.

—Mierda —susurró Selene, estudiando la profunda herida, que le atravesaba el vientre por un costado, y la taponó con las manos y, seguidamente, con su chaqueta—. ¡Robert!

—¿Sí?

—¡Al lago, rápido! —ordenó.

—Allí —indicó Amaia, sentada en la planeadora, surcando el lago.

Heysel, vestida con un traje de neopreno, pantalones, una chaqueta y trinchas y las botas militares, observó un cadáver andante a través de sus prismáticos.

—No, está muy cerca de la plantación; no sabemos si hay más. Seguimos.

Amaia continuó planeando sobre la superficie, buscando.

—Aquellos —aseguró la artillera, al descubrir unos muertos deambulando cerca de la orilla en un lugar despejado.

Amaia llevó la planeadora hasta la zona, acercándose a la orilla. Apenas tocó tierra, Heysel saltó y disparó en la cabeza a uno de ellos, un hombre enorme de aspecto grotesco, sin un brazo. Acto seguido, desequilibró a otro propinándole una patada en la rodilla, una mujer que apenas tenía cabello, y le inyectó una ampolla de fentanilo. Rápidamente, disparó sobre otro que se le echaba encima y tumbó, golpeando también en la rodilla, a un cuarto, una joven vestida de camarera y le inyectó otra ampolla.

—Esto funciona —aseguró al ver los dos cadáveres tumbados, boca arriba, tratando de morder a la nada moviendo la boca muy lentamente, con esos ojos muertos fijos en ella.

Amaia le lanzó unas gruesas esposas metálicas en forma de ocho y dos mordazas.

Heysel colocó las manos atrás a uno de los cuerpos, el de la camarera, y la esposó por las muñecas. Luego, la amordazó y fue a por el otro cadáver que permanecía en tierra moviendo las extremidades, la cabeza y la boca lentamente. Por un momento quedó viendo el rostro demacrado de aquella mujer, bien vestida, aunque las ropas ahora daban asco y sus joyas no brillaban; una señora sin apenas pelo ni cabellera, tal que podía verle el cráneo. Sintió lástima al verla sin orejas, dar arcadas con esos labios amoratados y la cara blanca, marcadas las venas por todo su ser y con las piernas hinchadas por varices que parecían querer reventar en cualquier

momento. La pena la consumía cada vez que veía la mirada muerta de aquella mujer, con esos ojos sanguinolentos de pupilas grises que deseaban devorarla.

—¡Heysel! —exclamó Amaia.

La artillera alzó la cara y vio acercarse en la distancia un grupo numeroso de muertos vivientes. Apretó los labios y esposo el cadáver, pero esta vez, además de amordazarlo, le vendó los ojos para no ver aquella horrible mirada sin vida. Con la ayuda de Amaia, cargaron los dos cuerpos en la planeadora y los ataron bien con una gruesa maroma, de piernas y brazos.

—Tenemos que irnos, ya están aquí —aseguró Amaia, conectando las turbinas.

En ese momento, la planeadora recibió un fuerte impacto y se ladeó hacia babor. Amaia cayó sobre los muertos que habían capturado y Heysel hacia atrás, al agua, con el arma al aire.

Una mano demacrada rompió la superficie, para asirse a la planeadora. Y cuatro más. Al momento, varios muertos trataban de subir penosamente por la borda. Algunos lo consiguieron y abrieron la boca para gemir conforme estiraban los brazos arrastrándose hacia Amaia, la cual gritó al sentir las manos frías, descarnadas y huesudas en su cuerpo, al notar las tremendas mordeduras sobre sus muslos y costado, se orinó encima sin dejar de gritar al ver aquella cara hinchada y descompuesta alzarse sobre ella.

Bajo el agua, Heysel luchaba por desprenderse del abrazo mortal de dos de aquellos seres, notando los severos mordiscos, a punto de reventar sus pulmones. Al notar fondo, se empujó con el pie hacia arriba, con fuerza, a la vez que tiró de uno de ellos hacia atrás. Notó un tremendo golpe en el costado, contra una afilada roca y se revolvió bajo el agua de dolor, tragando. Sin saber cómo, logró salir a la superficie y respiró. Estaba a unos diez metros de la planeadora; vio la desesperación de Amaia y se deshizo del último muerto que la atenazaba a patadas y empujones, para nadar lo más rápido que podía.

Numerosos muertos vivientes llegaban, introduciéndose en el agua. Algunos desaparecían bajo la superficie, otros lograban llegar hasta la planeadora, asiéndose a la estrecha borda.

Amaia puso el brazo entre su rostro y la boca de un muerto, para evitar que le desgarrara la cara. Notó el tremendo dolor de la mordedura en la mano, justo donde no cubría el traje de neopreno. Y gritó con fuerza conforme perdía un dedo. Heysel hundió un puñal en la cabeza del muerto, separándolo de la joven. Seguidamente, sin apenas respirar, pegó una fuerte patada a otro que se les acercaba y miró angustiada su entorno, viéndose rodeada en la borda, en el agua, y por más muertos que llegaban a la orilla.

Los zumbidos azules de varios fusiles atomizadores las sorprendieron. Los muertos en la orilla, en el agua, en la planeadora, caían abatidos, destrozadas sus cabezas. Y buscó la procedencia de los disparos. Al momento vio correr hacia ellas a varios centuriones, eran cuatro,

que rápidamente se introdujeron en el agua y saltaron sobre la planeadora, sin dejar de disparar sobre cualquier muerto que se movía.

—¿Sabéis dónde se encuentra el Dr. Osaka? —preguntó uno de ellos, un cabo.

—Sí, es mi padre —respondió de inmediato Amaia, sintiéndose a salvo.

Uno de los centuriones gritó.

Un muerto viviente mordía su rodilla, alzándose desde el agua.

—Mierda —murmuró el cabo y, con un disparo, acabó con el muerto y con otro abatió al centurión mordido. Amaia escondió su mano herida al instante, introduciéndola en un guante, y Heysel se abrochó bien la chaqueta.

—¡Vámonos! —exclamó un centurión.

Con cara de circunstancia, Amaia saltó al timón y activó la planeadora que, al momento, se alzó cinco centímetros sobre la superficie y salió volando hacia el centro del lago.

—¡Los muertos, al agua! —ordenó el cabo.

Los centuriones comenzaron a tirar por la borda los cadáveres que habían logrado subir, reventadas sus cabezas, y se acercaron hacia los dos cuerpos maniatados.

—¡No, esos no! —exclamó Amaia.

El cabo la miró, interesado.

—Mi padre los necesita, está probando un anticuerpo para combatir la infección.

—¿Quiénes sois? —preguntó Heysel.

—Trajes de neopreno para evitar las mordidas, buena idea —expuso el cabo, estudiando a ambas mujeres—. Llevadme ante el Dr. Osaka, tenemos que hablar.

—¿Qué queréis? —insistió Heysel.

—Si quisiéramos mataros, ya estarías muertas. No hubiéramos arriesgado nuestras vidas por vosotras, sabemos de sobra donde se oculta. Es mejor que nos llevéis ante él, tenemos que hablar —le dijo el cabo, firme.

Amaia puso rumbo hacia la estación biológica, conforme sentía unas pequeñas punzadas que comenzaban a recorrer su brazo. Heysel se sentó en la borda, pálida, notando un extraño dolor que se apoderaba de su pecho, impidiéndole respirar bien. Entonces vieron el caza pilotado por Selene pasar veloz sobre ellos, dirección hacia la cueva.

—Mi general, hemos contactado con la hija del Dr. Osaka. Estamos en camino, cerca de la estación biológica. Un Spitfire UK 5000 de La Unión se dirige hacia allí también. Solicito instrucciones —habló el cabo a través del transmisor de su muñeca.

—Cabo, contacte personalmente con el Dr. Osaka y redacte un informe preliminar del estado de esa gente y de sus necesidades. No tema por el Spitfire, son amigos. Que se preparen los colonos para ser evacuados a la universidad —contestó Kevin.

Heysel se tranquilizó al escuchar aquello y se echó hacia atrás, recostándose en la borda. Quizás no estaba todo perdido para aquella gente, ni para Sanpedro y alzó la cabeza, triste. Para ella era el fin, su traje de neopreno se desgarró con el impacto con la roca y había sufrido varias mordeduras en el costado. La chaqueta bien cerrada ocultaba las heridas a la vista de los centuriones, pero el dolor que sentía lo ponía de manifiesto. Tomó la pistola de su cinto y observó el gatillo, el cañón, la carga y pensó en volarse la cabeza.

—¿Estás bien? —le preguntó Amaia, de forma discreta, tumbándose a su lado.

—Le dirás a Sanpedro que le quiero —aseguro ella, mirando el cielo azul.

—Mierda, te han mordido a ti también —susurró Amaia, comprendiendo.

Sin más, se levantó y sacó varias ampollas de su maletín.

—¿Dónde vas con eso? —le preguntó el cabo.

—Heysel necesita medicarse, uno de los colonos la hirió y, tras la lucha, está débil, creo que se le abrió la herida.

El cabo la miró de arriba a bajo y asintió.

Heysel miró a Amaia, como preguntando qué pretendía hacer.

—Deja esa pistola. Esto no creo que mate las esporas, pero retrasará sus efectos. Debes aguantar, mi padre tendrá que probar sus anticuerpos con nosotras —le susurró Amaia, con lágrimas retenidas en las pupilas, tratando de animarla, y le inyectó dos ampollas de fentanilo, una detrás de otra. Heysel hizo un ademán de sonrisa irónica al ver que Amaia también había sido mordida y la cabeza le cayó hacia el lado. El efecto del analgésico la dejó de inmediato sin dolor ni sentido.

—¿Ha muerto? —preguntó el cabo, apuntando a la cabeza.

—¡No! ¡Es la droga! ¡Solo está inconsciente! —exclamó Amaia.

Todo eran carreras por los pasillos de la estación biológica. Por un lado, Selene y Van der Haüssen llevaban a Nirvana malherida. Por otro, el Dr. Osaka corría con su hija Amaia, mientras Sanpedro llevaba a Heysel en brazos, con el corazón en un puño. Por último, Markus era trasladado a la enfermería, esposado, con una brecha en la cabeza y el labio partido.

El cabo y los dos centuriones que llegaron en la planeadora y la sargento Mata-Mata, con el otro centurión rescatado por Selene, se reunieron entre ellos, observando todo.

—¿Sabe Kevin dónde estamos? —preguntó la sargento.

—Sí, se lo comuniqué antes de entrar —contestó el cabo—. No quedamos muchos, no sé si podremos tomar el control de este lugar.

—¿Qué ordenes tenemos?

—Entrevistarnos con el Dr. Osaka, enviar información y preparar a esta gente para una eventual evacuación.

—¿En serio? ¿Y cómo piensa evacuarlos? —preguntó la sargento.

—En la universidad hay tres autobuses, creo que el general quiere despejar una vía de escape y congregar allí a todos los supervivientes; nos serán de mucha utilidad si llegan tropas de La Unión, pueden ser nuestro único billete para salir de aquí con vida.

—¿Y eso no atraerá a esas cosas hasta aquí? ¿Cómo va a despejar la carretera? En cuanto detecten los autobuses, saldrán tras ellos.

—La idea es atraer a esas cosas hasta el estadio, lejos de aquí, donde están los restos de la Mamba Negra; con fuegos artificiales y grabaciones, hacerles que rugan. Eso despejará bastante la zona, luego tendremos que limpiar lo que quede y trabajar en silencio. Supongo que funcionará, debe funcionar... Oiga, sargento, esa mujer que está con Van der Haüssen y Nirvana, es la Loba Roja, ¿no? ¿Es así?

—Sí, pero no preguntes mucho. No sé que lío se llevan todos aquí, pero está claro que por ahora somos un solo bando. ¿Puedes comunicarme con el general? Mi transmisor se dañó.

—Tenemos que salir fuera.

—Salgamos, el doctor tardará un buen rato en atender a los heridos. Y los muertos esposados que habéis traído, ¿para qué son?

—Están probando una vacuna o un antídoto contra la infección...

Capítulo 37

EL ANTÍDOTO

Aquella noche, Kevin salió a la terraza del despacho universitario para cenar, con cierta esperanza. Mientras le servían una patata cocida con algo de res estofada de lata, se apoyó a la baranda de piedra, observando el patio y la gente que permanecía allí esperando y viviendo sin hacer ruido. ¡Un antídoto! Si eso era verdad, todo cambiaba y mucho. Volvió la cabeza para ver a los tres autobuses modificados y reforzados con metal y madera, con troneras armadas, abandonar la universidad. Si todo salía según lo previsto, al amanecer tendría en su poder al Dr. Osaka y, posiblemente, a la Loba Roja. Por un lado pensó en cómo podría actuar el Consejo

Supremo de La Unión si supieran que un general rebelde era el responsable de haber mantenido a aquella gente con vida, de haber controlado la infección. Igual le condecoraban, sonrió. Pero, de forma páfida, se recreó pensando en comandar un ejército de muertos vivientes. Sin duda, controlar algo así sería increíblemente fatal para cualquier enemigo. Y con una vacuna o un antídoto, quizá fuera posible. Volvió su vista hacia el portón de la entrada y vio encadenada a la joven paramilitar. Noelia aún permanecía presa, en silencio, cubriendo su desnudez con una manta. Kevin pensó que el planeta prisión Kravent sería un buen lugar donde experimentar con un ejército de cadáveres y esa vacuna. Sí, la paz era posible. La madre Tierra podría pertenecer de nuevo a las Naciones Americanas. Y él tendría el poder. ¿Quién iba a resistirse a un ejército de muertos vivientes? No, no estaba loco. En verdad solo necesitaba llevar consigo a una persona infectada y el antídoto. Ahora solo faltaba hacer que el comandante Morgan viniera a por ellos, sin duda, la Loba Roja le persuadiría.

—Centinela —llamó a un centurión que pasaba por bajo.

—Sí, mi general.

—La chica, ya está bien, ya habrá aprendido la lección. Libérela.

—A la orden, mi general.

—Centinela.

—Sí.

—Échela fuera, como está.

—¿Fuera de la universidad?

—Sí, que aprenda también lo que es correr para sobrevivir y no ser devorada.

Noelia corrió desnuda por la calle principal, sollozando e ignorando el dolor de la gravilla en las plantas de sus pies, tras ella se habían cerrado los portones de la universidad y los muertos vivientes que se veían a los lejos, pronto se percatarían de su presencia.

Kevin la estuvo vigilando por los prismáticos hasta que la oscuridad y la distancia le impidieron seguirla incluso con los sensores nocturnos. Se sentó, ante la cena, esperando que los gritos de horror de la joven antropófaga le anunciaran su fin en el silencio de la noche. Pero no escuchó nada, mientras cenaba atento, masticando patata cocida y bebiendo licor de arroz. ¿Sería posible que la muchacha lograra ver al amanecer? Si eso era así, siempre podría volver a capturarla, quizás entonces le perdonaría sus crímenes. Un tremendo grito le anunció que no sería así y, con un gesto despectivo de “no pudo ser” terminó su cena.

Noelia corría veloz, tropezando con los muertos, tratando de sobrevivir, gritando su miedo, viéndose rodeada cada vez más por aquellos horribles seres y penetró en un oscuro callejón, resoplando sin parar. Gritó al verse ante un muro de muertos vivientes que avanzaba hacia ella. Se volvió y corrió sin dejar de jadear y gritar, con los ojos abiertos como platos y la boca desencajada. Logró salir del callejón, pero allí la esperaban más muertos dispuestos a devorarla. Desplazó a uno muy delgado que la sujetó del brazo, con un fuerte empujón, y se agachó ante el abrazo de otro, obeso al extremo que parecía iba a reventar en cualquier momento, y corrió calle abajo. Sus pies sangraban y las rodillas le temblaban tanto como el mentón. Cruzó a la acera de enfrente, por donde menos cadáveres andantes se veían en la oscuridad. Tratando de huir, les desplazaba a empujones, esquivaba sus manos y dentelladas; pero todo resultaba en vano por más que corriera, pues estaba agotada y rodeada.

Una fuerte mano la sujetó al pasar ante la puerta de un apartamento y tiró de ella hacia dentro. Otra le tapó la boca. Noelia pataleó al aire, aterrorizada, y de pronto, dejó de hacerlo. Los muertos no retienen a la gente, los atrapan y los devoran. Y alzó la frente, tratando de ver quién la retenía. Vio el rostro barbilampiño de un centurión con insignias de capitán y, a su lado, dos colonos que se acercaban con el dedo índice en los labios, rogando silencio. Sin más, notó cómo tiraban de ella hacia el interior del apartamento. Corrieron para atravesar la vivienda y salieron por una ventana del lado contrario; siguieron hasta internarse en una pista, donde un vehículo esperaba levitando. Montaron rápido, sin decir nada, para desaparecer con un zumbido potente que tan solo dejó tras ellos un destello luminoso azul.

Nadie hablaba conforme el vehículo avanzaba veloz hacia la zona de hangares donde se situaba la baliza. Noelia, avergonzada ante su desnudez, no sabía cómo taparse.

—Te oímos gritar —le dijo Van der Haüssen, a la vez que se quitaba la chaqueta y se la entregaba, para que se cubriera—. ¿Qué hacías por ahí sola y desnuda?

—Te conozco —dijo uno de los colonos, mirándola con desprecio—. Tú eres Noelia.

Ella le miró con miedo. El miedo siempre estaba ahí, muy presente. La sensación de encontrarse de nuevo huyendo de aquellos horrorosos seres o de ser asesinada la consumía. Y negó con la cabeza.

—Sí, eres tú —insistió el colono—. Te conozco bien, eres la hija de mi vecina, la enfermera. Te uniste a los asesinos de Reik para cazar y comer personas. Has robado y matado a mucha gente. ¡A tus amigos y vecinos! ¡Eres una asesina antropófaga!

Ella volvió a negar, una y otra vez, sin argumentar palabra, llorando.

—¡Silencio! —ordenó Van der Haüssen y se fijó en el rostro juvenil, inocente y dulce de aquella muchacha, ¿era posible que fuera una asesina antropófaga? Sí, sin duda. Imaginó sin esfuerzo alguno de dónde venía y quién la había juzgado y condenado a una atroz muerte.

—Estamos llegando —dijo finalmente, a través del transmisor de su muñeca—. Despliega vigilantes. La carretera está despejada hasta la universidad, en el tramo final hemos visto movimiento. En cinco minutos lanzamos la baliza.

—¿Qué clase de movimiento? —se escuchó la voz de Selene.

—Los muertos perseguían a una joven. La hemos recogido. Está muy demacrada, pero a salvo. Es una paramilitar... o lo era.

—¿La llevas contigo?

—Sí.

—Date prisa, estoy en posición.

Un destello verdoso se dejó ver por un leve segundo sobre el hangar de la baliza.

Van der Haüssen aparcó dentro, ya se apreciaba movimiento por los alrededores. Y los dos colonos saltaron de inmediato, para activar la baliza. El tiempo pasaba muy lento, en silencio y sudando. El rumor de muertos se acrecentaba.

—¡Vamos! —les animó Van der Haüssen.

—Ya está —le confirmó uno de los colonos.

Rápidamente situaron la baliza sobre una rampa de lanzamiento y comenzaron a empujar el emplazamiento tratando de sacarlo al exterior. No podían, pesaba demasiado y las ruedas estaban bastante deshinchadas. Los muertos comenzaban a acercarse, como intuyendo que algo ocurría en el interior del hangar.

—Mierda —murmuró Van der Haüssen y corrió a ayudar.

Noelia, miró atrás, observando las sombras de los muertos que deambulaban fuera: en cualquier momento les detectarían e irían a por ellos. Lo raro es que no lo hubieran hecho ya. Miró el contacto del vehículo y pensó en huir. Estaba sola, nada se lo impedía. Tragó saliva, tentada, pero pensó que no había donde ir. Miró hacia aquel hombre que le había salvado la vida, Van der Haüssen, y bajó la cabeza pensando en las terribles acusaciones de su vecino. Sin pensar más, saltó del vehículo y se lanzó contra el emplazamiento, empujando fuerte.

Entre los cuatro lograron sacarlo al exterior del hangar. Uno de los colonos introdujo un código y la baliza se activó por completo emitiendo un ligero pitido, seguido de varios destellos. Muy débiles, pero lo suficiente para que los muertos vivientes del entorno se percataran de la presencia de carne viva que devorar. Y un coro de cientos de gemidos se alzó al viento, formando un terrible rugido.

—Vamos, esto se pone feo —aseguró Van der Haüssen y corrió hacia el vehículo.

Noelia y los dos colonos le siguieron.

Al menos una docena de aquellos terroríficos seres entró en el hangar, querían avanzar tan deprisa, sin poder, que caían unos y otros caminaban por encima de ellos. Varios alcanzaron el vehículo, introduciendo los brazos por la ventanilla conforme el capitán activaba los propulsores. Y uno logró meter la cabeza, estirando el cuello y mordiendo. El acelerón y la precipitada salida se llevó por delante a varios muertos vivientes y por el interior del vehículo cayeron brazos amputados y la cabeza, con un jirón sangriento de carne en la boca.

Uno de los colonos se agitó, gimiendo entre espasmos, conforme se apretaba con una mano el cuello, tratando de cortar la hemorragia que salpicaba los cristales a borbotones. Aquel muerto le había arrancado la yugular antes de ser decapitado. En apenas un minuto, murió.

Noelia miraba llorando, mientras el otro colono permanecía blanco.

El Spitfire UK 5000 pilotado por Selene descendió sobre el lugar. Exhibiendo potentes luces y sonidos con la idea de atraer la atención de los muertos, despejando así la huida de Van der Haüssen. Dos fuertes brazos mecánicos tomaron la baliza y la elevaron conforme el emplazamiento se llenaba de muertos que estiraban sus manos hacia la nave.

—Arriba —ordenó Selene, conforme la baliza quedó ajustada en la estructura del caza.

Robert miró atrás, a su compañera Abigail, sentada en el puesto de artillera, y asintió. El caza surcó en vertical la oscuridad del cielo y salió de la atmósfera, para acercarse al cinturón de rocas que rodeaba Planeta Z, buscando el lugar indicado. Al momento, con un destello luminoso, la baliza salió disparada, esquivando las rocas para quedar en órbita por encima de estas; desplegó dos brazos que tenían diversos receptores y emisores, y un sensor de luces y reactivación. Con una leve sacudida, la baliza mandó una señal que activó las de toda la órbita.

—¡Ya está! ¡Lo hemos conseguido! —exclamó Abigail, al ver activarse en el cuadro de transmisiones del caza la señal de conexión interestelar.

Selene sonrió.

—Objetivo cumplido: las balizas funcionan —dijo por el transmisor.

Van der Haüssen sonrió mientras pilotaba aquel vehículo, la noticia era más que excelente. Pero no todo había salido bien. Estudió al frente, a los lados y paró suavemente. No veía nada, los muertos vivientes habían quedado atrás, distraídos por las luces del caza de Selene, dando vueltas sin sentido por los hangares. Salió del vehículo, sacó el cuerpo del colono muerto y lo dejó en tierra; observó el cuello desgarrado y le disparó en la cabeza. Acto seguido, le quitó los

pantalones y resopló, mirando hacia el interior del vehículo. Abrió la puerta y los lanzó sobre Noelia.

—Ponte esto —le dijo, sin más.

La joven tomó los pantalones, los vio algo grandes, pero daba igual, todo daba igual. Mientras se los ponía, observó con temor la mirada perdida de su antiguo vecino. Parecía ido, con la vista puesta en la cabeza amputada que, aun sin cuerpo, mordía al aire y les miraba con aquellos ojos sanguinolentos. Se ajustó los botones de la cremallera, estiró el cuerpo y recogió los brazos de los muertos. Y salió del vehículo.

—Gracias —dijo, acercándose a Van der Haüssen y tiró los brazos a un lado.

El capitán la miró por un momento. Luego, introdujo la mano en el vehículo y sacó de los pelos aquella cabeza que no paraba de masticar; la dejó caer en tierra y disparó sobre ella.

—Vamos —le dijo a Noelia.

Montó en el vehículo y, en cuanto la muchacha subió, aceleró.

Las transmisiones vía satélite dotaron de conexión a todo el planeta. Cualquier persona o grupo que dispusiera de un equipo de transmisión y algo de energía, por rudimentario que fuera, podría ponerse en contacto con otras. Y los mensajes de socorro no tardaron en escucharse, tanto en la frecuencia de la universidad como en la de la estación biológica.

—Parece que hay más personas con vida —sonrió Amaia, eufórica, escuchando cómo entraban las llamadas.

—¿Qué haces aquí? Estás bajo observación —le susurró el Dr. Osaka.

—Me encuentro bien, papá. Los calambres que tenía en el brazo han desaparecido.

—¿Y la artillera?

—Sigue igual, pero no va a peor. Si estuviera infectada, ya se habría convertido.

—No puedes salir de aislamiento, si se enteran que te mordió un muerto te matarán.

—Nadie tiene por qué saberlo, papá, y no estoy infectada, ese anticuerpo funciona. Aunque creo que todo el mundo lo sabe ya... No es fácil disimular que perdí un dedo de un bocado.

—Es pronto para lanzar campanas al aire, no sabemos si puedes tener alguna reacción o reactivación de las esporas, con los muertos que me trajiste no ha funcionado... Solo ralentiza sus acciones motrices todavía más.

—Seguramente es por la falta de torrente sanguínea que distribuya el suero por todo el cuerpo, debe ser eso... o quizás el fentanilo inyectado no alcance definitivamente el sistema central nervioso, a causa del tejido muerto.

—¡Hay tanto que estudiar y experimentar todavía! Pero ya sabemos que una vez muerto, no hay remedio, no hay vuelta atrás. Aunque acabáramos con las esporas, el paciente habría muerto y no podríamos reanimarle. Así que tenemos que extremar las medidas. Tenemos que esperar 48 horas para descartar la infección en tu cuerpo y aún así, realizaremos de nuevo los análisis. ¿Y Heysel? No la habrás dejado sola.

—No te preocupes, ¿quién se le va a acercar estando ese gigante negro con ella?

—Cierra la puerta —le indicó el Dr. Osaka, como si hubiera visto algo fuera.

Amaia se volvió y vio la puerta entornada, la abrió y miró a ambos lados del pasillo; no vio a nadie. Entró y cerró. Nada más cerrar, la sargento Mata-Mata salió de una esquina oscura, para recorrer veloz los pasillos en dirección hacia el exterior.

En una camilla de la sala de aislamiento, Sanpedro observaba intranquilo a Heysel. Ella permanecía tumbada en la cama, con numerosos sueros intravenosos, inconsciente. Él la velaba con los labios apretados, pensativo en su suerte. Le alzó la sábana y vio las heridas producidas por las mordidas de los muertos y emitió un leve suspiro, sin dejar de mirarla. Estaba tan hermosa, incluso así: dormida e infectada. Solo esperaba que cuando abriera los ojos, volviera a ver en ella aquella luz tan intensa, el hermoso color miel de sus pupilas, y la acarició.

Entonces, la mano de ella tomó la suya y él quedó quieto.

—Sanpedro, mi amor, ¿eres tú? —preguntó Heysel.

Sanpedro rompió a llorar y la abrazó.

—Mi general, la vacuna, el suero, ese antídoto o lo que sea, funciona —anunció la sargento por el transmisor del cabo, sentada sobre la cima de una roca del lago, con cierta alegría.

—¿Nirvana vive? —escuchó por respuesta.

—Sí, creo que sí. Aunque no sé si por mucho tiempo. Está grave, un coronel de La Unión la disparó a bocajarro.

—¿Has podido activar esos dos CSA?

—No. Están aquí, vigilando la entrada de esta cueva. Nirvana les debió instalar una clave de combate desconocida. Lo he intentado, pero no hay forma, no responden.

—¿Han salido ya los primeros colonos?

—Ahora mismo están saliendo los tres autobuses, cargados hasta arriba.

—Tráeme al doctor con todos sus apuntes y esa maravilloso antídoto.

—Quiere salir el último de la estación biológica, se cree el capitán de este barco.

—Sargento, hágale entender la importancia de que se traslade a la universidad, aquí dispondrá de mejor equipo para sus investigaciones. Necesitamos controlar ese suero, no podemos permitir de ninguna manera que caiga en poder de La Unión. Muéstrale confianza, hazle entender que debe venir.

—Pero...

—Sargento, tráigamelo.

—A la orden —murmuró la sargento y se quedó mirando el transmisor.

Un destello luminoso por la carretera más cercana la advirtió que Van der Haüssen regresaba. Sobre el lago, el Spitfire UK 5000 pilotado por Selene amerizaba lentamente. Habían cumplido con éxito la misión de limpieza de la vía principal hasta la universidad. Y la sargento apretó los labios, envuelta en un mar de dudas. Kevin le ordenaba que le llevara de inmediato aquel doctor, mientras que Nirvana, antes de ser operada, le había ordenado que la mantuviera lejos de él y, además, había activado los CSA en la entrada de la cueva, para proteger aquella gente. Primero Van der Haüssen y, segundo Nirvana, parecían que se alejaban de las órdenes del general. ¿Para qué quería Kevin con tanta urgencia al doctor y su antídoto? Y abrió los ojos exageradamente, como si se hubiera asustado de sus propios pensamientos.

Capítulo 38

TRES DÍAS DESPUÉS

—¿Cómo está? —se interesó Selene, ante el Dr. Osaka.

A su lado, sujeta de la mano, estaba la pequeña Sheila. Y junto a ella, Van der Haüssen. En la cama de la habitación, Nirvana descansaba.

El Dr. Osaka estiró el cuello, de lado.

—La herida era muy grave. Espero que sobreviva, pero no sé —contestó finalmente.

Selene observó a su amiga-enemiga allí tumbada y miró a Van der Haüssen. Últimamente tenía la sensación de acercarse emocionalmente a quién no debía. Estaba enamorada de aquel hombre, un centurión; y ahora sentía como si Nirvana fuera la hermana que perdió, aquella que le fue arrebatada por los mismos CSA que esa mujer controlaba. Y alzó el entrecejo, posiblemente ella era la única persona que comprendía el odio que devoraba a aquella mujer.

—Capitán —se asomó la sargento Mata-Mata.

—Diga —contestó Van der Haüssen.

—¿Puede acompañarme un momento? Tenemos que hablar.

—Sí, claro —dijo y se acercó a Selene—. Ahora vuelvo.

Ella se volvió observando el semblante confuso de la sargento. Luego, se acercó a la cama y revisó por encima la cura que el doctor le había practicado a Nirvana. Al menos ya no sangraba ni supuraba. Una tremenda cicatriz recorría el costado izquierdo; un poco más al centro y Markus la hubiera reventado. Se fijó en la muñeca de Nirvana y vio el pequeño transmisor CSA que portaba. Con ese trasto dominaba las dos potentes máquinas de guerra que había llevado adosadas al vientre del Spitfire UK 5000 y que ahora hacían guardia en la boca de la entrada, y pensó en requisárselas.

En vez de ello, la tomó de la mano, acariciándola.

—Ánimo, tienes que superarlo, amiga —le dijo con cierta pena y le dio un beso.

—¿Tía Nirvana se pondrá bien? —preguntó Sheila.

—Sí, hija, seguro que sí —sonrió Selene.

Acto seguido, se volvió, para salir de la habitación acompañada por la pequeña. Apenas cerró, Nirvana entreabrió los ojos, miró hacia la puerta, resoplando, y asintió levemente, volviendo a cerrar los ojos mientras una lágrima recorría su mejilla.

Selene anduvo por el pasillo, con Sheila en los brazos, y se encontró con Van der Haüssen y la sargento, parecían discutir algo muy importante, y ambos callaron a unísono al acercarse ella. Lo que la inquietó. Pero no dijo nada, solo les miró, guiñó un ojo a Van der Haüssen y continuó su camino. Roída por la curiosidad, volvió la mirada atrás para comprobar que algo no funcionaba, estaban de nuevo discutiendo. ¿Desde cuando un capitán discute con un sargento? Solo si este último tiene órdenes de un mando superior.

Volvió la esquina del pasillo, para entrar en la habitación de Heysel

—¿Cómo está mi artillera? —preguntó, dejando a Sheila en el suelo.

—Perfecta para emprender cualquier misión —aseguró ella, sentada en la cama.

—Creo que tendrá que esperar —dijo Sanpedro, con su vozarrón.

—Vosotros dos vais a tener un problema muy serio —sonrió Selene y salió.

—¿Tío Sanpedro se ha echado una novia? —preguntó Sheila, dándole la mano.

—No, mi pequeña, tío Sanpedro se ha echado una terrible condena —sonrió ella—.

¿Vamos a buscar a Maika? Seguro que está jugando con las demás niñas.

—¡Sí! —exclamó la pequeña Sheila, dando un salto.

—Pero nada de jugar a matar muertos vivientes.

—No mamá.

—Y ni se te ocurra usar de nuevo las ampollas de fentanilo con ningún niño.

—No, mamá... Ya no más —aseguró Sheila, con un puchero que a nadie convencía.

Kevin seguía con interés, desde la terraza del despacho universitario, cómo cruzaban los autobuses los portones con un nuevo viaje de colonos. Lejos de ellos, durante tres días, el estadio de la colonia se convirtió en una atracción para los muertos vivientes. El fuego y las explosiones les atraían desde todas partes, miles de ellos se amontonaban dentro; por los altavoces sonaban gritos de personas y los muertos buscaban sin hallar, gimiendo horrorosos, como desesperados. Al otro extremo de la colonia el Spitfire UK 5000 al mando de Selene surcaba cada mañana, apenas salía el sol, la carretera que llevaba desde la universidad hasta la zona de la estación biológica, acabando con los muertos vivientes que veían, para acabar abriendo fuego contra la Mamba Negra, atrayendo a los muertos. Mientras, Kevin empleaba a sus centuriones y parte de los supervivientes de la tripulación del crucero Milvus en despejar sigilosamente la carreta, en mantener la ruta limpia para que la caravana pudiera llegar con éxito. Cerca de trescientas personas eran trasladadas cada día. Y no eran los únicos colonos que alcanzaban la seguridad de la universidad, de diversos puntos llegaron otros, de forma escalonada, los cuales habían permanecido ocultos hasta el momento en diferentes refugios; todos demacrados y hambrientos, desnutridos y muchos al límite de sus fuerzas. No eran muchos, tal vez unos seiscientos en total, todo un mundo. La baliza había significado poder comunicarse con diferentes personas, unirlos en un solo punto donde estarían a salvo o, al menos, mejor protegidas, con armas, atención médica y víveres.

A pesar de ser un general rebelde, todos respetaban a Kevin por lo que estaba haciendo. Pero él no estaba satisfecho, la sensación de orgullo por lo que estaba haciendo por esa gente había dado lugar a otra más ambiciosa y peligrosa; dominar un ejército de muertos vivientes podía ser, podía hacerle invencible, temido y respetado en todo el universo. Golpeó ligeramente con los dedos la baranda de piedra, el doctor seguía sin aparecer con la maldita vacuna.

—Mi general —le indicó un centurión—. Es la sargento Mata-Mata.

Kevin se acercó a la emisora, con cara escéptica.

—¿Mi general? —escuchó.

—¿Por qué no está aquí el Dr. Osaka? —replicó Kevin de inmediato.

—Lo siento, mi general. No quiere abandonar a los heridos que están en cuarentena.

—¿No hay más doctores allí? Seguro que sí... ¡Es una estación biológica!

—No hay señor, no hay médicos, son biólogos. Y su hija está en observación, por eso no quiere abandonar la estación biológica. A la muchacha le mordió una de esas cosas, aunque

parece que el antídoto a revertido los efectos de la infección. No quiere dejarla sola ni llevarla a la universidad. No saldrá de aquí por su propia voluntad hasta que su hija pase una especie de cuarentena, hasta que confirme que está libre de infección.

—Esto me supera —remugó Kevin—. Sargento, ¿sabe que las balizas de comunicación exterior ya funcionan? Los refuerzos de La Unión deben estar en camino con sus naves de combate, tráigame de una vez a ese doctor y sus vacunas.

—Tendré que emplear la fuerza y no sé si resultará aquí; esta gente podría no entenderlo y no somos muchos. Y recuerde que hay militares de La Unión, entre ellos la Loba Roja.

—¿La ha visto? ¿Cómo es?

—No parece tan loba, pero Van der Haüssen creo que será un problema.

—¿Un problema? Pues solucione el problema y tráigame a ese doctor aquí como sea. La nave nodriza de Morgan no tardará en llegar, apenas tendremos tiempo si retrasamos nuestros planes. ¡Necesito ese antídoto!

—A la orden.

—Sargento.

—Sí.

—Está haciendo un buen trabajo, su estrella de alférez le espera a nuestro regreso.

La sargento sonrió orgullosa, aquel era un ascenso más que merecido, tan esperado por tantos años. Y apretó los labios, sabía que nunca lo tendría en realidad.

Selene entró serena en la habitación donde permanecía Markus, una cómoda estancia hecha prisión, con un paquete en la mano. Y cruzó los brazos ante él.

Markus se levantó de la cama, bastante repuesto.

—¿Cómo van esas heridas? —preguntó Selene.

—¿Acaso te importa?

—Sí, me importa.

—Selene, ¿qué haces con ese rebelde? Creí que tú... Que tú y yo...

—Que tú y yo... ¿Qué?

Markus quedó en silencio.

—Solo era tu presa, una convicta más de aquel campo de exterminio. ¿Has visto los informes que te he dejado?

—Eso no es verdad, los han realizado esos terroristas.

—No me digas eso. Yo estuve en Kravent y sé que es verdad. La cuestión que me importa es, ni más ni menos, saber hasta donde estás involucrado. ¿Tú lo sabías?

Markus quedó en silencio.

—Tú lo sabías, pero eres un cobarde. Mucho músculo, tatuaje y pose, pero eres como el alcaide, un asesino sin piedad. Por eso Erika llegó a odiarte hasta el extremo de engañarte con tu propio padre. Esas chicas no eran tus protegidas, sino tus esclavas... para todo, ¿verdad?

Markus alzó las cejas.

—¿Qué estás diciendo? ¡Te salvé la vida! —exclamó al final.

—Me salvaste la vida porque me querías en tu colección de mujeres peligrosas.

—Te has vuelto loca, esos terroristas te han comido el cerebro.

—Todo se descubrirá en cuanto Morgan sea arrestado y ya están en ello. Para nuestro negocio necesitabais un buen contacto, cómo sino engañar durante tantos años al Consejo Supremo de La Unión. Y qué mejor que un respetado comandante, un héroe de las Guerras de La Unión. Un reventado que siempre quiso vivir en la madre Tierra y que tenía que ver cómo el hijo de un general conseguía sin mérito alguno lo que él nunca conseguiría para su familia.

—¿Qué? ¿Quién es ese Morgan? ¿El comandante de la nave nodriza? ¿Sí? No sé nada de lo que me hablas, ni sé si debo creerte... Yo no sé ya que creer, me estoy volviendo loco.

—Me salvaste la vida en Kravent y arrestaste a tu padre, no lo olvido. Eso me hace pensar que quizás estabas al margen de sus negocios de muerte.

—Lo único que tengo cierto es que mi único delito ha sido enamorarme de ti, desde el primer momento en que te vi —confesó Markus.

Selene quedó en silencio.

—No era consciente de lo que mi padre estaba haciendo. Quizás fuera un sicópata como dice ese informe. Sabía que tenía mano dura con los presos, pero siempre pensé que era lo que tenía que hacer para mantener el orden. No sabía nada de lo que estaba pasando en los hornos. Ni sé de qué me hablas con Morgan, ni en verdad conozco a ese hombre. ¡Y yo nunca he tenido esclavas!

Selene permaneció en silencio durante dos minutos, frente a él, como estudiándole.

—¿No vas a decir nada más? —preguntó ella finalmente.

—¿Acaso me vas a creer? —respondió Markus.

—Te he traído un uniforme, con las tres estrellas de coronel —contestó Selene—. Esta gente va a necesitar un jefe, una verdadera autoridad de La Unión, pero lo necesitan con la mente clara y puesta en sus obligaciones.

—Selene —murmuró Markus, tomando el paquete—. ¿De verdad estás con ese hombre?

—Markus, escucha: te dejé un arma descargada porque no confiaba en tu sano juicio... Y aún así, la liaste. Si Nirvana o algún centurión sufre otro percance por tu culpa mientras estamos en este planeta, te mataré —le amenazó ella—. Prepárate, en el próximo turno de autobuses partirás hacia la universidad, deberás negociar con ese general rebelde y lo debes de hacer pensando en toda esa gente, por su bien y no en ti mismo. Debes superar tu odio. Tú padre ha muerto, tienes que mirar al frente y continuar. Esto solo funcionará si se prepara un plan de evacuación que nos ponga a salvo a todos. No quiero que muera más gente.

—Pero ellos son rebeldes. ¡Terroristas!

—Markus, ¿no me has escuchado?

—Sí, te he escuchado... y lo comprendo.

—No me falles, regresa con la cabeza bien alta. Tienes una gran oportunidad de limpiar tu nombre. Además, Maika necesita una familia y solo te tiene a ti.

—¿Maika? ¿Está viva? —tembló Markus.

—Sí, tu sobrina está aquí, con Sheila. Lograron salvarla y fueron los centuriones.

—¿Dónde está?

—Con los niños, saldrá en el mismo autobús que tú. Quizás deberías vestirme e ir a verla, además debes organizarte una plana mayor de mando y una guardia que sustituya a ese general rebelde. ¿Podrás hacerlo?

Markus asintió, pensando en su sobrinita. ¡Estaba viva!

—Tranquila, no te fallaré. Sé lo que tengo que hacer. Dame un arma.

—Aquí no necesitas armas. La sargento Mata-Mata te entregará un arma antes de llegar a esa universidad, ella os escoltará con su patrulla. Es lo acordado.

—Pero esa mujer es una rebelde. ¿Y si decide traicionarnos, tomarnos como rehenes?

—Los rebeldes a su mando llevan tres días limpiando la carretera, controlando la afluencia de esos monstruos, cuidando de nosotros. Confía en ella y organiza a nuestra gente cuando llegues allí, asume tu responsabilidad como jefe —respondió Selene.

—¿Tú no vienes?

—Saldré de aquí la última, acompañando al doctor, cuando lo tengas todo controlado.

—Desaparecerás con esa niña y con ese... hombre. ¿Verdad? Es lo que quieres.

Selene no dijo nada, simplemente se volvió para salir de la habitación.

—Suerte, Markus —se despidió.

Al llegar a su habitación, Selene miró a ambos lados ante la puerta. Le hubiera gustado que Van der Haüssen la hubiera seguido, que estuviera allí con ella. Pero estaba muy ocupado

limpiando la carretera para que los colonos pudieran ser transportados a la universidad. De hecho, apenas le había visto en los últimos días y se sintió enfadada, frustrada.

Abrió y entró.

Se quedó en blanco. Sheila estaba montada sobre los pies de Van der Haüssen, el cual la balanceaba de lado, una y otra vez, haciéndola reír sin parar.

—¿Cómo has entrado? —preguntó ella.

—Yo también te quiero —dijo él, dejando a la pequeña al lado y acercándose para tomarla de la cintura y besarla apasionadamente, apretándola contra él, acariciándola toda.

—¡Papá! —exclamó Sheila, asombrada, con los ojos y la boca abierta.

—La... la niña —tembló Selene, como nunca, en manos de Van der Haüssen, sin soltarse de él, ruborizada por el deseo y la situación.

El capitán se separó de ella y se agachó junto a la pequeña.

—Ahora tengo que jugar con mamá, si no, pues se enfada. ¿No quieres ir con Maika?

—No.

Van der Haüssen abrió la puerta y la sacó fuera.

—Anda, ve a jugar con Maika —le dijo, dándole una palmadita al culito y le guiñó un ojo.

Sheila sonrió y le miró traviesa, de lado. Y se fue andando, sin dejar de mirar atrás.

Van der Haüssen cerró la puerta y se volvió.

Selene se quitó la chaqueta y la camisa, mientras él hacía lo propio, para acercarse a ella rápidamente. La estrechó contra la pared de la habitación, conforme la acariciaba con pasión por la cara, el cuello, los senos, el vientre... Y notó como ella parecía arder entre sus brazos a la vez que deslizaba la mano por encima de sus pantalones, hasta introducirla y sujetar con fuerza su miembro.

—Capitán, mi capitán —suspiró ella.

La puerta se abrió.

—Maika no está, se ha ido con su tío —suspiró Sheila y entró en la habitación.

Van der Haüssen se quedó helado, abrazado, sin soltarse, mirando a la pequeña. Selene soltó de inmediato el miembro del capitán, el cual se volvió para ajustarse los pantalones.

—¿Qué pasa? —preguntó Sheila, al verles así—. Se te ven las tetitas —apuntó.

Selene, con un acto reflejo idiota, se cubrió los senos con el brazo.

—Me voy a dormir —aseguró la pequeña y se tumbó sobre la cama, de golpe.

Van der Haüssen se terminó de vestir y abandonó la habitación.

Selene se colocó la chaqueta por encima y salió tras él.

—Quédate con nosotras —le pidió.

—Esa niña... La hubiera matado.

—Y yo. Pero es tan linda y tan lista, ¿verdad? —le dijo, tomándole de la mano.

Acabaron descansando los tres juntos, en la pequeña cama de Selene.

Y Sheila no tardó nada en ponerse en medio de los dos.

Capítulo 39

RELEVO DE MANDO

“General, debe resistir, los refuerzos llegarán; es de total importancia mantener la plaza para poder negociar su evacuación, estamos con usted y con los centuriones que luchan por las Naciones Americanas. Resista, general, resista...”

Kevin alzó las cejas con cara de circunstancia tras recibir aquel mensaje del Alto Mando.

—¿Resistir? ¿Refuerzos? No van a llegar refuerzos. Esos engreídos estúpidos quieren que nos inmolemos como estúpidos héroes en este jodido planeta —murmuró.

Salió al exterior de la terraza, el último autobús acababa de llegar.

El Dr. Osaka no viajaba en él, por el contrario vio salir al coronel Markus Kravent acompañado por dos oficiales, un suboficial y cuatro soldados de La Unión pertenecientes a la antigua tripulación del crucero Milvus. Y estaban bien armados. Miró al cielo y vio pasar varias escuadrillas de cazas Spitfire UK 3500. Comprendió que la Migra SIV con el comandante Morgan no llegaría nunca, no podía haber llegado tan pronto una nave nodriza; la flota imperial de La Unión estaba ahí arriba, tras el anillo de rocas. Y les vio subir a un vehículo para dirigirse a los colonos que allí se estaban concentrando.

—Les habla el coronel Markus, el ejército de La Unión está aquí para hacerse cargo de la situación, para protegerles; colaboren con las fuerzas armadas y pronto les sacaremos de este planeta. Les ruego paciencia para poder ejecutar el plan de evacuación sin riesgos sanitarios ni de posibles infecciones. Muchas gracias por su colaboración.

Ni una palabra sobre los Centuriones de Orión, ni tan siquiera se habían dirigido a Kevin a través de ninguna frecuencia. Simplemente le estaban ignorando y aquello reventaba su orgullo militar. Con la cara larga veía a los soldados de La Unión acercarse al edificio principal de la universidad. Sus planes se habían esfumado, solo la posibilidad de hacerse con el Dr. Osaka y con la fórmula del antídoto podría darle poder para negociar una huida; y estaba claro que la sargento Mata-Mata no pensaba cumplir la orden. De hecho estaba ahí abajo, armada y dialogando con el

coronel de La Unión como si fuera ella la representante de los Centuriones de Orión y estuviera acordando el relevo del mando.

—Estoy rodeado de traidores —murmuró.

En la estación biológica, el Dr. Osaka continuaba con sus investigaciones, animado. Parecía que el antídoto que había elaborado surtía efecto. Había creado un anticuerpo funcional gracias a la acción combinada del fentanilo y a un suero derivado de la sangre de aquel animal con alcaloides sintéticos de varias plantas. Sonrió con amargura pensando en su amada esposa y se maldijo por no haber hallado antes la solución. Hubiera podido salvar tantas vidas. Tenía que recoger sus cosas, los documentos y las fórmulas. Todo había acabado, en unas horas le trasladarían a la universidad y podría salir de aquel planeta con su hija. Quedó sentado por un momento, pensativo: los leños debían ser destruidos, no podía la humanidad vivir pendiente de las esporas que habitaban en un planeta que aún guardaba tantos secretos. Entonces, su mirada quedó fija en el terrario donde estaba encerrado aquel maravilloso ser autóctono que les había dado la clave, ese raro vertebrado escamado.

Y se alzó tragando saliva.

La extraña criatura estaba recorriendo el terrario de forma titubeante, emitiendo extraños sonidos que le recordaban al horror vivido. Y se acercó rápido, para verle bien. El animal se lanzó contra el cristal, mordiendo; tenía síntomas claros de descomposición, sus ojos eran rojizos y arañaba todo con sus patitas, como si deseara devorarlo.

—Amaia —murmuró con cara angustiada y salió corriendo del laboratorio.

Entró de golpe en la habitación de la muchacha y la vio en el suelo, dando arcadas. La alzó rápido sobre sus brazos y la tumbó en la cama. Le alzó la manga y vio su brazo morado, la mordedura parecía haberse infectado de nuevo y supuraba sangre maloliente. El efecto combinado del suero y el fentanilo parecía haber revertido, el antídoto no funcionaba. Salió de la habitación y corrió de nuevo por los pasillos, desesperado, hasta su laboratorio, rebuscó en el armarito de las medicinas hasta hallar los analgésicos y tomó un maletín. Al salir vio dos figuras al fondo, deambulaban sin sentido alguno. Lo ignoró y echó a correr en busca de su hija.

Al voltear una esquina, tropezó literalmente con Selene, cayendo al suelo con el maletín.

—¿Qué ocurre, doctor? —le preguntó ella, al verle con la cara de pánico.

—¡Detrás! —exclamó él.

Selene se volvió y vio girar la esquina a dos personas con la cara muy pálida, sus ojos estaban sanguinolentos y abrían desmesuradamente la boca mostrando aquellos dientes negros,

encharcados en sangre, como las manos y brazos. Sin pensarlo, sacó su arma y disparó, en la cabeza, por dos veces.

—¿Qué está pasando?

—¡El antídoto no funciona! ¡Mi hija! —exclamó el doctor y echó a correr.

Selene quedó perpleja.

Guardó lentamente su arma en el cinto y observó los cadáveres de los hombres que acababa de abatir. Eran voluntarios que habían estado trabajando fuera, despejando la carretera de muertos vivientes, que habían sido mordidos y tratados con el antídoto. Tragó saliva y soltó un resoplido amargo, asimilando aquella terrible noticia. La noche había sido larga, tranquila para ella, pero muy posiblemente llena de transformaciones entre los infectados. Apretó los labios y frunció el cejo, para volverse rápidamente y salir corriendo. Atravesó la estación biológica sin ver a nadie. Todos habían marchado, excepto los que debían permanecer en aquella especie de cuarentena, los que habían sido mordidos y estaban en tratamiento con el suero.

El Dr. Osaka entró deprisa en la habitación donde permanecía su hija y quedó aterrorizado, cayéndole todo de las manos. Uno de sus biólogos de confianza se agachaba sobre ella emitiendo gruñidos viscerales; tenía desmembrado un brazo por el codo, las piernas apenas tenían carne en sus muslos y de su vientre colgaban entrañas manchando el suelo de fluidos corporales.

—¡No! ¡A ella no! —gritó y tomó un taburete en sus manos.

El biólogo se volvió al escucharle, su rostro era horroroso; el labio superior, la nariz, una porción de carne de la mejilla, un ojo y la ceja le habían sido arrancados a mordiscos. El doctor le estrelló el taburete contra la cabeza, partiéndole el cuello y dejándola colgando hacia atrás; y sacó de su bolsillo varias ampollas de fentanilo, para inyectarle rápidamente una a su hija. El muerto viviente se le echó por detrás, agarrándole del cuello con la única mano que tenía, balanceando la cabeza de lado a lado; y el doctor se lo quitó de encima, a golpes. Aterrorizado, le inyectó un ampolla del potente analgésico y le empujó con tal fuerza al exterior de la habitación que resbaló al pisar aquellas entrañas y fluidos corporales que había en el suelo, golpeándose contra una esquina para quedar inerte, con una brecha en la cabeza, sangrando abundantemente.

En los pasillos contiguos de la pequeña enfermería, Selene entró rápido en la habitación donde debía estar Heysel. La puerta permanecía abierta y había tres cadáveres con la cabeza estallada por disparos en el suelo; por un momento, se sintió desfallecer y se asomó precavida. Sanpedro estaba allí, inclinado sobre la cama de la artillera y con su arma en el suelo. El tétrico sonido de la carne mascada con gula y los huesos crujir acompañaban al hedor que emanaba el

centurión. Selene se fijó en la mano que colgaba de Heysel, por su piel resbalaba sangre hasta los dedos, goteando en el suelo. Su alma se encogió.

—¡Sanpedro! —le llamó.

Este levantó la cabeza y volvió la cara, emitiendo un terrible y ronco gemido. Sus ojos inyectados en sangre, perdidos en la profundidad de sus cuendas oculares, se clavaron en Selene. Los dientes blancos eran ahora negros y su hermoso cuerpo negro había adquirido un color cenizo; tenía el pómulos derecho y sus gruesos labios colgando en jirones, como parte de la carne de su cuello.

Selene pudo ver petrificada el cuerpo descarnado de Heysel, su amor la estaba devorando. Fue a retroceder, pero aquella cosa monstruosa en que se había convertido Sanpedro la sujetó del pelo, tirando hacia él con violencia. Selene gritó y desenfundó el arma. Un disparo azulado atravesó el enorme cuerpo, por tres veces, conforme aquella boca podrida y sanguinolenta se acercaba a su rostro. La enorme mano del centurión negro se afianzó en su muñeca, apretando con fuerza, y la otra soltó el pelo para agarrarla de la cintura. Y ella intentó dispararle en la cabeza. Pero no podía, no existía un ángulo que lo permitiera, los disparos se estrellaban en el techo; y cruzó el arma ante su cara. El cadáver de Sanpedro mordió el metal, con furia, por varias veces, mientras Selene gritaba e intentaba deshacerse de aquel abrazo mortal.

Van der Haüssen marchaba feliz en busca de Selene por el pasillo principal de la estación biológica, feliz, entre risas y cosquillas, con Sheila en brazos, la cual llevaba su maletita en la mano y el zurrón colgando del hombro. Tan solo tenían que recoger las cuatro cosas que tenían allí, llamar a Robert y saldrían para siempre de aquella gruta, de aquel terrible planeta. Y ambos quedaron en silencio.

—¿Mamá? —se preguntó Sheila al oírla gritar—. ¡Mamá! —chilló desgañitándose.

El capitán, alarmado, volvió la vista, y corrió veloz.

—¡Selene! —exclamó, buscando la procedencia de los gritos.

—¡Aquí! —exclamó ella, notando el fétido aliento del monstruo ante su mejilla, frenando la mordida con el cañón de su pistola, sintiendo la tremenda fuerza de aquel abrazo que amenazaba con partirla la columna en cualquier momento.

—Mamá, mamá —tartamudeaba Sheila en brazos del capitán.

Y llegaron a la puerta, para ver aquella grotesca escena. Van der Haüssen, de un disparo certero, voló la cabeza de Sanpedro. De inmediato, dejó en el suelo a Sheila para atender a Selene y ella se le abrazó.

—¡Mamá! ¡Papá! —gritó la pequeña Sheila con cara de pánico, señalando fuera.

Y se asomaron al pasillo.

Docenas de muertos vivientes se les acercaban por ambos lados, gimiendo con sus voces tétricas, cada vez más cerca. De un golpe, cerraron la puerta de la habitación y se sentaron los tres contra ella, aterrorizados, valientes, haciendo fuerza. Enseguida notaron la puerta temblar, los golpes que los muertos daban, tratando de entrar.

—Pero, esto... ¿No había acabado? —preguntó Van der Haüssen.

—El antídoto no funciona. Durante la noche Sanpedro debió convertirse, aunque logró acabar antes con los muertos que le infectaron —contestó Selene.

—Primero la defendió y luego la mató —asintió el capitán con angustia, con la tristeza y la pena reflejada en sus ojos, observando el cuerpo de Heysel—. ¡Joder! ¡Tanto que la quiso!

—¿Qué vamos a hacer ahora? —se preguntó Selene.

—¿Nos comerán? —preguntó Sheila, acurrucándose entre ellos.

—No hija, no —la tranquilizó Selene, acariciando su melena rubia hacia atrás, despejándole aquella carita inocente de mofletes rojos que la había enamorado.

Entonces, Van der Haüssen vio una herida sangrando en la parte superior de la mano de Selene, parecía una mordedura de Sanpedro. Quedó blanco, conteniendo la respiración. Miró al frente y, al instante volvió a observarla, ahí estaba la mordida, no había duda.

—No queda nadie en la estación, están todos en la universidad. Solo estamos nosotros y los infectados, no hay quien nos ayude —murmuró, sin querer aceptar lo que acababa de ver.

—Eso parece —apuntó ella.

—Tenemos que pensar cómo salir de aquí —replicó él.

—Estamos jodidos —sonrió ella, mirándole a los ojos.

—Selene —le dijo él y la besó dulcemente en los labios.

Y ella le abrazó, sin soltar a Sheila.

El tiempo pasaba y los golpes aumentaban, la puerta temblaba por momentos, amenazando con caer astillada, y los tremendos gemidos, hechos aullidos no cesaban, cada vez eran más.

—Voy a salir —aseguró Selene, decidida.

—No, ni pensarlo, no puedes hacer eso. En cuanto vean que no llegamos, mandarán a alguien, nos rescatarán —dijo Van der Haüssen.

—Hasta mañana no vendrá nadie y será demasiado tarde —aseguró ella.

—No saldrás de aquí. Si logran entrar esas cosas, lucharemos los dos. Hasta el final, nos vamos a defender. Y tú, mi pequeña, si esa puerta se abre, debes correr como nunca, huye entre

las piernas de esos tipejos. Busca la carretera y no pares por nada del mundo hasta que encuentres ayuda.

—No, yo me quedo con vosotros —contestó ella, con enfado.

—Sheila, escucha: yo estoy infectada —le dijo Selene, mostrándole la mano mordida. Y se dirigió hacia Van der Haüssen—. Voy a salir ahí fuera y abriré fuego a discreción, cogerás a Sheila en brazos y saldrás corriendo por la brecha que te dejaré. No podemos esperar, no sé cuanto tiempo me queda, tiene que ser ya o moriremos todos.

—No —murmuró Van der Haüssen.

Selene se levantó, comprobó la carga de su arma y se volvió contra la puerta. Miró abajo y vio la carita enfadada y temerosa de Sheila y no pudo más que agacharse para besarla. Luego, se dirigió hacia Van der Haüssen y le besó con amor y pena en los labios.

—Te quiero, mi capitán —le dijo, como nunca le había dicho.

Se armó y puso la mano en el pasador. Entonces, notó una punzada en el muslo y bajó la vista para ver la cara de borde de Sheila. Le había inyectado una de sus ampollas de fentanilo. Su mente se nubló y cayó inconsciente al instante.

—¿Tienes más? —le preguntó Van der Haüssen, sorprendido.

La pequeña asintió por varias veces.

—Ponle otra —le ordenó y saltó para hacerse con la cama de Heysel.

Mientras Sheila le inyectaba otra ampolla a Selene, Van der Haüssen atrancó la puerta con la cama. Después, arrastró el cuerpo de Sanpedro y lo puso contra la puerta también, y la mesilla y todo lo que encontró en la habitación. Y empezó a dar vueltas, sin dejar de pensar bajo la presión de aquel coro de voces guturales y golpes descompasados.

—Cada vez que mamá abra un ojo, le inyectas una... Y avísame si ves que se vuelve blanca. ¿De acuerdo? —le dijo a la pequeña, que no paraba de observarle.

—No tengo más —remugó Sheila.

Van der Haüssen no pudo más que resoplar.

—Bueno, no podemos salir, pero ellos no podrán entrar... de momento. Tenemos que pensar algo.

Las botas de los oficiales de La Unión resonaron por los pasillos de la universidad, hasta alcanzar el despacho del rector. Abrieron y entraron decididos, con la sargento Mata-Mata guiándoles en su camino.

—Bienvenidos, señores —dijo Kevin, levantándose del asiento.

A su lado, cuatro centuriones que habían permanecido a su lado, apuntaban al frente.

Markus dio un paso al frente.

—Vengo a tomar posesión del mando de la universidad y de toda esta gente. Soldados, dejen las armas y serán tratados como prisioneros de guerra, y más teniendo en cuenta la labor humanitaria que han realizado para mantener con vida a los colonos.

—Tenía un trato con el comandante Morgan, se suponía aprobado por el Consejo Supremo de La Unión —replicó Kevin.

—El comandante Morgan ha sido arrestado. No existe ningún trato, usted será juzgado por un tribunal militar y enviado a Kravent; solo su labor a favor de los colonos de este planeta le salvará de la pena de muerte —expuso Markus, sin pestañear.

—Eso no fue lo acordado. Todos debíamos tener un plan de evacuación, incluso la Loba Roja lo aprobó —insistió Kevin, conforme pasaba la mano por la culata de su pistola.

—¿La Loba Roja? ¿Cree usted acaso que ella habló con Morgan? ¿Que hizo un trato con él para que pudierais escapar? ¿Para salvar el pellejo? Se puso en contacto directamente con el Consejo Supremo de La Unión. ¿Por qué crees que me ha mandado precisamente a mí a detenerle? Seré benévolo con usted, general, aunque debería darle las mismas oportunidades que le dio a mi padre —le dijo Markus.

Kevin quedó blanco al reconocer a la muchacha que entró custodiada por Robert y Abigail, y que le miraba con desidia. Estaba claro que el hijo del alcaide sabía del crimen acontecido con su padre, su brutal muerte.

—No iré a pudrirme a una prisión de La Unión y menos a Kravent. Debí asegurarme de que te comieran, atarte a una farola —expuso Kevin, dirigiéndose a Noelia—. Y tú, traidora, debí comprenderlo cuando no me traías nunca a ese doctor —le dijo a la sargento Mata-Mata.

—No podía consentir que llevaras adelante tus planes, has perdido el juicio. Esta misión te ha superado, te has convertido en lo mismo contra lo que luchamos —se excusó la sargento.

—Tú padre, ese hijo de puta tuerto, suplicó piedad, lloró y gritó como la nenaza que era en verdad. Seguro que se cagó encima mientras los muertos se lo comían —expuso Kevin, mirando fijamente a Markus, y desenfundó el arma—. Hatajo de cobardes —dijo con desprecio.

Markus disparó.

La cabeza de Kevin estalló.

—¡No disparéis! —ordenó la sargento Mata-Mata a los demás centuriones, antes de que se produjera un tiroteo entre ambos bandos.

—¿Es verdad? ¿Nos has traicionado? —preguntó uno de ellos, sin bajar el fusil.

—No, dejad las armas, nosotros sí tenemos un plan de evacuación. Kevin se había vuelto loco, quería formar un ejército de muertos vivientes para conquistar la madre Tierra. Con sus delirios hubiera destruido toda la humanidad. ¿Lo comprendéis? ¿Cómo controlar algo tan peligroso? Tarde o temprano, la infección hubieron llegado a Quelonia, a Orión, a nuestras familias. Van der Haüssen e incluso Nirvana trataron de impedirselo, por eso les perseguía.

Los centuriones bajaron las armas al oír aquellas palabras y, de forma reticente, las entregaron a los soldados de La Unión.

—Sargento Mata-Mata, sus armas —le ordenó Markus.

Ella obedeció, con cierta desconfianza, pues no habían hablado nada de que entregara también las armas.

—Arresten a estos terroristas —ordenó Markus a sus soldados.

—Pero... —fue a protestar la sargento.

—Vuestro plan de evacuación pasa por un juicio justo. Las celdas de Kravent os esperan impacientes —le dijo Markus y se volvió ante Abigail y Robert—. Y a esta asesina antropófaga, llévensela también.

—Mi coronel, no puede hacer eso —fue a reprocharle Abigail.

—Sus crímenes no pueden quedar inmunes, los jueces decidirán. Ahora, preparen los autobuses y una patrulla de asalto, nos queda un último viaje a la estación biológica. Allí hay dos capitanes terroristas que nos esperan y son muy peligrosos. Tenemos que acabar con ellos.

—Pero Selene...

—Selene está confundida con toda la presión que ha sufrido, necesita nuestra ayuda —comentó Markus—. Debemos quitarle esa carga emocional que sufre, separarla de los terroristas que están manipulando su mente.

De pronto, entró un soldado, acelerado con sus palabras.

—Coronel, un mensaje desde la estación biológica, solicitan ayuda urgente. Es Amaia, la hija del Dr. Osaka. Los muertos han entrado y, por lo que dice, el antídoto no funciona, los infectados tratados se han transformado durante la noche y están devorando a todos.

Markus quedó en silencio.

—Tenemos que ir a por Selene —le indicó Robert.

—Selene es una traidora. Está con ese capitán rebelde, no arriesgaré la vida de mis hombres por rescatar a unos terroristas —contestó Markus con pocas palabras—. Mejor organizamos una estructura civil y otra militar en la universidad. Necesito saber la gente que hay, los víveres que disponemos, la municiones, todo. Tenemos que hacer un informe para enviárselo

a tu padre, Robert. No lo olvides, está ahí arriba, y muy orgulloso de su hijo, un héroe que ha combatido hasta acabar con la mismísima Mamba Negra, que ha colaborado en la destrucción de la corrupción en Kravent y que ha salvado a tanta gente luchando contra esos monstruos. Te has ganado tu puesto en la madre Tierra y con los honores debidos.

Robert quedó en silencio, sin palabras.

Y notó la mano de Abigail rozar la suya, hasta cogerla con fuerza.

—Entonces... ¿Selene? —preguntó Robert.

—Está justo con quien quiere estar —espetó Markus y se alejó, enfundando su arma.

Capítulo 40

ES EL FIN

Un fuerte crujido rompió la base de las bisagras de la puerta, los golpes y la presión se acrecentaba tal como parecían excitarse aquellos seres. Las manos descarnadas, huesudas, de uñas largas, rotas y podridas, asomaron entre las rendijas formadas. La espalda de Van der Haüssen empujaba la cama que hacía de freno, mientras la pequeña Sheila, disparaba con la pistola atomizadora a través de los huecos que veía, cada vez que una cara podrida asomaba con sus ojos rojos y dientes negros.

—Dispara, dispara —gritaba el capitán, sin dejar de hacer fuerza.

Y la pequeña disparaba entre grititos de miedo y valor, con más o menos suerte.

Selene gruñó en el suelo, resoplando, a la par que abría los ojos y se restregaba la mano por la cara. Van der Haüssen y Sheila quedaron en silencio, observándola aterrorizados. Y ella les miró somnolienta, desconcertada, y de golpe, saltó hacia la cama, para ayudarles.

—No... No te has transformado —murmuró él, apenas conteniendo su alegría a pesar de la grave situación.

Y ella se miró la mano. Seguía igual, la herida abierta, con un color feo, supurando un poco, pero parecía que sin infectarse ni extender la infección por todo el cuerpo.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —preguntó clavando su mirada en Sheila, como recriminándole su acción.

—No te vas a convertir en un monstruo —dijo la pequeña, con una gran sonrisa.

Un fuerte golpe, seguido de otros y numerosos empujones les callaron e hicieron moverse la cama. La puerta se entreabrió un poco más, conforme los goznes resquebrajaban la madera, y varios de los muertos lograron introducir sus cuerpos. Sheila disparó aterrorizada, dando en la

cabeza de uno de ellos y, por desgracia, saltando la última bisagra que aguantaba. La puerta cedió, resquebrajándose, y la cama se desplazó por un metro. Algunos muertos vivientes cayeron sobre el cadáver de Sanpedro, en el suelo, y de Heysel, en la cama. De un tirón, Selene salvó a la pequeña de caer en manos de aquella turba y disparó rápidamente, mientras Van der Haüssen saltaba hacia delante para poder hacer frente a la avalancha de muerte que ansiaba devorarles. De tantos que eran, al pretender entrar a la vez, crearon una especie de tapón aullante de muertos en el marco de la puerta.

El arma de Selene dejó de funcionar con un ligero zumbido y miró a Van der Haüssen.

—No tengo más cargas, maldita sea. Ni para el mío —dijo él, escuchándose el zumbido de solicitud automática de recarga del fusil.

Finalmente, la presión desde atrás hizo que los muertos vivientes entraran, desplazando los restos de la puerta, la cama y pasando por encima de todo. Selene tomó un portasueros y lo estrelló contra la cabeza de una de aquellas cosas, y contra otra. Van der Haüssen, con su fusil agotado y usado a modo de garrote golpeaba con fuerza, y quedaron pegados en un rincón de la blanca pared, defendiéndose. Sheila jadeaba abrazada a las piernas de Selene, ocultando el rostro para no ver.

—Joder —rabió Selene, viéndoles acercarse sin huida posible.

Un estallido de zumbidos y de colores azules alumbró el pasillo. Los muertos vivientes comenzaron a caer sin cabeza a una velocidad vertiginosa. Selene y Van der Haüssen se miraron con esperanza, y comenzaron a golpear con fuerza en la cabeza de los que llegaban hasta ellos. Demasiados muertos, fuera quién fuera quien estuviera disparando, no llegaría a tiempo, pensó Selene, notando aquel aliento nauseabundo en la cara, aquellas manos demacradas encima de su cuerpo. Y lanzó una última mirada sobre Sheila, que estaba acurrucada en sus pies, gritando, y sobre Van der Haüssen, que luchaba ferozmente por defenderlas.

Entonces, unos disparos precisos, rápidos, muy rápidos, acabaron en unos segundos con todos los muertos vivientes de la habitación.

Selene levantó la cabeza y vio, atónita, ante ella a los dos CSA de Nirvana.

Los escáneres de los androides estaban recorriendo sus cuerpos y ella soltó el portasueros. Uno de los CSA realizó un último disparo, sobre la cabeza un muerto que, sin piernas, se arrastraba por el suelo. Seguidamente, los dos CSA salieron de la habitación y permanecieron en la puerta, vigilantes.

—Nirvana, ella debe haberlos activado —apuntó Selene—. Está sola, en su habitación.

Apenas terminó de hablar, tomó en brazos a Sheila y salió corriendo, seguida por Van der Haüssen, para acelerarse por los pasillos. Pudo comprobar, una vez más, la efectividad de aquellas máquinas de matar: no había un solo muerto con vida, solo cadáveres sin apenas cabeza. Y sollozó nerviosa al ver varios cadáveres en el suelo, junto a la puerta de la habitación de la capitán rebelde.

Conforme entró, se volvió cubriendo su rostro con las manos, con un triste lamento. Sobre la cama solo había una masa sanguinolenta de jirones de carne, entrañas y huesos. En el suelo, un pie descarnado. Y varios cadáveres con heridas mortales en la cabeza.

—Se defendió cuanto pudo —señaló Van der Haüssen.

—Pudo haber retenido a los CSA para que la defendieran a ella —murmuró Selene, volviendo la vista hacia aquel horror.

En ese momento, los dos androides aparecieron bajo el marco de la puerta. Y se situaron en posición de defensa, guardando el pasillo.

—Nos siguen —dijo Sheila.

—Sabía que sin sus androides tendría muy pocas posibilidades de sobrevivir y, a pesar de ello, lo hizo —apuntó, observando el transmisor CSA en su muñeca, destrozado por un disparo que no podían haber realizado los muertos vivientes, que solo podía haber hecho ella mismo antes de morir—. Los envió para protegernos y se aseguró que nadie pudiera cambiar su clave.

Van der Haüssen la miró atónito, no podía creer que Nirvana se hubiera sacrificado por ellos, que lo hiciera por nadie. Nunca lo hubiera esperado de una persona como ella.

—Quizás pensó que no superaría la herida de su vientre —dijo Van der Haüssen.

—No, yo creo que superó la herida de su corazón; dejó atrás el odio —apuntó.

Y alzó a la pequeña Sheila en sus manos.

—Tía Nirvana era buena. Me dijo que algún día, cuando saliera de este planeta, sería muy feliz con mi mamá y mi papá —aseguró la pequeña.

En ese momento, los dos CSA volvieron sus armas hacia la derecha del pasillo.

—Posibles objetivos aproximándose. Un varón de unos 60 años sin vida y una mujer de unos 18 años con vida. Ambos desarmados. Sujetos desconocidos, rostros no archivados. Intenciones desconocidas. Solicitando instrucciones antes de ejecución resolutive alternativa —sonaron los dos androides al unísono.

Selene observó a Van der Haüssen, sin saber qué hacer.

—Deben ser el Dr. Osaka y su hija, no queda nadie más con vida por aquí. Ordénales algo, tú que eres capitán de los Centuriones de Orión —dijo rápidamente Selene.

—¡Yo no tengo transmisor CSA y es necesaria la clave de Nirvana! —exclamó él.

Selene salió al exterior y vio a Amaia avanzar por el pasillo, llorando, tirando del cuerpo vencido de su padre con gran esfuerzo, arrastrándole de los hombros. Y se volvió hacia los dos androides, viendo los cañones de sus armas apuntarles.

—¡Selene! —gritó la joven.

—¡Alto el fuego! ¡Objetivo abortado! ¡Objetivos desarmados! —lo intentó Van der Haüssen, enérgico, posándose delante de los CSA.

—Clave incorrecta, sujeto no autorizado —respondieron los dos androides—. Objetivos acercándose. Solicitando instrucciones antes de ejecución resolutiva alternativa. Tiempo estimado, cinco segundos.

Selene quedó con la boca abierta, fijando los ojos en aquellos cañones.

—Mamá, te están hablando a ti —dijo Sheila, con los ojos muy grandes.

Selene les miró y pensó que esos monstruos de metal habían respondido a la voz de Van der Haüssen de forma negativa.

—Situación controlada, posición de vigía ante objetivos armados o humanos sin vida en movimiento —ordenó tajante.

Ambos CSA respondieron de inmediato, replegando sus armas y situándose cada uno a un lado del pasillo.

—Te han obedecido —dijo Van der Haüssen, estupefacto.

—¡Doctor, Amaia! —corrió ella, para atenderles.

En su carrera pudo ver la pena de Amaia.

—Tienen un golpe en la cabeza, está muy mal, necesita ayuda —sollozó la muchacha.

Selene se agachó ante ellos y pudo comprobar que el doctor había fallecido, emanaba un fuerte olor a descomposición y la cara la tenía pálida, muy pálida. Miró a la joven, desconcertada. ¿Cómo no podía darse cuenta? ¿O es que Amaia no quería aceptar que su padre había muerto? Entonces, el cadáver del doctor, dando un estertor, alzó la cabeza y la enganchó del cuello con una mano, conforme enfocaba aquellos ojos inyectados en sangre en ella. Y abrió la boca.

Un zumbido apenas audible y de color azul le atravesó el cráneo.

—Objetivo abatido —sonó el CSA que controlaba aquella parte del pasillo.

Amaia se derrumbó al lado de su padre, gritando su pena.

Con pasos acelerados, el capitán general Fleming llegó hasta el puesto de mando de su potente navío de guerra, el Imperator, el navío insignia, un destructor sin igual, la joya de la corona de La Unión. Y quedó fijo ante la pantalla de transmisiones.

—¡Capitán! —exclamó sin más, de forma impetuosa y con enfado.

—Señor, solicitamos permiso para iniciar el rescate de 666S, del Dr. Osaka y de los heridos que queden con vida, resistiendo en la estación biológica. El coronel Markus Kravent no lo considera oportuno, cree que podría ocasionar demasiadas bajas y ya es inútil, al no funcionar el antídoto.

—Si su superior inmediato lo estima así, debería obedecer sus órdenes, en vez de tratar de salir a hurtadillas del enclave protegido para iniciar una aventura por su cuenta. Hijo, ya has hecho bastante, te has convertido en un héroe... Si quieres hablar conmigo, hazlo por mi frecuencia privada.

—No me llame hijo, señor. Soy el capitán Robert Fleming y solicito por frecuencia abierta permiso para iniciar una operación de rescate inmediata. El criterio del coronel Kravent puede ser cierto, pero Selene y esas personas arriesgaron sus vidas durante semanas por salvarnos a todos, no podemos dejarles, abandonarles a una muerte segura. No podría regresar con la cabeza alta a la madre Tierra, pues no sería un héroe, sino un cobarde que abandonó en la batalla a su capitán.

Fleming tragó saliva, hinchando pecho con tanto enfado como orgullo, volteó la cabeza de lado a lado. Toda la tripulación de la sala de mando del destructor le observaba en silencio, al igual que le escuchaba la flota que permanecía en el espacio exterior del planeta.

—¡Coronel Markus Kravent! —espetó.

—Sí, señor.

—¿Podría hacerse?

—Sería muy arriesgado, no sabemos si queda alguien con vida. Seguramente estén todos muertos y ellos mismos nos comunicaron la necesidad de mantener la cuarentena, el antídoto no funciona. La estación está siendo ocupada por los muertos vivientes, podríamos sufrir muchas bajas, la furia de esos seres es incontrolable y sin antídoto, muchos de los nuestros podrían morir por nada.

—Robert, Abigail, necesito evacuación inmediata. Os espero en la entrada de esta jodida cueva. El antídoto funciona, es 100 % efectivo —sonó por el transmisor de Abigail y de Robert, por la onda corta del Spitfire UK 5000, y estos se volvieron ignorando las palabras de Markus.

—¡Está viva! —gritó Robert y comenzó a andar hacia atrás.

—¡Capitán! —le recriminó su padre.

—¡Es ella! ¡La Loba Roja! —le indicó, mostrándole el pequeño receptor—. Me está llamando desde la centralita de la estación biológica. ¡El antídoto funciona! ¡Voy ahora mismo a por ella! —exclamó y se volvió para correr rápido.

—¡Capitán! —insistió Fleming, sin resultado—. ¡Capitán, inicie de inmediato una acción de rescate y tráigame ese antídoto! —ordenó entre dientes, para que su hijo no cayera en desacato.

Markus quedó en silencio, con el mentón estirado y los labios prietos.

—No pongas esa cara, cualquiera diría que no te alegras —le dijo Abigail, alejándose.

—¡Vamos! —la apremió Robert.

—666S, en cinco minutos estamos ahí —afirmó Abigail por la frecuencia del Spitfire UK 5000, llegando a la plaza de la universidad, donde esperaba el moderno caza de combate.

Selene y Van der Haüssen, con Sheila en sus brazos, salieron acompañando a Amaia de la estación biológica, tras sus pasos los dos CSA. Recorrieron la entrada de la cueva, por la orilla del lago y miraron al cielo, esperando en silencio. Algunos muertos vivientes aparecieron, para ser rápidamente eliminados por los androides.

—Los CSA de tía Nirvana nos siguen —expuso Sheila.

Selene les observó un tanto intrigada con las terribles máquinas asesinas. Deberían haberse quedado inactivos en la estación biológica, vigilantes ante cualquier peligro. Sin embargo, ahí estaban, a tres metros de ella por detrás y muy activos. Le habían obedecido y sin necesidad de código alguno, eso la desconcertaba; los androides solo obedecían claves directas de los mandos designados por los Centuriones de Orión, por ello los CSA solo deberían obedecer la voz de Nirvana. Y paró en su caminar para posarse frente a ellos.

—¿Objetivos? —les preguntó.

—Objetivo prioritario: Defensa de la integridad de la persona denominada Selene. Identificación inmediata: mujer blanca, pelo rojo, pupilas rojas, rostro escaneado e identificado. Obediencia absoluta. Directriz irrevocable. Objetivo secundario: Eliminación seres humanos sin vida en movimiento, infectados. Blanco rápido: cabeza. Otros objetivos: valoración con inteligencia artificial CSA de posibles acciones de defensa, capacidad de objetivos por definir. Objetivo constante: activación y desactivación automática, recarga solar o búsqueda de energía alternativa.

—Vaya con Nirvana —murmuró Selene—. Tengo dos guardaespaldas.

—Mamá —dijo Sheila, preocupada al ver aparecer más de aquellas terribles criaturas.

—Tío Robert no tardará, no te preocupes —aseguró ella, sentándose.

Van der Haüssen se fijó en un cadáver distante, tenía la cabeza abierta, quizá por el disparo de un CSA, pero hacía ya unos días que estaba allí expuesto al sol. Quedó impresionado al ver que aquel cuerpo en descomposición había dejado paso a una pequeña planta verde que surgía del interior, asomando por el ombligo. Era un brote tierno, sin duda de uno de esos leños, y

pensó en el Dr. Osaka, en si tendría razón y de cada cadáver surgiría un nuevo árbol, si cuando abandonaran aquel planeta, un nuevo bosque de leños surgiría de los muertos y cubriría la zona; y disparó su fusil, abrasando la planta, destruyendo aquel tallo que parecía tan indefenso, haciendo volar el vientre del cuerpo.

—¿Qué haces? —preguntó Selene.

—Tenemos que abandonar este planeta y no volver nunca —aseguró él.

Un movimiento entre las altas matas de la plantación de mazorcas, llamó su atención.

—Quizás deberíamos atrincherarnos en la estación —comentó Van der Haüssen

Los dos CSA comenzaron a disparar sus rayos azulados de forma continua.

De pronto, un destello pasó por encima de ellos y una deflagración prendió el maizal.

—Ya están ahí —dijo Selene, ayudando a levantarse a una decaída Amaia.

El Spitfire UK 5000 sobrevoló sus cabezas y, después, realizó un batida por la zona, y otra, eliminando cuantos muertos vivientes localizaban con sus escáneres en la zona.

Los CSA dejaron de disparar y replegaron sus armas.

—Robert, a ver si dejas de jugar y nos recoges —solicitó Selene por su transmisor.

Apenas descendió la nave, Selene entró y se dirigió hacia su silla de piloto. Abigail la abrazó y Robert levantó su mano para estrecharla, y la abrazó también. Ella respondió a los abrazos, con otros más fuerte, y se sentó en su puesto.

—Ayudad a Van der Haüssen con Amaia —ordenó.

—¿Está malherida? —preguntó Abigail, preocupada.

—Acaba de perder a su padre.

—¿Y los demás? ¿Heysel, Sanpedro, Nirvana...? —preguntó Robert, asomándose a la escotilla por si veía a alguien más.

Selene no respondió, en su cara se vio reflejada la pena, el dolor de la pérdida de unos amigos, personas a las que apenas conocía y que tanto habían representado para ella. Tragó saliva y activó los protocolos de despegue. Robert y Abigail miraron a Van der Haüssen, buscando una respuesta que temían. Y él negó con la cabeza.

—Ya no hay más, cierra o subirán los muertos —dijo la pequeña Sheila.

El silencio se apoderó de la nave, tan solo roto por los lamentos y lloros de la joven Amaia. Selene posó la nave sobre los CSA y activó los brazos para recogerlos, en un momento los tenía adosados al vientre de la nave de combate.

—Vamos, en la universidad os recibirán como héroes —dijo Abigail, tratando de animar aquellas caras largas, ajustándose el cinturón de seguridad y haciéndose en su sitio de

transmisiones, mientras Van der Haüssen se acomodaba en la tronera de artillería con Sheila en sus brazos.

—No vamos a la universidad —aseguró Selene y una estela luminosa se alzó vertical en el aire, buscando el espacio exterior—. Preparaos para romper la atmósfera, salgamos de una vez de este maldito planeta.

—¡Señor! Un caza de combate, modelo Spitfire UK 5000 se acerca velozmente. Creo que es ella, 666S. Debe ser ella —indicó el oficial al cargo de los sistemas de localización del potente destructor.

—¿Se ha vuelto loca? —se preguntó para sí mismo el capitán general Fleming.

—No es prudente, señor —aconsejó el segundo de abordó, un coronel de estirado rostro.

—Póngame con ella —ordenó Fleming al oficial de transmisiones.

—Aquí Fleming, supongo que sabes lo que haces —dijo simplemente.

—Un placer escucharle tras siete años, mi general —se escuchó en la sala de mando.

—666S, te diriges a un destructor de La Unión en una nave posiblemente infectada.

—Negativo, general. Ninguno de los presentes estamos infectados, llevamos la fórmula del antídoto. No encuentro un lugar más seguro donde dejarla que en su destructor. Me acompaña el teniente Robert, mi copiloto, creo que le conoce. En mi opinión se merece un código de combate. Se lo ha ganado y no por ser hijo de quién es, sino por méritos propios —contestó Selene.

El general apretó los labios, visiblemente emocionado, y remugó una maldición.

—Esta bendita mujer siempre ha sabido como convencerme de todo, me tiene tomada la medida —confesó a su segundo de abordó y sonrió satisfecho con su hijo.

—General, deberíamos... —comenzó a hablar el coronel.

—Silencio —ordenó y se dirigió a Selene por el transmisor—. 666S, vía libre, código verde, zona de aislamiento y reconocimiento NBQ... Les esperamos.

Esa misma tarde, al anochecer, seis escuadrillas de cazas Spitfire UK 3500 reducían a cenizas los bosques de leños, las plantaciones de mazorcas, los miles y miles de muertos vivientes que deambulan entre el fuego y las ruinas hasta quedar reducidos a nada.

Markus observaba las llamas de aquel gigantesco incendio que todo lo consumía y bajó la vista hacia la plaza de la universidad. Numerosos equipos NBQ habían descendido y ocupado cada rincón de la colonia, unos para cuidar de los supervivientes y otros para destruir los cadáveres que encontraran, vivos o muertos. Para su satisfacción, nadie le había cuestionado su rango ni autoridad en aquel escenario que se estaba creando; lo tenía todo controlado, intendencia, armería, personal... Siempre lo había hecho en Kravent, era su trabajo. Pero se sentía solo, muy solo. Y bajó la cabeza pensando en su padre, en Erika... y en Selene. ¿Cómo sacarla de su cabeza? Había triunfado, sabía que le iban a proponer para una medalla, un reconocimiento que le acercaba a la madre Tierra. Luego, estiró los labios y pensó que su lugar era Kravent, tenía tanto que hacer allí para devolver el honor a la familia. Aunque muerto su padre, por lo visto no había caso. ¿Y qué hacer con su sobrinita Maika?

Perdido en preguntas y dudas, levantó la cabeza y miró a la oscuridad de la noche, las estrellas apenas se veían, el cinturón de rocas que rodeaba el planeta lo impedía en gran medida en aquella zona, aún así logró ver una, brillando con fuerza. Sonrió, pues comprendió que en verdad no estaba solo, la pequeña Maika le recordaría por siempre a su hermana, su bondad, y le llevaría por el buen camino. Y pensó en hacer de Kravent un planeta habitado, una cárcel modelo donde se cumpliera la ley. Luego, se enfadó consigo mismo, le hubiera gustado tanto disculparse con Selene. En verdad solo tenía que acercarse a la emisora, localizarla, hablar con ella...

No lo hizo.

En el destructor *Imperator*, tras superar las numerosas pruebas NBQ a las que fue sometida, Selene abandonó la zona de aislamiento con su tripulación y pasajeros. Después, acompañada por dos capitanes y cuatro soldados de la policía militar, junto a Abigail, Robert y Amaia, recorrió las instalaciones de la inmensa nave con su uniforme nuevo, levantando susurros, las voces y aplausos de la tripulación. Como en otras ocasiones, muchos habían oído hablar de la Loba Roja, la leyenda de las Guerras de La Unión, el azote de los Centuriones de Orión, pero nadie la había visto nunca.

Y llegaron al despacho del capitán general.

Fleming les esperaba en la mesa de reuniones, acompañado por la Dra. Megan Hunter, del Instituto Superior de Salud Interestelar, y por el coronel de Sanidad Militar, así como por otros altos mandos. Robert no pudo esperar y rompió el protocolo para abrazar a su padre, en cuanto le vio. Selene se acercó, saludando marcialmente a cada mando. Abigail hizo lo propio mientras Amaia miraba sin saber qué hacer. Finalmente, Selene se abrazó a Fleming y una lágrima recorrió su mejilla, en lo que fue un abrazo sentido, largo, que sorprendió a todos.

—Ya, ya está bien —susurró Fleming.

Pocos sabían los lazos de afección que les unía tras aquella pavorosa guerra en la que tantos lucharon, en la que tantos murieron. Una guerra que tanto la marcó y en la que encontró muy pocas personas en qué apoyarse tras la tragedia de la pérdida de su familia.

Selene se recompuso y actuó como en ella era habitual o tal cual se esperaba de ella, como una temida capitán de La Unión, fría y distante, como la Loba Roja.

—¿Todo está en marcha? —preguntó.

—Hemos leído con mucho interés su informe, capitán. Cada palabra la hemos analizado, créame. Y estamos en ello, los equipos de NBQ aterrizaron en Planeta Z y nuestras escuadrillas están arrasando esos bosques. En unos días podremos evacuar a toda la gente —contestó Fleming.

—Nos sorprende que hallaran un antídoto efectivo, tras el fallido suero del Dr. Osaka, con unos medios tan escasos y en tan poco tiempo —expuso la Dra. Megan Hunter.

—El mérito es de ella —señaló Selene.

—Señorita Osaka, por favor —la invitó a hablar la doctora.

—Mejor llámeme Amaia —sonrió tímida.

—¿Amaia? ¡Dra. Amaia diría yo! Acaba de salvar a mucha gente y darnos un arma efectiva ante cualquier posible brote de esa especie, tanto en Planeta Z como en cualquier otro planeta —expuso el coronel de Sanidad Militar.

—¡A saber si no acaba de salvar al mundo! —exclamó la doctora—. Debe realizar su tesis de inmediato, puede contar con toda mi ayuda para continuar con sus investigaciones.

—Y por supuesto con la de todos nosotros. Es lo menos que podemos hacer por usted y no dude que será un placer —aseguró Fleming.

—Yo, bueno —tartamudeó Amaia, un tanto abrumada con tanto elogio—. Fue mi padre quien ideó el primer antídoto: la combinación de un suero preparado a partir de la sangre de un pequeño vertebrado autóctono, resistente a las esporas, y varias dosis de fentanilo. La tripulación de Selene nos había indicado antes que los muertos vivientes eran vulnerables a este analgésico, un opiáceo sintético. Creímos haber dado con la solución, ¡teníamos un antídoto! Pero no.

La joven quedó en silencio, recordando a su padre, emocionada y con pena.

—Pero con vosotras sí que funcionó —expuso la doctora, animándola a continuar.

—La verdad es que no funcionó con ningún paciente, solo ralentizó la acción de las esporas hasta que pasaron los efectos del tratamiento. Creíamos que estaban muertas, pero solo estaban esperando... al igual que cuando estamos vivos. En cuanto nuestro cuerpo quedó limpio del tratamiento, todo volvió a su cruda realidad. Las personas que fueron mordidas murieron y

desarrollaron la infección, algunas en apenas unas horas, otras en unos días. Lo que da margen incluso a que se devoren uno a otros, o a que cuando pienses que todo acabó, nos encontremos con nuevos casos.

—Interesante: eclosión intermitente o con retardado, la utilizan algunos seres vivos para asegurarse que su descendencia sobrevive a cualquier ataque o a la muerte de sus hermanos ante cualquier epidemia o acción climática —aseguró la Dra. Megan Hunter.

—Sí, estos leños quizás no tengan cerebro, pero son muy inteligentes o han logrado una forma de vida a través de la evolución muy eficaz para su desarrollo, reproducción y expansión —continuó Amaia—. No entendía el por qué todos desarrollaban la infección excepto Selene y yo, pero me imaginé la respuesta en cuanto supe que Heysel y Nirvana tampoco la desarrollaron. ¿Por qué nosotras cuatro fuimos las únicas que estuvimos a salvo de la infección? A menudo, la solución de un problema está oculta en la respuesta más sencilla: la amapola, ese animal que capturamos se alimentaba de los tallos y hojas de la amapola. Mi padre le cambió la dieta por pienso mientras estuvo cautivo; así, sin la alimentación que le mantenía a salvo, en cuanto murió, se convirtió también. El fentanilo, un opiáceo sintético, ralentiza el efecto de las esporas, pero los opiáceos naturales de esa amapola las destruyen. Los animales que se alimentaban de esas plantas, sobrevivieron a la extinción. Por eso sobrevivimos nosotras. El antídoto de mi padre era un derivado sintético del opio y suero de ese animal; el mío resulta de la infusión de una planta opiácea autóctona del planeta, con distintos alcaloides a los del fentalino, mucho más agresivos con las esporas, es la gran diferencia.

—¡Fantástico! —expuso Fleming.

—Ya hemos recogido suficientes plantas de esas y semillas como para tratar a varios mundos. Por cierto, no nos iría mal a todos tomar una de esas infusiones antes de regresar a la madre Tierra —expuso el coronel de Sanidad Militar.

—Pero no mucha, es adictiva —sonrió Selene.

—¿Vamos a la madre Tierra? —preguntó estupefacta Amaia.

—Sí, claro, de hecho ya estamos de camino. Aquí ya no necesitan de nuestra presencia. ¿Dónde mejor para que puedas continuar tus estudios? —le indicó la doctora.

—Bueno, la Mamba Negra destruida y la infección controlada... Al principio, cuando llegaron las primeras noticias, lo vi muy negro, parecía todo un auténtico desastre que cada vez iba a peor —confesó Fleming—. Pero ahí estabas, de nuevo —le dijo a Selene.

—Estábamos todos, hasta los que dieron su vida —aseguró ella.

—¿No quieres volver al Ejército? Sabes que serías bienvenida.

—Yo solo quiero mi casita, en una montaña perdida... Tal vez un perro.

—¿Un perro? ¡Eso hoy en día es todo un lujo!

Todos parecieron reír la broma del Fleming, excepto Selene.

—Lo digo en serio —aseguró ella.

Todos callaron.

—Bien, por ahora ya está bien. Me alegro mucho que la situación se pudiera controlar, de que estés aquí. Es momento de que descanséis, mañana tenemos que preparar los informes para el Consejo Supremo de La Unión —expuso Fleming, levantándose.

—Mi general, perdone —se le acercó Abigail, con cierto nervio.

—¿Sí?

—Es que yo...

—Si quiere hablarme sobre su padre, no se preocupe, el comandante Morgan se encuentra bien, pero bajo arresto. Tiene que responder ante la justicia. Ahora, los numerosos servicios prestados a La Unión en tiempos de guerra y la colaboración que está realizando para que el botín robado sea entregado a las familias de las víctimas, le salvarán de una muerte segura. Podrá verle, pero debe ir asimilando que acabará en Kravent para el resto de sus días.

Abigail no supo si sonreír o llorar, Robert la abrazó con cariño.

—No te preocupes, estará bien... Le visitaremos, al menos está vivo —la animó.

La reunión terminó, los mandos felicitaron a Robert y a Abigail, a la joven Amaia y a Selene conforme salían de la sala. Era hora de descansar, de pensar en un futuro quizás alejado de batallas y guerras, de los muertos vivientes, quizás en la Tierra.

—Selene, un momento, por favor —la requirió Fleming, cuando estaba a punto de salir.

—Sí, general —replicó ella, con una sonrisa expectativa.

Fleming esperó a quedar a solas con Selene, despidiéndose de todos.

—Dos cosas. Me han dicho que has traído dos CSA en la panza de tu nave, sabes que el Ejército prohíbe el uso militar de esas máquinas... Y que te acompañan una niña y un hombre, no me los has presentado.

—Los CSA están desactivados y yo no soy militar, nada me impide el uso doméstico de un androide. Además, son el regalo de una gran amiga que falleció y que hizo mucho para que hoy estuviera yo aquí, con vida, con el antídoto.

—¿Puedes activarlos?

—Sí. Solo yo dispongo de la clave.

—Esa niña... y ese hombre, dicen que es muy apuesto.

—Es mi pareja y mi hija. ¿Algún problema?

—No. Claro que no, me alegro por ti, realmente solo te falta el perro. Espero que seas feliz durante tu permiso en la madre Tierra.

—¿Permiso?

—Sí, claro. Después tendrás que hacerme un favor, tú que has estado en Zafiro.

—No. La Loba Roja ha muerto.

—La Loba Roja no morirá nunca. Eres tú, la llevas dentro. Te conozco y sé que, tarde o temprano, volverás a mirar las estrellas con ganas de pilotar un Spitfire. Te solucionaré el tema del capitán Van der Haüssen y el de la adopción de la pequeña Sheila, pero tú me ayudarás a planificar la habitabilidad de Zafiro.

Selene quedó en silencio.

—Luego, podrás vivir en la madre Tierra con tu pareja, tu hija y tu perro.

—Zafiro es un planeta muy hostil, costará mucha sangre y no es el momento tras lo acontecido aquí.

—No hay prisa, de momento solo necesitaría un informe preliminar... Voy a poner bajo vigilancia las rutas que se acercan hasta allí. Con la Mamba Negra fuera de juego, si cortamos el suministro de oro a los rebeldes, la paz estará mucho más cerca. Hemos parado la ofensiva que preparábamos sobre Quelonia. Vamos a dialogar, quizás es el momento de terminar esta guerra sin fin. ¿Es cierta la leyenda de Perpintres?

—Sí, en ese planeta hay tanto oro como muerte. Si una de sus criaturas lograra alcanzar un mundo habitado, sería el fin. Créeme, lo mejor es declararlo zona no apta para la habitabilidad con alto riesgo de infección, como Planeta Z.

—Espero tu informe, ahora descansa, disfruta de la madre Tierra —le sonrió Fleming, asintiendo, y se acercó para abrazarla—. Me alegro tanto de que estés aquí, tus padres estarían tan contentos, tan orgullosos de ti.

Selene salió animada de la sala, cruzó los pasillos bajo la mirada atenta de la tripulación, pensando en Zafiro. Fleming la buscaría sin duda alguna el día que decidiera entrar en aquel planeta. Pensó si sería mejor desaparecer o, por el contrario, quizá prepararse para la acción. Por sus venas sintió la excitación recorrer su cuerpo, quizás el capitán general tenía razón: la Loba Roja siempre estaría ahí, no moriría nunca.

EPÍLOGO

Aquella misma noche se reunieron Selene, Van der Haüssen, Abigail, Robert, Amaia y Sheila en una cena privada que debía ser tranquila y que acabó entre risas y promesas de amistad. Tras el horror vivido, liberar la tensión acumulada en “familia” era el mejor método de reencontrarse con la vida y con ellos mismos.

Así se sentía Selene, mirando a sus amigos, a la pequeña Sheila y a Van der Haüssen, viva de nuevo y con un futuro por delante. Y se levantó.

—Es hora de dormir —aseguró, tomando de la mano a su capitán.

—¿Ya te vas? —preguntó Robert, como decepcionado.

—Aún tenemos muchas cosas que hacer —dijo Van der Haüssen, levantándose.

—Nosotros también —sonrió Abigail, tirando de Robert.

—Pues yo sí voy a dormir —remugó Amaia, quedando sola en la mesa.

—Alégrate y, ahora que te instalaras en la madre Tierra, da lo mejor de ti. Hazlo por tu padre, por tu madre. Donde quieran que estén, seguro que son muy felices viéndote a salvo y con un futuro muy prometedor por delante —la animó Selene y le dio un beso en la frente—. Ahora me voy, creo que tendré una noche movida...

Amaia quedó mirándola, no pudo evitar una lágrima, pero sonrió pensando que la Loba Roja tenía razón, tenía tanto que hacer y, además, en la Tierra.

Selene y Van der Haüssen salieron de la sala abrazados, besándose. Sheila salió por delante de ellos, corriendo hacia la cubierta superior, donde tenían designado el camarote. Y el capitán rebelde la miró como derrotado.

—Bueno, dormiremos —dijo con una sonrisa, tirando de la cintura de Selene.

—Creo que tengo la solución —aseguró ella.

En una de las dos habitaciones del camarote, Selene se despedía de Sheila con un beso de buenas noches, la cual, con su carilla de pilla, la miraba malvada.

Van der Haüssen observaba apoyado en el marco de la puerta.

—¿No me das un beso, papá?

El capitán entró y la besó, y le dio un suave tirón en la naricilla.

—Esta noche nos dejarás descansar, verdad. Estamos muy cansados —le rogó él.

—Pues claro que lo hará, es un niña buena —aseguró Selene y tomó de la cintura a Van der Haüssen, para salir de la habitación.

Apagaron la luz y cerraron la puerta.

Sheila observó la luz que pasaba por debajo de la puerta, sonriendo malvada.

—¿Crees que es necesario? —preguntó Van der Haüssen, cerrando la habitación.

—Si vamos a vivir los tres juntos, es necesario que aprenda que necesitamos nuestro espacio. Especialmente en la cama —sonrió Selene, abrazándole.

Y él la levantó al aire, mientras ella cruzaba las piernas por su cintura. Un beso de pasión desenfadada les llevó hasta la cama y cayeron juntos, abrazados, besándose, acariciándose, amándose. La blusa y los pantalones de Selene cayeron al suelo sobre los de Van der Haüssen. Y, al momento, sus braguitas, conforme gemía de placer apretando los muslos en la cara de su capitán, agarrándole del pelo, temblando cada vez que sentía su lengua recorrerla toda. Y tiró de él hacia arriba, rozando su cuerpo, apretando los dientes sobre el labio inferior a la par que se hacía con su miembro, para acariciarlo, hasta notar dentro de ella aquel calor penetrante y gritó de placer, una y otra vez, conforme el ritmo se aceleraba...

Sheila se levantó. Recorrió la habitación a oscuras y abrió la puerta para escuchar. Y se acercó lentamente por el pequeño pasillo, hasta doblar la esquina y posarse ante la puerta del dormitorio de sus “papás”.

—Alto, paso no autorizado —escuchó de pronto, asustándose, y vio unas lucecitas rojas sobre su pechito; alzó la vista para ver a los CSA, cada uno a un lado de la puerta, apuntándola ambos con sus cañones.

Abrió la boca y los ojos hasta el infinito y volvió corriendo a su habitación. Entró con un puchero enfadado, dando un portazo. Resignada se cubrió con la sábana por completo, seguro que mamá no los había programado para que dispararan, pero no iba a comprobar qué sorpresa le esperaba si no obedecía, sabía muy bien que no se podía discutir con un androide, ni podía inyectarle una de sus ampollas de fentanilo. Y gruñó asomando la cabeza, hasta quedar dormida con una sonrisa.

FIN